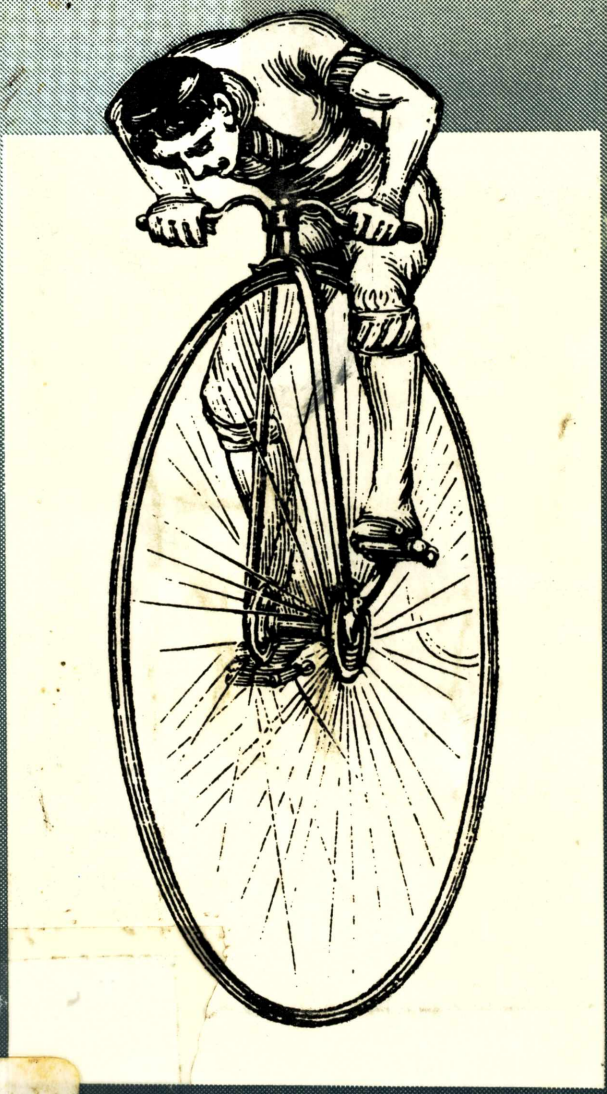
Pueblo en vilo, la fuerza de la costumbre



972.35
G6439o
ej.3

henaje a

S GONZALEZ Y GONZALEZ

Pueblo en vilo, la fuerza de la costumbre

PUEBLO EN VILO, LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Homenaje a
Luis González y González

Alvaro Ochoa Serrano
EDITOR

El Colegio de Jalisco
El Colegio de México
El Colegio de Michoacán
1994

CREATIVE COMMONS

Pueblo en vilo, la
fuerza de la costumbre

Primera edición 1994

© Colegio de Jalisco
© El Colegio de México
© El Colegio de Michoacán
ISBN 968-7376-06-6

Portada y diseño: Josefina González de la Vara
Captura: Aurora del Río Macías
Formación: Morevallado Editores
Fotografías interiores: Antonio y Fernando Torico,
Alberto Vázquez Cholico

INDICE

Parabienes *11*

Luis González
Del Pueblo en Vilo a la Ciudad en Flor *13*

José Lameiras
La Rueda de la fortuna o Luis González, inventor y contradictor del vilo de un pueblo *27*

Hira de Gortari
Mis lecturas de Pueblo en vilo 37

José María Muriá
Pueblo en vilo *y la historia provincial* *49*

Gerardo Sánchez
Los estudios michoacanos después de Pueblo en vilo *57*

Carlos Martínez Assad
La historiografía después de Pueblo en vilo *75*

Heriberto Moreno García
Historia oral y oralidad en Pueblo en vilo *83*

Enrique Krauze
La Historia como amistad *95*

Jorge F. Hernández
Todos en vilo *101*

Cayetano Reyes García
El maestro respondón *107*

Víctor A. Espinoza Valle
Las enseñanzas de don Luis *111*

Roberto Cantú
Utopías a la deriva: Pueblo en vilo *y la crítica de la modernidad* *115*

Gonzalo Villa Chávez
San José de Gracia ¿por qué en vilo? *125*

Víctor Manuel Ortíz
Colores de Pueblo en vilo *129*

Abelardo Villegas
La historia del futuro *135*

Henry C. Schmidt
Hacia el significado de Pueblo en vilo *141*

Agustín Jacinto Zavala
Lo universal y lo particular en Pueblo en vilo *153*

Andrés Lira
Universalidades de la historia pueblerina *167*

Patricia Arias
Pueblo en vilo, *la fuerza de la diversidad* *173*

Miguel Jesús Hernández
Pueblo en vilo*: la subversión de la vida cotidiana* *185*

Herón Pérez Martínez
También Clío es una musa *197*

Eugenia Revueltas
Una posible lectura
Armida: así que pasen los años *223*

Israel Cavazos Garza
El Colegio de México, evocaciones *231*

Guillermo García Oropeza
Luis González, sabio de la tribu *239*

Lorenzo Meyer
Luis González o un nuevo elogio a la locura *245*

Recado de John Womack, Jr. *253*

Alumnos, amigos, colegas, familiares . . .

PARABIENES

Alvaro Ochoa Serrano

Alguna vez Antonio Alatorre, a propósito de los preparativos de un coloquio colmichiano, le preguntó en tono escéptico a Luis González: "Oye, y tú crees que si en un pueblo de Nicaragua, por ejemplo Metapa, se convocara a un congreso ¿irían personalidades como las que tú pretendes llevar a Zamora?"

Palabras que *mutatis mutandis* se aplican al mismo Luis González, pero ahora en un lugar más pequeño. Y la respuesta sigue siendo la misma: Sí; sólo que ahora el pretexto es celebrar el cuarto de siglo que cumple *Pueblo en Vilo.*

Pueblo en vilo y Luis González son, por principio de cuentas, dos nombres que van muy juntos, aun entre las varias obras del autor aludido que ha hecho agradable el oficio de historiar. Tal obra, de mirada universal, acerca de un punto hasta entonces ignorado y perdido en el oeste mexicano, abrió un ancho y largo camino en dicha tarea que, a un cuarto de siglo de distancia desde la primera edición, sigue en uso, muy transitado, campante y en vías de expansión.

El mérito indiscutible es de don Luis y a él se le reconoció tal virtud de emprendedor, de hacer camino lejos al andar en la tierra donde estamos. Así que convocados por El Colegio de Jalisco, el de México y el de Michoacán, instituciones caras y ligadas a la vida y obra gonzaleana, se reunió una multitud de colegas, alumnos, familiares, amigos y admiradores a rendirle reconocimiento en la cuna de "Pueblo en Vilo", hoy ciudad en flor.

Al filo del vistazo de Jano, en enero, durante los días 29 y 30; hacia el fin de semana, viernes y sábado, mañana y tarde, casi desde temprano, antropólogos, arquitectos, asistentes, escritores, historiadores y periodistas, alumnos, amigos y familiares participaron en la mesa redonda-homenaje, equilibrando inteligencia y sentimiento, bajo el abrigo de la Casa de la Cultura en un amplio salón del hotel lugareño, a la altura del evento y de la vecina torrestudio luisiana.

Ahí, de entrada, previa presentación de las autoridades

municipales, estatales y de los Colegios, el propio Luis González ofreció el panorama del lugar en su trabajo "San José de Gracia, ciudad en cierne", asunto de permanencia y mudanza; del tiempo de la primera versión del libro al cumpleaños de plata. Así fue la apertura.

Habrá que destacar la lista de moderadores, comentaristas y demás partícipes que inició José Lameiras "Luis González y González, inventor y contradictor del vilo de un pueblo" hasta el final de Lorenzo Meyer "Don Luis como ejemplo", pasando por los demás ponentes que verán en el contenido de este libro, quienes provenientes del Colegio Nacional o del Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, El Colegio de Jalisco, de la Universidad Michoacana, de *El Financiero*, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Guadalajara, Revista *Vuelta*, Crónica de la Ciudad de México, California State University en Los Angeles, Baylor University, la Universidad de Colima, Texas A & M University, El Colegio de México, Archivo Histórico de Monterrey, El Colegio de la Frontera Norte y de la Casa de la Cultura de San José de Gracia.

En fin, en esta ronda de generaciones y de instituciones variadas, ronda que fue buena, además de la presencia del "lobo solitario" John Upton, uno de los traductores de *Pueblo en Vilo*, hubo música de Arturo Chamorro, canto purépecha de Rocío Próspero y el mariache de la Gran Familia. De esta manera transcurrió "Pueblo en Vilo: La fuerza de la costumbre". Homenaje a Luis González y González.

El presente volumen patrocinado y editado por los tres Colegios es el fruto de dicho evento, que conocerán por sus participantes, y se comparte ahora con quienes estimamos afectuosa e inteligentemente al antiguo estudiante machetero, al villano de la urbe, al clíonauta, al del oficio y beneficio del pasado, el esposo de Armida, brujo de la historia, maestro emérito, sabio de la tribu.

John Womack, Jr. en su mensaje escribió: "Seguramente en los últimos 25 años el maestro don Luis ha sido el que más haya influido la historiografía de México. De una manera u otra todos somos sus discípulos".

Resta agradecer la buena disposición a esta obra por parte de Brigitte Boehm, José María Muriá y Mario Ojeda, presidentes de las tres instituciones; a los secretarios Heriberto Moreno, Alberto Palma y Angélica Peregrina; al apoyo de Agustín Jacinto, coordinador del Centro de Estudios de las Tradiciones, a la ayuda de Aurora del Río y al personal del Departamento de Publicaciones de El Colegio de Michoacán.

DEL PUEBLO EN VILO A LA CIUDAD EN FLOR

Luis González

Pueblo en vilo,

a petición de algunos colegas de voz muy autorizada, vuelve a convertirse en comidilla de cultos en el lugar donde hace veinticinco años lo cocinó un prófugo de la cultura ranchera. Desde la patriótica fecha de 1938 el autor había abandonado su terruño. Pasó la adolescencia en el colegio de los jesuitas de Guadalajara, y la juventud en el colegio que los españoles transterrados por la guerra civil de España abrieron en la capital del país que los retuvo. Sin pena alguna se apeó del caballo y de todas las costumbres rancheras. Con placer fue adquiriendo el vicio de la lectura. Ni durante las vacaciones, pasadas necesariamente en su pueblo, podía desprenderse de la adicción a las sopas de letras. Aunque sus paisanos lo comparaban a un loco de remate que leía todos los papeles escritos que encontraba en su camino, se mantuvo en la manía de lector de tiempo completo. Se le colgaron los apodos de "machete", sinónimo de estudioso, en el Instituto de Ciencias de Guadalajara, y de "científico" en el Segundo Regimiento de Artillería. Quedó a salvo de esa clase de apodos en El Colegio de México donde casi todos cojeaban del mismo pie, donde enseñantes y educandos eran lectores incorregibles.

Dio lugar a risillas entre los colmexianos por haber escogido a San José de Gracia, y no a París, Oxford, Cambridge, Moscú u otra ciudad luz, para disfrutar de su primer sabático, en 1967. Trescientos sesenta y cinco días los pasó hurgando archivos parroquiales y de notarías del rumbo y haciendo a la gente de aquí que recordara las hazañas suyas y de sus padres. Volvió a la vida ranchera en plan inquisitivo, ni ejercitante, ni vacacionista. Se puso a leer, escuchar y escribir un mamotreto histórico sobre la reciedumbre que había repudiado seis lustros antes. Armida limó y puso en letras de molde mis fárragos de escritura.

A principios de 1968 la familia González de la Vara (dos padres a la mitad del camino de la vida y seis criaturas) volvían en un autobús

de Tres Estrellas a la ciudad de México. Entre otros muchos triques llevaban consigo un cartón repleto de folders que contenían texto y testimonios de la historia de San José; tanto originales como copias. En la terminal, en la oficina de equipajes, recogieron velices y cartones, pero ya en el domicilio se percataron de que faltaba el cartón de los papeles. En vez del mecanuscrito, les fue entregada una regia ración de olorosos limones. En ningún momento se me ocurrió pensar que el suceso fuera un milagro como el del agua convertida en vino. Volví a las volandas a la estación camionera donde me topé con un ranchero furibundo porque los limones de su huerta que pensaba repartir entre sus familiares de la capital se los habían cambiado por un apilo de papeles. Hecho el canje, los dos respiramos hondo.

Ese fue el primer contratiempo del mecanuscrito de mi crónica ranchera y pueblerina. El segundo se los debo a mis colegas. La directora del Centro de Estudios Históricos me pidió llevara a la junta de profesores lo que hubiera escrito durante el sabático. Copias horriblemente mecanuscritas se repartieron a una veintena de colmexicanos. La mayoría tuvo la amabilidad de leer y darme su sentido pésame por haber perdido todo un año de mi vida académica, por haber perpetrado de un modo irresponsable una historia a todas luces sin valor alguno. De la reprimenda colectiva se abstuvieron tres figuras muy respetadas: Antonio Alatorre, José Gaos y Daniel Cosío. Este último, poder tras el trono, hizo que se publicara enseguida la Historia Universal de San José.

Con el nombre de *Pueblo en vilo* y un tiro de dos mil ejemplares El Colegio de México puso a la venta en la navidad de 1968 el libro causante de lástima en una porción del ámbito académico algunos meses antes. Además de cien paisanos, tuvo mil compradores anónimos y algunos de nombre bien conocido. En los setenta, El Colegio lo reeditó dos veces; la segunda con un tiro de diez mil ejemplares. En 1984, la SEP, en su serie de Lecturas Mexicanas puso a la venta cincuenta mil. La Universidad de Texas le dio al experto John Upton el encargo de traducirlo al inglés y a Lysander Kemp de imprimirlo en la Texas University Press, en 1973. Annie Meyer hizo la traducción al francés y la editorial Plon puso en venta con el nombre de *Le barrière de la solitud. San Jose, village mexicain.*

En ninguno de los tres idiomas alcanzó la categoría de bestseller, pero contra lo que cabía esperar llegó a tener muy buena prensa. A

medida que *Pueblo en vilo* se reeditaba en castellano y se traducía a otras lenguas, la prensa periódica, al través de la pluma de amigos y extraños, lo cubría de muchos piropos y pocas reprensiones. Desdeñé orgullosamente a quienes me censuraban y sólo retuve en la memoria los ¡ole! de José Luis Martínez, Rosa María Phillips, Jorge Ibargüengoitia, Jean Meyer, José Alvarado, Ruggiero Romano... Los elogios por *Pueblo en vilo* han contribuído con mucha grasa a mi ego, pero también lo han engordado el Haring Prize que me otorgó la Asociación Americana de Historiadores en uno de sus mítines invernales y sobre todo el Premio Nacional de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía que puso en mis manos el presidente Miguel de la Madrid. Desde que me convertí en cronista al estilo Rosario Sansores del ámbito social que me mimó en la infancia, empecé a recibir premios y pases a prestigiosos clubes de la cultura nacional. Según rumores, Luis González fue recibido en la Academia Mexicana de la Historia, e incluso, en El Colegio Nacional por las crónicas sociales que hizo de una paupérrima congregación sin historia, de un ninguneado segmento sociocultural, de una parcela de la antisociedad. No puedo esconder que un *Pueblo en vilo* me ha permitido obtener una situación muy apreciable, un nivel de bienestar y de prestigio que rebasa mi estatura académica.

Ni capitales, ni turistas han llegado a San José atraídos por la microhistoria lanzada en 1968. Con todo, ese texto es en buena medida responsable de que mi matria haya llegado a ser asunto de autores de mayor mérito. En las dos últimas décadas, aparte de numerosos ensayos breves sobre la vida de San José, entre los que destaco los del periodista Joel Hernández, el bestseller Jean Marie Le Clezio y el rurólogo Sergio Resendiz, han visto la luz cuatro libros de tema sanjosense. El pequeño e inconcluso de Luis González Cárdenas empezó a circular en 1972. Recoge recuerdos, noticias y reflexiones que se le olvidaron a su hijo. El de doscientas páginas que escribió Rogelio Sánchez, hasta fecha reciente muy mentado como obispo de Colima, menciona por su nombre a todos los joseanos sobresalientes y en especial aquellos que dejó en el anonimato su primo o que se volvieron noticia después de 1968. Por el mismo tiempo, el CEMCA que dirige el josefino por adopción Jean Meyer, publicó *De vacas y rancheros*, el amplio estudio de Pierre-François Baisnée que informa a ciencia y conciencia del medio físico y humano, la flora y la fauna, los sistemas de propiedad imperantes y el desarrollo

reciente de los quehaceres agroalimentarios y paraagrícolas de San José de Gracia. Por último, acabo de leer la tesis apenas dosmesina que presentó Cecilia Rorhbach-Viadas en Lausanne, Suiza, para obtener el doctorado. Ella, al contrario de Baisnée, que se ocupó de las fuerzas productivas del lugar, se refiere a los muchos ancianos poco productivos, que no fuera de combate, que viven en San José y sus rancherías. Y en gracia a la brevedad omito la mención de algunas tesis de médicos a las que *Pueblo en vilo* sirvió de marco.

No se pueden atribuir a ninguna calamidad, disturbio o crimen el que San José haya comenzado a ser noticia en la radio, la tele y el cine. Jorge Fons y Jorge Alberto Lozoya confeccionaron con cariño y técnica sendos documentales cinematográficos de la comunidad que reputaba en vilo. Se rumora con insistencia que Enrique Krauze y Luis Margulis quieren volver película de largo metraje al libro que celebra hoy, gracias a ustedes, sus bodas de plata. Por mi parte, el tema de San José no se me ha agotado. Desde que la cabra volvió al monte ha visto lo mucho que ha cambiado y todos los días se pregunta cómo se pasó de aquéllo a esto. Si dispongo de las horas y las fuerzas necesarias, escribiré un segundo libro sobre la matria, no para meter lo que se me olvidó en el primero. Empezaré por repetir con nuevas palabras

Como era San José en 1968

y como se ha transformado en el último tercio de esta centuria. Procuraré contar el paso de un pueblo en vilo donde todos eran parientes y hombres de a caballo a una ciudad en cierne o flor donde la vida de los de los otros tiende a ser ajena y rodada. Dejé a un pueblo asentado al sur de un lomerío a dos mil metros de altura que cortaban el caudal aún libre de impurezas que se nombra río de la Pasión y sus arroyos afluentes. Las hachas hacían más destrozos en los leñadores que en los recios encinos. El número y la variedad de animales silvestres del cielo, la tierra y el agua eran mayores que los de ahora. El caballo, la mula y el burro conducían jinetes y costales por veredas pedregosas. El caserío de San José se asentaba en una superficie de medio kilómetro cuadrado. Era un tablero de ajedrez con trece calles de donde sale el sol a donde se pone y ocho en el otro sentido. El piso normal de unas calles, siempre rectas, lo formaba un buen empedrado. Desde el cerro, parecía un mar de

techumbres de teja sobre el que descollaban las torres de la parroquia y las copas de algunos cedros frondosos. La gran mayoría de las viviendas daba cabida a los tres patios de rigor en toda casa de polendas, los patios de la familia, de las plantas de fruto y remedio y de los animales que llamábamos la vaca para la leche, el caballo del papá, el puerco de engorda y la gallinas proveedora de huevos; perdón, de blanquillos. En el patio para la gente había jardín al centro y corredores y cuartos alrededor. Abundaban las macetas con helechos, belenes y otros vegetales floridos y las jaulas con canarios, clarines, zenzontles y jilgueros. De los 850 edificios, 766 eran viviendas, 29 gallineros, 22 comercios, 8 bodegas y los restantes construcciones públicas. Menos ocho, todos los edificios eran de una planta. En ese año don Agustín Arriaga vino a inaugurar el alumbrado público, el teléfono y una escuela primaria grande y vistosa.

Según el censo de 1970, en San José vivían 3765 habitantes. Nacían al año 160 niños. Muchos jóvenes entraban por temporadas al país de los güeros o se iban definitivamente a la metrópoli o a Guadalajara en plan de comerciantes. Poca gente de fuera aspiraba a vivir en San José. Si le ponemos nombres rimbombantes a la población josefina de hace 25 años debemos decir que era una comunidad exigua, de alta fecundidad y expulsora. La gente de las rancherías de su jurisdicción era igual en número a la de San José, tan fecunda como la del pueblo, con poco espíritu agrarista y muchas ganas de pasarse al otro lado.

En aquel entonces la población que se dedicaba a actividades productivas eran cosa de mil quinientos, sin contar mujeres, pues las dos mil y pico de mujeres en edad de trabajar trabajaban todo el santo día, pero en labores hogareñas: hacer la comida y el aseo de la ropa y del hogar; cuidar de los niños, de las plantas y de los animales caseros; zurcir y otros quehaceres que no se contabilizaban. Había pocos varones desocupados por necesidad y un poco más sin empleo por culpa del alcoholismo y de la pereza. En la región, los josefinos tenían fama de trabajadores. Un millar era miembro activo del sector primario; cosa de ciento cincuenta de un modestísimo mundo industrial, y dos centenares y medio, pertenecían al sector terciario por su calidad de comerciantes, transportistas, empleados del gobierno y de la iglesia. El principal negocio era la explotación del ganado bovino y pasaba por un buen momento la avicultura. Todos eran parvifundistas, que además de vivir de la leche de las vacas, las *carnitas* de los cerdos y los *blanquillos* de las gallinas, se lucían

en caballos de lujo bien hechos a la rienda. La principal rama de la industria era la fabricación en pequeña escala de dos o tres variedades de quesos y de algunas cremas y mantequillas. Ocupaban un lugar distinguido como industriales, media docena de maestros albañiles, un par de hacedores de jorongos, otro par de panaderos y las queserías caseras.

En 1968 escribí: "Al gobierno de la República y del Estado se le odia, se le teme, se le respeta y se procura tenerlo grato. Casi siempre se le achacan los males... Nadie cree en su origen popular... La gran mayoría se abstiene de votar". La actitud de repudio al gobierno y a la ley parecía originarse en el individualismo propio de la población ranchera que también era proclive a devaluar al prójimo por medio de rumores y chismes; a ser muy susceptible frente a la opinión ajena; al encierro en la vida privada, a la repulsa del quehacer asalariado y al temor al ridículo. Como quiera, nadie podía poner en duda el matriotismo de los sanjosenses.

La cultura ranchera de San José provenía en primer término de la crianza recibida en el hogar y de los cursos de catecismo y los sermones que se impartían en el templo; en segundo lugar, de las escuelas denominadas de las madres, de Enrique y del gobierno; en tercer lugar de la radio y la televisión y el cine que comenzaban a entrometerse en la vida hogareña, y por último, en los viajes a México y a gringolandia. Como se atribuía un libido adulto a los niños, entre los varoncitos y las mujercitas se alzaban muros de incomunicación. Los novios platicaban por minúsculos agujeros que se hacían en las paredes. Era tanta la pudibundez que a los huevos se les llamaba blanquillos. Ser mortal era antes que otra cosa ser casto, y nadie podía decir del común de los varones que eran morales. La mayor parte de las creencias provenían del enorme depósito dogmático de la iglesia católica. El prestigio de las proposiciones mágicas y científicas, era mucho menor que el de los dogmas religiosos. La religión seguía siendo la fuente principal de la buena conducta, de la sabiduría, de las artes y de la sana diversión. Sólo podían parangonarse a las fiestas religiosas de todos los días, y sobre todo, las de 19 de marzo y de Navidad, con las charreadas que tanto impulsó el padre Federico. En 1968 ya se habían dado los primeros pasos hacia la laización y la modernidad, pero a partir de esa fecha se apresuró el paso hacia otro estilo de vida.

En la segunda parte del segundo libro que quiero dedicar a la

comprensión de mi circunstancia más entrañable trataré de ver cómo y por qué mi gente cambió algunas costumbres viejas por otras de nuevo cuño. Quiero referir como se dio en San José de Gracia

El brinco de la vida rural a la urbana,

de qué manera se pasó de aquel mundo relativamente bucólico, que no confortable, al actual tan urbano y comodino. Proyecto ver al menudeo, al través de anécdotas representativas, con el mínimo de rollos teorizantes, las transformaciones microgeográficas, las cicatrices que motosierras, motoconformadoras y otro tipo de motores en boga le han hecho al paisaje josefino. Voy a referir las astucias del Dr. Ruiz Arcos, entonces presidente municipal, para obtener de la Secretaría de Obras Públicas los caminos de terracería que desde hace veinte años unen a San José con sus ranchos. Contaré de que modo Serafina agregó al par de templos existentes el santuario de Guadalupe y el cura Moreno hizo crecer y achaparrarse al templo parroquial. Diré cómo corrigió el entuerto, como les puso piso de calles de ciudad, de qué manera aumentó el alumbrado público y el agua potable don José Partida y su equipo de colaboradores. Procuraré no ser aburrido en el relato de la construcción de media docena de edificios escolares y de qué modo las parejas jóvenes, asesoradas por arquitectos de aquí mismo hicieron casas sin patios, techumbres lisas y de dos o más niveles.

Aunque se redujo notablemente la producción de niños (pues sólo en el lustro de 1973 a 1977 esa producción bajó de 547 bebés al año a 258), el número de habitantes de San José fue en aumento. En 1980 eran 5802, dos mil más que diez años antes y en 1990, 7242, el doble que en 1970. En los últimos veinticinco años no ha cesado la salida hacia el emporio metropolitano y California, pero al mismo tiempo San José se ha convertido en punto de atracción para los rancheros de la circunvecindad, para los decepcionados de la metrópoli y de las plantaciones norteamericanas, y para un número de albañiles y otros artesanos de los pueblos que se dicen indígenas. San Pepesburgo, como se le llama en broma, por medios muy dignos de contarse, aumenta su contingente de adulto y viejos, disminuye su producción de bebés, crece el número de los que se autonombran raza de bronce y se contrae la estirpe de los bigotones descoloridos.

Pese a ser la historia económica la más desangelada y difícil según

mi gusto y competencia, prometo averiguar pormenorizadamente el porqué y el cómo muchos josefinos abandonaron el negocio de la ganadería no obstante haberse fortalecido con la llegada de toros holandeses, si los que conservan la factura fresca, médicos veterinarios y otros impulsos para el quehacer tradicional de la gente de estos lares. Baisnée escribía en 1982: "Después de un proceso de intensificación lechera, la economía agropecuaria se encuentra en un momento de cambio". Un buen número de rancheros cambió la tarea primaria de ordeñar bovinos por la secundaria de hacer quesos, cremas y yogurts en cantidades industriales. Hacia 1980 Arteaga abrió un taller de adornos para novia, y en los años siguientes, muchos acudieron a la industria llamada de los azahares. Tampoco han cesado de abrirse talleres que moldean el hierro, la madera y el vidrio. Si las tiendas de todo como la de Juan Reyes han venido a menos, las especializadas en ropa, zapatos, videocartuchos, medicinas y cometungas han proliferado. De solo existir la fonda de Chole para camioneros y estudiantes, se ha pasado a una docena de lugares para comer sabroso, sin contar cazos de chicharrones, menuderías y fritangas callejeras. En los últimos veinticinco años no cesa de aumentar en números relativos y absolutos la población industriosa y la que presta servicios. Antes no se conocían otros banqueros fuera de los sentados en las bancas del jardín central, pero de unos años a esta parte han aparecido los gerentes y las empleadas lucidoras de dos bancos que se disputan una clientela cada vez mayor de ahorradores. Antes había muy pocos maestros además de los de obras. Hoy pasan del centenar los que enseñan en las escuelas primarias, secundaria y preparatoria. De un policía se pasó a veinte que cuidan ya de la seguridad de toda la población, ya de la vida y la bolsa de algunos pesudos.

Las armas y la valentía de los rancheros han perdido significación en la nueva sociedad. En los últimos veinticinco años tendió a la baja el número y el buen nombre de los rancheros y de los valientes y al alza de médicos, arquitectos, educadores y gobernantes. Los encargados de la salud humana, los "doctores", pasaron de uno a siete, y de sólo tener el prestigio del curandero o la partera a la adquisición de una fama comparable a la del cura. También se pasó de una ausencia total de veterinarios de los que se decía que eran incapaces de distinguir las vacas de los toros y los bueyes, a la frecuentación de seis peritos en enfermedades del ganado. Los profesionistas de las dentaduras que vinieron a suplir a

un sacamuelas y a un dentista esporádico visitante son ocho odontólogos residentes. El número de maestros se multiplicó por seis y no pocos de los venidos del 68 para acá lucen un título universitario.

El 30 de diciembre de 1967, a petición de muchos vecinos de la Tenencia de Ornelas, decretó el establecimiento de la municipalidad de Marcos Castellanos, tan amplia como la tenencia y con sede el cabildo en Ornelas como les gustaba a los políticos llamar a San José en honor de un héroe del Segundo Imperio que al frente de tres mil valerosos mexicanos fue derrotado por cuatrocientos cobardes franceses e imperialistas de acá. A partir de mediados de 1968, San José tuvo presidente municipal, un creciente número de empleados municipales, y en vez de un policía tuvo sucesivamente dos, tres, cuatro, cinco, seis y más guardianes del orden. Dos gobierno municipales, el encabezado por el médico Daniel Ruiz Arcos y el industrial José Partida, se distinguieron por el dinamismo, por las innovaciones introducidas. Junto al ocaso de los patriarcas se dio el de los sacerdotes. A medida que aumentaba la educación en los nuevos planteles escolares y que la radio y la tele extendían sus tentáculos, bajaba el influjo de los sermones dominicales y los consejos y las consignas de los dos últimos párrocos. Disminuyó año con año la asistencia a las pláticas cuaresmales o "ejercicios", así como las visitas al templo, salvo en 1985 en que hubo un brote religioso que se llamó oficialmente Renovación en el Espíritu Santo.

En la tercera parte de este libro que quizá se llame ciudad en flor le echaré ganas al dibujo y la pintura, a la foto a colores, o en término mas propio a la descripción de la incipiente vida urbana del que fuera pueblo en vilo y quizá llegue a ser, si no metrópoli, ni Itálica famosa, ni carrefour del mundo, ni puerto de mar, sí la urbe menuda y ecológica, la

Ciudad en cierne

que ya es sin los humos, los olores desagradables, las miradas torvas, los asaltos y la inhumanidad de las urbes con exceso de hombres. Describiré, auxiliado por mi inspección semiocular, mi charla con los paisanos, las descripciones cuantitativas del último censo y los flachazos de periodistas, visitantes y sociólogos, a San José de Gracia en este año poco agraciado de 1993. Anotaré con gusto las circunstancias naturales que los paisanos no han conseguido deteriorar: sus lomas y el cerro de Larios, sus barranquillas y la profunda cañada del río de la Pasión, su

temperatura fresca y sin grandes oscilaciones, sus tormentas casi siempre fecundantes, sus sismos de risa, y la transparencia del aire. Deploraré las espumas y otras suciedades que arrastran hoy ríos, arroyos y zanjas. Quizá sugiera el desarme, la destrucción de motosierras y carabinas que derrumban árboles y dejan sin resuello a los animales otrora apapachados por San Francisco de Asís. Diré sin gusto y sin tristeza que el caserío de San José de Gracia cubre ya un kilómetro cuadrado de la falda occidental del cerro de Larios; ha construído, a costa de su vecindario, mil quinientas viviendas. Ahora posee el doble de casas que en 1968. Las últimas viviendas, por regla general, tienen el doble de altura de las tradicionales. Con pocas excepciones, las viviendas de antes y de ahora, presumen los servicios de agua entubada, drenaje, alumbrado eléctrico y gas de cocina. Brillan por su ausencia los edificios de apartamentos, las vecindades y las casas en serie de interés social.

De los 7242 habitantes de San José, el censo de 1990 registró 2270 hombres y 3872 mujeres. El número de la población femenina, tan grande frente a la del sexo contrario, quizá se deba a la fuga temporal de muchos varones hacia los Estados Unidos, que no al fenómeno de la decadencia del "machismo" como actitud. Aunque el temor de ser mandado por las mujeres tiende a la baja, aunque las actitudes prepotentes de los hombres se han vuelto ridículas, se está lejos del matriarcado.

Si ustedes me lo permiten les endilgo otras características generales de San José en 1993. Poco más de la mitad de la población de doce años para arriba está casada por las dos leyes. Unicamente 142 sólo ostentan matrimonio civil, y no llegan al medio centenar los arrejuntados sin permiso del cura o del juez. El censo les llama uniones libres como si las demás fueran forzadas. El número de divorciados es apenas de 201 pero suman el doble los que le dijeron a su pareja que iban a la tienda a comprar cigarros y no han vuelto. Para los tiempos que corren, los matrimonios josefinos son muy estables, bien avenidos y fecundos. Ninguna de las parejas jóvenes aspira a competir con la de Angelita y Luis Humberto; con todo, si quieren tener dos o tres hijos. Ya sólo 114 parejas ha procreado más de doce hijos, pero suman 250, las que tienen siete u ocho. Algunos maridos siguen proclives al harem pero la maledicencia popular no los considera mayoría. Los arañazos entre esposos se vuelven noticia pública, y por lo mismo puedo asegurar que son infrecuentes. Por lo que toca a la familia, esta sociedad se ha ganado a pulso el título de familista.

Según eso, los padres se desviven por los hijos, las mujeres por los esposos, y las criaturas viven de los padres mientras están solteros. Mas allá de la familia nuclear siguen tendiéndose lazos hacia la gran familia. Como quiera, las relaciones entre los distintos grupos de una sociedad cada vez mayor y más heteróclita, son menos fuertes y cálidas que las de antaño. Fueron una excepción los saludos, abrazos y besos, que en forma tan entusiasta, a propósito del primer cumple siglos de San José, proliferaron en el pueblo en 1988. Esto ya tiene poco de gran familia y cada vez más se enrola en la especie de congregación de gentes de distinto origen y diferente empleo.

Según el último censo, de los 10412 habitantes del municipio, cosa del 80% es oriunda de él, pero una décima parte llegó de los pueblos cercanos de Michoacán y Jalisco; casi medio millar de la metrópoli, y otros tanto de las otras entidades de la República Mexicana. La mayor parte de los fuereños viven en San José. Muchos son artesanos. De los casi ocho mil habitantes de San José, un 43 por ciento son activos. De éstos, sesenta están desocupados. Un 21% sigue en labores agropecuarias; el 24% trabaja en el mundo nuevo de las manufacturas, y 9%, en la construcción. Ahora la mayoría de la gente presta servicios: 10% como comerciantes; 4% como funcionarios y en servicios públicos; 3% como choferes, y un número igual como empleados en restaurantes y hoteles; 2% son maestros y otro 2% empleados domésticos; 1% son profesionistas que trabajan por su cuenta, y los demás se dicen artistas, inspectores, oficinistas, ayudantes, policías. La mitad de la población económicamente activa es asalariada. Nadie gana menos de dos salarios mínimos. La otra mitad vive de pequeños negocios agropecuarios, talleres donde se confeccionan adornos para novias, fábricas y fabriquitas de queso y otros productos lácteos, talleres mecánicos, tiendas de todo como la de Juan Reyes y especializadas en ropas de mujer o en juguetes de niños, restaurantes, bares y dispensarios médicos.

Apenas ayer se inició el gusto por la política. En tiempos del régimen patriarcal se usaba como insulto la palabra. Una persona política era hipócrita y corrupta. Del régimen municipal para acá el hablar del gobierno y los gobernantes se les permite hasta los niños y las mujeres.

Cuando veo que los vecinos de San José mantienen el saludo con los que se cruzan en las calles; se levantan muy temprano para atender sus quehaceres; escuchan el toque de campanas; habitan en casas de

techos de teja; comen corundas, tamales, minguiche, enchiladas, jocoque, frijoles, queso, tortillas; se juntan alrededor de cazos puestos en muchas esquinas, donde se fríen los chicharrones y a los que entran y salen las manos de los clientes, pienso que San José de Gracia sigue fiel a una tradición centenaria. En los días de fiesta religiosos y civiles, las costumbres de antes vuelven a ponerse en escena. Las suertes charras que se practican con frecuencia en el lienzo charro, los desfiles de jinetes y chinas poblanas en los días conmemorativos, aluden a la cultura ranchera de antaño. Ciertas actitudes individualistas, los disparos al aire, las largas conversaciones alrededor de los antepasados y sus virtudes viriles, son otros síntomas de la fuerza de la costumbre.

Cuando veo los centenares de niños que desde muy temprano acuden a tres escuelas primarias y los centenares de adolescentes que día a día asisten a la ETA 37 y al Centro de Bachillerato; a las muchachas que recorren las calles pueblerinas en ruidosas motonetas; a los jóvenes que transcurren por el pueblo a los caminos de tierra del rumbo en una gran variedad de automóviles; las frecuentes ráfagas de ruidos mecánicos; las antenas parabólicas, el televisor en casi todos los hogares y las mujeres sentadas que ven antiguas películas y telenovelas de moda que transmiten los canales de la televisión; los hombres que sudan en las canchas de basquet y futbol; las parejas que se quitan mutuamente el frio con roces antes sólo permitidos a los casados; las mujeres que discuten tan acaloradamente de política como los hombres; la preocupación nunca vista por la salud y la buena figura del cuerpo; el relativamente poco interés en los asuntos del alma y en las vidas ajenas y otras cosas que prometo tratar al detalle en el segundo libro sobre mi terruño me hacen pensar que éste ha dejado de existir, que el antiguo pueblo de San José de Gracia tiene muy poco que ver con la nueva ciudad.

Si el maestro Alvaro Ochoa, incansable y perito organizador de este coloquio hubiera permitido a los ponentes más de media hora de güiri-güiri, mi amable auditorio habría corrido el riesgo de que le endilgara otras muchas noticias acerca del pueblo en vilo que se quedó atras, sobre las mudanzas recientes de la sociedad josefina y a propósito de la fisonomía de San José en 1993, de una ciudad en flor o en cierne que presume de ser si no la más joven y más pequeña del mundo, una de las de menos años y menos populosa que hoy recibe a tantos y tan distinguidos visitantes con un saludo de fuerte sabor ranchero.

Autoridades en la formalidad acostumbrada

LA RUEDA DE LA FORTUNA

Luis González y González, inventor y contradictor del vilo de un pueblo

José Lameiras Olvera

1.- *A modo de introducción*

Del diccionario[1] he tomado dos acepciones para situar y situarme en lo que me propuse escribir sobre el contenido de *Pueblo en Vilo*, vía *El oficio de historiar*.

Una primera se refiere al término *en vilo* que, vehiculado simbólicamente, significa "suspendido, sin apoyo o seguridad; intranquilo, inquieto, impaciente...", otra es la de "contradecir", que el tumbaburros consigna como "llevar la contraria o desmentir lo que otro afirma; hacer o decir cosas en contradicción".

En la introducción a su *Pueblo en Vilo*, nuestro maestro Luis González escribe:

> Al que ama la historia del hombre entero y no tiene oportunidad de hacer historia de vastos panoramas, le queda como última perspectiva el que la institución patrocinadora de su trabajo le deje ser historiador de pueblo.

Esta consideración, por sí misma, me incitó a urdir este escrito con el ánimo de contradecir, no al significado que *la historia* de San José de Gracia tiene para su ilustre historiador josefino como un proceso de intranquilidad o de suspenso, sino a la imagen que se pudiera tener de la propia persona del historiador que declara no haber tenido "oportunidad de hacer historia de vastos panoramas", de haber tenido "como última perspectiva" "ser historiador de pueblo".

¿Se puede aceptar sin más que alguien que no tiene seguridad en sí mismo, que quien no fue socializado en una primera instancia familiar

[1] *Diccionario Enciclopédico*, Grijalvo, 1986, Barcelona.

en la austeridad y una segunda comunal en la productividad pueda escribir sin apoyo, sin tranquilidad y sin paciencia?

¿Se puede ignorar que un historiador que en la cumbre de una conciencia, sapiencia y modestia se declare explícitamente como "historiador de pueblo", no lo sea implícitamente, a través de su obra, un historiador de lo universalmente humano?

En la línea de la contradicción, me parece que *Pueblo en Vilo*, desde el momento en el que cobró vida como obra historiográfica y antropológica, a veinticinco años de distancia resulta tanto una "historia del hombre entero" como "una historia de vastos panoramas"; ¿no la hemos visto dar vueltas al mundo porque revela y significa precisamente que...

> "Hay materia para la historiografía local... [que] mirada desde dentro es tan mudable como el vivir regional, nacional o mundial"?

Pocos antropólogos hemos tenido el privilegio de recibir lecciones tan vividas, tan internalizadas y tan trascendentes, como los que tuvimos contacto en la vida del aula, la cotidianeidad y la excepción con seres pensantes y demandantes como Luis González.

Mi generación fue, si se quiere, *una generación en vilo* en la ENAH --antes de "nosotros" todo fue, en cierta medida armónico; después, todo caótico. El meridiano crítico lo vivimos en el famoso y mítico 1968.

Mas aquella situación crítica nos pescó, contradictoria, inconsciente, pero preparadamente como "antropólogos e historiadores de pueblo". Una lista provisional, que por orden alfabético leo, fueron los curadores, los hacedores de nuestra honra, porque nos habían hecho pensar --quasi como psico-analistas-- ellos fueron Pedro Armillas, Guillermo Bonfil, Pedro Carrasco, Pablo González Casanova, Luis González y González, Wigberto Jiménez Moreno, José Miranda, Angel Palerm y Ricardo Pozas.

De toda esta retahila de patronos, sólo el maestro Luis González nos incomodó y nos demandó. Como buen juez nos hizo ver, desde entonces --ya en el espacio y el tiempo del Colmich (en la microhistoria de su microhistoria)-- la pedantería de las ideas y la expresión oral y escrita de los que consignamos --o tratamos de hacerlo-- los hechos, el conjuntarlos, asimilarlos y publicarlos, omnubilados por la citación de

la teoría que el lector común no comprende.

La incomodación la tuvimos cuando don Luis dijo que los antropólogos --o la antropología-- no era otra cosa que un apéndice científico de la historiología: ciertamente nos picó la cresta como buen gallo pueblerino ante el que los gallitos de ciudad quedábamos cortos.

Pero del enlistado de nuestros hacedores antropológicos ha sido el maestro Luis González quizá el más liberador y el más estricto con su ejemplo; si bien hay que investigar y procurar el conocimiento de la verdad hay que divulgar los resultados con buena pluma; el antropólogo como el historiador; los humanistas, como los científicos sociales han de ser buenos escritores. Cuando discutíamos los programas de nuestro Colmich don Luis nos conminaba a instar a los estudiantes a escribir sus trabajos con calidad de publicables, que fueran comprensibles para todo lector, que no se apegaran al lenguaje del "aquí entre nous" en el que incurren las camarillas.

Pueblo en Vilo es el ejemplo vivo de que no sólo hay que tener *El oficio de historiar*, sino *el arte de expresar*. Tal consideración me sirvió hace tiempo para hacer una reseña, precisamente sobre *El oficio de historiar*, para la Revista de Antropología de la Universidad de Yucatán. Tal reseña trataba de contrapuntear --quizá contradecir-- la reseña que a su vez hizo sobre el libro la Dra. Clara E. Lida (El Colegio de México, *Boletín Editorial* No. 21, Sept.-Oct. de 1989). Dado que mi reseña no se publicó daré lectura de algunas partes de ella que me parecen pertinentes para manifestar mi apreciación a la obra del maestro Luis González, apreciación que se extiende al conjunto de su obra, no sólo a *El oficio de historiar*.

2.- *Ya en materia*

Me parece que el capítulo I: "El historiador" y el IX: "Uso y abuso del saber histórico" son suficientes para comprender al autor y la obra. El capítulo VIII: "Modos de escribir y dar a luz" es en buena medida la materia principal de la presentación hecha por la Dra. Lida y en ella enfatiza *filiaciones y originalidades* de la prosa Gonzaliana, "con la absoluta conciencia de que, al hacerlo, estamos muy cerca del espíritu de síntesis de la tradición y la modernidad que anima a Luis González" (Lida, op.cit.: 17). Siendo intelectualmente atractivo comprobar la veracidad del juicio puede uno no estar de acuerdo en ciertas filiaciones y en todo caso en alguna falta de originalidad que se sugiere.

Me consta que *El oficio de historiar* se gestó en la enseñanza, en la "Introducción a la historiografía" impartida en las aulas. Luis González lo platicaba, lo figuraba y lo dibujaba en el pizarrón como una rueda de la fortuna, como un ciclo que comenzaba en el historiador y terminaba en él mismo. Materializados en el libro los conocimientos, técnicas, métodos, juicios y consejos, se presentan en nueve apartados -- nueve columpios o bancas de aquella rueda de la fortuna o, si se quiere, nueve caballitos de un carrusel. En cada uno de ellos no sólo se trata de un *modus operandi* para formarse o ejercer la historiografía, sino la relación de la vida y el tejido de experiencias que han de constituir la Cultura con mayúscula y minúscula de los historiadores como Luis González.

Esta rueda de la fortuna se activa desde un inicial "Plan de trabajo" y se vale de la energía que se enuncia al final de una bibliografía básica sobre Filosofía de la historia, Teoría del saber histórico, Historia de la historia, Métodos y técnicas de investigación histórica, Didáctica de la historia y Ciencias humanas y auxiliares de la historia.

3.- *Sobre "El historiador"*

Dije antes que me parece que los capítulos I y IX bastan para tener una idea del contenido del libro y sobre todo de la calidad de su autor.

Anticipando que los historiadores deberían reconocer a los viejos como padres de la historia porque por lo común recuerdan y narran acciones humanas y convierten "los recuerdos de sus proezas juveniles y adultas [en] ... discurso autobiográfico, y en algunas ocasiones memoria colectiva". Nuestro autor hace referencia al origen de la historiografía clásica y cómo desde la formalización del historiador se plantean diversos intereses en cuanto a la averiguación y análisis del pasado: el cómo de los hechos, sus conexiones causales, responder las preguntas del por qué y establecer las leyes que rigen los sucesos y la posible utilidad de la historia. De cualquier forma, advierte que historiador es aquel autor de "historias originales, no aquéllos que no hacen investigación ni producen libros de asunto histórico"(22); aunque se da el caso de "los disfrazados de investigadores para justificar el cobro de un sueldo" (*Ibid*).

Un enorme enlistado de cualidades que han de tener los historiadores, los riesgos a que se ven expuestos de no administrar bien su tiempo, su producción y su actualización incluye lo escrito sobre "El historiador". Al final de este primer capítulo, Luis González apela a la

concepción de Santiago Ramón y Cajal sobre la disciplina que ha de tener el historiador, los vicios que ha de evitar y "las condiciones sociales que favorecen o que perjudican al investigador, entre ellas la familia". Luis González lo comenta diciendo que "Sin embargo huele a viejo al referirse al matrimonio y la vida familiar".(43) Enseguida escribe el párrafo parte del cual irritó a la Dra. Clara Lida. Lo reproduzco completo subrayando aquella parte.

"Se puede ser investigador aún siendo casado y causa de numerosa prole. Si el cónyuge es intelectual, pero no de la serie histérica, ayuda mucho a su contraparte. Cuando los dos, o uno de ellos aman y persiguen el micrófono, los cocteles, las playas de moda, los deportes, los objetos de fayuca, el dominio de muchos idiomas, la vida en el avión o en el automóvil, los artefactos múltiples, las poses teatrales y el dinero de sobra, ninguno de los dos realiza una buena tarea de investigación científica. *El hombre que se casa con mujer hacendosa, que sabe guisar, coser, hacer el aseo y pulir niños, también podrá investigar de tiempo completo o casi.* El casi hace referencia a las distracciones que no necesariamente deben de ser poligámicas. Una manera ineludible de distraerse es el sueño. No menos necesarias son las comidas saludables y sabrosas, las caminatas a pie por lugares de buen ver y otros detalles de los que conviene hablar en un frívolo *Arte de vivir* para uso de historiadores y no en este peliagudo tratado de metodología".[2] La nota final de este párrafo redondea el mensaje de Luis González:

"No estaría de más escribir acerca de dónde debe vivir el historiador, con quiénes tratar, cómo dividir su tiempo, la manera de hacer dóciles sus apetitos, sus intereses, sus filias y sus fobias, qué y cómo viajar y otras minucias que pueden convertirse en enormidades si no se hacen conscientes a debido tiempo. Una obra así podría expresarse de modo irónico como las *Nueve cartas a un joven intelectual* de Don Alberto Salas, o muy en serio, como los antiguos tratados morales".

Es de extrañarse que en un análisis lúcido e imaginativo como el de la Dra. Lida no se halla comprendido plenamente el sentido del capítulo, particularmente el párrafo completo incluida su nota. Probablemente ello la indujo a calificar a Luis González como malicioso, travieso, burlón, lúcido, irreverente --lo cual comparto en parte-- sin

[2] Sí, la vida es realidad para Don Luis González, pero también lo es sueño, como para Calderón de la Barca.

reparar en el problema de la frecuente falta de naturalidad en la escritura, la ausencia de sensibilidad por el arte, las letras y la estética que señala la Dra. Lida elogiando la calidad más hablada que escrita de la prosa de Luis González. Pero lo que se lee llega a la intimidad, lo que se habla, se desparrama como la luz, no representa esa cierta obscuridad a la que hay que penetrar porque inquieta.

Quizá sería pertinente en este caso comentar las filiaciones y originalidades que Clara Lida hace del oficio y de la pluma de Luis González; pero parece serlo más referirnos al capítulo IX, y dejarlo para el final.

4.- *Del "Uso y abuso del* saber histórico"

¿Para qué sirve la historia? ¿La antropología, la sociología o la psicología para qué? ¿Siendo humanista o científico social y cómo se logra serlo en la realidad mexicana? Aparte de la zozobra que provoca el sentirse inútil para actuar prácticamente, después de extraer conocimientos del pasado y el presente, parece existir en el fondo de las conciencias de historiadores y científicos sociales la convicción de su utilidad pública, bien sea en el nivel moral, bien lo sea en el pragmático o bien lo constituye los encuentros políticos o estéticos que uno encuentra en ellos: no sólo la estética, también la poética nos dice mucho en el encuentro con *Pueblo en Vilo.*

Varios problemas se presentan sin embargo. Tanto los historiadores como los científicos sociales saben del poder potencial de su crítica a la par de las restricciones que el Estado impone a sus proposiciones. Parece que el aparato político muy pocas veces acepta tal cual los conocimientos e instancias a la acción pública que emanan de la academia y los investigadores.

Sin embargo, la "historia científica" sólo condicionalmente sirve para algo: "...es útil sin pretender serlo..., no aspira a dar consejos para la acción, [su]... fin se agota en la exhumación de las acciones humanas del pasado, sin otro propósito que el puramente cognoscitivo". Una otra consideración sobre la historia científica sigue en el texto de Luis González: aunque aquella tenga "como fin el conocer por el conocer, tampoco va a reemplazar, como creen algunos, las respuestas que han ofrecido hasta ahora para alimento del espíritu humano las ciencias naturales, la filosofía, la religión, la literatura y demás artefactos del pensamiento".

La utilidad de la historia va, no obstante y obstinadamente, más

allá de la cualidad, se aproxima a la praxis porque ha dejado la fenomenología hallada en el hogar y la objetivación necesaria al salir "in promtu" de aquella cáscara, y no deja de ser de alguna manera de interés para quienes encabezan ahora el Estado y los gobiernos postmodernos, por más que se arriesguen a ser tildados de "revisionistas". En el capítulo que nos ocupa de *El oficio de historiar* se lee "...aún cuando la historia académica nos deje de cumplir, las demás formas del modo científico de historiar seguirán siendo útiles. [Por tanto] la presuntuosa ciencia del pasado, en sus múltiples manifestaciones de historia general, económica, social, demográfica y de las mentalidades, no es una mera inutilidad. Es cada vez una mejor ancila --por no decir esclava-- de las ciencias sistemáticas del hombre. También ayuda a comprender mejor la situación social del ahora, y en esta forma, a orientarse en el futuro inmediato, pero quizá nunca llegue a predecir y manipular el porvenir como quisieran los atribulados dirigentes del mundo actual".

"La tela de donde cortar", lo histórico, es de una vastedad inimaginable pero atrayente. Esa vastedad da la dimensión de los rastros de pulgas postmodernos. Las herramientas, la tecnología del historiador se incrementan de manera similar, incluida la odiosa computación, becada pero no vocada. Los modelos explicativos, los juicios críticos, las filosofías de la historia; las teorías, metodologías e hipótesis siguen teniendo aceptación y vigor relativos para tejer lo historiográfico. La condición es su grado de filiación acrítica a "ismos" y recetario obtenido en los mercados del pensamiento y el poder (157).

Pero siendo todo esto cierto y aceptado por un maestro de la historia cuando se encuentra en el aula, cuando discursa en la academia o cuando escribe para la gran descendencia de Clío, no lo es tanto cuando se inspira en su espacio original, simple, humano y requiriendo más de un habla que de un lenguaje. Así, en conclusión, Luis González propone que la utilidad de la historia reside en su posibilidad de "...desenredar los líos en los que se meten los adultos" y "si es así, a la historia sin meta alguna distinta al mero conocer debe sacársela de los planteles escolares, ... y devolverla a la plaza pública donde se reúnen los adultos y los viejos deseosos de aplazar la muerte y aun suprimirla con la ayuda de los muertos". Por ello, precisamente por ello, la historia es vida y es una vida para Luis González.

Exhibida la calidad del primero y último capítulo de *El oficio de*

historiar, me parece pertinente ahora comentar la observación de Clara Lida que es visceral; hecha con el cerebro y el corazón, cuando no con el estómago como diría Luis González.

5.- *De parientes consanguíneos, afines e inventados o putativos*

No me cabe la más mínima duda que Luis González ingresó a la historiografía --y a *la historia*-- simplemente por haber nacido en San José de Gracia, un pueblo, ya no tan pequeño, que comenzó a serlo hace apenas 105 años con una docena de familias. Tampoco que es hijo de Michoacán --Sahuayo y Zamora fueron los progenitores espirituales de San José de Gracia--, luego de Jalisco; el joven Luis González y González recibió la gracia del bautismo intelectual en Guadalajara, y de ahí pal real. Poco más de tres generaciones bastaron para que un hijo único, Luis González, tomara conciencia de *su* historia y de *la* historia. Creo (porque no lo sé ni lo conozco, como demandaría Luis Villoro) ahí empezó la vocación de Luis González. Luego se adendaría su experiencia en la milicia y en la Universidad Autónoma de Guadalajara. Luego lo demás: la ciudad de México y París.

Hasta entonces el joven Luis González no había pasado plenamente los más altos niveles de la socialización --o la enculturación. A ellos llegó en su madurez, en la época de "los ismos", cuando urdió su *Pueblo en Vilo*; en los sesentas, cuando logró no sólo ser vocado, sino becado.

Tampoco me cabe duda de que para entonces Luis González había digerido --no sólo leído-- a una lista interminable de autores historiadores, literatos, abogados, antropólogos, sociólogos, *filósofos*, economistas, politólogos y todólogos; con *Pueblo en vilo* Luis González logró la cima, la superioridad; con *El oficio de historiar* la sima; la interioridad. ¿Sería en la forma contraria?

Me parece que estos pueden ser los parámetros más precisos para un juicio a Luis González.

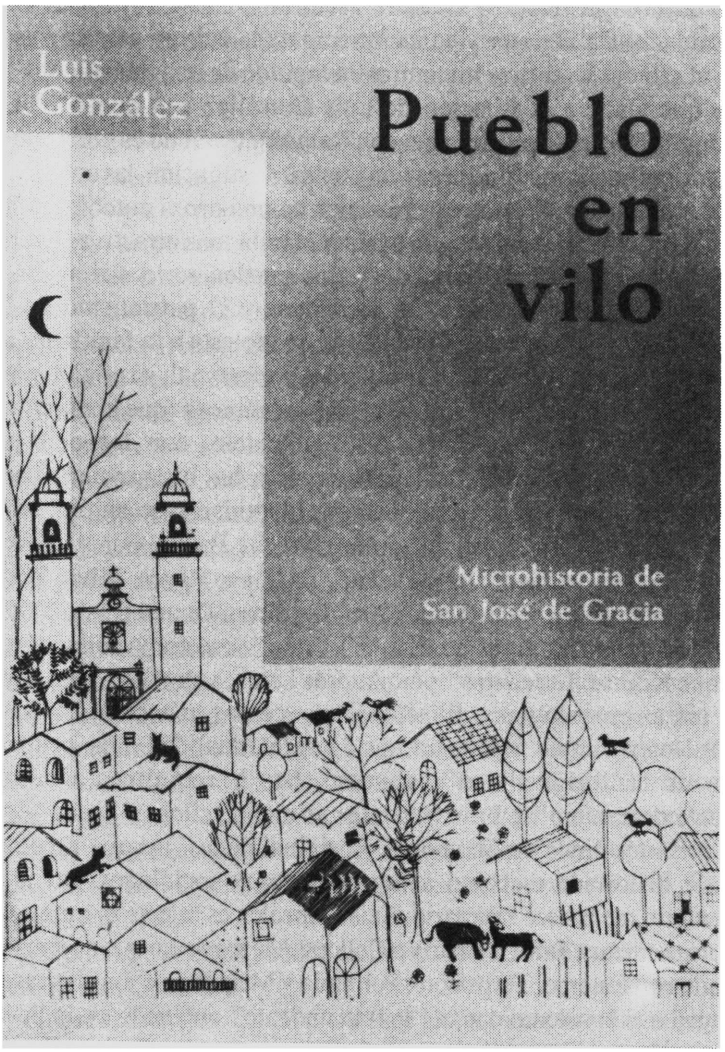
Filiarlo con Marc Bloch puede ser justo, siempre y cuando se le tome como pariente afín --Bloch y González y González pretenden a Clío--, le dedican interés a la historia rural, a concebir una historiografía ligada con otras ciencias sociales y a enseñar el oficio de concebir y escribir historia. Filiarlo con Unamuno, con Ramón y Cajal y con Machado, a condición de que tal asociación se refiera a la ternura por el terruño y la vida de provincia, a la exaltación del paisaje, a la tendencia

a lo autobiográfico, al acuñar términos cuasi crípticos como "infrahistoria", al amor y conocimiento de la cultura clásica y, sobre todo, al saberse y sentirse miembro distinguido de una generación. Esto en lo que atañe a la filiación de Luis González con don Miguel de Unamuno. La que se puede hacer con Ramón y Cajal no es precisamente un cierto ser misógino, sino la pasión por la investigación, las condiciones de ser profeta en su tierra, y la sencillez de una prosa autobiográfica.

La filiación con Antonio Machado es la más atractiva. Fuera de cualquier juicio de originalidad --todos pueden serlo sin negar una filiación cultural-- la integridad ciudadana y el patriotismo de Luis González, su gusto por una soledad que no molesta a la familia ni a los que le rodean, su inclinación a la ética del profesional; su afición por los viejos, el tiempo y la política, o su conducta amorosa (que también suele ser visceral) permiten filiarlo, distinguiéndolo, con los personajes propuestos por Clara Lida. Esto, para ser justo, hay que asociarlo con los que el propio Luis González encuentra identidad o se autoidentifica: Benavente, Ortega y Gasset, Marañón, Azorín, Palma, Pérez de Ayala, Díaz Plaja, Pago Chico, Valle Inclán ... Alfonso Reyes, Silvio Zavala, José Gaos, José Miranda, Arturo Arnaíz y Freg, Daniel Cosío Villegas o con los que están en el proceso del "don": Héctor Aguilar Camín, Enrique Krause, Lorenzo Meyer, Andrés Lira... y muchos otros. En fin para trazar genealogías o filiaciones parecemos más complicados los antropólogos, como relativizamos la individualidad nos ocupamos mejor de la "originalidad"; si acaso, ésta la remitimos al término "agente de cambio" y Luis González es uno de ellos.

En términos de filiaciones y originalidades, las que preocupan tanto a historiadores como a antropólogos y sociólogos, un último comentario me parece necesario: Luis González es selectivo; ama a Clío, pero no desdeña a Talía, a Erato y a Calíope. Me sospecho que no simpatiza del todo con Euterpe, Terpsícore, Polimnia y Melpómene. La aberración a la tragedia, a la solemnidad, a "lo trascendente" que no lo es, lo llevan a pensar y a escribir como lo hace: Luis González es San José de Gracia.

Jacona, Mich.
Sábado 19 de diciembre de 1992.
Día de San Adán



La primera aparición (1968)

MIS LECTURAS DE PUEBLO EN VILO

Hira de Gortari Rabiela
Instituto Mora

Una primera lectura

Leí por primera vez el libro años después de su publicación, quizás por estar demasiado absorto en terminar mi tesis y también porque vivía con un gran desaliento después de la tragedia del 68 y que en mi caso adquirió rasgos personales muy dolorosos por la detención de mi padre y su encarcelamiento por más de dos años. Eran días fuera de México ya que había decidido salir con mi mujer y durante los cuales queríamos saber poco de nuestra tierra, ya que buscábamos huir y escapar de recuerdos todavía demasiado presentes y opresivos.

Había un clima, que me sería difícil de catalogar, pero que no era cálido, sino espeso y denso, porque así habíamos quedado después del 68 y en nuestras conversaciones había -entre otras cosas- la certeza de que queríamos reconocer otra historia distinta a la oficial que había servido para justificar la represión.

Estábamos -muchos de nosotros- hartos de las explicaciones oficiales y en particular de la historia de los grandes patriarcas. Queríamos una historia de gentes vivas y creíbles, tal como imaginábamos debería de ser la historia. Y que contribuyera después del movimiento de 1968 a explicar la crisis política y de conciencia en que estábamos inmersos y que en mí y varios compañeros de mi generación nos trajo un profundo escepticismo, el cual -quizás- nunca nos dejará.

Fue necesario un periodo de reconciliación con el país que sentíamos nos había tratado injustamente y para lo cual tuvo que pasar el tiempo, pero también fue indispensable recuperar una identidad seriamente trastornada después de la violencia ejercida por el poder público contra los estudiantes en su mayoría románticos, como nos definía el maestro José Miranda en nuestras largas e inolvidables discusiones en su seminario del Colegio de México.

Durante esos años tan dolorosos en los cuales perdimos muchas

ilusiones, el panorama para muchos parecía cada vez más incierto, el volver a la historia, así fuera como proyecto, resultó fundamental para reconciliarnos con nuestra existencia.

Las lecturas cobraron un sentido existencial -tal como nos le enseñaba con paciencia y ejemplo cotidiano el maestro José Gaos- y entre ellas tuvo un lugar destacado el trabajo del maestro González. Era recordar el pasado-nuestro pasado-desde tierras tan lejanas, como era París donde vivíamos como becarios.

Su lectura me fue reconfortante y la sentí de entrada familiar, ya que me recordó lo que cada uno trae de las tierras mexicanas y para mí cobró una fuerza inusitada al estar en el extranjero y me sirvió como referencia, pero sobre todo como salvaguarda para mantener la cohesión interna frente a la ansiedad que se vive hasta los huesos cuando se está tan lejos de casa. Recobré de golpe muchos de los recuerdos que flotaban en nuestros hogares, las pláticas de padres y tíos y de los amigos de la familia. Era parte del pasado que traemos y cargamos pc ,eneraciones.

¿Cuántos de nosotros no habíamos soñado y traíamos en la memoria a nuestro pueblo ancestral? En mi caso el de mis abuelos. Recobraba -así fuera fugazmente- mi infancia en imágenes, olores y aventuras de un pueblo entre mítico y real que guardaba y guardo celosamente entre mis recuerdos más preciados.

Gracias a don Luis logré volver a recuperar la atmósfera de una infancia pueblerina, aunque vivida desde la ciudad de México. La recordaba durante el año después del regreso de las esperadas vacaciones escolares que pasaba en el pueblo de los abuelos maternos en la tierra caliente colindante con Michoacán.

Así, en la lectura de San José caí rápidamente en la cuenta, que lo importante tenía otras características y muchos acontecimientos centrales de nuestra historia adquirían una dimensión relativa y que coincidía con lo que habíamos empezado a vivir en carne propia. El mundo se hacía más ancho, pero también más vivo y cercano, así como más diverso. Para mi generación era cada vez más patente el valor relativo de las cosas, ya que desde entonces las verdades absolutas hacían crisis.

Leía la historia de San José de Gracia ávido de encontrar vida, sentimientos y seres humanos y los encontré. Se dibujaban y adquirían vida. Estábamos tan urgidos de saber que la vida tenía sentido ante la

brutalidad de la represión que nos había avasallado y que se reflejaba en el ánimo, ya que muchas cosas habían perdido sentido.

Viendo hacia atrás, ahora me es claro, que era necesaria una reconciliación con algunos de mis sentimientos más entrañables como son los de pertenencia a un país, a una tierra, pues me sentía profundamente lastimado y necesitaba recobrar un país que estaba conformado por tantos Méxicos más allá del que se había perdido con el autoritarismo oficial.

Así, en una primera lectura, me quedó en el ánimo el recobrar sentimientos e historias que no sólo eran de San José, sino de muchos de nosotros y que *Pueblo en vilo* me los había enriquecido.

Una segunda lectura buscando los secretos

Entre mi primera y segunda lectura de *Pueblo en vilo* hubo un lapso de varios años. La primera como relataba tuvo -y aún se mantiene- un carácter intimista muy cercano a la búsqueda y recreación de mis orígenes. En una segunda lectura pude preocuparme por rastrear y apuntar con mayor seguridad y conocimiento de causa algunos de los aspectos principales de la arquitectura y estructura, diseñada y construída por el maestro González.

Su punto de partida -como todos sabemos- fue el rastrear y poner por escrito una historia, la de su pueblo natal, pero con los ojos y la cabeza de un historiador profesional profundamente encariñado con su terruño, sus gentes y su cultura. Menuda tarea que rompía con las reglas que marcaba el positivismo -todavía con fuerza por esos años- que propugnaba por una historia limpia de cualquier sospecha partidaria o simpatía reconocida. O la otra alternativa de historiar ideas de relevancia universal generadas por las élites culturales y políticas. No faltaban -y habría algún día que hacer un recuento a conciencia- las posibilidades de interpretaciones siguiendo al pie de la letra escuelas de pensamiento como el marxismo, que enfatizaban el análisis de grandes trechos de la historia.

El camino que siguió el maestro González fue más complejo y heterodoxo para el ambiente reinante, ya que le interesaba recrear en la forma más amplia posible, toda la historia, aún en sus expresiones más nimias como él mismo nos relata.

Para lograr concebir un trabajo semejante y llevarlo a feliz

término había detrás una amplia formación intelectual y horizontes y vivencias más allá de nuestras tierras y que le sirvieron como pista de lanzamiento. Cuando escribió su libro tenía 42 años y aprovechó un año sabático -un buen ejemplo para todos- contaba ya con la experiencia de otros trabajos historiográficos y un acercamiento directo con historiografías como la francesa producto de su estancia por aquellos lugares, por lo que ciertas intuiciones y su interés por la geografía, el paisaje, la gente y su entorno los había cultivado con tesón, tanto por sus vivencias cotidianas como por sus propias reflexiones intelectuales, resultado entre otras cosas de su interés por la filosofía de la historia y en particular por el enfoque filosófico existencial y el transcurrir del hombre siguiendo las lecciones del maestro Gaos sobre el ser y el tiempo de Heidegger.

En el terreno del método en *Pueblo en vilo*, además de los rigores indispensables como parte fundamental del trabajo del historiador, es necesario valorar la imaginación y el estilo literario como instrumentos esenciales del trabajo histórico, tal como los puso en práctica el maestro González al buscar con imágenes reproducir los testimonios colectivos y que a manera de ejemplo, reproduzco uno referido a la aurora boreal:

> "Esta de 1861, comparada con lo que se decía de aquella, no fue menos maravillosa y tremebunda. Se vió en las madrugadas, al final del año, hacia el norte. Distaba mucho de ser la luz sonrosada que precede inmediatamente a la salida del sol. Las danzantes luminiscencias vistas en el cielo se asemejaban a la lumbre emanada de los lugares con tesoros ocultos, pero su enormidad infundía zozobra. Eran como si se hubieran juntado a bailar todos los fuegos. Aquello parecía un combate en el que San Miguel y sus ángeles lanzaban rayos, centellas y bolas de lumbre contra el ejército de los demonios". ([1])

También en el lenguaje logró reproducir sensaciones vitales resultado de palpar el vivir cotidiano y que se traducen en imágenes como

[1].- Luis González, *Pueblo en vilo, Microhistoria de San José de Gracia.* México, El Colegio de México, 1968, p. 93. No quisiera dejar de mencionar que la primera edición fue cuidada por el autor, Jas Reuter y Raquel Rabiela, mi madre fallecida hace menos de un año.

cuando se refiere a la música para hacernos patente el silencio, como una parte de la existencia, hoy tan lamentablemente perdido en muchos pueblos de México invadidos al igual que las ciudades por la televisión y el radio. Escribe:

> "Pero todas las músicas eran excepciones al silencio: eran la ventana de una vida habitualmente silenciosa. De allí su fuerza y su virtud". (2)

Respecto a las fuentes además de las obvias, siempre me quedó grabada en la memoria las innumerables posibilidades de éstas y así me quedó muy presente -por ejemplo- el uso de las cuentas del mercado de su madre, tan es así, que guardo las de mi casa con la esperanza que algún día sirvan como parte de un estudio, pero también y quisiera enfatizarlo, el uso de los testimonios orales hoy tan en boga.

Con todos estos instrumentos y el más importante la entrañable querencia de ser hijo de San José, el maestro González se dió a la tarea de oir, platicar, recolectar y finalmente escribir desde un cuarto en San José de Gracia desde donde:

> "...se divisan el panorama de los techos de teja, las torres de la parroquia, el jardín, la montaña de Larios y el cielo azul desde que renacen cada día. Junto y escribo en el sosiego de la madrugada; de las cuatro a las nueve. En la tarde, Armida toma las hojas escritas por la mañana; corrige deslices, propone enmiendas, mete mano en todo lo que considera indispensable y se pone a teclear". (3)

El interés por la cultura

Quisiera en esta ocasión hacer pocas alusiones al carácter innovador de *Pueblo en vilo* en la historiografía mexicana y más allá de nuestras fronteras y en particular en la historiografía regional y local, ya que mucho se ha dicho y con razón.

En esta ocasión quisiera referirme a otra cuestión o como hoy se

---

2.- *Ibid.*, p. 146.
3.- *Ibid.*, p. 24.

ce, hacer una lectura distinta. Releyendo el libro caí en la cuenta -y espero ser atinado- el profundo interés del maestro Luis González por el estudio de la cultura en el sentido más amplio -alguien la llamaría- cultura popular, pero lo notable es haberlo llevado a cabo desde hace dos décadas y media. En un enfoque que tendría muchos ojos de antropólogo o porque mejor no, de etnohistoriador, pero de aquel que se preocupa por el devenir y el cambio en la cultura de una comunidad durante un largo periodo histórico y que en realidad se resume en un historiador de altura.

Lectura, que en el estudio de la cultura en una perspectiva histórica actualmente nos parece esencial, bástanos recordar -por ejemplo- el interés que han despertado los trabajos, algunos de ellos pioneros de fines de los años treinta de Norbert Elias, es indudable entonces que nos preocupa inquirir acerca de cómo han vivido las gentes, cómo eran, en que creían, cómo se comportaban, y romper con esas masas anónimas a las que se fue tan afín y que no eran más que conceptos vacíos de contenido.

Empero, interesarse hace 25 años como historiador y en particular de la cultura ranchera, pueblerina y de una comunidad del occidente de México era poco común en el gremio de los historiadores y más aún en un país donde el centralismo era y sigue manteniendo una presencia considerable, por lo que mostrar la pluralidad de nuestra historia y en particular de sus contenidos culturales diversos a partir de una historia del terruño fue y continúa siendo un mérito sustancial.

Gracias a ese enfoque, se perfiló un retrato con matices y colores que contrastaban con una sociedad y una cultura urbana en plena expansión que ya amenazaba con su inmensidad y su imperialismo y que empezaba a ser patente la imposibilidad de abarcarla con una mirada.

Regresando a San José, la gente y los personajes principales -porque los hay- aparecen en escena y se les trata de retratar buscando que aparezcan como eran, es decir, de carne y hueso, por lo que comen, creen, se pelean, tienen amores y desamores. Es en fin, una historia a escala humana, un microcosmos lleno de riquezas hasta entonces poco exploradas por los historiadores. El mismo Luis González nos advertía:

> "...se ha intentado referir la historia global de San José. Se enfoca la vista hacia todas direcciones: lo durable y lo efímero, lo cotidiano y lo insólito, lo material y lo espiritual. Se hace un

> poco de todo: demografía y economía retrospectivas; se tocan varios aspectos de la vida social (la familia, los grupos y las clases, el trabajo y la ociosidad, la matonería y el machismo, el alcoholismo y el folklore). Se ha logrado establecer la serie completa de vicisitudes relacionadas con la propiedad del suelo. Aunque la vida política ha sido débil, no se excluye; se trata ampliamente la actitud antipolítica y uno que otro coqueteo del pueblo con la vida pública. Se describen también las peripecias militares. No se desaprovecha la oportunidad de referir combates acaecidos en la zona o en los que haya tomado parte gente de San José... No se pudo hacer para todas las épocas una exposición de las ideas, creencias y actitudes respecto a lo exótico, la naturaleza, la historia, la vida, la muerte, el dinero, lo confortable, la modernidad y la tradición. Tampoco fue posible emprender una historia completa de los sentimientos colectivos. No cabe duda de que es más fácil rastrear las vicisitudes materiales que las psíquicas''. ([4])

Su interés por la cultura también estaba ligado estrechamente a una perspectiva social, es decir, estudiar y analizar la sociedad josefina, su organización familiar y costumbres, el respeto a los ancianos, el lugar de los hombres, mujeres y niños, así nos describe:

> ''La organización familiar era regida por el abuelo de barba cerrada y blanca. Por encima del gobierno de los ancianos no había nada, salvo la esporádica intromisión del sacerdote distante. Entre las veinte familias grandes podía haber rivalidad, pero lo común eran las relaciones cordiales sancionadas por la institución del compadrazgo. Lo normal era que los miembros de una familia viviesen en la misma ranchería. Los padres tenían la obligación de hacer ''muy hombrecitos'' a los niños y ''muy mujercitas'' a las niñas. Al llegar a la adolescencia los varones ya habían aprendido de sus padres y las mujeres de sus madres, todo lo que hacía falta saber para vivir''. ([5])

---

[4].- *Ibid.*, p. 17.
[5].- *Ibid.*, p. 86-87.

Cultura que estaba elaborada a partir de una

> "...existencia libre, semibárbara, alegre, igualitaria, [que] hubiera sido idílica, sin el sentimiento de la zozobra, sin el temor a los malos espíritus, a la "seca" anual que arrasaba con el ganado, a las sequías decenales, a las heladas tempranas y tardías, a las pestes, al dolor de costado, a las viruelas, al "mal de Lázaro", a las víboras, a los meteoros, a la muerte repentina, a los venenos, a tomar el mismo día carne de puerco y leche, al deshonor, a la maledicencia, al amor no correspondido, a las malas artes de los demás, a dejar verse la P en la frente, a encontrarse con difuntos, a sentir sobre la cara los dedos helados de los aparecidos, a toparse con los cuerpos en llamas de los condenados, al demonio y sus tentaciones, y especialmente a la ruptura de la paz, a volver a los tiempos anárquicos del bandolerismo, la violación de mujeres y la leva; en suma, a las grandes alteraciones de la calma". ([6])

En su recorrido por las generaciones de josefinos -inspirado en Ortega y Gasset- el maestro Luis González las utiliza como parte fundamental de la columna vertebral del trabajo, pero también como un reconocimiento explícito de su parte a como la memoria colectiva hace uso de las generaciones como vivencia y forma de organizar el pasado.

En su minuciosa descripción de las generaciones existe un marcado interés por caracterizarlas en sus rasgos culturales distintivos. Así cuatro generaciones que van de principios del XIX hasta fin del siglo son ilustrativas:

> "Desde 1818 se habían sucedido en la zona alta de la vicaría de Cojumatlán cuatro generaciones de hombres: la insurgente, la del cólera grande, la del cólera chico y la de la aurora boreal. La primera generación cumplió valientemente con su doble cometido de repoblar la porción montañosa de la hacienda de Cojumatlán y de combatir a lo bárbaro la barbarie zoológica. Fue aquella generación de patriarcas la que devolvió a la

[6].- *Ibid.*, p. 111.

domesticidad los vacunos y equinos salvajes, la que abandonó loberas, trampas donde quedaron sepultadas muchas alimañas; la que limpió de malas hierbas los terrenos. Sus miembros fueron sabelotodo y alegres. En cambio los hombres de la generación del cólera grande, los nacidos entre 1803 y 1817 la pasaron mal. En plena juventud los sacudió la anarquía, el bandolerismo y la leva. Les tocó una pésima época de la que no supieron sacar provecho. Se limitaron a auxiliar a sus padres en las tareas que se habían impuesto, y ponerse las manos sobre la cabeza para no sentir tan fuerte la granizada de la guerra civil. La generación del cólera chico, la de los nacidos entre 1818 y 1833 abandonó la actitud puramente defensiva y continuadora de sus mayores. La atmósfera que les tocó respirar, fue difícilmente respirable. Como quiera hubo algo muy importante a su favor: el fraccionamiento y la venta de la hacienda de Cojumatlán en 1861. Tuvo otra coyuntura venturosa: se le injertó sangre nueva. A tareas de gente seria se dedicarán otra vez cien jefes de familia de la generación de la nevada, jefes que toman el mando en los 80 del siglo XIX; en los principios de la paz porfírica''. ([7])

Cultura que supone formas de comportamiento, respetos, gestos y actitudes:

''El honor mancillado y los hurtos siguen prendiendo lumbres; pero lo racional son las relaciones amistosas y secas. Relaciones cautelosas bajo todos los respetos y disimulos. Vive cada cual a su modo y todos igual: rigurosa separación de mujeres y hombres, vida sexual vergonzante, autoridad paterna absoluta; los patronos le anteponen el don al nombre de sus medieros; estos se descubren delante de sus amos; el saludo con quitada de sombrero y a media voz es imprescindible cuando dos se encuentran; al sacerdote se le besa la mano; los viejecitos son tratados con todo comedimiento; los compadres, las comadres y todos los parientes se visitan; a las bodas y los entierros acuden

[7].- *Ibid.*, pp. 11-117.

> todos; muchas gentes entran a la casa del moribundo para ayudarlo a bien morir; las mujeres enlutadas lloran y se ponen a vestir al difunto; a los muertos se les viste con la misma solemnidad que a las novias; y a unos y a otras hay que rezarles y llorarles... Fácilmente se pasaba del sufrimiento al gozo y viceversa. Emotividad y religiosidad se mezclaban muy a menudo. Temor, aguda conciencia del pecado, placer erótico, arrepentimientos en masa''. ([8])

Cultura en la cual algunos de mi generación podemos recrear nuestro pasado y nuestros orígenes familiares. En mi caso en la alimentación que me recuerda el pueblo de mi familia, como son los maravillosos toqueres, las huilotas, los quesos asaderos, pero también retratos tan vivos que podrían personificar a mi abuelo materno y que me apropio cuando el maestro nos describe a Manuel González Cárdenas, el comerciante que sin:

> ''...cultura, pero tan emprendedor ...[que] trató de hacerse rico mediante el comercio y las actividades agropecuarias. Puso una tienda tan bien surtida, con tantos abarrotes, telas y trebejos que hizo quebrar a las demás tiendas y consiguió que los tenderos de las poblaciones vecinas vinieran a surtir sus establecimientos en el suyo. Las ganancias obtenidas en el comercio las invertía en la compra de tierras y ganado''. ([9])

Una última lectura

Leer una vez más la historia de San José después de 25 años de escrita me suscita diversas sensaciones y me invita a situarme en el pasado cercano y también en el presente.

En cuanto a lo reciente, el maestro González atento -en los últimos apartados de su libro- a los cambios contemporáneos ocurridos en la comunidad josefina presta atención al uso de nuevas palabras incorporadas al lenguaje cotidiano, así como a una generación que

---

[8].- *Ibid.*, pp. 143-144.
[9].- *Ibid.*, p. 157.

nacida entre 1920 y 1934 parece muy distinta a las anteriores porque quiere ir muy de prisa y parece respetar poco las tradiciones. Aunque a su juicio:

> "Nadie hubiera creído hace dos lustros que la gente de San José era capaz de tantas mudanzas. Se ha quitado muchas ideas de la cabeza y les ha dado cabida a muchísimas novedades. Con todo, es todavía más lo que conservan que lo hechado por la borda. La envoltura geográfica no es muy distinta de la original. Los cambios de decoración no estructurales han sido hasta ahora débiles. Las actitudes básicas apenas se han modificado y el repertorio de creencias se parece mucho más al de cualquier pueblo del México tradicional que al del hombre contemporáneo de la gran urbe". ([10])

Si esto podía decirse hace 25 años, hoy me gustaría conocer la opinión del maestro acerca de qué ha ocurrido en las mudanzas de los últimos años en San José como en otras comunidades del occidente mexicano.

Porque para los que vivimos en las ciudades, desde por lo menos dos generaciones y en particular en la ciudad de México, hoy contemplamos como nuestros hijos están cada vez menos atados, así sea como referencia a un vivir pueblerino, a la *sencillez* y vida *primitiva* más cerca de lo frugal y lo indispensable que todavía tenía consenso en la generación de nuestros padres y que hoy, en cambio, va diluyéndose en una sociedad más consumista y depredadora. Muchos de nuestros padres y en alguna medida nosotros, estábamos más cercanos al campo y a la vida de los pueblos -y podemos todavía enorgullecernos de contar con abuelos- de múltiples oficios y de variados intereses, hombres complejos y atentos a los avatares de la vida difícil y dura de los rancheros decimonónicos. Somos descendientes de una generación de rancheros o pequeños comerciantes pueblerinos, cuyos hijos emigran a las ciudades, como parte de un ciclo que inevitablemente marca nuestra historia reciente.

No quisiera terminar dejando la impresión de un gran escepticismo,

---

[10].- *Ibid.*, p. 294.

pero sí de una marcada nostalgia, no olvido, sin embargo, lo que es el México profundo, ese México culturalmente diferenciado y ancestral que sin embargo se enfrenta a tendencias cada vez más individualistas que se han acentuado en las sociedades urbanas, pero a las cuales también se anteponen -afortunadamente- sentimientos colectivos que exigen un respeto por los demás y una mayor resistencia a la destrucción de formas de vida y cultura.

Estado de ánimo que posiblemente sea una muestra palpable de alguien que pronto como todos los que estamos aquí reunidos será -no olvidemos- un hombre del siglo pasado.

PUEBLO EN VILO Y LA HISTORIA PROVINCIAL

José María Muriá
El Colegio de Jalisco

El año de 1968 constituyó un verdadero hito en la historia de muchos mexicanos. Empezó con la ilusión de presenciar las olimpiadas que iban a celebrarse en la capital y harían de nosotros el centro de atención de todo el mundo durante dos semanas. Suponíamos que era un síntoma palpable de que estábamos saliendo de la *cortina de nopal* y entrando de lleno en una era de modernidad y civilización. Pero terminó con una clara muestra de la clase de infierno que podía ser este país nuestro, si la barbarie de que no habíamos podido desprendernos llegaba a entronizarse en él.

Para quienes habíamos ido a la ciudad de México siguiendo la añeja tradición de buscar en ella nuevos y mejores horizontes, el semestre de cruenta represión del año 68, que culminó espectacularmente el dos de octubre, en Tlatelolco, y que a su vez nos puso en la primera página de todos los periódicos, fue como un enorme balde de agua helada para nuestras ilusiones de vivir en la Capital.

A fin de cuentas, a muchos fuereños habría de resultar insoportable la sola idea de permanecer ahí, en esa ciudad tan admirada entonces, cuyos elementos más simbólicos (la Plaza de la Constitución, la explanada del Museo de Antropología, la Preparatoria Nacional, la Ciudadela, la Ciudad Universitaria, la Plaza de las Tres Culturas) habían sida mancillados por la violencia que nos sobrevino --y esto fue lo más triste-- de gente que vivía entre nosotros mismos.

Es claro que no era esa ulterior atmósfera de postración lo que habíamos ido a buscar en la indiscutible cabecera económica, política y social de nuestra patria. Para mí, al menos, la conclusión de mis estudios estuvo regida por el único deseo de terminar y ya.

Fue realmente difícil continuar con el trabajo cuando *ya pasó todo* y con la cabeza gacha volvimos a los libros. Ahora los ratos de ocio -pocos

por cierto, en ese Colegio de México al que pertenecía también Luis González- ya no se pasaban en Sanborn's viendo a las muchachas y tomando una taza de ese horrendo café, o buscando desaforadamente *entradas* para ver la película de moda. A nadie le faltaba un amigo que visitar en "La Grande" y llevarle desde unos cuantos cigarros hasta los últimos chismes del señor Urquidi o de María del Carmen Velázquez, la directora de nuestro Centro de Estudios Históricos, cuyo ponderado comportamiento durante el conflicto es una de las mejores muestras de humanidad.

Mis últimos meses de estudiante se debatieron entre el deseo de no querer estar allá y no saber a qué volver. Esta confusión me impidió explicarle bien a don Antonio Pompa y Pompa el porqué no aceptaba aquel magnífico empleo que tanto trabajo le había costado conseguirme. Tal vez con las ideas más claras hubiera evitado su enojo.

--A la provincia sólo se va a engordar y embrutecer, me dijo como despedida.

Al salir de ahí me vi reflejado en un ventanal del Museo Nacional de Antropología; pesaba entonces 65 quilos, de manera que no me vendría mal engordar. En cuanto a lo otro, me sentía ya tan *bruto* entonces, que me resultaba imposible suponer que en provincia pudiera llegar a serlo más.

Afortunadamente, andando el tiempo, Pompa me perdonó y pudimos continuar con una espléndida y antigua amistad que muchos beneficios y satisfacciones me ha reportado.

En septiembre de 1969 volví a Guadalajara para trabajar en su Universidad, aun cuando sus condiciones eran casi inhumanas. De la capital, donde casi dejé la vida, además de mi apéndice, traje un papelito que decía -aunque todavía no lo parezca- que yo era todo un *doctor en historia*, junto con la experiencia valiosísima de mi estrecha relación con José Gaos, mi tripa poco usada durante los 32 meses que duró aquella aventura capitalina, y *Pueblo en vilo*, regalo de la doctora Velázquez, que terminé de leer después de mi referida entrevista con Pompa, mientras esperaba la resolución de algunos trámites notariales ocasionados por el deceso del Maestro Gaos durante mi examen profesional.

El resultado de dicha lectura fue saber a qué tirarle. Por fortuna, el autor de la *Microhistoria de San José de Gracia* le adelantó "Una introducción necesariamente larga" que, a su modo característico,

constituye una verdadera proclama para que los provincianos marchemos con nuestra pluma en ristre en pos de la conquista de nuestra propia historia. *Pueblo en vilo* fue para mí el abrevadero donde encontré el cimiento de lo que deseaba ser.

---- o ----

Quiero recordar que una de las obsesiones del maestro Gaos era la fundamentación rigurosa de cualquier aserto. Nada podía aceptarse si no estaba plenamente sustentado. El *a priori* no era para él otra cosa que la antesala del *a posteriori*. De esta manera, el conocimiento tenía que construirse sobre bases muy sólidas, creando su propia estructura y nunca encasillado en esquemas preconcebidos, aun cuando la validez de éstos hubiese sido plenamente demostrada en algún otro sector de la realidad.

De su famoso artículo "Notas sobre la historiografía", al igual que la referida "Introducción..." de González a *Pueblo en vilo*, ineludible en la formación de cualquier historiador mexicano, se desprende el siguiente enunciado de lo que estoy queriendo decir:

> En ningún sector de la realidad pueden tener éxito teórico ni práctico más conceptos o categorías que los autóctonos de él.

La historia de nuestras provincias -de nuestras *matrias*- no debe plantearse como un reflejo de ese estereotipo que algunos de sus entusiastas partidarios llaman historia *patria* o historia *nacional*, mientras algunos de sus detractores la han bautizado peyorativamente como historia *oficial*.

Entonces cobré conciencia del porqué había aborrecido la historia de Jalisco cuando me la trataron de enseñar durante aquellos años de estudio en la Facultad de Guadalajara. El catedrático era un señor Razo, -de apellido y condición- que solía encargar a uno de los estudiantes que leyera en voz alta páginas enteras de la magnífica *Historia de México*, escrita para alumnos de bachillerato por los inolvidables maestros Wigberto Jiménez Moreno y José Miranda, en compañía de Teresa Fernández. Sólo de vez en cuando el docente de marras interrumpía el relato para dar lo que él denominaba *el sentido local*. Generalmente decía: --En Jalisco pasaba más o menos lo mismo. Continúe compañero.

De acuerdo con el precepto de Gaos y con lo que Bernardo García llamó una historia *madura*, la historia regional, municipal o ejidal vale por ella misma y no tiene que depender de la nacional, ni mucho menos presentarse como un reflejo de ella. Todavía recuerdo el gran gozo que sentí cuando leí, de Luis González, que su pretensión había sido hacer sencilla y simplemente "una historia universal de San José de Gracia". Esto es, una concepción y una perspectiva de la historia desde el mejor de los lugares posibles: donde uno está. De esta manera resulta más fácil forjar, según pedía el maestro Gaos, conceptos y categorías valederas.

¿Qué habría sido de la microhistoria de San José de Gracia, por ejemplo, si su periodificación se hubiese hecho con base en la Decena Trágica, el carrancismo, el villismo, el delahuertismo, el obregonismo, etc.? No cabe duda que el *autoctonismo* de *Pueblo en vilo* es una de las mayores aportaciones al quehacer historiográfico mexicano y una de las principales reglas de oro que deberían seguir sin excepción todos los historiadores de provincia.

Vale la pena agregar que nos vendría muy bien que algunos autores *nacionales* dejaran de realizar trabajos historiográficos sobre México con nociones y clasificaciones ajenas, casi como si fueran simples encuestadores que sólo llenan automáticamente *machotes* elaborados allá, quién sabe dónde y por quién sabe quien.

Una de las pocas veces que mi profesor de historia de Jalisco abandonó el librito, fue para hablarnos de los *enormes* progresos alcanzados en Guadalajara al finalizar el siglo XVIII. Que si la imprenta, la Universidad, los edificios, los puentes, etc. Desde luego que nunca dio más explicaciones de dicho desarrollo que las sabias medidas adoptadas por "el Rey Nuestro Señor", aunque sí concluyó su exposición diciendo que, gracias a ellas, la cultura tapatía se había convertido en, ni más ni menos, una de las más importantes del mundo.

Tímidamente alguno se atrevió a decirle que el *siglo de las luces* había rendido mayores frutos en otros lados y, cuando procedía a sustentar lo dicho, el Razo lo interrumpió diciéndole que a él lo tenía sin cuidado lo que acaeciera fuera de aquí.

Entendimos entonces que, para tan distinguido docente, *el mundo* era en verdad muy restringido. No sé que cara pondría ahora si alguien le dijera que las incursiones de Inglaterra en la costa occidental del Canadá, sirvieron mucho más que *las sabias medidas* de Su Majestad

para promover el crecimiento del comercio neogallego que, a la postre, sufragó los grandes logros culturales de referencia.

¡Qué diferente resultaba la historia universal de San José de Gracia! En ella el devenir de acá se va entrelazando de una manera natural con el de allá y acullá, ofreciendo así, *sin-querer-queriendo*, una lógica explicación de lo acaecido.

De ninguna manera debe olvidarse que la microhistoria es también parte de la historia general.

Recuerdo ahora una airada protesta que se presentó en San Luis Potosí durante una reunión de historiadores de provincia, promovida en 1973 por Rafael Montejano y Aguiñaga, en donde algunos enardecidos sabios locales protestaron contra los términos *microhistoria* y *microhistoriador*, pues consideraban que era un modo de menospreciarlos y hasta de ofenderlos. Esta visión tan introvertida, es una causa más de las aversiones que aún existen contra la historiografía provinciana.

Para seguir con el ejemplo de una cara de la moneda opuesta a Luis González, recuerdo el deleite con el que aquel Razo, en otro soslayo del librito, narró con todo lujo de detalles un juicio promovido por el Cabildo eclesiástico de Guadalajara contra el campanero de la catedral, ya que al emborracharse éste, lo que al parecer ocurría a menudo, al día siguiente llamaba tarde a misa y todo se retrasaba, incluyendo el chocolatito que se tomaban los canónigos al concluirla, con la consecuente prolongación del ayuno y el detrimento de su salud... Dos horas enteras de clase dedicó el hombre aquel a la narración de tales hechos, hasta que el campanero pidió perdón y prometió enmendarse.

El peor padecimiento a que nos han sometido algunos historiadores *matrios*, y que justifica cualquier tipo de repudio, se debe a su forma de transmitir los conocimientos. Dejando a un lado el frecuente desorden y desconcierto, o el deficiente manejo del idioma, lo reducido de su perspectiva hace que hable indiscriminadamente de lo que interesa y de lo que no. Lo mismo se aporta información de gran valía, que se refiere al agradecimiento a don Fulano de Tal que facilitó la obtención del dato en cuestión y, además, se aprovecha el viaje para referir las cualidades del munificente informador y, a veces, hasta de su árbol genealógico. O bien se vomita un documento entero, del que sólo interesa una linea por el momento. O se pierden en consideraciones morales que serán de gran valor a quienes estudien ulteriormente una ética fuera de nuestro tiempo,

pero que importan un soberano pito a quienes tratan de aprender historia.

No se puede aspirar a que cada una de las obras historiográficas tenga la gracia, la soltura, la agudeza y, en suma, la amenidad de *Pueblo en vilo*. Para ello se necesitaría que todas fueran escritas por este señor Luis González, pero un poco de respeto al destinatario por parte de los autores y un esfuerzo por pensar en él cuando se está escribiendo, no viene nunca mal.

Quiero decir con todo ésto que la lectura de *Pueblo en vilo*, la historia de un pueblo en el que, al igual que en la mayoría de los pueblos de México, no se ha dado ninguna batalla de relevancia, no se ha firmado ningún plan para salvar a la patria, ni ha nacido en su seno miembro alguno del broncíneo panteón cívico nacional y que, para colmo, solía estar mal ubicado en muchos mapas, me hizo ver con entusiasmo una manera de historiar muy distinta de los bodrios que había leído con anterioridad sobre Jalisco y de los cuales quise olvidarme por completo cuando marché al Distrito Federal. *Pueblo en vilo* significó para mí una razón de ser comprometida con la historia de mi región y, como lógica consecuencia, con la necesaria descentralización mexicana, a fin de que cada entidad cobre mayor fortaleza, mayor conciencia de su identidad y pueda aportar al concierto nacional toda la riqueza de su particularidad.

Ahora ya es lugar común hablar de que nuestro país es plural y de que conviene aprovecharse de ello. Pero antaño las diferencias regionales eran vistas como un grave estorbo para el desarrollo y la integridad nacional. A la sombra de esta idea, por caso, desde 1960 fue erradicada de las escuelas primarias la enseñanza de la historia propia de cada región y el menosprecio de que era víctima se hizo cada vez mayor.

El propio maestro González cuenta que el hecho de declinar un pingüe ofrecimiento para escribir sobre el Senado de la República, el Congreso de la Unión en su conjunto o algún otro tema en verdad seriote y trascendente, y aprovechar su año sabático -1967- viniendo a escribir la historia de su pueblo, dio lugar a que se pensara que había perdido una buena parte de sus facultades mentales. ¿Por qué será que a los precursores siempre se les tacha de locos o de tarados?

Pues bien. Este *loco* de Luis González y González se convierte en el detonador de una nueva manera de concebir, hacer, respetar y amar la historia de los *gordos* y *brutos* que vivimos en la provincia mexicana.

Ni duda cabe de que *Pueblo en vilo* es la primera obra historiográfica formal que atiende la necesidad ya latente de que los casi dos millones de quilómetros cuadrados mexicanos, con su variadísima gama de condiciones geográficas y sociales, no pueden ser entendidos con base en estereotipados conceptos y categorías emanados de una perspectiva centralista.

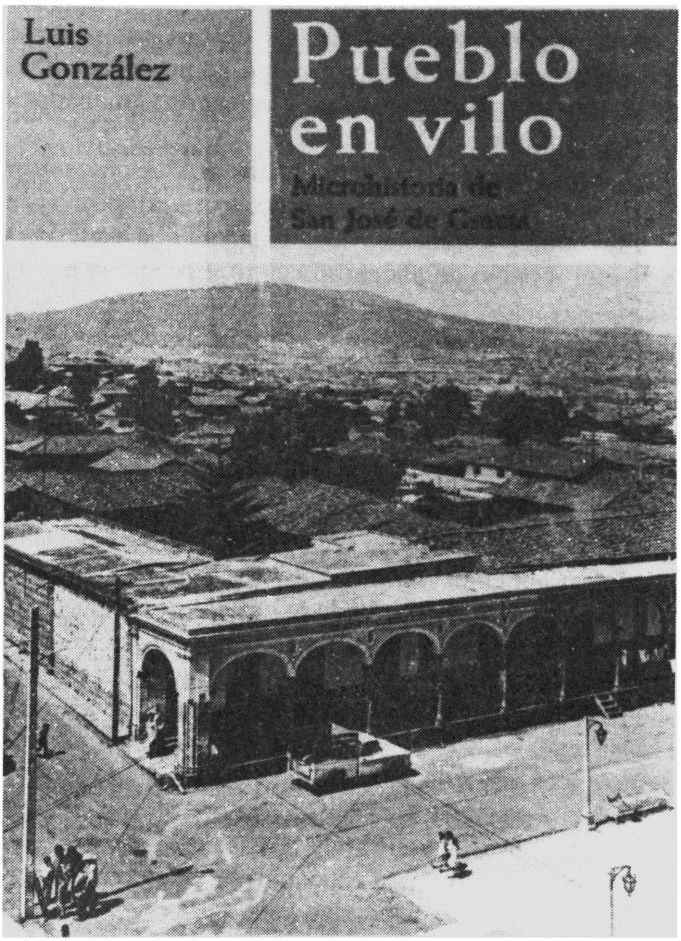
Pueblo en vilo es, pues, uno de los pilares que sostienen la búsqueda de un nuevo concepto de país, mucho más empírico y real, que dé lugar a revertir esta tendencia centralizadora que, cada vez resulta más claro, está a punto de ahogar al centro y sigue maniatando a la periferia.

En el aspecto político es mucho lo que falta por hacer. Antes bien, parece que la centralización, en vez de disminuir, se acentúa cada día más, para desgracia de todos. Pero en un sentido estrictamente académico, es notable lo que se ha caminado ya en la búsqueda de un mejor conocimiento histórico de las diferentes provincias de México.

La bibliografía producida a la sombra de Luis González y con su inspiración es ya gigantesca y de gran solidez. No diré que sin *Pueblo en vilo* nunca se hubieran escrito tales libros, pero es indiscutible que, tanto esta obra como su autor, y todo lo que él mismo hizo después de 1968, los motivaron, promovieron, impulsaron y guiaron en una medida muy grande. Dudo que haya historiador provinciano de una mínima respetabilidad, sin importar en que parte de México viva, que no haya leído a Luis González, y estoy seguro que a más de alguno lo orientó y alentó tanto o más que a mí.

En mi caso personal, si es que merece tomarse en cuenta, resulta claro que *Pueblo en vilo* constituyó la base de mi compromiso por estudiar, promover y difundir el conocimiento de la historia de Jalisco hasta donde me ha sido posible, estando en Jalisco o fuera de él.

Zapopan, Jalisco, 28 de enero de 1993.



El Colegio de México

La casa del patriarca en la segunda edición

LOS ESTUDIOS MONOGRAFICOS EN MICHOACAN DESPUES DE PUEBLO EN VILO

Gerardo Sánchez Díaz
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Michoacana

Las dos últimas décadas y media han sido ricas en aportaciones a la historiografía michoacana. En este tiempo, se han publicado numerosos libros y cientos de artículos en revistas especializadas en los que sus autores han dado cuenta del desarrollo histórico estatal a partir del análisis de diversos periodos, regiones y temáticas. Así, la historia económica, social y cultural de la entidad ha empezado a reconstruirse y a ponerse en letras de molde. Tampoco han faltado los estudios biográficos y sobre la historia de la ciencia y la tecnología.

Los dos últimos decenios se han distinguido por los cambios cualitativos y por la introducción de nuevos enfoques metodológicos y de interpretación de los aconteceres del pasado y el presente, a partir de la utilización de nuevas fuentes de información. Lo anterior, ha sido posible gracias al establecimiento de instituciones que han fomentado la enseñanza profesional y la investigación histórica en suelo michoacano. En 1973 se abrió la Escuela de Historia en la Universidad Michoacana y seis años más tarde, en 1979, en la misma Casa de Estudios se creó el Departamento de Historia, mismo que en 1987, por acuerdo del Consejo Universitario fue transformado en Instituto de Investigaciones Históricas.

A principios de 1979, por gestiones de don Luis González y el respaldo de varias instituciones académicas se fundó en Zamora El Colegio de Michoacán, con una biblioteca especializada en ciencias sociales, varios centros, entre ellos el de Estudios Históricos en donde al poco tiempo empezó a funcionar una Maestría en Historia.

En 1976, con el apoyo del gobierno federal se estableció en Jiquilpan el Centro de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas" y poco después comenzó actividades en Morelia una Delegación, convertida más tarde en Centro Regional, del Instituto

Nacional de Antropología e Historia en Michoacán. Cada una de estas unidades académicas ha contribuido de alguna forma, de acuerdo a sus fines y objetivos, a fomentar la investigación y a la divulgación de la historia estatal. Han organizado congresos, coloquios,y mesas redondas para confrontar y discutir avances y resultados, pero sobre todo, han promovido y editado publicaciones periódicas en donde se difunden los trabajos generados dentro y fuera de estas instituciones. Así, en 1977 empezó a publicarse en la Universidad Michoacana el *Anuario* de la Escuela de Historia; poco después, empezó a publicarse el *Boletín* del Centro de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana de Jiquilpan; en 1979 surgió *Relaciones*, Revista de Estudios de Historia y Sociedad patrocinada por El Colegio de Michoacán y en los últimos años se ha editado la Revista de Estudios Históricos *Tzintzun*, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana mientras que el Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia ha reiniciado la publicación de los *Anales del Museo Michoacano*, en su tercera época.

Otro elemento que ha permitido el avance de la investigación histórica en Michoacán ha sido la edición de fuentes y catálogos de acervos documentales que han facilitado las búsquedas de información y a esto habría que agregar el arreglo y apertura de varios archivos a la consulta pública.[1]

Entre las numerosas y variadas aportaciones históricas generadas dentro y fuera de las instituciones académicas asentadas en Michoacán, ocupan un lugar importante los estudios monográficos que reconstruyen la historia de espacios territoriales delimitados bajo las denominaciones de municipios y parroquias, siendo los más abundantes los referentes a

[1] Véase: *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII. Informe inédito de beneficios, pueblos y lenguas*. Nota preliminar de Ramón López Lara. Morelia, Fímax-Publicistas 1973, 243 pp.; Isabel González Sánchez. *El Obispado de Michoacán en 1765*. Morelia, Instituto Michoacano de Cultura 1985, 377 pp.; *Relaciones y Memorias de la Provincia de Michoacán 1579-1581*. Alvaro Ochoa y Gerardo Sánchez D., editores. Morelia, Universidad Michoacana-Ayuntamiento de Morelia, 1985, 239 pp.; Oscar Mazín Gómez. *El gran Michoacán. Cuatro informes del obispado de Michoacán 1759-1769*, Zamora, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado 1986, XXV y 457 pp.; Enrique Florescano y Lydia Espinoza. *Fuentes para el estudio de la agricultura colonial en la diócesis de Michoacán. Series de diezmos 1636-1810*. Mexico, INAH, 1987, 2 tomos, 598 y 659 pp.; Oscar Mazín y Marta Parada. *Archivo capitular de administración diocesana Valladolid-Morelia*. Zamora, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado, 1991, 320 pp.

los primeros. En este trabajo, nos abocaremos a hacer un apretado recuento sobre la producción y edición de obras con esta orientación, tomando como punto de partida la aparición del celebrado libro *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, del historiador Luis González, publicado hace 25 años por El Colegio de México, mismo que ya lleva varias ediciones y ha sido traducido a otros idiomas como el inglés y el francés[2].

Al escribir este libro, su autor pensó que sus destinatarios sólo serían paisanos, los josefinos pues ¿a quién podía interesar una historia menuda de una población pequeña, carente de acontecimientos claves en la historia nacional? Sin embargo, el autor tenía la remota esperanza de que el libro "pudiera ser útil más allá de los linderos de la meseta del Tigre, más allá de San José y sus pueblos amigos y rivales"[3]. Don Luis, no se equivocó, ya que su modelo de reconstrucción histórica pronto encontraría adeptos en muchos lugares dentro y fuera de México, ¡habría que ver como se habla de *Pueblo en Vilo*, en otros países en donde la llamada historia local o regional ha empezado a cultivarse con grandes ímpetus en países como Cuba y Venezuela!.

La publicación de *Pueblo en Vilo*, marcó un antes y un después en los estudios orientados a reconstruir la historia parroquial y municipal, y que, como afirma el historiador José María Muriá "no es que haya sido este el primer libro de tema y concepción provinciana, pero no se había dado el hecho de un historidor de altos vuelos que, después de haber abordado con éxito '*los grandes temas nacionales*', hubiera derivado a escribir sobre un pueblo huérfano de patricios excelsos, ayuno de batallas de renombre o de algún estentóreo plan para salvar a la patria y, para el colmo, mal ubicado en la mayoría de los mapas"[4]

---

[2] Véase: Luis González. *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. El Colegio de México 1968, 365 pp. + ils; Segunda edición, El Colegio de México 1972, 326 pp. + ils; Tercera edición, El Colegio de México 1979, 417 pp. + ils; Cuarta edición (Lecturas Mexicanas N° 59), Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública 1984, 349 pp. Traducciones: *San José de Gracia. Mexican village in transition*. (Traducción de John Upton). Austin, University of Texas Press 1974, 362 pp; *Les barrières de la solitude. Histoire universelle de San José de Gracia, village mexicain*.(Traducción de Anny Meyer). París, Librairie Plon 1977, 274 pp. + ils.

[3] González, Luis. *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. México, El Colegio de México, 1968, p. 25.

[4] Véase: José María Muriá. "Presentación", a *Balance y perspectivas de la historiografía noroccidental*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Programa de Estudios Jaliscienses, 1991, p. 8.

Por otro lado, don Luis, también se había ocupado de teorizar sobre ese nuevo modelo de reconstrucción histórica que llamó "*microhistoria*". Así, poco a poco fueron surgiendo nuevos trabajos sobre el método y la forma para estudiar los aconteceres del pasado en espacios territoriales de corta superficie, mismos que quedaron reunidos en su primera y nueva *Invitación a la microhistoria*[5]. En esos trabajos, el autor de *Pueblo en Vilo*, definió a los espacios territoriales a historiar, como *la matria* o el *terruño*, más adelante agregaría el término de *la querencia*[6]. Esto, porque pensaba que la historia de las comunidades pequeñas, municipios o parroquias, debía de ser escrita por personas originarias o avecinadas en el lugar y que ésta debía de emprenderse por amor a la tierra, a la tierra que es de uno. En otro texto don Luis definió a la *matria*, como la "contraposición de la patria, -que- designaría el mundo pequeño, débil, femenino, sentimental de madre; es decir, la familia, el terruño, la llamada hasta ahora patria chica"[7].

Desde mucho antes de la aparición de *Pueblo en Vilo*, en Michoacán se habían hecho esfuerzos para escribir la historia de jurisdicciones municipales, basta recordar los trabajos realizados en el siglo XIX sobre Morelia por Angel Anguiano, Justo Mendoza y Juan de la Torre; Nicolás León sobre su natal Quiroga y don Ramón Sánchez para el Distrito de Jiquilpan[8]. En el presente siglo son dignos de mencionarse los aportes del licenciado Arturo Rodríguez Zetina referentes a Zamora y Jacona, así como los de Vicente Marín Iturbe para Jungapeo y

---

[5] González,Luis. *Invitación a la microhistoria*. (Col.Sep-Setentas N° 72), México, SEP, 1973; 186 pp., una segunda edición apareció dentro de la Biblioteca Joven patrocinada por el Fondo de Cultura Económica y el CREA en 1986, que es la que utilizamos en este trabajo; *Nueva invitación a la microhistoria*. (SEP-80). México, SEP-Fondo de Cultura Económica, 1982, 155 pp. Además véase Luis González, et.al. *Historia Regional. Siete ensayos sobre teorías y método*. Caracas, Fondo Editorial Tropikos,1986.

[6] González,Luis. *La Querencia*. Morelia,Editorial de la SEP-Michoacán, 1982, 151 pp.

[7] González, Luis. *Invitación a la microhistoria*... p. 15.

[8] Anguiano,Angel. *Morelia en 1872. Su historia, su topografía y su estadística*. Morelia, Imprenta de Octaviano Ortiz, 1873; Justo Mendoza. *Morelia en 1873. Su historia, su topografía y su estadística*. Morelia, Imprenta de Octaviano Ortiz 1873; Juan de la Torre. *Bosquejo histórico y estadístico de la ciudad de Morelia, capital del Estado de Michoacán de Ocampo*. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1883; Nicolás León. *Historia, geografía y estadística de la municipalidad de Quiroga en 1884*. Morelia, Imprenta del Gobierno 1887; Ramón Sánchez. *Bosquejo estadístico e histórico del Distrito de Jiquilpan de Juárez*. Morelia, Imprenta de la Escuela Industrial Militar "Porfirio Díaz", 1896.

Zitácuaro[9]. En igual forma, son significativos los trabajos publicados por el geógrafo norteamericano Donald D.Brand sobre Quiroga y Coalcomán[10].

Después de la aparición de *Pueblo en Vilo,* el Dr. Luis González ha hecho otras contribuciones sobre diversas poblaciones y municipios michoacanos. En 1971, en un bien presentado libro, con el título de *La tierra donde estamos. 30 años del Banco de Zamora,* trazó un panorama de la geografía y la historia de varias cabeceras municipales como Sahuayo, Yurécuaro, Jiquilpan, La Piedad, Jacona, Tangancícuaro, Tanhuato y San José de Gracia, las más cercanas a la matriz bancaria patrocinadora de la obra, continuando con Zacapu y Morelia y luego con las de Los Reyes, Uruapan y Cotija; para seguir más adelante con las poblaciones tierracalenteñas de Apatzingán, Nueva Italia y Tepalcatepec y rematar con otros recorridos por pueblos y ciudades en los circundantes estados de Colima, Jalisco y Guanajuato[11].

Sin duda, esta visión aérea, documental y bibliográfica contenida en *La tierra donde estamos,* fue la base para la propuesta de integración del programa de monografías municipales del Estado de Michoacán, que por recomendación de don Luis, impulsó el gobierno del licenciado Carlos Torres Manzo entre 1977 y 1980, que dio como resultado la edición de 21 libros que sintetizan la historia de 31 municipalidades.

En noviembre de 1977, al publicarse el primer libro, que correspondió al municipio de Zinapécuaro, el gobernador Torres Manzo, dejó en claro las pretensiones de su gobierno al patrocinar y editar el conjunto de estudios monográficos municipales, dice: "El gobierno de Michoacán edita esta serie de monografías municipales porque piensa que el conocimiento específico de uno de los municipios michoacanos contribuirá a una autoconciencia razonada de cada municipio, a un conocimiento más cabal del conjunto del Estado, a la divulgación de la belleza y los

---

[9] Rodríguez Zetina,Arturo. *Zamora.Ensayo histórico y repertorio documental.* México Editorial Jus, 1952; *Jacona y Zamora. Datos históricos, útiles y curiosos.* México, Editorial Jus 1956; Vicente Marín Iturbide *Jungapeo en la historia.* México, Talleres de la Imprenta Arana 1966; *Zitácuaro, recopilación historica.* Zitácuaro, Talleres Tipográficos Moctezuma, 1968.

[10] Brand,Donald D. *Quiroga a mexican municipio.* Washington, Smitsonian Institute 1951; *Coalcomán and Motines del Oro an ex-distrito of Michoacán.* The Hague,Martinus Nijhoff, 1960.

[11] González,Luis. *La tierra donde estamos. 30 años del Banco de Zamora.* México, Banco de Zamora, 1971, 220 pp.

valores locales del terruño y a la inteligencia del hombre en general. Estima asimismo, que las monografías locales pueden ser un instrumento pedagógico de primer orden para iniciar a los niños y adolescentes a través de su patria chica, a la que instintivamente aman, en la ciencia y el amor de la patria grande que es México, y que porque está seguro que estas monografías fomentarán una acción social más consciente, vigorosa y audaz de los conglomerados municipales.

Cada monografía se propone diseñar un conocimiento redondo de un municipio, aspira a la comprensión de sus hombres, al dibujo de su geografía, de su historia, de su economía, de su organización social, de su participación política, de su vida en relación con otras comunidades, y busca la definición del municipio de que trata".[12]

El proyecto general estuvo dirigido por el profesor Leopoldo Herrera Morales y contó con la asesoría del Dr. Luis González, que también colaboró escribiendo las monografías de Zamora y Sahuayo. Las 21 monografías que se publicaron, en términos generales siguieron una estructura común, empezando por la descripción geográfica del municipio, sus recursos naturales, flora y fauna; el clima, las bellezas naturales y la distribución de los centros de población llamados ranchos o rancherías. Sin embargo, la parte fundamental del estudio en cada caso, la constituyen las diferentes etapas del desarrollo histórico municipal, desde los tiempos más remotos hasta la época contemporánea y rematan, en la mayoría de los casos, con la nómina de los presidentes municipales que cada jurisdicción ha tenido y las semblanzas de los personajes más sobresalientes. Casi todas las monografías concluyen con una radiografía de los últimos años acerca de la población, y los servicios de el municipio en cuestión, presentados de acuerdo a las cifras oficiales del último censo o a la información básica de que disponían las autoridades en ese momento.

Las 21 monografías publicadas entre 1977 y 1980, fueron redactadas por un equipo de 13 personas, de las que sólo 5 eran historiadores profesionales, tres de ellos con doctorado; un abogado, un sacerdote del clero católico, el resto eran profesores normalistas. Las diferencias en extensión y calidad de los trabajos reflejan esa disparidad

[12] Véase: Carlos Torres Manzo. "Presentación". En Ramón López Lara, *Zinapécuaro*. Monografías municipales del Estado de Michoacán. Morelia, Gobierno del Estado 1977, p. 9.

y a ello habría que agregar también la disponibilidad de información con que se contó en cada caso. De las 21 monografías editadas, 18 correspondieron a un sólo municipio: Morelia, Zinapécuaro, Puruándiro, Cuitzeo, Ciudad Hidalgo, Zitácuaro, Ario de Rosales, Pátzcuaro, Uruapan, Coalcomán, Zamora, Cotija, Jiquilpan, Sahuayo, Yurécuaro, La Piedad, Tuxpan y Tlalpujahua; y tres abarcaron un conjunto de municipalidades de una misma región. Así, en un sólo libro apareció la llamada *región heroica del oriente michoacano*, con los estudios referentes a los municipios de Tuzantla, Susupuato, Benito Juárez y Tiquicheo; la denominada *Centro occidental de Michoacán*, con Los Reyes, Tancítaro, Peribán, Tocumbo y Tingüindín y finalmente la de Tacámbaro que también tocó los municipios de Nocupétaro Carácuaro y Turicato.

De todo el conjunto de estudios que formaron el programa de monografías municipales, que desgraciadamente no tuvo continuidad en las siguientes administraciones estatales, sólo 3 han sido reeditadas con ampliaciones: *Zinapécuaro*, en 1979; *Zamora*, en 1984 y *Morelia* en 1992, el resto permanece entre las publicaciones agotadas.

Después del programa que aquí hemos comentado sólo con esfuerzos particulares y en diversos tiempos, se han promovido nuevos estudios, casi todos patrocinados por los propios gobiernos municipales o por grupos de personas interesadas. La mayoría de estos nuevos estudios monográficos han sido hechos por historiadores jóvenes, egresados de la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana, otros se deben a antropólogos o historiadores que han pasado por las maestrías de El Colegio de Michoacán. Entre los primeros cabe mencionar los 5 libros que entre 1986 y 1991 ha publicado Ramón Alonso Pérez Escutia sobre las municipalidades de Hidalgo, Irimbo, Aporo, Maravatío y Senguio; el estudio de Jesús Alvarez del Toro sobre Villamar y el de Moisés Guzmán Pérez referente a Tuzantla. Entre los segundos, sin ser estrictamente estudios sobre la historia municipal pueden considerarse los de César Moheno sobre San Juan Nuevo, Lucía García Flores sobre Nahuatzen y Luis Alonso Ramírez sobre Chilchota.[13]

En los últimos años también se han hecho importantes aportaciones tanto por investigadores de la Universidad Michoacana como de El

[13] Véase las fichas correspondientes en el anexo bibliográfico.

Colegio de Michoacán, sobre la estructura urbana y el patrimonio monumental de varias cabeceras municipales. Sin embargo, un estudio pionero sobre la evolución de los centros urbanos michoacanos fue sin duda el realizado a fines de la década de los cuarenta por Dan Stanislawski que reconstruyó la estructura de 11 poblaciones de la Tierra Caliente, la cuenca lacustre de Pátzcuaro y la cañada[14].

Una obra que dio continuidad a este tipo de estudios es el *Catálogo de construcciones artísticas, civiles y religiosas de Morelia*, de la maestra Esperanza Ramírez Romero que con el apoyo de otras instituciones editó la Universidad Michoacana en 1981 y que abrió las posibilidades para seguir con otros semejantes en los años siguientes sobre Tlalpujahua, Pátzcuaro y los pueblos ribereños de la misma cuenca lacustre.[15]

Con semejantes propósitos de catalogación y búsqueda de la conservación de construcciones y espacios urbanos se han hecho en El Colegio de Michoacán estudios como el de *El Barrio Bravo de Madrigal*, de Víctor Manuel Ortiz y el *Catálogo del patrimonio arquitectónico del bajío zamorano. La ciudad de Zamora*, de Nelly Sigaut.[16] Mismos que esperamos sean continuados para otros rumbos, amenazados por la destrucción desenfrenada que ocasiona el afán modernista y comercializador de los viejos y típicos espacios urbanos pueblerinos.

En los últimos 25 años también se han producido en Michoacán algunos estudios sobre jurisdicciones eclesiásticas en los que sus autores han abordado el tema a partir de la utilización de la rica información, que en la mayoría de los casos guardan los archivos parroquiales. Este tipo de estudios se debe generalmente a esfuerzos personales realizados por algunos sacerdotes del culto católico aficionados a los estudios históricos

---

[14] Véase: Dan Stanislawski *The anatomy of eleven towns in Michoacan*. Austin, The University of Texas Press 1950, 77 pp; segunda edición en inglés en New York, Greenwood Press Publishers 1969, 77 pp. Traducción al español con el título de "Estructura de once pueblos de Michoacán". *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. Vol. VIII, N° 2, México, abril-mayo de 1956, pp. 175-210.

[15] Ramírez Romero, Esperanza. *Catálogo de construcciones artísticas, civiles y religiosas de Morelia*. Morelia, Universidad Michoacana-FONAPAS-Michoacán, 1981, XXII + 398 pp. + planos; *Catálogo de monumentos y sitios de Michoacán. Tlalpujahua*. Morelia, Gobierno del Estado 1985, 171 pp. + planos; *Catálogo de monumentos y sitios de la región lacustre. Pátzcuaro*. Morelia, Gobierno del Estado-Universidad Michoacana, 1986, 230 pp. + planos.

[16] Ortiz, Víctor Manuel. *El Barrio Bravo de Madrigal*. Zamora, El Colegio de Michoacán 1990, 183 pp; Nelly Sigaut. *Catálogo del patrimonio arquitectónico del bajío zamorano. Primera parte: La ciudad de Zamora*. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1991, 191 pp. + planos.

o que, en algunos casos, también cuentan con estudios profesionales en esa rama del saber. Como obra pionera en el campo de las historias parroquiales cabe mencionar *Zinapécuaro. Tres épocas de una parroquia*, de el Pbro. Ramón López Lara, que se publicó en 1970, y que se ha reeditado en varias ocasiones.[17] A este, le sigue la obra del Pbro. David Zavala Alfaro titulada *Agonía y éxtasis de un pueblo*, aparecida en 1972, en la que relata los antecedentes y formación de la parroquia de San Juan Nuevo en donde se venera la famosa imagen de el Señor de los Milagros.[18] En 1977, el Pbro. José Padilla Villicaña publicó su estudio sobre la parroquia de *Tirindaro*.[19] También en la década de los setenta, el Pbro. José Romero Vargas, en dos volúmenes, uno aparecido en 1973 y otro en 1978, se propuso reconstruir la historia eclesiástica de Cotija, su tierra natal. El primer tomo abarca desde el periodo colonial hasta los últimos años del siglo XIX y el segundo de 1900 a 1926. En ambos libros se entrelaza la historia puramente eclesiástica o sobre acontecimientos religiosos con los aspectos civiles y las confrontaciones sociales ocurridas en el espacio territorial cotijense.[20]

En la última década, se han editado 3 estudios de orientación eclesiástica, en dos de ellos, la atención se centra en una sola jurisdicción como el escrito por el fraile agustino Cirilo Alvarez Lira titulado *Aportaciones históricas sobre Villa Morelos*, en el que destaca la presencia agustiniana en el lugar, el culto al famoso cristo conocido como el Señor del Perdón, así como algunos aspectos relacionados con el clero secular y la vida civil[21]. Otra obra representativa es la del Pbro. Alberto Carrillo Cázares *La primera historia de La Piedad*, en la que hace un documentado estudio sobre una obra impresa en el siglo XVII en la que se narra el origen de la imagen conocida como el Señor de La Piedad, en

---

[17] López Lara, Ramón. *Zinapécuaro. Tres épocas de una parroquia*. Morelia, Fímax-Publicistas 1978, 372 pp.

[18] Zavala Alfaro, David. *Agonía y éxtasis de un pueblo. San Juan Parangaricutiro, Mich. Ensayo histórico-literario*. Morelia, Fímax-Publicistas 1979, 178 pp, esta es la cuarta edición, todos fueron de 5 mil ejemplares.

[19] Padilla Villicaña, José. *Tirindaro. (Lugar de hermosos amaneceres)*. Morelia, Fímax-Publicistas 1977, 130 pp.

[20] Romero Vargas, José. *Cotija cuna de trotamundos*. México, Editorial Progreso, 1973, 389 pp.; *Cotija durante las revoluciones 1900-1926*. México, Costa-Amic, 1978, 310 pp.

[21] Alvarez Lira, Cirilo. *Aportaciones históricas sobre Villa Morelos, Mich., Morelia*, Editorial Omega, 1982, 199 pp.

torno a la cual se fue conformando la actual jurisdicción civil y eclesiástica de La Piedad de Cabadas[22]. Finalmente, tenemos la reconstrucción de las jurisdicciones civil y eclesiástica de Peribán en la época colonial que en 1985 publicó el Pbro. Enrique Esquivel Vega en su libro *Peribán y su antigua jurisdicción*, en donde hace un seguimiento de la obra evangelizadora de los franciscanos en la parte occidental de la Meseta Tarasca[23].

De esta forma, tanto los estudios de jurisdicciones municipales como eclesiásticas que se han venido haciendo en los últimos años poco a poco han ido llenando el amplio rompecabezas de municipios y parroquias que conforman el territorio michoacano, siendo una de las regiones más favorecidas la del oriente que cuenta ya con obras que recogen la historia de Maravatío, Tlalpujahua, Angangueo, Senguio, Aporo, Irimbo, Ciudad Hidalgo, Tuxpan, Jungapeo y Zitácuaro. En esta zona sólo faltan por llenar los espacios territoriales de los municipios de Ocampo, Contepec y Epitacio Huerta.

En la porción sureste de la Tierra Caliente en los últimos 25 años se han historiado en conjunto o por separado las municipalidades de Susupuato, Benito Juárez, Tuzantla, Huetamo, Carácuaro, Nocupétaro, Turicato y Tacámbaro y siguen faltando los estudios correspondientes a Tzitzio y San Lucas, aunque se cuenta ya con la visión panorámica contenida en la obra del Dr. Enrique Cárdenas de la Peña sobre *La Tierra Caliente*, publicada en 1980[24]. Sobre la Tierra Caliente de la Cuenca del Tepalcatepec sólo Ario de Rosales cuenta con un estudio monográfico y hacen falta los de Churumuco, La Huacana, Nuevo Urecho, Gabriel Zamora, Múgica o Nueva Italia, Parácuaro, Tumbiscatío, Arteaga, Aguililla, Apatzingán, Buenavista y Tepalcatepec. De los municipios enclavados en la Sierra Madre del Sur y la Costa sólo existe un estudio monográfico dedicado a Coalcomán y están en lista de espera de Chinicuila, Coahuayana, Aquila y Lázaro Cárdenas.

---

[22] Carrillo Cázares, Alberto. *La primera historia de La Piedad. El Fénix del amor, estudio literario e histórico por...* Zamora, El Colegio de Michoacán-Foro Cultural Piedadense, 1990, 302 pp. + apéndices.

[23] Esquivel, Enrique. *Peribán y su antigua jurisdicción. Los Reyes, Tingüindín, Charapan, San Francisco Peribán*. Guadalajara, Castro-Impresores, 1985, 214 pp.

[24] Cárdenas de la Peña, Enrique. *Tierra Caliente. Porción sureste de Michoacán*. México, SAHOP, 1980, 549 pp.

Por lo que toca a la zona montañosa del centro conocida como Meseta Tarasca se han estudiado los municipios periféricos de Uruapan, Tancítaro, Tingüindín y Chilchota, del centro sólo Paracho y Nahuatzen cuentan con un estudio quedando pendientes los de Tingambato, Cherán y Charapan. Del bajío zamorano y occidente estatal cuentan con monografías las jurisdicciones de Tangancícuaro, Zamora, Cotija, Villamar, Jiquilpan, Los Reyes, Peribán, Sahuayo y San José de Gracia y están por hacerse las correspondientes a las de Cojumatlán, Venustiano Carranza, Briseñas, Vista Hermosa, Chavinda, Tangamandapio, Jacona y Ecuandureo.

De la franja territorial cercana a la cuenca del Lerma y Ciénega de Zacapu existen estudios referentes a las municipalidades de Yurécuaro, La Piedad, Puruándiro, Huaniqueo y Zacapu faltando las correspondientes a las de Churintzio, Zináparo, Numarán, Tlazazalca, Penjamillo, Panindicuaro, Angamacutiro, Villa Jiménez y Coeneo. Sobre los municipios ubicados entre las cuencas lacustres de Pátzcuaro y Cuitzeo incluyendo los del Valle Morelia-Queréndaro, cuentan con sus respectivos estudios los de Cuitzeo, Copándaro, Zinápecuaro, Indaparapeo, Morelia, Pátzcuaro y Tzintzuntzan y carecen de ellos Quiroga, Erongarícuaro, Zirahuen, Villa Escalante, Villa Madero, Acuitzio, Huiramba, Lagunillas, Tarímbaro, Alvaro Obregón, Charo, Querendaro, Huandacareo, Chucándiro y Santa Ana Maya.

Por otro lado, a lo largo de estos 25 años, también se han publicado algunos estudios que abarcan el conjunto del territorio estatal en los que se mezclan los aspectos geográficos, el clima, la topografía y los recursos naturales, a la vez que abordan el desarrollo histórico estatal y dan cuenta de las bellezas naturales y el folklore, a los que podemos clasificar como *Monografías estatales*. Como ejemplos de esta clase de estudios, se pueden citar los de Francisco Bravo Ramírez, Roger Guerrero Sandoval, Luis González y Jorge Zepeda Patterson[25]. También se han publicado 2

[25] Bravo Ramírez, Francisco J. *Michoacán. Ensayo económica, político y social.* México, Editorial Porrúa 1975, 115 pp. + Ilus.; Roger Guerrero Sandoval. *Michoacán.* México, Banco de Comercio de Michoacán, 1976, 88 pp.; Luis González. *Michoacán.* Morelia, FONAPAS-Michoacán, 1980, 370 pp.; *Michoacán muestrario de México.* Zamora, Banca Promex 1991, 83 pp.; Jorge Zepeda Patterson. *Michoacán. sociedad, política, cultura.* (Biblioteca de las entidades federativas) México, UNAM, 1988, 190 pp.

obras que, aún con las omisiones y errores que contienen, dan un panorama global del conjunto de los municipios, se trata del libro *Michoacán estudios económico-fiscales*, editado en 1981 y del volumen de *Los municipios de Michoacán*, que forma parte de la *Enciclopedia de los Municipios de México*, que a mediados de la década pasada patrocinó la Secretaría de Gobernación[26].

Como hemos podido observar a lo largo de este recuento, en los últimos 25 años los estudios monográficos sobre las jurisdicciones de municipios y parroquias se han visto incrementados en forma notable por una amplia producción bibliográfica, estimulada por esfuerzos particulares e institucionales y aunque han seguido apareciendo estudios improvisados y faltos de una sólida base documental, hechos por personas sin la preparación académica adecuada, pero con mucho amor al terruño como dirían don Luis González, son cada día más las monografías preparadas por historiadores profesionales egresados de las instituciones asentadas en Michoacán, que al igual que el autor de *Pueblo en Vilo*, hace 25 años, siguen urgando en empolvados depósitos de papeles, muchos de ellos mantenidos por largo tiempo en el olvido y han empezado a rescatar la memoria pueblerina acumulada por décadas y siglos.

En el último cuarto de siglo, como decíamos al principio, se ha avanzado en cantidad y en calidad. Poco a poco el rompecabezas de las jurisdicciones civiles y eclesiásticas del territorio michoacano se ha ido llenando con nuevas aportaciones historiográficas. El resultado es que en este tiempo de una forma o de otra se han reconstruido los aconteceres de 51 munipios, cifra que representa el 45.13% del total, y 61 espacios más (54.87%) continúan en la lista de espera. Este es el reto, el sol está en lo alto y aún falta mucho por andar.

Ciudad Universitaria - Morelia entre el 22 y el 25 de enero de 1993

[26] Véase: *Michoacán. Apuntes socio-económicos*. Morelia, Gobierno del Estados, 1981, pp.; *Los municipios de Michoacán*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1988, 532 pp.

Anexo Bibliográfico
1968 - 1993

I. Estudios monográficos estatales

Anónimo. *Michoacán. Apuntes socio-económicos.* Morelia, Gobierno del Estado 1981, 331 p.

Bravo Ramírez, Francisco J. *Michoacán. Ensayo económico, político y social.* México, Editorial Porrúa, 1975, 115 pp. + Ilus.

Correa Pérez, Genaro, et. al. *Geografía del Estado de Michoacán. Física, humana, económica.* Morelia, Gobierno del Estado, 1974, 474 pp.

González, Luis. *Michoacán.* Morelia, FONAPAS-Michoacán, 1980, 307 pp.

González, Luis. *Michoacán. Lagos azules y fuertes montañas,* Colección Monografías Estatales. México, Secretaría de Educación Pública, 1980, 273 pp.

González, Luis. *Michoacán muestrario de México.* Zamora, Banca Promex, 1991, 83 pp.

Guerrero Sandoval, Roger. *Michoacán.* México, Banco de Comercio de Michoacán, 1976, 88 pp.

Zepeda Patterson, Jorge. *Michoacán. Sociedad, economía, política, cultura.* (Biblioteca de las entidades federativas). México, UNAM, 1988, 190 pp.

II. Catálogos y estudios urbanos

Ramírez Romero, Esperanza. *Catálogo de construcciones artísticas, civiles y religiosas de Morelia.* Morelia, Universidad Michoacana-FONAPAS, Michoacán, 1981, XXII, 398 pp. + Planos.

Ramírez Romero, Esperanza. *Catálogo de monumentos y sitios de*

Michoacán. Tlalpujahua. Morelia, Gobierno del Estado, 1985, 171 pp. + Planos.

Ramírez Romero, Esperanza. *Morelia en el espacio y el tiempo. Defensa del patrimonio histórico y arquitectónico de la ciudad.* Morelia, Gobierno del Estado, 1985, 173 pp. + Planos.

Ramírez Romero, Esperanza. *Catálogo de monumentos y sitios de la región lacustre. Pátzcuaro.* Morelia, Gobierno del Estado-Universidad Michoacana, 1986, 230 pp. + Planos.

Sigaut, Nelly. *Catálogo del patrimonio arquitectónico del bajío zamorano, Primera parte: La ciudad de Zamora.* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1991, 191 pp. + Planos.

Sixtos López, Gerardo. *Morelia y su centro histórico. Contribución a la historia urbana de la ciudad.* Morelia, Instituto Michoacano de Cultura, 1991, 81 pp. + Ilus.

Ortiz, Víctor Manuel. *El Barrio Bravo de Madrigal.* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990, 183 pp.

III. Estudios monográficos municipales y parroquiales

Aguilar Hernández J. Antonio y Salvador Meléndez Uriostegui. *Zacapu. Una historia, un recuerdo, una época.* Morelia, Editorial Linotipo Valladolid 1973, 380 pp.

Alvarez del Toro, Jesús. *Guarachita ayer... Villamar hoy. Monografía municipal de Villamar, Michoacán.* Morelia, Ayuntamiento de Villamar, Coordinación de Apoyo Municipal, 1988, 184 pp.

Alvarez, Lira. Cirilo. *Aportaciones históricas sobre Villa Morelos, Mich.* Morelia, Talleres de la Editorial Omega, 1982, 199 pp.

Arreola Cortés, Raúl. *Morelia.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1978, 393 pp.

Arreola Cortés, Raúl. *Tacámbaro, Carácuaro, Nocupétaro y Turicato.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1979, 333 pp.

Arreola Cortés, Raúl. *Coalcomán.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1980, 369 pp.

Arreola Cortés, Raúl. *Morelia.* Morelia, Editorial MoreVallado, 1991, 290 pp.

Avalos T. José Rafael. *Copándaro de Galeana.* Morelia, Grafidea, 1990, 198 pp.

Carreño Alvarado, Gloria, et.al. *Angangueo. El pueblo que se negó a morir.* Morelia, Impulsora minera de Angangueo, S.A., 1983, 107 pp.

Carrillo Cázares, Alberto. *La primera historia de La Piedad. El Fénix del Amor.* Zamora, El Colegio de Michoacán-Foro Cultural Piedadense, 1990, 302 + 113 + 19 pp.

Castellanos Higareda, José. *Pajacuarán. La huella de un pasado.* Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1992, 218 pp.

Castelló Yturbe, Teresa. *Pátzcuaro, Cedazo de recuerdos.* Morelia, Talleres de Impresos Hurtado, 1983, 131 pp.

Castillo Janácua, J. Jesús. *Paracho durante la revolución. Estampas y relatos, 1890-1930.* Morelia, Balsal Editores, 1988, 182 pp. + Apéndice.

Castillo Pérez, Isidro. *La Piedad.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1978, 169 pp.

Castro-Leal, Marcia. *Tzintzuntzan, capital de los tarascos.* Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1986, 246 pp.

Corona Núñez, José. *Cuitzeo.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1979, 170 pp.

Corona Núñez, José. *Carácuaro de Morelos.* Morelia, Universidad Michoacana, 1991, 177 pp.

Correa Pérez, Genaro. *Zitácuaro. Sitios de interés históricos y geográfico.* México, Ediciones y Distribuciones, 1986, 93 pp.

Correa Pérez, Genaro. *Geografía de Zitácuaro. Física, humana y económica.* Zitácuaro, Ayuntamiento de Zitácuaro, 1991, 270 pp. + Mapas.

Cuara Amezcua, Salvador. *Vida y tragedia de Parangaricutiro, Mich., un pueblo de tres etapas.* Uruapan, Litoplas s/a, 118 pp.

Esquivel Vega, Enrique. *Peribán y su antigua jurisdicción: Los Reyes, Tingüindín, Charapan, San Francisco Peribán. Metamorfosis de un pueblo.* Guadalajara, Castro Impresos, 1985, 214 pp.

Gallegos Llamas, Rafael. *La Piedad, 600 años.* México, Talleres Linotipográficos "Unión", 1980, 63 pp.

García López, Lucía. *Nahuatzen. Agricultura y comercio en*

una comunidad serrana. Zamora, El Colegio de Michoacán-CONACyT, 1984, 115 pp.

González, Luis. *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia.* México, El Colegio de México, 1968, 365 pp.

González, Luis. *La tierra donde estamos. 30 años del Banco de Zamora.* México, Imprenta Madero, 1971, 225 pp.

González, Luis. *Zamora.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1978, 234 pp. + Ilus.

González, Luis. *Sahuayo.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1979, 315 pp.

González, Luis. *Zamora.* Zamora, El Colegio de Michoacán-CONACyT, 1984, 254 pp. + Ilus.

González Méndez, Vicente y Héctor Ortiz Ybarra. *Los Reyes, Tingüindín, Tancítaro, Tocumbo y Peribán. Centro Occidente de Michoacán.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1980, 749 pp.

Guzmán Pérez, Moisés. *Tuzantla. Historia en la Tierra Caliente.* Morelia, Ayuntamiento Constitucional de Tuzantla, 1992, 134 pp.

Herrejón Peredo, Carlos. *Tlalpujahua.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1980, 230 pp.

Herrejón Peredo, Carlos. *Los orígenes de Guayangareo, Valladolid.* Morelia, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado, 1991, 226 pp.

López Lara, Ramón. *Zinapécuaro. Tres épocas de una parroquia.* México, Editorial Jus, 1970, 370 pp.

López Lara, Ramón. *Zinapécuaro.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1977, 192 pp.

López Lara, Ramón. *Zinapécuaro. Monografías del Municipio.* Morelia, Fímax-Publicistas, 1979, 253 pp.

López Maya, Roberto. *Tuxpan.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1979, 336 pp.

López Maya, Roberto. *Ciudad Hidalgo.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1980, 444 pp.

Macías, Pablo G. *Pátzcuaro.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1978, 378 pp.

Macías, Pablo G. *Ario de Rosales.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1980, 493 pp.

Miranda, Francisco. *Yurécuaro.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1978, 246 pp.

Miranda, Francisco. *Uruapan.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1979, 270 pp.

Mirón, Telésforo. (Ramón Hernández Zavala). *Tanhuato. Anecdotario bohemio y humorístico.* Morelia, s/e, 1982, 206 pp.

Moheno, César. *Las historias y los hombres de San Juan.* Zamora, El Colegio de Michoacán-CONACyT, 1985, 187 pp.

Moreno García, Heriberto. *Cotija.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1980, 246 pp.

Ochoa, Alvaro. *Jiquilpan.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1978, 231 pp.

Ortiz Ybarra, Héctor y Vicente González Méndez. *Puruándiro.* Monografías Municipales. Morelia, Gobierno del Estado, 1980, 421 pp.

Padilla Villicaña, José. *Tirindaro. (Lugar de hermoso amanecer).* Morelia, Fímax-Publicistas, 1977, 130 pp.

Paredes Mendoza, José Ma. *Síntesis monográfica de Uruapan.* Uruapan, Taller Tipográfico de Eduardo Martínez, 1985, 49 pp.

Pérez Escutia, Ramón Alonso. *Taximaroa. Historia de un pueblo michoacano.* Morelia, Instituto Michoacano de Cultura, 1986, 462 pp.

Pérez Escutia, Ramón Alonso. *Historia de la región de Irimbo.* Morelia, Ayuntamiento Constitucional de Irimbo-Balsas Editores, 1988, 396 pp. + Apéndices.

Pérez Escutia, Ramón Alonso. *Síntesis histórica del municipio de Senguio, Michoacán.* Morelia, Ayuntamiento Constitucional de Senguio, 1989, 32 pp.

Pérez Escutia, Ramón Alonso. *Historia de Maravatío, Michoacán.* Maravatío, Comité Organizador de los Festejos del 450 Aniversario de la Fundación de Maravatío, 1990, 542 pp.

Pérez Escutia, Ramón Alonso y Tomás Escutia Sánchez. *Aporo. (Lugar de cenizas).* Morelia, Ayuntamiento Constitucional de Aporo-Comité de Participación Ciudadana, 1991, 350 pp. + Fotografías.

Ramírez C., Luis Alonso. *Chilchota: Un pueblo al pie de la Sierra.*

Integración regional y cambio económico en el noroeste de Michoacán. Zamora, El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado, 1986, 306 pp.

Ramírez Rodríguez, Simón. *Etúcuaro y un maestro rural.* México, Ediciones y Distribuciones, S.A., 1978, 206 pp.

Rendón Guillén, Alberto, *Tzintzuntzan, Breve reseña histórica y turística.* Morelia, FONAPAS-Michoacán, 1980, 94 pp.

Reyna, Ma. del Carmen. *La villa de San Juan Zitácuaro y sus alrededores.* (Cuadernos de Trabajo Nº 54) México, INAH, 1988, 182 pp. + Mapas.

Romero Flores, Jesús. *La Piedad de Cabadas. Apuntes para su historia.* México, Costa-Amic, 1975, 399 pp.

Romero Vargas, José. *Cotija cuna de trotamundos.* México, Editorial Progreso, 1973, 389 pp.

Romero Vargas, José. *Cotija durante las revoluciones 1900-1926.* México Costa-Amic, 1978, 310 pp.

Rueda y Alvarez, José G. *Tlalpujahua, Mich., un pueblo extraordinario. Ensayo histórico-social.* Ciudad Hidalgo, Impresos Comerciales Fuentes, 1979, 131 pp.

Sámano Magaña, Martín. *Apuntes para la historia de la Villa de Tangancícuaro.* Guadalajara, Talleres Foto-Litográficos de Impre-Jal, 1987, 115 pp.

Tavera Castro, Juan. *Huetamo. Historia y geografía.* Morelia, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, 1968, 152 pp. + Apéndice.

Teja Andrade, Jesús. *Tuzantla, Tiquicheo, Juárez, Susupuato. Ruta heroica del oriente michoacano.* Monografías Municipales, Morelia, 1979, 187 pp.

Tinajero Villaseñor, Leonel. *Cotija, un pueblo y una época.* México, Costa-Amic, 1977, 306 pp.

Vargas Chávez, Alfonso. *Tacámbaro 1538-1988.* Morelia, Grafidea, 1989, 203 pp.

Varios. *Monografía del Municipio de Huaniqueo.* Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1987, 179 pp.

Zavala Alfaro, David. *Agonía y éxtasis de un pueblo. San Juan de Parangaricutiro, Mich., ensayo histórico literario.* Morelia, Fímax-Publicistas, 1972, 155 pp.

LA HISTORIOGRAFÍA DESPUÉS DE *PUEBLO EN VILO*

Carlos Martínez Assad
UNAM-IIS

Hace veinticinco años apareció un libro que vendría a influir notablemente en las formas de estudiar y de concebir la historia de México. Luis González, a través de su *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*,([1]) pondría en entredicho el desdén de los académicos respecto a la historia parroquial, además de contener otras virtudes demostradas con el estudio de un pueblo de Michoacán apenas visible en poquísimos mapas e ignorado durante mucho tiempo en la República Mexicana.

La primera de ellas fue la de reivindicar la historia provinciana frecuentada casi en exclusiva por los cronistas pueblerinos, reconociendo su empeñosa labor de rescate. La otra, fue la de demostrar las incongruencias por tanto olvido de la historia oficial. La escrita con el bronce frío y el mármol tallado de muchísimos monumentos sembradas por todo el país, porque como decía Nietzche -citado por Don Luis- "La historia monumental engaña por analogías. Por seductoras asimilaciones, lanza al hombre valeroso a empresas temerarias". ([2])

En San José -según su propio autor- nunca hubo una batalla decisiva y dio a luz ningún prócer que hubiera influido en la historia nacional. No obstante, un actor central recorre los acontecimientos que allí tuvieron lugar, la colectividad del pueblo de San José en su diaria y cotidiana actividad: realizar las faenas del campo, escuchar misa, conocer de tristezas y alegrías, comer y rezar el rosario.

El hecho de que este libro haya sido publicado en 1968 sugiere que fue pensado y concebido en un período en el que invocando el marxismo la sociedad era reducida a esquemas y la teoría de la dependencia dominaba el panorama de las ciencias sociales, y el país se explicaba a

---

[1].- El Colegio de México, México, 1968.

[2].- De la múltiple utilización de la historia, *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI editores, México, 1980.

través de una única variable externa (con claras excepciones) y era motivo más que suficiente para ir a la hoguera de la academia hablar de historias de individuos y no sólo de la acción de las clases sociales.

La obra de don Luis impactó de tal manera que nos obligó a volver los ojos hacia México, como en otro momento lo hicieron los miembros del Ateneo. Pero el autor fue más allá, hasta el México más recóndito buscando su esencia y su profundidad, en una palabra sus raíces, aun las más particulares. Prefirió hacer historiografía microscópica porque contiene más verdad que la telescópica; y según el profesor Finberg se alcanza así una mayor aproximación a la realidad humana porque se contempla desde la propia estatura. Lo cual permite, además, como también lo confiesa Don Luis en otro trabajo que desde la niñez le lleguen "...muchos rumores, seres, cosas, ruidos, perfumes, antiguallas y novedades". (3) Todo esto para llegar a la conclusión de Collingwood "...la labor del historiador puede comenzar descubriendo el aspecto externo de un hecho, pero nunca puede estancarse ahí..." (4)

Tan se adelantó don Luis a su tiempo que las investigaciones históricas que siguieron la ruta trazada por él, comenzaron a publicarse hasta diez años después. Las regiones, limitadas por la lógica archivística por lo general se identificaron con las entidades federativas, se convirtieron en sujeto de numerosas investigaciones y en la estrategia de nuevos centros académicos interesados en México desde la historia, la sociología, la ciencia política, la cultura, la literatura, etcétera.

En estos veinticinco años, aunque la modestia de don Luis se oponga, su obra fue esparciendo semillas y retoños más o menos logrados fueron brotando. La historia nacional se enriqueció con el reconocimiento de las historias locales (pueblos, rancherías y haciendas) vinculadas a la presencia de caciques, de caudillos, de jefes militares, de curas, de campesinos y de obreros con acciones que a veces tuvieron un impacto regional y, los más presuntuosos buscaron influir en el ámbito nacional. La Revolución Mexicana fue uno de los momentos más favorecidos, adquirió una dimensión más humana y menos estereotipada. Ahora conocemos con mayor profundidad -y aún no terminamos- la Revolución

---

3.- *Sahuayo*, Monografías municipales del Estado de Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán, México, 1979.

4.- Citado en *Ibidem*.

de Oaxaca, de Sonora o de Chiapas y, desde luego, las particularidades que le dan mayor complejidad pero la acercan más a los mortales.

Con *Pueblo en vilo* surgió, si es posible decirlo, una historia de la sociedad civil que puso de relieve las actuaciones de hombres y mujeres comunes que viven cotidianamente sus temores, sus pasiones, sus esperanzas; es decir, su futuro y por lo tanto su historia. Una historia compartida y vivida, no inventada para cumplir un fin específico, sino simplemente recreada amorosamente, con sencillez.

El espíritu de *Pueblo en vilo*, sin embargo, fue el de una *historia universal* o *total* auxiliándose de otras disciplinas como la geografía, la economía, la demografía, la política y la literatura, además de recurrir a otros conocimientos, incluso los astrológicos. El autor recurrió a técnicas de investigación poco frecuentadas y escasamente admitidas. "Los archivos parroquiales resultaron la principal fuente escrita en la historia de la comunidad josefina" y hasta "la tarea detectivesca" fue necesaria para "comprender, repensar y resentir los pensamientos y los sentimientos de los protagonistas de la historia de San José".

Otras formas de acceder al conocimiento sólo podían adquirirse en la provincia mexicana, en algunos rincones del país; lo cual nos permite entender que la historia local es cualitativa, no cuantitativa". Esto es, detallista y compleja; sin complacencias y debe diferenciarse de lo monográfico porque el método implícito en el libro recurre equilibradamente a la diacronía y la sincronía; es decir, al corte longitudinal y al transversal. "En aquél se narran hecho y en éste se describen estructuras".

Una más de sus enseñanzas fue el atreverse a despojar su narración de formalismos, que solamente estorbaban la lectura y, además, dimitificar el lenguaje académico para hacerlo accesible y romper las barreras del autor con sus lectores. Recrear un lenguaje literario cercano a Juan Rulfo o Agustín Yáñez, según propia confesión. Por eso su público se amplió y facilitó el camino del acercamiento a otros historiadores.

Después quedaban San José de Gracia, su conformación desde la conquista española del Imperio Tarasco, pasando por el surgimiento de rancheros en la región, la etapa de la reforma mucho menos liberal que en el resto del país, la verdadera fundación del pueblo que debería apellidarse de los Llanos, el porfiriato, la Revolución, la rebelión cristera

que tan honda huella dejó, los conflictos del reparto agrario cardenista, y su reconocimiento como municipio. Hasta que llegó, a partir de 1957, "más actualidad, adaptabilidad, adorno, afeites, aislamiento, alcoholismo, alojamiento, ansiedad" y otras ciento y tantas mudanzas propias de la modernidad.

Don Luis dejó constancia de la transición de una comunidad tradicional a una sociedad de clases. "Las fronteras sociales son mucho menos indecisas y más de índole económica que antes". San José de Gracia aparece en el mapa de la República Mexicana y hasta en la historia, no nada más nacional, gracias a don Luis. Y gracias también a él pudo dibujarse una frontera que define a la nueva

Historiografía.

Una coincidencia generalizada señala en la publicación de *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia* el primer paso en firme para combatir la historia acartonada y llena de lugares comunes. Hubo excepciones notables como Jesús Silva Herzog, Frank Tannenbaum, John Foester Dulles y desde luego, los hacedores de *La Historia moderna de México* en una nómina que incluía a su coordinador Daniel Cosío Villegas, Moisés González Navarro y al mismo Luis González.

También en las localidades personajes sin una línea divisoria clara entre el cronista y el historiador realizaban un trabajo importante de rescate historiográfico, entre ellos Francisco Ahumada, Israel Cavazos, Alfonso Taracena, Rafael Montejano y Aguiñaga, entre otros. Muy probablemente otros les precedieron y sus relatos constituyen también fuentes esenciales para el repaso histórico que ahora tiene lugar.

Un intento serio, por su originalidad, de rescate de la historia fue cuando el Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana se formó y para festejar el cincuentenario de la primera Revolución del siglo se realizaron libros sobre sus efectos y alcances en cada uno de los estados de la República. Labor complementada después con las antologías que sobre cada estado realizó el Instituto José María Luis Mora, algunos libros de la colección *SEP Setentas* y recientemente *REGIONES* publicada por el CNCA.

Luego de la publicación de *Pueblo en vilo*, dos libros coincidentes en la perspectiva de un análisis con ubicación territorial buscaban aportar a la comprensión de la historia nacional. *Precursores intelectuales*

de la Revolución mexicana de Cockroft enfatizaba en la historia de las ideas y *Zapata y la Revolución mexicana* de Womack marcaba la necesidad de historiar desde un nuevo enfoque la historia de los vencidos.

Sin haber buscado los autores una propuesta común, los tres libros mencionados demostraron la importancia de los procesos históricos en tres regiones del país. Michoacán, Morelos y San Luis Potosí, como representaciones de espacios hasta entonces escasamente diferenciados, se convirtieron en referencia imprescindible para la nueva historia, una historia compuesta de varias historias; tantas, como espacios identificables, política, cultural, social o económicamente pudieran distinguirse. Los escenarios se reprodujeron vertiginosamente cuando fueron localizados por los historiadores, jóvenes de entonces y de ahora. De tal forma que al finalizar la década de los 70, varios libros dedicados al conocimiento histórico de Veracruz, Tabasco, Jalisco, Oaxaca, Sonora, Yucatán habían sido puestos en circulación. Tendencia continuada durante los años 80 para permitirnos conocer y reconocer el país en sus más particulares expresiones.

Todo ello indica que lo que se produjo hace 25 años fue el despegue de una nueva concepción de la historia que se propuso revisar las hipótesis más socorridas sobre la historia contemporánea de México, aunque definitivamente su impacto alcanzó a otros períodos históricos. La corriente revisionista, como llamaron Alan Knignt y Thomas Benjamín a la historiografía de la última década, alcanzó también varios campos, buscando nuevos derroteros para conocer no sólo las motivaciones de los actores sociales sino para analizar las ideas, la vida cotidiana, las mentalidades, la cultura en su acepción más amplia.

La historia se contempló a partir de entonces con una mirada crítica para abarcar un universo compuesto por provincias, intendencias, estados, regiones, alcaldías, haciendas y pueblos, habitados por caudillos, caciques, campesinos, obreros, patrones, industriales, clases medias, profesores, migrantes, artistas, periodistas, científicos, curas y narradores. De tal forma que diez años después de *Pueblo en vilo* ningún investigador temía ser tachado de reduccionista o de conservador porque ahora todo proceso político o social era historiable. Los vencedores y los vencidos, los revolucionarios y los conservadores, los liberales y el clero, los católicos y los no católicos, las clases altas y las clases bajas, los personajes y las colectividades, las izquierdas y las derechas, los poderosos y los desposeídos.

Como en Jericó se derrumbaron las murallas de la antigua historia para dejar salir una historia más rica y compleja. El mapa nacional se agrandó. La Revolución, probablemente el período más estudiado por los historiadores mexicanos y por los mexicanistas, estadounidenses y europeos, avanzó vertiginosamente y se profundizó su conocimiento en los estados ya estudiados (Chihuahua, Sonora, Morelos) y se descubrieron más contenidos en otros no tan estudiados (Veracruz, Guerrero, Tabasco, Yucatán). La Revolución mexicana se desdobló *grosso modo*, en la norteña (hegemónica y centralista) y la del sur-sureste (subordinada y descentralizadora). El espectro es susceptible de ampliarse porque en el centro del país, particularmente en el Bajío, podría encontrarse otra revolución, la de las fuerzas conservadoras (cristeros y sinarquistas). Pero hay que reconocer: cada rincón del país tiene su propia historia para lograr una identidad que no se ha creado por decreto, sino a través de los lazos identificatorios construidos en el quehacer cotidiano de muchos años.

Dos lógicas se han entrelazado para complementarse entre sí: la nacional y la regional porque difícilmente pueden abstraerse una de la otra. Ahora son muchos los estudios que así lo constatan. La historia regional no sólo contribuye a explicar fenómenos y condiciones locales, sino también permite un conocimiento más amplio porque su calidad está en la diversidad para interpretar las mismas situaciones históricas. Por ejemplo, y ya lo he dicho en otras ocasiones, ni el maderismo ni el carrancismo impactaron por igual a toda la nación, según se desprende de los estudios que hoy conocemos. Idea que podría extenderse, desde luego, a las señas de otros caudillos. Las idas y venidas del cardenismo en San José de Gracia, según Don Luis, corroboren esa afirmación. Los josefinos, como otros habitantes de este inmenso país, fueron reacios a la reforma agraria; actitud vinculada a los aciagos días de la rebelión cristera y al activismo del padre Federico. Hasta que éste y Lázaro Cárdenas se abrazan sellando la reconciliación y la primera vez que un presidente de la República visitó San José.

Don Luis supo unir los eventos de una historia local con las de la historia nacional para darnos una visión nueva posible de ubicar y con varias pistas para no perdernos. Investigó en los archivos parroquiales, asumió los recuerdos familiares y los mezcló con sus amplios conocimientos sobre el país; también pensó en los escritores, en las

espléndidas descripciones de lugares próximos y muy parecidos a San José. Recurrió, incluso a un poeta de ultramar para definir a sus coterráneos con el mismo afecto con el que Machado canta a los suyos: "Y no conocen la prisa/ni aún en los días de fiesta./Donde hay vino, beben vino;/donde no hay vino, agua fresca. Son buenas gentes que viven,/laboran, pasan y sueñan,/y en un día como tantos/descansan bajo la tierra".

El desafío es cómo unir en una sóla investigación, en un sólo libro tantas variables, tantos matices para lograr un aporte significativo a la historia que se construye día con día. Por fortuna, en los años más recientes puede confirmarse una enorme producción de libros de historia que rescatan pasajes o personajes olvidados o sin descubrir de muy diferentes épocas, coincidentes en la intención de encontrar la originalidad, abandonar esquemas previos y contar los acontecimientos con amenidad, incluso con suspenso, para atraer más lectores y rebasar los claustros académicos. Eso me parece importante si se pretende algún impacto sobre la sociedad.

Mi optimismo se fundamenta en el aprendizaje por otros libros escritos en los últimos años, lo cual me ha permitido ampliar mi conocimiento de este país, extender las fronteras del pasado y, en la mayoría de los casos, disfrutar de su lectura con historias singulares, fundamentadas en nuevas fuentes compuestas por extensos archivos. Los cuales, según Don Luis, complican el trabajo en lugar de facilitarlo porque la tradición académica de este país quiere que el historiador se encargue por sí mismo de organizarlo, consultarlo, complementar su información con otras fuentes, escribir los resultados de la investigación, darle forma de libro e incluso encargarse del proceso de edición. Quizás es ese estar pegado al pasado lo que impide ser más exigentes para no conformarnos con ser amanuenses con computadora, realizando un trabajo individualista y solitario.

La necesidad de recurrir a nuevas fuentes llevó también a un uso mayor de la fotografía y aunque fue frecuente su uso, ahora hay obras donde las palabras encuentran su equivalente en imágenes y a veces, éstas superan al lenguaje escrito. Don Luis recurrió también a la fotografía para ubicarnos mejor en el ambiente provinciano y reconocer su rostro en el templo parroquial y en las miradas fijas de algunos de sus más reconocidos personajes. Ahora, contamos con esfuerzos editoriales

sobresalientes respecto al uso vastísimo de la fotografía para contar una historia. Justo por la manera como es, reunida, generalmente por colecciones familiares, la fotografía se ha convertido en un elemento por demás importante de la microhistoria.

A los 25 años de la publicación de *Pueblo en vilo*, su autor camina ligero, difunde su evangelio entre alumnos y discípulos; lejos se encuentra de aquella definición que él mismo dió del hombre que llega a la edad de los metales, cuando el cabello es de plata, los dientes de oro y los pies de plomo, porque Don Luis sigue caminando y haciendo camino en "la noche del futuro sin mayores tropiezos".

HISTORIA ORAL Y ORALIDAD EN *PUEBLO EN VILO*

Heriberto Moreno García
El Colegio de Michoacán

"Lo más importante de un autor, dijo Borges, es su entonación; lo más importante de un libro es la voz del autor, esa voz que llega a nosotros". Así lo recordó Rafael Pérez Garay al comentar el reciente libro de Luis Miguel Aguilar, *Suerte con las mujeres*.([1])

Así es la imagen auditiva que oimos en nuestro interior todos aquellos que hemos tenido el gusto de escuchar alguna vez platicar a Luis González, cuando leemos alguno de sus libros; máxime, si es *Pueblo en vilo*. La prosa fluye con la misma cadencia de su conversación tachonada de anécdotas, aplicaciones personales, enjuiciamientos prudentes, preguntas invitadoras, sabrosas muletillas, y acompañada del juego de sus manos, el tintineo de su llavero, frente a una tasa de café y en el punto focal, casi siempre, de un grupo. Su voz irradia y convoca. Luis González habla en sus libros. Impreso, platica.

La palabra hablada constituye una representación, un teatro.([2]) El que habla está frente a sus interlocutores, se le observa desde cerca; no sólo se escucha sin esfuerzo lo que sin esfuerzo dice, sino que también se ve su figura y se capta la expresión de su cara, el movimiento de sus manos y sus ojos, todos los gestos que acompañan, subrayan y comentan el relato con sus inflexiones, sus pausas, sus interrogaciones retóricas. Su espontaneidad dramatiza la imposibilidad de volver atrás. Como "palabra de rey no vuelve atrás", la palabra hablada cae como piedra en pozo y no se puede retirar. A diferencia de los escritos, el discurso oral

---

[1] Rafael Pérez Garay, "La cuarta dimensión", en *Nexos*, año 16, vol. XVI, núm. 181, Enero de 1993, p. 20.

[2] Muchas de las ideas, frases y contenidos del presente trabajo provienen del libro de Franco Ferrarotti, *La historia y lo cotidiano*, editado en español, en 1991, por Ediciones Península; especialmente de los capítulos "Entre dos vacíos", "La paradoja de la historia oral" y "La voz humana en Atenas"; pero su uso y aplicación en esta ponencia son sólo de mi responsabilidad.

no admite laboriosos montajes con añadiduras, cortes o reelaboración de sus partes. La palabra hablada, una vez que se ha pronunciado, no consiente, como las declaraciones de amor y los insultos, ningún arrepentimiento. Lo dicho, dicho está. Todos lo oyeron.

Tomar la palabra, dar uno su palabra, era la mayor prueba de la disponibilidad e intención de dejar a salvo la verdad y el honor personal y social, en un mundo felizmente inocente de periódicos, teléfonos, cinematógrafos, televisores; pero mundillo también que era el jardín encantado y bien abonado para que florecieran historias y cuentos y reverdecieran antiguas leyendas, mientras se iba renovando día a día y noche a noche el caldo de cultivo de las habladurías, como constante rumor de fondo de la vida comunitaria. Todo era la palabra. La palabra era el vínculo natural entre las vivencias y las narraciones; entre la vida y las historias.

Cuando hoy en día tomamos la palabra en una reunión, participamos en una mesa redonda o intervenimos en una discusión, nuestra palabra no llega directamente a los escuchantes; está filtrada y amplificada por el micrófono y los altavoces. El altoparlante, en el imaginario colectivo, ha conquistado el puesto de símbolo y de instrumento de oficialidad coercitiva; es canal por el cual pasan, a un determinado volumen y con tonalidades que son al mismo tiempo estentóreas y anónimas, las instrucciones para las masas que esperan.

Por contraste natural, sería aleccionador para captar el proceso que va desde la conversación y la narración hasta la hechura de un texto de historia-escrita-que-habla, el imaginar cómo era y cómo se desplegaba la voz humana en el ágora de Atenas, el foro romano, la catedral de Reims, los patios de Uxmal o el zócalo de la ciudad de México. Su acústica debía ser tan perfecta que los oradores no tenían ninguna necesidad de micrófono. La voz no requería una tensión especial de las cuerdas vocales. La transportaba la dulce liviandad del viento, de modo que hablar en público no impedía la sutileza del razonamiento que regularmente se encuentra en el diálogo entre pocas personas, en privado. La voz no tenía necesidad de vocear. Lo que se pensaba, se decía, y lo que se decía, de inmediato se captaba.

Del enlace entre vida y narración nace la característica esencial de la historia oral: la de constituir el punto de intersección o de mediación consciente entre la historia histórica y lo vivido en lo cotidiano. Entre el

narrador y sus escuchadores la relación es directa, imprevisible, abierta a los problemas; en otras palabras, es una relación verdaderamente humana, es decir, dramática, sin resultados preestablecidos ni asegurados. En esa relación directa, la palabra hablada es la retroalimentadora y reorientadora del discurso, en virtud de las reacciones personales que van y vienen entre el narrador y sus interlocutores. El diálogo se desarrolla, entonces, como un concierto polifónico en que no se excluye a ninguno de los circunstantes. Cualquiera de ellos que interviene, introduce un motivo nuevo, una nueva modulación, en la melodía general. Aun quien ejecuta un silencio, entra en el concento del discurso colectivo, pues su silencio hace posible la palabra de los otros.

Este es uno de los dones de la oralidad: la presencia, la figura, los rostros, el timbre de las voces, el significado y el sonido del silencio.

Por querer escapar de la cotidianeidad de la vida social, ya no tenemos la historia viva; y sucede esto en el momento en que más necesitamos que lo cotidiano se transforme en historia, para que ese peligroso producto del cerebro humano que llamamos historia sea la historia de todos; de todos, o porque la hicieron, o porque la refirieron o porque de ellos se contó.

A fuerza de trabajar en análisis y síntesis cerebrales sobre el transcurso de la vida social, se va borrando de nuestra cultura la capacidad de narrar, ordenada y gustosamente, nuestras experiencias. Nos ha abandonado, por motivos aún desconocidos, el arte de contar historias. Se nos ha roto el hilo de lo narrativo. Narrar se ha vuelto superfluo de repente. Lo que queda en el estilo de los historiadores es, en el mejor de los casos, aburrido y se antoja demasiado lento para nuestra época, enferma de la neurosis de un noticierismo desarticulado y un vertiginoso imaginismo. Narrar es monótono. Narrar cansa. Preferimos hilvanar y bordar nuestro discurso con conceptos, porque nos hemos indispuesto para con la narración que exige tiempo, gusto por los detalles, una aguda percepción y una educada paciencia en describir lo visto, un olfato para dar con los rincones obscuros y los callejones menos transitados del pasado de nuestros pueblos y ciudades, a la par que tacto, apertura y disponibilidad frente a lo nuevo y sorprendente. No sabemos narrar porque le concedemos muy poca atención a lo que vive y a lo que muere, a lo que pasa; como si el conocimiento científico no se pudiera avenir con el reconocimiento de que las cosas viven y mueren, pasan, en la cotidianeidad.

Todas esas exigencias de la narración suenan como cualidades antitéticas frente a los imperativos tecnológicos de una sociedad y una cultura de masas y frente a las costumbres mentales predominantes en esta época, signada por la instantaneidad de las imágenes e incapaz de aprehender y digerir los significados sociales y humanos, diluidos en la discontinuidad del noticierismo incontenible de los medios de comunicación.

Otro de los dones de la oralidad, pudiera ser el que la imagen auditiva de la voz del autor evoca el ambiente en que las voces se emitieron, en que se vivieron las experiencias, se tuvieron las conversaciones y donde la narración se convirtió en historia oral, antes de hacerse historia-escrita-que-habla.

Es imposible leer *Pueblo en vilo*, sin que la fantasía ronde por casas y calles, cerros y laderas de San José de Gracia, donde los historiadores-narradores le platicaron al historiador-escritor y donde éste todo lo cotejó con otros escritos ajenos y sus propias experiencias.

Nos cuenta Luis González, en la introducción a su libro:

> Para recoger la tradición oral y la vida de hoy no se utilizó la técnica de las encuestas formales. Se conversó sin cuestionario; se hicieron entrevistas sin agenda. De la conversación libre con la gente de campo se obtuvo gran provecho. Del centenar de informantes utilizados ninguno me proporcionó más que mi padre, don Luis González Cárdenas, memorizador excelente que ha vivido fascinado por el recuerdo.
>
> Mucha parte de lo que cuento desde 1932 ó 1933 no la leí ni la entendí; la vi con mis propios ojos. Los tres primeros capítulos de la obra se sustentan por regla general en información escrita; los cuatro siguientes en las tradiciones orales y los cinco últimos en mi experiencia.
>
> ...Mediante la confrontación con documentos deduje la exactitud de amplias parcelas de la tradición oral. Cuando no hubo textos dignos de fe que la respaldaran, di por buenos los dichos recaudados por la memoria colectiva. Pero más que la tarea detectivesca me detuvo la operación de comprender, de

repensar y resentir los pensamientos y los sentimientos de los protagonistas de la historia de San José. La pasión por el tema, o si se quiere, la simpatía, ayudó enormemente en esta empresa.

...Me gustan las nimiedades, me regocijan los pormenores despreciados por los grandes espíritus, tengo la costumbre de ver y complacerme en pequeñeces invisibles para los dotados con alas y ojos de águila.

...Tuve siete meses para explorar los archivos..., leer la obras que me pudieran ser inmediatamente útiles, visitar una a una las rancherías de la tenencia de San José, platicar con la gente, ver con los ojos abiertos lo más posible y oir los ruidos y los ecos.

El centro de operaciones fue una casa grande y vieja del pueblo. Se entra a la casa por un corredor breve y ancho que desemboca a los corredores de adentro y al jardín. En medio de éste se levanta el brocal de un pozo. A un lado hay una fuente de azulejos. La planta más frondosa del jardín es una granada de china. A su sombra han muerto muchos rosales, begonias y belenes. Quedan muchos más fuera de ese techo. Sobre tres lados del rectángulo del jardín se inclinan las vertientes de los corredores. Los pisos son de mosaicos. Al corredor dan las puertas de las alcobas, la sala y el comedor.

...Desde el cuarto de trabajo se divisan el panorama de los techos de teja, las torres de la parroquia, el jardín, la montaña de Larios y el cielo azul desde que renacen cada día. Junto y escribo en el sosiego de la madrugada; de las cuatro a las nueve. En la tarde, Armida toma las hojas escritas por la mañana; corrige deslices, propone enmiendas, mete mano en todo lo que considera indispensable y se pone a teclear. A causa de Armida, no me siento responsable único de estos apuntes.

Pero, al par de sus dones, la historia oral encierra una paradoja fácilmente intuible. Para poder ser conservada y comunicada, o al menos para ser conocida, la historia oral debe ser escrita. Ya se sabe que la

escritura en la época de la industria tipográfica de masas, es el resultado de un montaje mecánico, o sea de una operación en frío, predispuesto totalmente al margen de los lectores-interlocutores, con todos los límites de un vicio solitario que no espera reacciones de sus propios destinatarios -que por otro lado no conoce- y que de todos modos no podrían hacer pesar sus reacciones. A un orador se le puede interrumpir, silbar o aplaudir; a un escritor se le puede sólo hacer recensiones. La sustancia íntima del escribir está toda allí. Tenía razón Montaigne, que de estas cosas sabía mucho, cuando escribió: "El libro es una carta abierta enviada a un destinatario desconocido".

También se ha observado que la palabra impresa, como aparece en el libro, obedece a una lógica espacial basada en la separación entre renglón y renglón y que esto no es simplemente reducible a un hecho técnico-tipográfico. Esa concatenación de palabras, oraciones, párrafos y capítulos, exige que el lector asuma un criterio interpretativo fundado en un análisis que lo va obligando a fragmentar y a subdvidir el pensamiento en sus componentes, según la regla cartesiana que exige, en primer lugar, claridad y distinción. Una vez que se establece y acepta esa base coherente analítica, el retorno por parte del lector común a la consideración global del significado de todos los contenidos del texto se presenta muy difícil, a menudo imposible. Son las bases mismas del razonamiento que quedan profundamente envueltas e irremediablemente condicionadas por la totalidad planeada del texto.

No obstante estas consideraciones, sólo superficialmente poco propicias a los libros, Luis González, hace veinticinco años, planeó escribir un libro en que, sin faltar a las exigencias de la claridad y la distinción, propios y extraños, lectores comunes y lectores supercríticos, hallaran, renglón por renglón, un ejemplo de la transformación de la memoria colectiva en historia oral y de ésta, en microhistoria universal de San José de Gracia.

Así lo confió también en la introducción:

> Estos apuntes no fueron pensados, por lo menos en un principio, para un público académico. Al investigar y escribir, el autor tuvo más presentes a sus paisanos que a sus colegas y no creo que deba arrepentirse de la clase escogida para ser la destinataria principal...

> ...Pero mentiría si afirmara que únicamente busco el beneplácito de los destinatarios directos de este libro. Me agradaría que pudiera ser útil más allá de los linderos de la meseta del Tigre, más allá de San José y sus pueblos amigos y rivales. Movido por este afán de reconocimiento, entregué mi manuscrito al Seminario de Profesores e Investigadores del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México...

Una vez dado a la luz el libro y que la palabra hablada, como eco, retorne impresa a su lugar de origen, los rancheros la leerán de cabo a rabo, la prestarán a sus amigos y hasta es posible que hagan tertulias para oirla. En aquellos tiempos pensaba Luis González que "estos apuntes" no tendrían tantos compradores como las obras de enjundia académica; pero también sabía que tendrían más lectores que muchos libros de gran interés académico. Sinceramente aceptaba, como Azorín, que "las admiraciones de gente humilde valen tanto como las de las gentes aupadas"; pero, de seguro, su mayor recompensa la ponía en algo mucho más trascendental. Oigámoslo.

> ...me considero el intérprete de la visión que mis coterráneos tienen ahora de su vida pasada; tengo la sensación de ser el cronista oficial del pueblo, el compilador y reconstructor de la memoria colectiva...

Cuando el libro *vuelve* al pueblo, otra paradoja de la historia oral cristaliza. La narración de todos se transforma y transfunde en la memoria colectiva, refundamenta la identidad del pueblo. Aquel producto de la historia oral se pone al mismo tiempo como fenómeno social en movimiento e institucionalización de un saber, legitimación de la tradición y conciencia histórica, porque en un pueblo, asegura Luis González,

> ...unas páginas mediocres o malas acerca de él, son merecedoras de muchas relecturas; se convierten con facilidad en clásicas locales; cuentan de antemano con el fervor de varias generaciones, de tantas como el futuro le depare al pueblo...

En este sentido, no tiene por qué la historia oral ser necesariamente la voz del pasado o la voz de un mundo que desaparece. Es más bien la garantía, el presagio de un nuevo mundo que surge fatigosamente a la luz o bien el término de referencia de un mundo que no se resigna a morir. Más aun; es concebible un uso de la historia oral como historia alternativa a la historia oficial. La historia oral no es necesaria y exclusivamente retrospectiva; también puede ser, en tanto instrumento de recolección de testimonios orales y de las historias de vidas, un específico medio de autoescucha de la cotidianeidad, un modo privilegiado de crítica y desmitificación de la macrohistoria, además de momento integrativo esencial de ella, a tal punto que echa abajo la artificiosa contraposición entre macro y micro y entre estructura y persona. Es historia de la comunidad, porque en su seno, en su memoria, en sus vivencias, todos sus miembros descubrirán que aquellas viejas historias que en un momento se redujeron a mera posibilidad de realización, encierran el germen y la factibilidad de un mejor porvenir porque, si la memoria colectiva sueña con el pasado, despierta en el futuro.

Así lo pintaba entonces Luis González:

> Los viejos conversan sobre las cosas de siempre: el clima, los crímenes de los hombres, los negocios cotidianos, los caballos y las vacas. Hablan también de los tiempos idos. Cuentan y recuentan la historia del pueblo, de Martín Toscano para acá. Refieren las proezas de la "cristera"; pero también se ocupan del futuro, del porvenir de su tierra, de los suyos y de ellos mismos. Se dice muy poco de lo que acontecerá en el mundo o en la República Mexicana. Su futurismo es muy estrecho y en general optimista. No se descarta la posibilidad de que el pueblo se quede vacío o estancado; pero eso no es lo común. Lo corriente es hablar de una tierra que despertará a todos los adelantos técnicos. Se cree que cuando el adormilado se despabile, habrá mucho que decir de San José.

No es casual que la historia oral se transforme en un instrumento precioso para construir la memoria histórica de la colectividad más allá y contra las censuras, las mutilaciones y las discriminaciones de la

oficialidad y de la historia tradicional. No es simplemente, como suele decirse con una frase que suena vagamente a populista, *historia desde abajo*. Es la reconstrucción de la experiencia histórica en su variada, dialéctica integridad. Es el modo más directo de dar la palabra a aquellos grupos, clases sociales e individuos que estaban tradicionalmente obligados al silencio o parecían mudos incluso cuando gritaban, dado que los grupos dominantes se tapaban los oidos y los historiadores al servicio de la corte decretaban su inexistencia. Con la historia oral empiezan a contar también una multitud de analfabetos, los marginados y excluidos.

De la conversación libre con la gente de campo, los pobres, las mujeres, los niños y los ceros, Luis González retrató y sonorizó esta imagen de "los de abajo:

> Los pobres sin tierra son mayoría, y sólo los muchachos de corta edad que están es espera de ser llamados a México o de obtener pasaporte y visa para los "Yunaites", los pobres que no están con un pie en el estribo, que desean continuar viviendo en su tierra y su vida tradicional, han concentrado su ambición en un deseo único: poseer una parcela y trabajarla como unidad independiente de labor y producción, con lo cual, sin otra cosa, no mejorarán el nivel de vida como no lo han mejorado los dueños de parcelas ejidales a lo largo de tres décadas, pero se darán la satisfacción de que no los mande nadie.
>
> Algunos como Zenaido Martínez, padre de 12 criaturas, a fuerza de ahorros distraídos del módico jornal, junta para comprarse una parcela; otros prefieren el camino agrarista; se la pasan solicitando tierras y mentándoles la madre a los ricos. La respuesta del DAAC siempre es la misma: "No se conceden tierras por no haber fincas afectables", y los pobres no propietarios siguen como siempre entregados, como los pobres propietarios, a la milpa.
>
> ...los que pocas veces se sienten felices son los pobres. Para ellos hay menos alegría. Muchos confiesan que ya están cansados de vivir chupa y chupa cigarros de hoja, bebe y bebe aguardiente, platica y platica de las mismas cosas con los mismos amigos...

Tampoco las mujeres de cualquier nivel han alcanzado la dicha.

En fin, todos los de abajo (pobre, mujeres, niños y ceros) andan la mayor parte del tiempo dados a la tristeza mansa, con frecuentes relámpagos de odio.

Probablemente es aquí donde hay que buscar la alteridad, o sea la irreductible diversidad de la historia oral, poniendo las bases y desarrollando una historia de la no oficialidad, porque atañe profundamente a todos, derrumba las construcciones formales y corta transveralmente a las instituciones, los grupos y las clases, para llegar a tocar el plano común, microsociológico en apariencia, de la cotidianeidad, por el cual todos los seres humanos somos seres humanos.

En este sentido la historia oral no es necesariamente ni más verdadera ni más auténtica que la oficial, si bien muchas informaciones se pueden obtener sólo a través de sus aportaciones, dado que también la historia oral, en cuanto se funda sobre la memoria que, como sabemos, es una facultad que olvida y que es de todos modos fuertemente selectiva, tiene sus errores, sus lugares comunes y sus mistificantes prejuicios.

En estos tiempos en que estamos volviendo a la oralidad, la palabra hablada aparece hoy victoriosa sobre la palabra escrita y la página impresa. No se escriben cartas; se telefonea. Se requiere la viva voz del amigo, de la novia, de las personas queridas, pero también de los enemigos o de las víctimas y parientes de los secuestrados. Es la nueva oralidad, un rito de grupo, la voz coral de un nuevo tribalismo en cuyas dulces y tibias aguas, la altiva individualidad elitista del pasado siglo, interiormente seguro y orientado, se hunde lentamente. La palabra hablada reconquista su ventaja. Con su obra, Luis González devolvió la palabra a su *Pueblo en vilo* total, a su San José de Gracia en pleno.

La historia-escrita-que-habla de Luis González es la mejor prueba de la proyección de una comunidad en la historia: la que se vivió en la cotidianeidad y la que se imprimió en un libro.

No dudo que ese fue el objetivo final de Luis González; y lo quiso hacer con todas la peculiaridades de la expresión y modulación de sus paisanos. El lo dijo:

> Yo me hubiera contentado con el empleo de las formas expresivas de la comunidad estudiada. Lo intenté, pero al releer el manuscrito he caído en cuenta de que en San José no se habla así.

Puede ser; pero, quién no reconoce que fue un josefino quien quiso contarnos un cuento cuando nos escribió esto:

> Todavía hay mucho cielo. En toda la meseta no hay ninguna fábrica que lo ahume. La combustión de los fogones o los vehículos no alcanza a empañarlo. Las borrascas de febrero le arrojan nubes momentáneas de polvo. Algunos días de invierno se vuelve gris. Como siempre, en el temporal lluvioso se llena de nubarrones, hilos de agua, relámpagos y truenos. Sólo en San José se le agregan luces amarillas después de las siete de la tarde. Ninguna ranchería tiene luz eléctrica, pero ya tampoco la lumbre roja del ocote. Los ranchos se alumbran con velas, mecheros de petróleo, la luna y los luceros.

Es el mismo aire transparente que conoció Pedro Larios, con un poco más de iluminación nocturna y menos pájaros.

Luis González

PUEBLO EN VILO

Tercera Edición

El Colegio de México

Las gracias de San José

LA HISTORIA COMO AMISTAD

Enrique Krauze

Mi encuentro con Luis González ocurrió en un aula del antiguo Colegio de México a mediados de 1969. Como muchos otros miembros de la generación del 68, me acercaba a la historia un poco a tientas, en busca de una explicación -un remedio intelectual- al trauma de Tlatelolco. Queríamos entender cómo había llegado México a ese presente doloroso del 68. El tema del seminario era el período presidencial de Guadalupe Victoria. Yo imaginaba que el maestro hablaría con toda solemnidad del héroe de la primera República o de las dificultades económicas en el nacimiento de México. Para mi inmensa sorpresa, aquel afable profesor de 43 años negó que nuestro primer presidente hubiese tenido mayor interés en los asuntos de gobierno. Lo que le apasionaba eran las peleas de gallos en San Agustín de las Cuevas. Mi primer acto de aprendizaje histórico fue una carcajada de irreverencia liberadora. La verdad no necesitaba música de fondo: ni militante como *La internacional* ni nacionalista como el Huapango de Moncayo.

Meses después me inscribí en el curso de "Teoría y método de la historia". En la primera clase Luis González no dio clase: nos pidió que empleásemos la hora en explicar en una o dos cuartillas nuestras razones para estudiar historia. No quiero recordar lo que habré escrito pero imagino un texto pleno de cursilería patriotera y pedantería ideológica. Ahora pienso que Luis González no buscaba comprender nuestros motivos sino medir el grado de nuestra enfermedad intelectual. En la sesión siguiente inició el tratamiento.

El propósito de partida fue *situar* el trabajo del historiador en el mapa del saber humano mediante unas cuantas preguntas esenciales: ¿Qué clase de actividad es la historia? ¿Cómo se ha formado el género? ¿Cuál ha sido el perfil del historiador a través del tiempo? ¿Cuál es el territorio intelectual de la historia escrita y cuáles los asuntos que averigua? ¿A qué procedimientos acude? ¿Cuál es su uso, trascendencia y utilidad? Aquel deslinde llevó algunas horas. Lo siguió una historia sucinta

de la historiografía desde los griegos hasta nuestros días. Por fin, al cabo de dos meses, llegamos al taller donde se ejerce el oficio de historiar.

Recuerdo que, por excepción, Luis González se levantó de la mesa del seminario y dibujó en el pizarrón un arco en forma de U. En el extremo superior izquierdo estaba el historiador, en el derecho el público. La base de la U era el fondo del asunto histórico. Como en el movimiento de un pozo, el historiador bajaba mediante el análisis a recoger un volumen del caudal de la historia y más tarde, a través de la síntesis o reconstrucción en un libro, lo ofrecía al público. En el viaje por la U, el historiador -o Clionauta- debía detenerse en varias operaciones: la conciencia de su propia situación vital y concepto de mundo era el primero. Lo seguían su curiosidad concreta, una imagen provisional del objeto de estudio, un plan de cómo abordarlo, el acopio y crítica de los datos y materiales pertinentes. Al llegar al punto de inflexión de la U, el agua del pozo histórico, el viajero tenía ya frente a sí la materia del tema elegido pero faltaban los hechos, interpretarlos, animarlos de vida. Salvado ese momento límite, venía el viaje de vuelta: explicar, estructurar, escribir, publicar, publicar.

Tras aquella meticulosa travesía presentimos el afinamiento de muchos años de docencia y una acumulación lúcida de saber que nos hacía pensar en el Doctor Samuel Johnson, aquel escritor quien, como se sabe, no leía libros sino bibliotecas. En un nivel, los apuntes de Luis González funcionaban como un manual práctico con consejos para cada operación: el tamaño de las fichas, los tipos de crítica a que debía someter a los documentos, cómo citar, cómo no citar, cómo capturar lectores, cómo asustarlos. Las sugerencias fueron todas utilísimas porque la U del trabajo histórico es una curva rugosa: cada operación es una promesa y una trampa en la que el historiador puede varar. Hay quien no pasa de los borradores orales de su estudio o quien, como el célebre grabado de Ruelas, perfora sus documentos con acidez tal que termina él mismo perforado. La sola contemplación de lo histórico a través de tarjetas sobre lo profuso, una incapacidad de encontrar el menor perfil. En el fondo del pozo muchos historiadores se han ahogado. Para cortarle a la historia un gajo, aquel curso nos recomendaba quizá ante todo humildad. Dejar que los hechos nos hablen y hablen entre sí, que ayudados por nuestra pasión, respeto y simpatía busquen su propia configuración. La tentación explicatoria era el escollo más grave: podía reducir la historia a

pseudociencia o panfleto, volverla ilegible o trivial. "La ilusión del sabio es la predicción", advertía nuestro maestro y nos aconsejaba evitar su ejercicio retrospectivo. En cada clase -en cada minuto- acudía a ejemplos concretos. Para justificar, en este caso, su decepción del progreso explicatorio en la historia refirió que ninguno de los muchos filósofos de la Historia a principio de Siglo, ni aún los actuales, explicó o ha explicado, por ejemplo, por qué estalló la Primera Guerra Mundial. Finalmente, Luis González tocó los problemas, a menudo desdeñados, de la composición y el estilo: todo lo que un historiador quisiese saber sobre el trabajo histórico pero por limitaciones de ideología o ignorancia hubiese temido averiguar, estaba en aquel curso. En suma, el deber del historiador se reducía a una palabra noble y hermosa, la forma más alta del amor intelectual: LA COMPRENSION.

Del incesante itinerar de Luis González por países, experiencias, escuelas de pensamiento, bibliotecas, archivos, temas históricos, maestros, discípulos y amigos se desprende una aparente paradoja: en el fondo del microhistoriador hay un *todólogo*. Su todo no aspira, como el de Vasconcelos, al absoluto místico o metafísico y no se gasta, como el de Reyes, en la ambición prometeica de poseer directamente toda la cultura universal. Luis González aspira también a un absoluto pero *desde* unidades históricas manejables, cercanas, concretas. No nada en el océano de lo absoluto para incorporarlo por entero. Por el contrario, desde el mirador de una curiosidad inmensa pero siempre arraigada, incorpora mares de saber. Por eso ha escrito la historia universal de un pueblo, varias ciudades, una serie de generaciones, los treintaitres padres de la patria, la magia en la colonia, la bibliografía novohispana, la era liberal, los días del presidente Cárdenas. Llega al *todo* sumando *partes*.

Su método de trabajo revela también que su sed de absoluto se sacia a la manera de Aristóteles, no de Platón. Cada libro parte de una serie de sábanas cuadriculadas -de papel, aclaro- de poco menos de un metro cuadrado de superficie donde sin prisa pero sin pausa, su pluma fuente avanza apuntando hechos, dichos o conjeturas. Estas sábanas de limpia caligrafía, la tutela estilística de Armida, su mujer; la claridad de sus planteamientos de investigación, la maravillosa biblioteca de Alejandría que ha reunido -y leído, me consta- aquí, en San José de Gracia, son algunas claves que explican su obra creciente y generosa; pero quizá la clave mayor -que menciona en su libro *El oficio de*

historiar- está en la administración de su tiempo: entre 3 y 5 de la mañana, a la hora del lobo, mientras los demás mortales e historiadores dormimos, Luis González, fiel a su antigua disciplina militar o levantado por un gallo no pitagórico, historiográfico, escribe.

La aparente paradoja de buscar lo universal a través de lo particular es quizá la lección fundamental de Luis González. Es alérgico a las grandes teorías y sus marcos teóricos, pero la trivia por la trivia tampoco le interesa. Su conversación oral o escrita aspira al enlace inteligente entre los datos. Su especialidad es la pequeña lección de Machado "Caminante no hay camino, se hace camino al andar". No ve las fichas de sus alumnos, no deja tareas obsesivas ni guía de manera explícita la investigación. Si el aspirante a historiador no tiene voz y vocación, el maestro no puede inventarla. No cree en las tesis, cree en las obras. Hay algo socrático y algo cristiano en su método. Su medio natural no es la cátedra sino la conversación que paulatina y pacientemente revela descorre, espacios de realidad. El lento y sabroso fluir de su charla salpicada de parábolas, reproduce en cualquier sitio una atmósfera de portales y plazas provincianas, la atmósfera de San José de Gracia.

La conversación es la segunda naturaleza de Luis González. Desde su pregunta habitual -¿qué novedades nuevas?- lo caracteriza la cortesía y el auténtico interés en el interlocutor, siempre y cuando el interlocutor no sea solemne, porque entonces hasta la paciencia de Job González alcanza sus límites. Es tal la gruesa cortina de torpeza, mentira, error y retórica en nuestra historia que la respuesta de un comprensivo universal como es Luis González tiene que ser el rompe y rasga de una irónica sonrisa. Su humor no es lesivo y mucho menos autolesivo, resentido o maledicente. Es festivo y juguetón. No es humor de patadas bajo la mesa sino, como; de "saludables alfilerazos en las nalgas".

Su primera naturaleza es la generosidad. Para Luis González no existe el secreto profesional. He conocido quien lo frecuenta por el placer de escuchar sus asuntos curiosos o interesantes: el carácter de Morelos, los pecadillos de Hidalgo, el cultivo de quesos, la farsa del régimen ejidal... Es sin duda un motivo legítimo, pero pierde la esencia de la persona: su pasión por la verdad. La historia escrita, para Luis González, es una novela cuya única condición necesaria es la de ser verídica. No es una verdad inocente o trivial la que persigue. No es la emoción

indiscriminada y boba ante cualquier papel antiguo. Es la verdad con alma, la que restaura una zona de armonía en el mosaico confuso del tiempo pasado. El historiador puede y debe tener muchas pasiones, a veces encontradas, pero una sola religión verdadera: el apego a la verdad.

"Todo anciano es historiador", ha escrito Luis González, quien desde los 52 años llegó al rango purépecha de *Patzitzi*. Alguna vez le escuché la frase inversa. "Todo historiador es anciano". Lo imagino de niño, atento a las mil y un historias de San José de Gracia, equiparando la verdad con la veneración de las barbas blancas. Su pueblo había sufrido azotes bíblicos pero en el tono de aquellas conversaciones debió predominar una nota sonriente, una luz de mediodía. No muy lejos de San José, en Sayula, otro niño un poco mayor, y por ello testigo también de la desolación cristera, escuchaba quizá de labios de su abuela otras historias, cuentos donde los muertos estaban más vivos que los vivos. Luis González sería el hijo único y pródigo de una dinastía fundadora. Juan Rulfo vivió cuatro años en un orfanatorio. Ambos llevarían un pasado a cuestas: el historiador, una epopeya; el novelista, una pesadilla. A Rulfo lo movía una fibra íntima de desesperanza: que la vida se disuelva en los murmullos, el silencio y la muerte. A Luis González lo mueve una íntima fibra cristiana de una fibra de piedad: que en la memoria de los vivos que los amaron, se aplace, se disuelva, la muerte de los muertos. Leemos y leeremos *Pedro Páramo* como la prodigiosa, terrible novela de nuestra muerte viva. La obra de Luis González, como su conversación y su persona irrepetible, son un milagro distinto, un milagro hecho de verdad y de amor a la vida, un milagro que nos ha reunido aquí, alrededor suyo, como lo que somos más allá de malentendidos y querellas: una vieja comunidad de amigos.

TODOS EN VILO

Jorge F. Hernández

Antes de conocerlo físicamente, la mayoría de los lectores de *Pueblo en vilo* imaginamos a San José de Gracia, Michoacán a través de la sabrosa prosa de un historiador. Por el paisaje, las curvas que rodean los cerros y esa prosa uno llega hasta aquí con la sensación de irse elevando. En la cima de una cuesta llegamos al portal de la casa González de la Vara imaginando un corral poblado con duraznero, aguacate, níspero, limonero, piñón, chabacano, maguey, nopal, higuera, granado, palma, troje y corral. Es un patio imaginado y recordado, pues aparece en el Prólogo del libro que ahora festejamos. Es el mismo patio en donde ahora se levanta una torre morada llena de libros y de más prólogos, papeles, imaginaciones y recuerdos.

Las distintas generaciones de lectores que ha tenido este libro imaginamos aquel cuarto de trabajo desde donde se observaba el panorama de techos de teja, las torres de la parroquia, el jardín central de San José y esa montaña de Larios que es como el monte Luvina que nos imaginó Juan Rulfo. En lo alto de la torre morada hay ahora un nuevo cuarto con una vista casi idéntica a la que leímos-imaginamos. Mástil de la nave de Don Luis, la torre-biblioteca es el timón de sus viajes por los paisajes de esta comarca y los pasajes del pasado.

La microhistoria de San José de Gracia es la historia universal de un pueblo que fue levantado en vilo al liberarlo del peso de su pasado. Entre las barreras de la soledad, este pueblo se izó colgado de los recuerdos y del deseo de salvar del olvido todos sus pasados, consignar sus presentes y preocuparse por su futuro. A través del libro, este pueblo se hizo notar e imaginar tanto por vecinos como visitantes. Es libro que ha generado afecto, interés y escuela entre lectores y discípulos de distintos acentos, idiomas y edades.

Los lectores y discípulos de esta microhistoria imaginamos San José y, al mismo tiempo, imaginamos nuestros propios terruños. Somos lectores en vilo, pues este buen libro de historia reúne amores y virtudes

que son universales. Es libro de historia escrito con amor al pasado y al terruño, con amor interesado en desenmarañar viejos enredos y tiene la virtud de estar bien escrito, bien contado y sin máscaras. Libros que reúnen estos ingredientes alzan al lector a la sensación de reconocer Sanjosés en Guanajuato o Francia, como las lecturas en donde conocimos o imaginamos El Aleph o La Mancha.

Pueblo en vilo no sólo levanta al pasado de un pueblo michoacano ni tampoco se queda en levantar lectores por la prosa. De las muchas obras que ha escrito Luis González este libro es el que mejor explica las vetas que ha explorado en su largo *oficio de historiar*: bibliografía, biografía, historiografía mexicana, teoría y método de la historia, historia novohispana y la historia moderna y contemporánea de México. Una vez en vilo, quienes hemos leído a Luis González hemos aprendido de teorías y de métodos, pero sin enredos ni rollazos; hemos recorrido historiografías de México sin caer en largas listas insípidas y desabridas; descubrimos y nos encontramos con ese pasado novohispano ya desprovistos de prejuicios o extremismos y recorrimos Revolución, Revueltas, Cristiadas, Sexenios y hasta Expropiaciones guiados por la visión entre esperanzadora y decepcionada que siente el historiador al irse acercando al presente.

Luis González, viajero del pasado, ha contagiado de ese fervor ya a varias generaciones de Clíonautas. Somos nuevos viajeros con muchos y variados rumbos-épocas, dispuestos a ver todo tipo de paisajes-tema, con itinerarios múltiples y con un equipaje que incluye maletas de erudición, sin exagerar el copete, baúles de teoría con muchos libros, bolsas de diferentes tamaños que contienen herramientas de historiador y mochilas llenas de recursos. La lista de útiles de viaje podría ser configurada por cualquier agencia de historiadores-viajeros, pero la ventaja de viajar en la línea González y González es que estos tours al pasado también incluyen vistazos, caminatas, excursiones y abluciones sin maletas. Los viajes de Don Luis son como pláticas con Clío en un vagón de ferrocarril: podemos irla cortejando, platicando y enrollando. Pero también debemos procurar las ocasiones de ver el paisaje, bajarnos en alguna estación sin avisarle (de todas maneras la volveremos a tener de compañera) o aprovechar los momentos en que la veamos dormir. Se trata pues, de un modo de historiar que beneficia tanto al Biógrafo como al Cronista, al Paleógrafo y al Genealogista, al Historiómano como al lector en general.

En estos primeros veinticinco años se han publicado más de doscientas cincuenta reseñas sobre *Pueblo en vilo* y esta forma de historiar. La larga lista de articulistas, ensayistas, historiadores y hasta novelistas que firman esas reseñas conforman un grupo multinacional, polifacético y variado. Sus reseñas varían de acuerdo a sus respectivos oficios y lecturas, pero concuerdan en el azoro, admiración y placer de leer a Luis González. Al investigar la larga lista de reseñas y comentarios que se han hecho en torno al libro y autor que nos reúne encontré muchos apellidos ilustres que las firman, buenas revistas y periódicos que las publicaron, títulos y subtítulos llamativos y, por lo menos, tres idiomas diferentes.

En 1969, Enrique Florescano publicó una de esas reseñas con el título de "Historia y arte: un libro de Luis González" y en 1973, Héctor Aguilar Camín firmó otra reseña con el subtítulo de que "En el año de Juárez no todo fue discurso". En el mismo año, Arturo Arnáiz y Freg publicó "La historia local, vacuna contra los próceres". A mitad de la década de los setenta, Jean Meyer firmó "...los cien años de soledad de San José de Gracia" y Enrique Krauze, hace diez años, con "Un sexenio en la Alameda" y en las "Caras de la historia" ...inició una larga lista de referencias al *Magister*. La lista de reseñas es larga y queda pendiente publicarla completa. Lo cierto es que la galería de reseñistas, discípulos, lectores, gonzalólogos y gonzalistas representa una auténtica *Ronda de las Generaciones.*

Generaciones de josefinos ilustran el libro de Luis González y diversas generaciones de lectores y seguidores han redescubierto la historia a través de sus páginas. Pero esta ronda rodea a *Pueblo en vilo* desde que fue presentado el proyecto en El Colegio de México. Daniel Cosío Villegas y José Gaos, miembros de la generación anterior a Luis González vieron con mucho entusiasmo el propósito sabático del floreciente microhistoriador. Juan José Arreola, Juan Rulfo y José Luis Martínez, de generación concatenada a la de él, reconocieron sus rumbos en las letras de este historiador. Compañeros de su generación, Bertha Ulloa, Carlos Bosch o Eduardo Blanquel descubrieron entre sus filas a un nuevo tipo de historiador y las sucesivas generaciones que lo hemos leído, conocido y admirado tomamos vocación, y algunos hasta rumbo, de sus libros, pláticas y comentarios.

Una de las reseñas que suscitó *Pueblo en vilo* fue escrita por Jorge

Ibargüengoitia hace exactamente 20 años. Para este escritor de tan buena escritura la microhistoria de San José de Gracia era un libro

> "...interesante y bien escrito con resultados sorprendentes. Los tiempos de la historia de México se trastruecan y se obtiene una perspectiva que por similitud o por contraste permite comprender con mayor claridad fenómenos ocurridos en otras partes del país".

Así como imaginamos Cuévano, conociendo Guanajuato, hemos imaginado a un Pueblo suspendido, mágico y flotante, al mismo tiempo que conocemos San José de Gracia. La clave de estos misterios radica en la prosa, en las buenas escrituras que invitan a imaginar, al mismo tiempo que a conocer.

Para el lector que viaje e imagine a este pueblo alzado en vilo, y para los historiadores que seguimos esta forma de viajar y narrar el pasado, descubriremos nuevas caras de la Historia Patria al reconocer los rostros de nuestras respectivas Historias Matrias. Más allá de la geografía y las fronteras, la microhistoria gonzalezca se entrelaza con los registros de una aldea occitana llamada Montaillou o explica los particulares pasados que distinguieron a los habitantes de Extremadura en la Península Ibérica del siglo XVI o coincide en el sabor que tienen los cronistas de una región determinada dentro del amplio mar de los pasados.

La Gracia del historiador de San José de Gracia radica en su búsqueda de los pasados sin aspavientos y presunciones. En su claro afán por conocer sin la guía implacable de una ideología y sin la pretensión fangosa de famas o fortunas. Hacer y leer historia en vilo por el placer de flotar hacia el pasado y el gusto de narrarlo. Es un historiador con gusto de escritor.

Cuando apareció *Pueblo en vilo* yo cumplí cinco años. Dos lustros después conocí a Luis González como padre de un querido compañero de secundaria, Martín, ahora también historiador. Cinco años después me inicié con fervor en cuanto artículo, revista, libro, recorte, papel o comentario veía firmado por el que ya consideraba mi Maestro. Otros cinco años y tuve la fortuna de encontrar en el Maestro Don Luis la dirección y prólogo a mi primer intento por historiar. Pero además de

consolidar la relación con el Maestro, que alentó mis ansias de doctorarme en Madrid, descubrí al Amigo que pronto se volvió padrino de mi boda con Aura.

Ahora, con treinta años, me han honrado con el lustre de invitarme a celebrar los cinco lustros de *Pueblo en vilo*. Para variar, esto también coincide con que dentro de unas semanas Aura y yo nos estrenamos como papás.

Deseo que mi hijo respire aire como el de San José y conozca paisajes, piedras y personas como las de acá. Deseo que, cuando se pueda, lea prosa como la que nos une este día y que cuando le toque conocer el pasado lo pueda recorrer al estilo gonzalista que tanto gusta y enseña. Si para ese entonces las autoridades no han saldado la cuenta de integrar sus proyectos de los libros escolares la buena prosa de tan buenos Maestros que tenemos aquí, ya veré en qué torre morada le leeré pasajes en vilo.

También deseo muchas más letras de este gran historiador que nació a cinco lustros de iniciado el siglo XX y que ahora goza los primeros cinco lustros de su obra fundamental. En vilo ante las muchas gracias de este Maestro-Viajero-Escritor le doy la más profunda enhorabuena y mis más sinceras gracias.

EL MAESTRO RESPONDON

Cayetano Reyes García
Centro de Estudios Rurales
EL Colegio de Michoacán

EL MAESTRO RESPONDON
parece ser un título nada adecuado para Luis González y González. Don Luis visto desde su fachada extena da la apariencia de un ranchero bonachón, amistoso, simpático, tranquilo, paternalista y su figura da la idea de que nunca explota.

Ahora quiero mostrar la otra cara de la medalla, en donde don Luis muestra el rostro de rebelde, reformista y revolucionario tanto en relación al conocimiento histórico como en atención al status quo socio-económico y cultural del país y del pueblo en vilo.

González y González se volvió respondón a la historiografía, rompió el anacronismo de buscar absolutos y leyes universales de la historia humana, para luego reconstruir y mostrar el *pueblo en vilo* (1968), la *invitaciòn a la microhistoria* (1976), la *nueva invitación a la microhistoria* (1982) y *el oficio del historiar* (1988).

Las obras de don Luis rompieron los moldes, los estereotipos, los paradigmas tradicionales para hacer historia. Hicieron trizas a las historias monumentales, de bronces, ejemplares y morales. Pero en su rebeldía se aferró a la simpatía y amistad por su objeto de estudio. Trató de explicar el porqué el pueblo de México estaba en vilo, y cómo, en cada época, el individuo y la colectividad habían tratado de salir de la situaciòn vil en que se encontraban.

En una síntesis muy apretada voy a tratar de explicar un largo proceso de cambio que se dió en don Luis. Pero valiéndome de un paso de empatía, de ponerme en los zapatos del maestro Luis González, y de contarme entre sus alumnos que cotidianamente lee y relee sus obras.

Don Luis afirmó que san José era una comunidad "en vilo, en situación insegura, inestable, frágil, precaria, de quita y pon, prendida con alfiles, en tenguereche, en falso, sin apoyo en la tierra" (1968:341).

Señaló que todos estamos en vilo y para demostrar la situación echó mano a la amistad y simpatia, la combinó con la búsqueda de la verdad, el raciocinio, la imaginaciòn y la perseverancia. Con ese bagaje se encaminó a reconstruir el pasado histórico.

De ahí entendiò a la amistad y simpatia con: la adhesión al paisano, con la lealtad a la matria, el trato con los compañeros, la intimidad con la familia, la hermandad con el universo, la confraternidad con los emigrados, el afecto al trabajo, el apego al terruño y a la querencia, el amor a la parroquia, el aprecio a la mujer, la inclinación a lo universal, el cariño a la patria y la devoción a la familia.

La amistad y simpatía por su objeto de estudio no hicieron que abandonara sus filias y fobias, amores y odios, su sentir por el pueblo en que había vivido, su alegría y decepción por el hombre y la humanidad; sus emociones frías y calurosas, por los personajes, acontecimientos y conjuntos históricos. Sin olvidar la pasión por la gloria y los sinsabores de la vida social.

Encontrar la amistad y simpatía no fue nada fácil. Tuvo que efectuar una asidua crítica sistemática a la tradiciòn histórica de la edad clásica. de la edad media, del renacimiento, del nuevo mundo, de la época moderna y contemporánea.

Don Luis observó que la amistad y simpatía era determinante en la obra, que "ciertamente la pasión es la que pone la sal, el chile y la pimienta en los libros de historia, pero mal administrada hace de tales libros causas seguras de indigestión" ya sea el patriotismo, nacionalismo, catolicismo o anarquismo. Sin embargo, con la amistad y simpatía trató de comprender al hombre desde distintos ángulos. es por eso que en sus obras se convirtiò en músico y poeta, arquitecto, y arqueólogo, pintor y médico. Hizo una revisiòn interna de su espíritu, analizó sus experiencias y siguió a la escuela de la vida, sin madurar a la fuerza, ni utilizar medios artificiales.

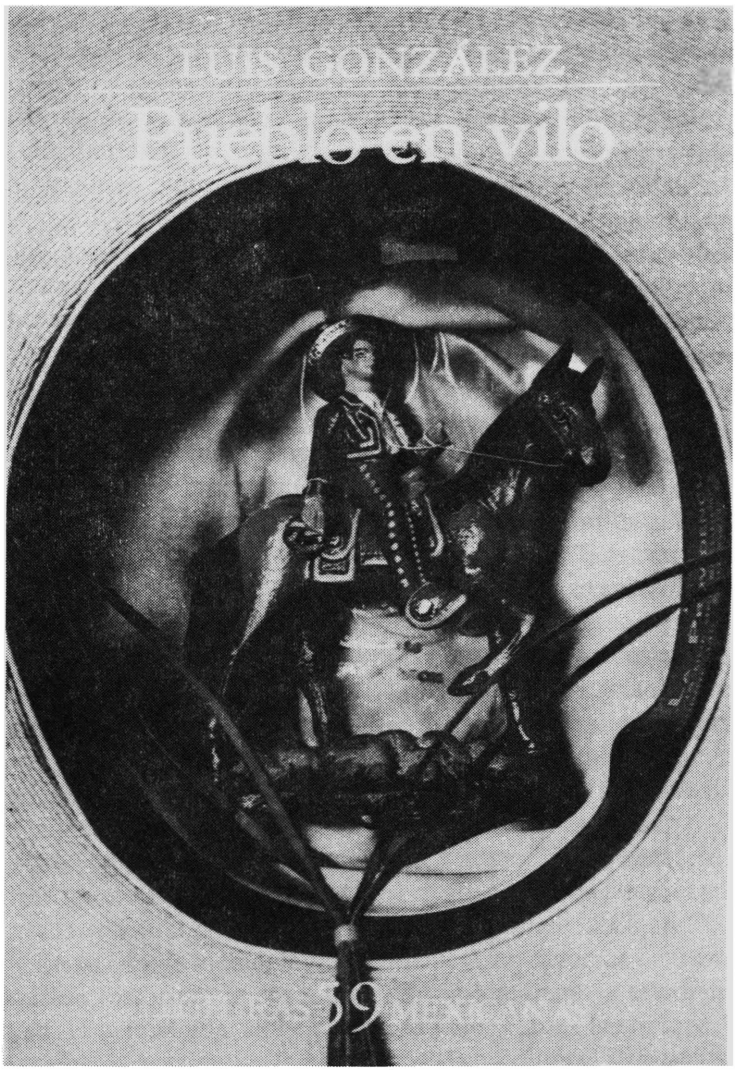
En su bagaje metodológico se encuentran diversos instrumentos del análisis histórico: la cronología, la diplomática, la estadística, la filología, la genealogía, la heráldica, la paleografía, la sigilografía, la demografía, la economía, la sociología, la sicología, la etnología, la antropología, y el sicoanálisis.

Pueblo en vilo mostró que fue un todista y enciclopedista, que partió de lo particular a lo universal, y de lo universal a lo particular de San José de Gracia.

En su obra, al dar profundidad al conocimiento de su matria, demostró que el pueblo se encontraba en vilo por diversos motivos, entre ellos estaban los que eran calificados de salvajismo o barbarie, aislamiento, fanatismo católico, insalubridad, hambre y miseria, bandolerismo, machismo, individualismo, ostracismo, analfabetismo, producción preindustrial, mercado, imperialismo, centralismo, paternalismo y etc.

Pueblo en vilo no sólo se quedó en la simple denuncia de los males, sino que también atisbó las acciones que los josefinos habían realizado para tratar de impulsar su crecimiento, en busca del bien común, y dejar su vil situaciòn. Así fue que presentó las acciones tanto de los españoles, como de los criollos, mestizos, liberales, conservadores, reformistas, revolucionarios, agarristas, y el empuje de los jóvenes que buscan un futuro mejor.

En la obra se observaron las diversas soluciones, imaginarias y reales, que se han practicado tanto con la ganadería como con la industria, la escuela, las vias de comunicación. el catolicismo, el patriotismo, la emigración e inmigraciòn, el comercio, el individualismo y la solidaridad. Todo lo realizado por el hombre y la colectividad para alcanzar los signos del progreso. Sin embargo, a ninguna vertiente le dió el calificativo de único y absoluto. Abrió su amistad, simpatía, comprensión y explicó el porqué, el cómo, cuando y quienes han luchado y siguen luchando por alcanzar un futuro feliz de San José de Gracia.



En la primera serie de *Lecturas Mexicanas*

LAS ENSEÑANZAS DE DON LUIS

Víctor Alejandro Espinoza Valle([1])

"Hay una casta de hombres para quienes la ciudad en que viven no tiene existencia real, ni la calle donde está su casa, ni aún su casa misma. Han perdido los ojos. Se ocupan constantemente en devolver al caos todos los objetos que la energía espontánea de las retinas había logrado discernir. (...) El mundo se les disuelve en leyes generales. Son incapaces de averiguar y de retener los datos que más de cerca les incumben, si no es para hacerlos desaparecer prontamente, reintegrándolos en el cuadro del universo. Saben que hay causas, productos y seres sociales; pero nunca saben lo que sabía Mesonero Romanos: que su barbero se llama Pedro Correa y es natural de Parla, tiene veintidós años, y su padre era sacristán del pueblo. No son curiosos. Posible es que lleguen a escribir buenos libros, pero su trato personal será siempre cosa abominable"

Alfonso Reyes, Cartones de Madrid

No he tenido la fortuna de asistir a sus cursos. Formalmente no pertenezco al gremio de los historiadores. En pocos eventos hemos coincidido. Sin embargo, me considero un discípulo más de don Luis González y González.

Conocí a don Luis en la ciudad de Zamora, Michoacán en el mes de octubre de 1986, en ocasión del VIII Coloquio de Antropología e Historia Regionales. El compromiso para mí era mayúsculo pues compartía mesa de trabajo con algunos connotados humanistas, entre los que destacaba el presidente de El Colegio de Michoacán, don Luis, y el comentarista de la sesión, Héctor Aguilar Camín. En aquel tiempo me

---

[1].- Director del Departamento de Estudios Sociales de El Colegio de la Frontera Norte.

encontraba empeñado en recrear el pasado de mi pueblo (Tecate, B.C.), a través de las historias contadas por mi abuelo. La ponencia de don Luis titulada con tino *Suave Matria*, significó un estímulo importante para reflexionar en torno a la pertinencia de rescatar nuestras historias menudas. En enero de 1987 inicié la reconstrucción de la historia del terruño contada por el abuelo don Crispín. Con afecto incursionaba por los terrenos de la microhistoria.

En septiembre de 1988 partí rumbo a Madrid. Aparte de la misión de continuar estudios de posgrado, llevaba la firme intención de realizar la versión final de mi libro. Entre las obras indispensables -y postergadas por infinidad de razones- incluídas en el equipaje destacaba *Pueblo en vilo*. Su lectura, realizada en la movida España -postmoderna-, en el umbral de la integración europea y frente a la caída de los muros, indudablemente que no dejaba ser paradójica. Allá, se pensaba, desaparecerían las fronteras y las diferencias entre las naciones. *Pueblo en vilo* representaba volver los ojos a la matria, escudriñar en nuestras pequeñas historias para reconocer sus particularidades, nuestras señas de identidad. En esas andaba cuando el 20 de noviembre, cumpleaños de mi esposa Isabel y aniversario de la Revolución Mexicana, fuimos convocados a la celebración patria. Fue una enorme sorpresa descubrir que nuestra anfitriona era Armida González, hija de don Luis. Esa misma noche conocí a uno de los discípulos más activos de don Luis, Jorge F. Hernández, con quien me unió desde un principio "la magia de la microhistoria, el encanto de la provincia mexicana y el placer de la conversación". Fue Jorge quien me obsequió en Madrid *El oficio de historiar*, libro publicado por El COLMICH en 1988 y que proporcionaba una buena base para adentrarse por los misterios de Clío.

El interés por el rescate de la tradición oral, por la recuperación de la memoria individual y colectiva que me guiaba en la investigación sobre don Crispín, se acrecentó cuando descubrí los múltiples dones de la microhistoria. Doña Mnemósine, doña historia oral y doña microhistoria resultaron parientes cercanas.

Para las disciplinas del hombre el rescate de la memoria individual y colectiva es un ejercicio necesario. Sobre todo para la historia, de manera creciente el ejercicio memorístico se ha convertido en fuente privilegiada para la investigación. Lo que cuentan los mayores representa una fuente fundamental para descifrar los misterios de la matria. Se trata

de reconocer la inmensa fuente de sabiduría que representan las vivencias de los mayores; aquellos que tuvieron que cultivar la transmisión oral de conocimientos para preservar su identidad. De ello da cuenta, por ejemplo, Esteban Montejo, el narrador del espléndido libro de Miguel Barnet, Biografía de un cimarrón: "A mí nada de eso se me borra. Lo tengo todo vivido (...) Aunque estuve unos cuantos años en Ariosa, las cosas se me han olvidado un poco. Lo mejor que hay para la memoria es el tiempo. El tiempo conserva los recuerdos. Cuando uno quiere acordarse de las cosas del tiempo nuevo, no puede. Sin embargo, mientras más atrás uno mire, más claro lo ve todo".

Cuando la historia oral recupera la memoria del individuo no sólo obtiene valiosa información acerca de la vida de ese personaje, sino que realiza el importante rescate de la tradición oral pues el informante transmite su experiencia, pero sobre todo, lo que han dicho otros miembros de su comunidad.

Don Luis nos ha aclarado que al lado de la historia patriótica o monumental, la que en los libros primarios recrea héroes y batallas gloriosas que después se transforman en estatuas decorativas en la ciudad, hay otra historia: la pueblerina, la familiar, la historia matria. A ella nos acercamos con afecto y sentimiento. La microhistoria nos permite conocer a los pueblos, a los municipios; el sino vital de sus protagonistas, las *huellas digitales* comunitarias, aquéllo que las distingue de sus parientes nacionales, en una palabra, semejanzas y diferencias, manías y obsesiones.

A través de la historia matria hemos descubierto también que todos tenemos historia, que podemos reconstruir "la historia de aquellos hombres que nunca la han tenido", como los llamaran en alguna ocasión Carlo Ginzburg y Juan Pérez de la Riva. La pequeña historia es ejercicio para rescatar el alma pueblerina.

Don Luis, en su multicitada obra, *Pueblo en vilo*, logró realizar la historia universal de San José de Gracia, Michoacán y con él abrir la brecha que permite acercarnos al conocimiento de las historias menudas. La microhistoria es la reconstrucción pormenorizada de los asuntos del terruño, de la aromosa tierruca. Si para la historia general el tiempo constituye la categoría central, para la microhistoria lo será el espacio. "En términos generales, el ámbito microhistórico es el terruño: lo que vemos de una sola mirada o lo que no se extiende más allá de nuestro

horizonte sensible. Es casi siempre la pequeña región nativa que nos da el ser en contraposición a la patria donadora de poder y honra. Es el terruño por el cual los hombres están dispuestos a hacer voluntariamente lo que no hacen sin compulsión por la patria: arriesgarse, sufrir y derramar sangre. Es la matria, que las más de las veces posee fronteras naturales, pero nunca deja de tener fronteras sentimentales''. (*Nueva invitación a la microhistoria*).

El refugio *natural* de la memoria es la microhistoria. Los hombres recuerdan lo vivido, que casi siempre se desarrolla en el espacio breve, el espacio de la matria, de la tierruca. Podemos decir que no es posible conocer y reconstruir la pequeña historia sin la memoria individual y colectiva, sin retomar la experiencia de sus protagonistas. Pero si para la historia oral el recuerdo de lo vivido es su único insumo, para la microhistoria es una fuente más, privilegiadas si se quiere, pero que deberá ser sometida a las mismas operaciones críticas de comparación y cotejo que las fuentes documentales. Tanto el historiador oral como el microhistoriador tendrán que trabajar con disciplina, pasión y honradez. Tendrán que recurrir a informantes memoriosos y representativos de la comunidad o el tema tratado. Hoy sabemos que no puede haber microhistoria sin memoria, pero hasta hace poco tiempo Mnemósine y academia anduvieron de la greña. Hoy para fortuna de todos se han reconciliado; han reconocido sus lazos de parentesco.

Estos son sólo algunos apuntes desprendidos de mi pasión por el trabajo de recuperación de la historia menuda y de la admiración por la persistencia profesional del pionero de los estudios microhistóricos profesionales, don Luis González y González. Sólo me resta reiterar que por desgracia no he asistido a alguno de sus cursos, pero sí he tenido el privilegio de cenar en su casa de la colonia Viaducto Piedad y de compartir su mesa en San José de Gracia, su querido San Pepesburgo.

UTOPIAS A LA DERIVA: *PUEBLO EN VILO* Y LA CRITICA DE LA MODERNIDAD

Roberto Cantú
Department of Chicano Studies
California State University, Los Angeles

"Se empieza a vivir imaginariamente en otro mundo".

--Luis González, Pueblo en vilo, 1968, p. 259.

Una introducción necesariamente larga

En el capítulo titulado "El liberalismo triunfante", don Luis González señala, como conclusión a su estudio, que la era liberal presidida por Benito Juárez y Porfirio Díaz es "el tiempo eje de la historia de México"; según el Dr. González, "Entonces se diseñó el paraíso que todavía sigue buscando el México oficial."(1)

En esta conclusión hay por lo menos dos sorpresas y una ambigüedad: en cuanto a las sorpresas, se establece, en primer lugar, una relación de unidad política entre un héroe nacional y una figura histórica comúnmente asociada con la "torcedura" misma del plan liberal; de aquí que Porfirio Díaz, en vez de perfilarse como la desviación dictatorial de dicho plan, sea considerado como obrero activo en la construcción del paraíso implícito en la reforma de México. La segunda sorpresa es la noción misma de que la Revolución "no ha sido ruptura, sólo torcedura" en relación al paraíso diseñado por la generación de Juárez y Díaz.(2) Por último, entre lo citado encontramos una estratégica ambigüedad en cuanto a la función semántica del término "oficial", puesto que se sugiere la existencia de por lo menos otro México (y de otra idea de

1.- Luis González, "El liberalismo triunfante", en *Historia general de México*, 3a. ed. (México: El Colegio de México, 1981), Vol. 2, 1014.
2.- Ibid., p. 1015.

paraíso), al margen del oficial.

Con tal acervo de sorpresas y ambigüedades, codificadas por medio de un lenguaje que permite toda una serie de lecturas en las que sobresale la ironía en momentos inesperados, puede uno partir hacia un entendimiento básico de lo que es el arte historiográfico según se manifiesta en la obra del Dr. González. En primer lugar, la historiografía cesa de ser el registro de una discontinuidad temporal y el marco en que figura un conflicto maniqueo entre las fuerzas reaccionarias del pasado y el emergente vigor histórico representado por una revolución que, por serlo, es símbolo del bien común y del progreso general. En otras palabras, no hay ruptura en el pensamiento utópico-liberal, sólo torcedura; o sea, no un error, sólo un *errar histórico*.

Como consecuencia lógica de lo anterior, se pone en crisis la idea misma de *nación* y, conjuntamente, de todo nacionalismo, puesto que tales abstracciones no alcanzan a dar plena expresión a la compleja realidad de un país tan heterogéneo como lo es México, tanto en la cultura como en la economía y política regionales. Según el Dr. González, "la historia de algunas naciones como la mexicana son inenarrables si no se alude a las muchas nacioncitas que la conforman."(3)

El punto que quisiera subrayar es el siguiente: la perspectiva historiográfica del Dr. González da expresión a una sensibilidad generacional congruente con una creciente globalización del mundo, la cual requiere, en forma paradójica, que se le comprenda partiendo de la región, de lo particular y concreto. Esta perspectiva y método es lo que le da grandeza y vigor a la vasta obra del historiador francés, Fernand Braudel,(4) y para no ir tan lejos, también a obras como *La frontera nómada*, de Héctor Aguilar Camín, incluyendo la de historiadores

3.- Luis González, *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia* (México: El Colegio de México, 1968), p. 13. Además de esta primera edición, manejamos también la de 1984 en que apareció una edición (Letras Mexicanas, vol. 59) abreviada y modificada; asimismo, hemos leído la excelente traducción al inglés, aparecida bajo título *San José de Gracia: Mexican Village in Transition*, trad. John Upton (Austin: The University of Texas Press, 1974), pp. xxiii + 362. A menos que se especifique a lo contrario, en adelante toda cita originará de la primera edición, dándose solamente la paginación correspondiente.

4.- Según Braudel, "These provincial units, of differing sizes and degrees of homogeneity, were in fact ancient nations on a small scale, which built or sought to build their own national markets-or as we shall call them for the sake of clarity *regional markets*...the province was once a national economy, indeed a world economy, in miniature". Véase Fernand Braudel, *The Perspective of the World Civilization and Capitalism: 15th-18th Century*, trans. Sian Reynolds (New York: Harper & Row, 1984), Vol. 3, 285.

chicanos, tales como David Montejano,(5) Ramón Gutiérrez,(6) y en particular a don Américo Paredes,(7) antropólogo chicano cuya obra se ajusta en forma íntegra a la lista de historiadores que ahondan en lo regional o microhistórico en sus trabajos.(8)

Esta manera de historiar sin duda alguna responde a necesidades culturales que emergen en zonas "fronterizas", marginadas o desatendidas por el secular discurso de emancipación que hemos heredado de la Ilustración y de la Revolución Industrial. La importancia oposicional de tales historiografías regionales se basa en su radical cuestionamiento de antinomias con estricto carácter ideológico, tales como civilización/barbarie, ciudad/campo, nación/etnia, razón/instinto, progreso/inercia, etc. Como ejemplo de lo anterior, nótese cómo en *Pueblo en vilo*, desde sus primeras páginas, los hombres y mujeres de provincia --de ascendencia criolla, nativa, mestiza, negra, o incluso sefardita-- son quienes se convierten, debido a su espíritu de empresa, en elementos estructurales del cambio histórico en la región. En otras palabras, lo ranchero no quita lo cortés ni lo empresarial.

En el presente trabajo propongo un análisis de *Pueblo en vilo*, tomando como hilo conductor la idea misma de *modernización* según emerge en partes claves a lo largo del libro.(9) Las contradicciones inherentes a esta misma idea de modernización --ubicada por don Daniel

---

5.- Véase David Montejano, *Anglos and Mexicans in the Making of Texas 1836-1986* (Austin: University of Texas Press, 1987), pp. xii + 383.

6.- Véase Ramón Gutiérrez, *When Jesus Came, the Corn Mothers Went Away: Marriage, Sexuality, and Power in New Mexico, 1500-1846* (Stanford: Stanford University Press, 1991), pp. xxxi + 424.

7.- Véase Américo Paredes, *With His Pistol in His Hand* (Austin: University of Texas Press, 1958), pp. xi + 262.

8.- Citemos el siguiente pasaje de *Pueblo en vilo*, pasaje que bien pasaría por ser escrito por un historiador chicano: "el desprecio con que se ve la existencia de toda minoría, por el desdén de la sociedad industrial hacia las formas campesinas de vivir, porque se les niega competencia, en los medios de los historiadores profesionales, a los cronistas lugareños". (p. 12)

9.- La idea de modernización debe entenderse según el triángulo semántico formado por los términos *modernización, modernidad, y modernismo*. En este estudio he incorporado el sentido que elabora y otorga a los mismos Fredric Jameson, de quien citamos: "if modernization is something that happens to the base, and modernism the form the superstructure takes in reaction to that ambivalent development, then perhaps modernity characterizes the attempt to make something coherent out of their relationship...This modern feeling now seems to consist in the conviction that we ourselves are somehow new, that a new age is beginning, that everything is possible and nothing can ever be the same again; nor do we want anything to be the same again, we *want* to 'make it new,' get rid of all those old objects, values, mentalities, and ways of doing things, and to be somehow transfigured". Véase Fredric Jameson, *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism* (Durham: Duke University Press, 1991), p. 310.

Cosío Villegas entre el progreso y prosperidad de unos pocos, en conflicto con el bienestar de la mayoría--([10]) darán por resultado la emigración de gente al margen del progreso nacional, ya sea a centros urbanos de México o a los Estados Unidos. Asimismo, se propone que *Pueblo en vilo* es un texto que se enriquece con las modalidades de distintas disciplinas académicas, uniéndose al relato autobiográfico junto a la alusión literaria, conformando un conjunto en el que se distingue el testimonio de alguien que, después de varios años en la metrópoli, vuelve, como hijo pródigo, al terruño provinciano, tema -- dicho sea de paso-- fundamental en la novelística chicana.

I. La fenomenología del terruño, o la aldea mirada desde dentro

En la defensa y deslinde del tema elegido, el Dr. González confronta de inmediato un problema central a la validación epistemológica que interroga por los orígenes del conocimiento; tal problema se resuelve uniendo la investigación científica (fruto de una formación académica) con el conocimiento derivado de lo vivido, por lo tanto un saber de carácter íntimo. Se vuelve al lugar de origen con lecturas de Agustín Yáñez, Juan Rulfo y Juan José Arreola, amén de las nutridas lecturas requeridas por el oficio; luego se decide mirar la aldea desde dentro, es decir, con el conocimiento movido por la pasión y la simpatía, sin descartar, en ocasiones y cuando apropiado, fuertes antipatías.

Como parte estratégica de tal defensa y deslinde, se propone que la aldea nunca puede ser, dentro del mapa retórico del historiador, una sinécdoque o un mero símbolo: ni la parte por el todo, como tampoco la parte representativa. En cuanto a San José de Gracia, se revela su perfil típico, pero ante todo sus modalidades que hacen del pueblo "una porción amplia del subconsciente nacional" (p. 15). Ya que el subconsciente es el nivel *arqueológico* por excelencia, San José de Gracia tendrá por fuerza que ser visto *por dentro*, es decir, a través del recuerdo y entrevistas con josefinos; asimismo, y a un nivel nacional, San José de

10.- Cosío Villegas interpreta la Revolución según sus supuestas metas, a saber: "la condenación de la tenencia indefinida del poder por parte de un hombre o de un grupo de hombres; otra, que la suerte de los más debía privar sobre la de los menos, y que, para mejorar aquella, el gobierno tenía que convertirse en el elemento activo de transformación"; consultar Daniel Cosío Villegas, "La crisis de México", *Ensayos y notas* (México: Editorial Hermes, S.A., 1966), Vol. 1, 114.

Gracia contendrá fragmentos de la infancia nacional: recuerdos de la Conquista y subsiguiente calidad de colonia.

Estructurado en cuatro partes, simulando un modelo análogo a los cuatro mundos del catolicismo --limbo, purgatorio, infierno y cielo--, *Pueblo en vilo* da un giro más a la numerología cabalística, culminando en trece capítulos cuya cifra encierra el misterio de la muerte y el renacimiento; visto de otro modo, el número trece se presenta significativamente como el inicio de un remozado ciclo temporal o de una vida nueva. Esta arquitectura externa del relato historiográfico es obvio índice de que se emplean esquemas mentales propios a la imaginación popular, la cual se interroga por el significado de cometas, auroras boreales, y fines de siglo (¿acaso es el fin del mundo?), muy afín, por consiguiente, a la narrativa de Agustín Yáñez, quien, en *Al filo del agua*, organiza su novela en forma similar, con la diferecia de que el número privilegiado es en tal caso el "16", congruente con una fecha asociada con la insurgencia nacional.

Ahora bien, la validación del conocimiento científico y vivencial se fundamenta por medio de una extensa documentación tomada de varios archivos --de la nación, municipios, parroquias y privados--, gracias a entrevistas y recuerdos personales, y, ante todo, a lo brindado por padre y madre ("Resultó particularmente rendidor el archivo particular de mi madre...Del centenar de informantes utilizados ninguno me proporcionó más que mi padre...memorizador excelente que ha vivido fascinado por el recuerdo". [p. 21]). En fin, el mismo Dr. González alude al cuidado con que se planearon los trece capítulos del libro, constituídos primeramente por la documentación escrita (caps. 13), la tradición oral (caps. 4-8) y, en tercer lugar, la experiencia personal (caps. 7-13). Y, en efecto, cuando nuestra lectura alcanza el último tercio del libro, encontramos a pie de página la siguiente advertencia: "La mayor parte de las noticias contenidas en este y los siguientes capítulos no los leí ni los entendí de nadie. Provienen de mis recuerdos, observaciones y conversaciones" (p. 259, cita 10).

Como simulacro estructural de la idea misma de *modernización* y de su fluir progresivo, que va del andante al alegro, las cuatro partes del libro contienen períodos desiguales, contando con 300, 50, 30 y 25 años, en secuencia numérica y según el modelo generacional ideado por José Ortega y Gasset. El cambio histórico, por lo tanto, se explicará por

medio de conflictos generacionales y a través de la intermitente asunción de la tarea o misión histórica de la generación en turno.

II. La aldea y su espíritu de empresa

La historia geográfica que explica la zona en que se funda San José de Gracia pone en relieve un territorio ideal, ya por ser *frontera*, cuanto por su carácter de *tierra de nadie* cuyo propósito, a fin de cuentas, fue el de batallas seculares entre tarascos y sahuayenses, o entre la multitud de colonos que llegaron, se arraigaron y convivieron o lucharon entre sí. En otras palabras, San José de Gracia, a diferencia de Mazamitla, no acarreaba recuerdos de conflictos raciales entre españoles e indios (en este detalle Mazamitla se asemeja más al centro metropolitano que San José de Gracia); por lo tanto, los recuerdos eran de fundación colectiva, con gente de origen racial mixto: "Había tela de donde cortar. Don Victorino Jaso la cortó; atrajo a su Hacienda de Jucumatlán gente criolla de los alrededores, y la matizó con mestizos y mulatos. Atrajo semillas de aquí y de allá, de ascendencia europea, aborígen y africana" (pp. 66-67).

Si lo anterior distingue a San José de Gracia --o mejor dicho, lo que originalmente fueron las lomas del Juruneo, para luego convertirse en la Hacienda de Larios, del Monte, de Jucumatlán, lugar conocido después bajo el nombre de Cojumatlán y, antes de fundarse el pueblo y en reducida forma geográfica, en el Llano de la Cruz-- San José de Gracia, repito, se distingue en este caso por su semejanza a la metrópoli debido a la presencia de Hernán Cortés, puesto que parientes suyos, tales como Alonso de Avalos y Francisco Cortés, establecen su progenie en la región.

La trayectoria generacional se extenderá, por consiguiente, de un principio legendario y empresarial por antonomasia (puesto que el origen lo marcan los lazos sanguíneos de Hernán Cortés), a uno de colonización y progreso, representado por don Victoriano Jaso quien, de acuerdo al Dr. González, fue "hombre emprendedor, repobló aquella hacienda con arrendatarios que son los fundadores de casi todas las rancherías todavía existentes" (p. 68).

La lectura relacionada a estos hombres amantes del "juego, las mujeres, el aire libre y la lucha" (p. 85) suscita comparaciones con la historia de Texas o de Nuevo México, según redactada por historiadores

y novelistas chicanos (e.g., Américo Paredes, Nash Candelaria, etc.). Este vivir libremente, dentro de un espacio geográfico que es símbolo de frontera, le conferirá al nativo de la región *jamicana* (neologismo del Dr. González para la zona que se encuentra entre Jalisco y Michoacán) una semblanza pendenciera y anárquica ("Eran hombres entregados a sus propias fuerzas y a la costumbre de una vida eminentemente bárbara" [p. 69]).

Esta cultura patriarcal de frontera, con un sinnúmero de correspondencias a la vida típica del México norteño, será el vientre de donde nacerán generaciones de hombres asociados con la insurgencia, las letras, la política y la religión. En lo que concierne a San José de Gracia, "los directores de comunidad --atestigua el Dr. González-- han sido casi siempre hombres de sotana, y por ellos y la institutución que representan, los josefinos se han tirado a matar" (p. 17).

En *Pueblo en vilo* hay, consiguientemente, un proceso generacional cuya dinámica está en manos de tres tipos empresariales, a saber: el comerciante visionario, el sacerdote progresista y el político reformador. Ejemplo de hombre emprendedor fue don Guadalupe González Toscano ("arquetipo de la clase media y un hombre prominente entre los moradores del Llano de la Cruz. Nació en 1821" [PP. 106-107]); en la misma dinastía arquetípica se encuentra don Bernardo González Cárdenas, quien además de participar en la rebelión cristera, escribe un diario en relación a la revuelta, para finalmente convertirse en hombre de negocios ("es uno de los mejores representantes de la generación empresarial...Ninguno de la generación emprendedora ha seguido el camino de don Bernardo, pero todos los demás, en mayor o menor medida, procuran modernizar las actividades agropecuarias" [p. 263]).

En cuanto a sacerdotes con valentía militar y empuje empresarial, las figuras son numerosas, desde al anti-gachupín e insurgente Marcos Castellanos --cuyo nombre encabeza hoy día el correspondiente al municipio que circunda a San José de Gracia--hasta el fundador del pueblo, el padre Othón Sánchez, quien "vistió a la gente; vapuleó a borrachos y jugadores; trató y contrató con los campesinos sobre tierras y ganados; quiso proporcionarle un santo al naciente pueblo.." (p. 127); en tercer lugar, y en calidad prominente, el padre Federico González Cárdenas, de quien el Dr. González traza el siguiente perfil: "Nervioso y de sueño ligero, activo y arriesgado, lúcido y de voluntad fuerte, las

tenía todas para ser un excelente jefe" (p. 198).([11])

En relación a figuras regionales que alcanzan representación nacional como ejecutivos, el que sobresale como político reformador y empresarial es don Lázaro Cárdenas. Debido a su visita a San José de Gracia en 1940, el pueblo vuelve a identificarse con el destino nacional --después de largos años de recelo y distanciamiento--, creando posibilidades de progreso para el estado de Michoacán. El hecho de estar aislado del centro metropolitano por razones de una geografía accidentada y montañosa, Michoacán vuelve a sus sueños de progreso, recordando una de sus metas iniciales, a saber: el de ser puerto y puente comercial con Asia por medio del mercado marítimo, progreso hecho una posibilidad gracias al puerto estatal, Lázaro Cárdenas. De este linaje de hombres emprendedores, descuellan los últimos, el padre Federico y Tata Lázaro, a quienes *Pueblo en vilo* es dedicado.

Ahora bien, abrigamos la reprimida sospecha de que la mayor parte de este linaje rebelde y emprendedor --desde don Guadalupe González Toscano hasta el padre Federico y don Lázaro Cárdenas-- forma parte de los vínculos familiares del Dr. González, de aquí la razón por la cual *Pueblo en vilo* se ha leído simultáneamente como una autobiografía encubierta bajo toda una documentación rescatada de archivos, entrevistas y el recuerdo, que es un traer a la memoria a la vez que un despertar.

III. La autobioqrafía como palimpsesto

El Dr. González escribe que *Pueblo en vilo* tiene su origen durante un sabático de un año, concedido en 1967 por el Colegio de México. Si recordamos que es precisamente durante la década de 1955-1965 cuando el Dr. González contribuye a la redacción del proyecto dirigido por don Daniel Cosío Villegas --es decir, el de reinterpretar la historia nacional en la obra *Historia moderna de México* (8 volúmenes)--; digo, si viene a mente este dato biográfico, caeremos en la cuenta de que el Dr. González, al volver a San José de Gracia con motivo del sabático

11.- El mismo pasaje ha sido modificado para la edición abreviada y de tirada popular con fecha de 1984, leyéndose de la siguiente manera: "Nervioso, endeble, con ojos verdiazules, acaso verdegrises, de sueño ligero, activo y arriesgado, lúcido y de voluntad fuerte, las tenía todas para ser un líder" (p. 141).

concedido, traía en su mochila de historiador un conocimiento bien fundado respecto a los varios designios de progreso y modernización a que había sido sometido el país. Pues bien, según la biografía apócrifa que ahora escribo (y, por lo tanto, absolutamente novelística), me parece de importancia señalar las similitudes que tal lectura comparte con escritores chicanos quienes, al nacer en la "frontera" --es decir, al margen del progreso y bienestar estadounidenses--, triunfan en la ciudad (e.g., título universitario, equis profesión, etc.) y, en algún punto crítico de su vida, vuelven al barrio o pueblo para consumar algo parecido a lo que ocurre en *Pueblo en vilo*: "platicar con la gente, ver con los ojos abiertos lo más posible y oir los ruidos y sus ecos" (p. 24).

IV. Una conclusión necesariamente breve

Este pueblo en vilo es habitado por personajes literarios que todos conocemos: el padre Martinez, Gabriel, Luis Gonzaga, Marta y María; Dolores Preciado, Dorotea la Cuarraca y quizá también Susana San Juan y un puñado de Pedros que llevan como fatalidad el apellido Páramo. Todas las tardes Juan José Arreola lee sus poemas a un grupo de atentos josefinos. ¿Qué daño puede ajercer la modernización en este rincón de México? Según el Dr. González,

> La conciencia de ser parte de un todo nacional es grande pero insuficiente. El particularismo, pese a los factores que han tratado de disolverlo, sigue siendo un sentimiento poderoso. Todos, incluso los emigrados, creen que la comunidad josefina es moralmente superior a cualquiera otra; están orgullosos de su patria chica; son capaces de oir injuriar a México, pero no permiten bromas contra su terruño. Ellos pueden hacerlas, que no los forasteros. (p. 308)

Sin embargo, el impacto de la modernización, paradójicamente tanto reformador como inhumano, ya empieza a mostrar huellas en el trato social, incluso en el lenguaje, en que aparecen términos que ahora tomamos de la enumeración hecha originalmente por el Dr. González: alcoholismo, ansiedad, burocracia, codicia, desigualdad, discriminación social, faldas cortas, feminismo, presión demográfica, secularización,

vehículos y vicios (pp. 292-293).([12])

Los mexicanos que vivimos al otro lado de la frontera --y más aún los que estamos en Los Angeles-- bien sabemos el precio de la modernización, y eso explica mi sincero agradecimiento a mi amigo, el Mtro. Alvaro Ochoa, y al Dr. Luis González, por haberme invitado a ser parte de esta conmemoración y homenaje que le hacemos a *Pueblo en vilo* y a su autor, en esta tierra de fuertes montañas y lagos azules.

12.- En cuanto a los estragos causados por la modernización en Europa, véase Braudel, quien afirma "Many historians do not wish to face up this fact. They simply refuse to admit it"; en *The Perspective of the World*, op. cit., p. 615.

SAN JOSE DE GRACIA ¿PORQUE EN VILO?

Gonzalo Villa Chávez
Universidad de Colima

En los cuarentas conocí a Don Luis, Don Luis no me conoció a mi sino hasta muchos años después.

El era entonces una imagen muy en vista, era nada menos que un *Príncipe Estudiantil*, yo simplemente era un *mamón* (término despectivo acuñado por los jesuitas de entonces para designar a la infantería, la tercera división). El siempre fue estrella indiscutida en todas las proclamaciones de premios trimestrales del Instituto, -yo en cambio ni siquiera llegué a *jefe de filas*- El, brillando intensamente en la academia, yo con brillitos semimates en el área deportiva defendiendo, como suplente, la integridad del marco del representativo futbolero del Instituto de Ciencias de Guadalajara.

A él lo conocíamos nosotros como *EL POETA* y sus compañeros lo llamaban *EL MACHETE* y yo tan sólo fui el pinche *sajón* o ya de ganancia *el fraile* (según esto dado el gran parecido con un franciscano de apellido Cisneros, encargado vitalicio de regresar a su basílica a la imagen de la Zapopana, luego de su periplo tapatío, los días doce de octubre de cada año).

El Instituto de Ciencias de Guadalajara se integraba en los años cuarentas a base de dinastías y plurales minorías, había desde luego michoacanos, y sonorenses, y sinaloenses, colimotes y hasta una superminoría de dos gabrielenses (Pepe Calvario y el suscrito) pues bien, la etnia purépecha tenía jerarquía reconocida y Luis González y González la capitaneaba, San Gabriel no se llegó a consolidar para nada como potencia estudiantil, primero, por abandono de uno de sus miembros y la salida a medio camino del suscrito, que hizo una incursión poco exitosa en la Escuela Preparatoria para Varones de la Universidad de Guadalajara.

Capaz que lo único que llegué a condividir con Don Luis en aquel entonces fue a un celebrado maestro de historia de México, profesor de la materia en tercero de secundaria el padre José Bravo Ugarte, que, pero

mientras a él lo lanzaba por el ancho camino de la historia, para que pasado algún tiempo le hiciera un boquete de este tamaño a la historiografía mexicana, o para decirlo en sus términos, reorientara el entero oficio de historiar en México y fuera de... en mí por el contrario, mató en flor una temprana inclinación hacia esa asignatura.

Por todo ello reitero, yo sí conocí a don Luis, don Luis no pudo haberme conocido.

Ahora bien, de San José de Gracia empecé a tener noción allá por el 57, y digo noción porque pasaba por aquí, en ruta Pihuamo-Guadalajara-Pihuamo dormido unas veces a media madrugada, fastidiado, otras tantas por el sopor carretero del medio día, y bueno, en realidad conocía sumariamente tan sólo las calles por donde el 3 estrellas transitaba hacia Jiquilpan o hacia Mazamitla, esto es, prácticamente no lo conocía.

Viene luego una gran laguna de tiempo en donde me alejé de este occidente mexicano y no fue sino hasta mi regreso a Guadalajara en 1971 que me topé con el *Pueblo en Vilo*, con el nombre de don Luis y con San José de Gracia. Don Adalberto Navarro y doña María Luisa Hidalgo (que de Dios gocen) me lo recomendaron amplísimamente, seguro fue una segunda o tercera edición (aquel ejemplar o me lo sustrajeron, o no me lo han devuelto, pero lo que sí recuerdo con nitidez es que en la portada había una foto del portal en donde vivieron los tíos de Luisito tomada seguro desde alguna altura parroquial).

En realidad pues, me fui al bulto y obviamente por el autor sin saber, ni remotamente, que había adquirido el libro parteaguas, de la nueva forma de hacer y entender la historia, es más empecé a malapena con su lectura, pero en unas cuantas páginas me supe irremisiblemente atrapado en la malla hasta hoy inexplicable para mí, de este libro fundamental.

No se si a todos nos pase, o si se trata de deformaciones de un mal lector, el caso es que siempre quiero explicarme perentoriamente el título de lo que estoy leyendo y así empecé a darle vueltas a lo del vilo, al primer intento llegué a suponer que San José de Gracia estaba pendiendo en precario equilibrio tanto como estructura social, o como posibilidad de vida comunitaria, y por que no, como una trama urbana insuficientemente enraizada en su espacio territorial, es más, llegué a pensar en un posible parangón con Volterra, aquella semifantasmagórica localidad Italiana que cuelga en un risco y que inexorablemente se desliza (-¿desde que se

está deslizando?-) hacia el precipicio por culpa de una *franna* geológica de naturaleza incurable progresiva y mortal; pero no, no podía ser así, San José por lo menos en mi recuerdo lo sentía seguro en su asentamiento, y para nada equiparable con aquella ciudad Toscana y pues no era por ahí, entonces creí encontrar explicaciones de otro tipo conforme al avance en la lectura del texto, y me refiero a las vicisitudes del pueblo con Chávez o en los años 26, 27 y 28 sobre todo en el 27 con incendios varios, con levantamientos cristeros y saqueos, fobias Callistas, etc. que le decretaron a San José abandonos masivos de población hacia el exilio en Guadalajara, Ocotlán, Zamora, etc., y/o también atribuible, a aquella indecisa etapa pre-municipal en donde el riesgo inminente era el de subordinarse regionalmente a la hegemonia super-ordinada de la imperialista Mazamitla jalisciense hoy felizmente tan superada (todo esto lo comentaría después con Alvaro Ochoa) pero la duda persistía, tan era así que en pleno viaje de bodas (1972) en Pátzcuaro me sentí muy cerca y le dije a Gabriela "vente, vamos a conocer un pueblo en vilo". Llegamos antes del medio día y nos marchamos con la última luz de la tarde, tiempo suficiente para diversos recorridos por el tejido urbano josefino y su asentamiento territorial.

Ahí surgieron varias afirmaciones que quisiera explicar aquí con una premisa inevitable, a saber: soy del oficio arquitecto, diseñador a veces y hasta constructor ocasional y es en tal virtud, que el discurso sólo lo entiendo tridimensionalmente, espacialmente, de ahí que estas acotaciones tengan esos límites, -me explico-.

De los recorridos arriba reseñados llegué a la certeza de que el título del libro no respondía a consideraciones urbanísticas porque no se necesita mucho para afirmar desde tal perspectiva que SAN JOSE DE GRACIA no está en vilo, por el contrario su estructura ambiental está indisolublemente unida y amarrada a su soporte territorial, su trazo y la consiguiente trama urbana, si bien parecería estar referida a los antecedentes felipesegundescos del trazado de asentamientos en la Nueva España, tales disposiciones vienen aquí traducidas a una particular topografía, que es bien entendida y resuelta, y donde que entender un terreno y actuar en consecuencia no es cosa fácil sino preguntárselo a los planificadores, léase urbanistas, ingenieros, topógrafos, arquitectos, etc.

La organización espacial de San José de Gracia, su jerarquización y las tipologías edificatorias dominantes, me parecieron, por lo menos

en el tiempo a que me estoy refiriendo, instancias fuertemente caracterizadas.

Todavía diré más, hasta el color y la textura de la carne urbana de San José me parecieron en ese momento respuestas validísimas a una tradición regional pero con características especiales confiadas al aparejo de las superficies murarias con ladrillo recocido *en vista*, -pecado que ello tiende a desaparecer ante los embates de un modernísimo y un posmodern vernáculo de lo más indigesto (o sea no digerido, ni requerido).

Como moraleja conjunta podríamos concluir estas apreciaciones aseverando que San José de Gracia es un asentamiento definitiva y rotundamente afirmado en su región y en su terreno propios.

Pero más tarde tuve la fortuna de acercarme a menudo a la entrañable familia González de la Vara ahí conocí a Armidita, estuve en su mesa, leí con gran jolgorio sus pequeños grandes libros y, a don Luis lo fui redimensionando y escuchando cada vez con renovado interés, consecuentemente conocí mejor a SAN JOSE DE GRACIA, y a su geografía humana. Supe de sus afanes, de su cohesión de su espíritu comunitario, su laboriosidad, su lucha sostenida y sobre todo supe de su amor, del bueno, por su tierra, lo que como ustedes comprenderán me llevó de nuevo al minipurgatorio de la duda ¿porqué pues está en vilo?

Si es pertinente, quisiera terminar esta nota con la cantaleta sostenida, pero esta vez frente a Don Luis, por favor don Luis acláreme de una vez por todas este título.

COLORES DE PUEBLO EN VILO

Víctor Manuel Ortiz

"Porque ver quiere decir percibir diferencias"
Italo Calvino

Me siento obligado con ustedes a adelantar dos advertencias: la primera, que consiste en señalar la contradicción que implica penetrar al territorio de los colores, que son por definición visuales, ingredientes de la luz, filtros cromáticos de la retina, con el remedo lejano que suponen las palabras; la segunda, hacer explícito que el pueblo al que voy a referirme no es, ciertamente, el San José de Gracia fabricado de materiales y de aire entre los espacios, sino más bien el otro que, sobre la aparente monotonía de simples calles rojizas de muros recubiertos de ladrillo y techos de teja, prácticamente inventándolo, viendo lo que nadie veía, viendo para muy adentro, supo ver un hombre que a la manera de Irineo Funes *el memorioso*, sacando raja de su gusto por las nimiedades y de su complacencia en "pequeñeces invisibles para los dotados con alas y ojos de águila", se convirtió en el equivalente josefino del argentino ese que sin moverse del catre, desde el fondo de su cuarto oscuro, conseguía, con la mayor naturalidad, retener "las formas de las nubes australes del amanecer del treinta de abril de mil ochocientos ochenta y dos y de compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebrancho".

Es así que debo reconocer el encanto que encuentro en la manera sensual de mirar de Luis González, que no puedo calificar sino de erótica, en el sentido más profundo del término, que fue desvistiendo, develando totalmente una realidad envuelta en trapos y maquillajes, para descubrir del otro lado del espejo, a través de las apariencias, la complejidad absolutamente excitante y misteriosa del cuerpo desnudo de una sociedad viva, cargada de contrastes, tonalidades y matices. Como

ocurre con el Aleph, que según los decires es uno de los puntos del espacio que contiene todos los puntos, hizo coincidir en la falda poblada del cerro de Larios todos los lugares de la tierra, todas las luminarias, todas las lámparas, todos los veneros de luz. Supo intuir, como cuenta Borges que les sucede a los fieles que concurren a la mezquita de Amr, en el Cairo, que el universo entero puede estar en el interior de una de las columnas que rodean el patio central, al grado de que allá, quienes acercan el oído a la superficie, declaran percibir, al poco tiempo, el atareado rumor de un mundo completo en movimiento.

Cuando Alvaro Ochoa me informó, sin consultarme previamente, de mi participación en esta mesa redonda con el tema del color en "Pueblo en vilo", me puso los pelos de punta. Una cosa era mi atrevimiento al haber pintado la biblioteca de don Luis con el tono sacado de una flor de la bugambilia anaranjada del jardín, y la torre tomando como modelo una flor recién cortada de la jacaranda de la plaza, y otra, mucho más riesgosa, y a lo mejor menos entusiasmante, era tratar de encontrar pigmentos en un libro que había leído de una sola tirada hacía doce años, antes de conocer a los González de la Vara, cuando lo único que había visto de San José era el lienzo charro con Antonio Aguilar cantando canciones en un jaripeo de algún marzo muy antiguo. En realidad, para mi consuelo, las cosas ocurrieron de otra manera. A medida que avanzaba en la lectura, con un azoro encandilado que superó al de la primera vez, iba señalando con una tarjeta las páginas donde había referencias al color. El resultado fue que el tomo me quedó tan abultado como el directorio telefónico de la ciudad de México, al grado de que lo complicado consistía en la traducción platicada de un texto que estaba más pintado que la gama que ofrecen las múltiples combinaciones posibles de los siete colores fundamentales, los siete cielos, o las siete líneas del arcoiris.

No, no es una perita en dulce resumir las 1001 noches y días en que se expresan referencias cromáticas a lo largo de esta historia. Haría falta estar dotado de un ojo tan selectivo como el del ayudante de Newton que, cuenta Calvino, conseguía distinguir entre el azul y el violeta un color independiente: el índigo, bellísimo nombre pero color que nunca ha existido. Porque hay que rastrear desde el prodigio de Llano de la Cruz, en un escalón del cerro de Larios donde el pasto se ponía siempre amarillento después del temporal de lluvias, pero que en esa ocasión,

para indicar providencialmente el sitio de la fundación, se conservó, sobre el fondo amarillo gris, una mancha verde oscuro en forma de cruz. Hasta esa aurora boreal que se vió en las madrugadas de 1861, hacia el norte que "distaba mucho de ser la luz sonrosada que precede inmediatamente a la salida del sol", ya que "las danzantes luminiscencias vistas en el cielo se asemejaban a la lumbre emanada de los lugares con tesoros ocultos, pero su enormidad infundía zozobra". Porque "era como si se hubieran juntado a bailar todos los fuegos. Aquello parecía un combate en el que San Miguel y sus ángeles arrojaban rayos, centellas y bolas de lumbre contra el ejército de los demonios".

El dicho aquel de que "todo es según el cristal con que se mira" vale para hacer evidente la lente como de caleidoscopio que aplicó don Luis para describir en tecnicolor un paisaje humano y natural que no se agota en la epidermis de la arquitectura. Brotan a borbotones los pigmentos por toda raja, hueco, hendidura, fisura o ranura de esas páginas aderezadas con toda suerte de precisiones sobre la vida josefina.

La fuente de azulejos azules del patio de la casa paterna. Los colores de la granada de china, de los belenes y rosales que mueren a su sombra, del aguacate, de la higuera, del chayote, del limonero. El cielo también azul desde el que renacen cada día el panorama de los techos de teja, las torres de la parroquia y la montaña.

La media luna de hondonadas acuosas y térreas, de plata y de bronce, que con la serranía rodean el alto y extenso lomerío. La blanca miel que produce esa sierra del Tigre que desde acá se mira como un fondo verdiazul. El suelo medio ocre, revestido de esa vestidura vegetal sobria, de esos matorrales grises y parduzcos, de esos árboles nudosos, de esos arbustos protegidos por púas, de ese zacate y plantas ratizas y aromáticas que son el patrimonio verde de este paisaje que don Luis encuentra -con su inveterado optimismo- "no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad".

El cambio de los tonos del tiempo de secas a los del final de las lluvias: la uña de gato, el huizache y el tepame que se disfrazan con los pastizales tiernos, con la amapola y el girasol.

Tierra de diablos que se aparecen ora en forma de perro negro con ojos como brazas encendidas, ora como hombrecito lampiño, rojo y coludo.

Tierra de conversadores profesionales en la que se aprendió a

platicar en derredor del fuego, de la luz roja del ocote.

Tierra en la que un día la blancura y el brillo de una nevada que salió del viento, con sus plumas de algodón y vidrio, le hizo la competencia, por un rato que pareció eterno, a la cauda lejana del cometa.

Tierra de tesoros ocultos, de ollas de barro escondidas, rellenas de monedas amarillas o alazanas y luego señalados vagamente por fuegos danzarines. Aficiones nocturnas de prenderle fuego a un pastizal o a un monte reseco.

Todos los colores, y algunos más, están en los quesos, en los moles, en el requesón, en las mantequillas, en los tamales, en las corundas, en el minguiche, en las verdolagas, en las pencas de nopal, en los frijoles de la olla o refritos, en las flores de calabaza, en los atoles, en los buñuelos, en las toqueras, en la capirotada, en los torreznos, en el arroz con leche, en las tunas, en los duraznos y en las charagüescas.

Por el libro brincan a cada rato las barbas entrecanas de los padres fundadores, los calzones y las camisas de manta blanca, los ceñidores rojos y azules, el color de los sombreros de zoyate, los cohetes, las composturas de papel de china, las girándulas y los toritos de fuego del 19 de marzo, los fariseos enmascarados y vestidos de colores chillantes que inventó el padre Othón para la representación en vivo de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Cambian los colores rojos de la plaza penumbrosa cuando don Manuel González Cárdenas sustituye los hachones de ocote por la luz blanca de lámparas de gasolina que era como luz de día, encandiladora y zumbadora, cuando no importaba la apariencia espectral de los vecinos. Luego se volvería amarilla con los focos de don David Sánchez. Regresaría a colorada cuando la hidroeléctrica vendió más luz que la que producía y había que completar con velas.

Cambian los colores con el padre Vega, que recomienda para los coloquios placeros el empleo de serpentinas y puños de confetti, permitiendo además que las mujeres jóvenes vuelvan a vestir de color.

Las noticias teñidas de negro con que de cuando en cuando llegaba *El País*. Los tiempos de hambre de adeveras en que los esqueletos y las calaveras blanqueaban en los campos. La presencia inefable de el *Manga Morada*, jefe de bandoleros cuya afición ecuestre peculiar era subirse a los hombros de los colgados al momento de subirlos. La venida del circo modesto, sin fieras, pero con su payaso de cara bien blanca, que

se instalaba sin avisar alguna tarde. Don Antonio Avila que ordena encalar los paramentos de barro rojo. Los muertos por problemas de tierras, que como les llegaba la hora estando asustados, no les salía ni una gota de sangre. Los muertos que por valientes les salía tal sangral que dejaban todo colorado.

Si los buenos para caminar se subían a la punta del cerro de Larios en el '43, y se quedaban allá hasta en la noche, alcanzaban a ver el color del fuego como del infierno que surgía de los vómitos del Paricutín. Los que se quedaban abajo se contentaban con verificar aquel portento con la lluvia frecuente de cenizas del color de la pizarra.

El padre Federico, entre los límites anchos de sus siete vidas, promovió el mestizaje del viejo ganado andaluz, de pelo amarillento, para poblar los pelillos ralos con el suizo de pelo gris o pajizo, más lechero, y con el holandés, que añadió el ingrediente blanco y oscuro a aquellos campos de Dios. Se metió también con los obrajes de la lana, para recuperar el uso de los sarapes embrocados de color negro y gris, adornados con sus rayas simples de azul, blanco y solferino que ahora ya los quisiéramos para un día domingo. Las calles se tiñeron de verde con las casuarinas y truenos que repartío para ser plantados en las aceras y también los lados de la carretera, y la calzada que va al cementerio, con la distribución que también hizo de fresnos, eucaliptos y cedros.

Por estos tiempos, cundió el sinsombrerismo que empezó a eliminar lo pajizo de la parte superior del cuerpo de los hombres, mientras que los pies, antes visibles a través de las correas de los huaraches, se disfrazaron con los negros y cafés de los zapatos, en tanto que las mujeres descubrían el arte milenario de las decoraciones del rostro. Se conoció la pintura de aceite y pronto algunos acomodados pintaron de brillante los corredores, la sala, el comedor y las recámaras. Poco a poco se fue eliminando el azul del cielo de los patios, el hueco ese que recogía el primer sol y el último, las macetas de los corredores, los cromos de los calendarios y los nidos de las golondrinas para dejar lugar al modelo compacto, importado de la capital, que ya no se llovía ni se mojaba como los demás.

Don Bernardo González Cárdenas es el encargado de adornar con los colores del escudo nacional el remate moldurado del flamante edificio que se hace en la plaza durante su jefatura, obliga a los vecinos a barrer el frente de sus casas para que se note el material de que está hecho el

pavimento y aposenta a los muertos en un camposanto de lujo. Se transforma la actividad eminentemente torteadora y minguichiadora de muchas mujeres, que se van convirtiendo en competidoras formales de las mantilleras granadinas al aprender a enredar en el tul, para confeccionar sevillanas, sedas doradas, sedas negras, sedas verdes, sedas azules. Desaparecen poco a poco las ánimas informes, hechas de humo, y las almas llameantes de los condenados que volvían del infierno para dar cuenta de las causas que los hacía figurar en el ejército de los réprobos. Desaparecen los aparecidos con figura de perro prieto o de gato maullador. Los espantan hombres nuevos, convencidos del dicho de que *cuantos menos bultos más claridad.*

El padre Federico, ya en su última vida, desde su asiento en el portal de cantería rosa que operaba como vestíbulo de su casa, advertía que la falta creciente de árboles en el cerro acarrearía la catástrofe: que dejaría de llover y que las manchas blanquiscas del tepetate cubrirían los bajíos y que los cerros y campos se convertirían en montones de piedras. No logró contagiar de su lúcido pesimismo ecológico a los nuevos que no se entristecen con un cerro de Larios pelón o con la inminencia del paisaje de piedra y tepetate que se va quedando sin una cosa verde "para descansar los ojos".

Con todos los malos augurios, a Luis González la tierra josefina le seguía pareciendo hace veinticinco años, como él mismo lo confiesa, mucho más próxima a la suave patria lopezvelardiana, capaz de lucir policromías de delfín, que a la Luvina rulfiana por la que se arrastra un aire negro de los que muerden, de los que rascan como si tuvieran uñas. Hago votos por que la ciudad en ciernes que vislumbra ahora don Luis se construya con la óptica de los pintores holandeses y flamencos, que aprendieron a amar las materias en las que la luz se detiene, prisionera en una red de reflejos de los cuales resurge transformada en arcoiris.

LA HISTORIA DEL FUTURO

Abelardo Villegas

Después de leer *Pueblo en vilo* de Luis González, uno siente la tentación de hacer su propia microhistoria. Definiéndola en otro trabajo, dice que a ella "la mueve una intención piadosa: salvar del olvido la parte del pasado propio que ya está fuera de uso". "Busca mantener el árbol ligado a sus raíces, es la que nos cuenta el pretérito de nuestra vida diaria, del hombre común, de nuestra familia y de nuestro terruño. No sirve para hacer, pero sí para restaurar el ser. No construye, instruye, Le falta el instinto adivinatorio. No ayuda a prever; simplemente a ver. Su manifestación más espontánea es la historia pueblerina o microhistoria o historia parroquial o historia matria" (Luis González y González, *Todo es Historia*, Cal y Arena, México 1989, p. 228).

Si esto es la microhistoria, también puede hacerse en la gran ciudad. Mi experiencia es contraria a la de Luis González: siempre he vivido en la ciudad de México y aunque conozco ciudades provincianas y pueblos pequeños del país nunca he vivido en ellos. Pero no importa, si la microhistoria es salvar el pasado y mantener el árbol ligado en sus raíces, eso también se puede hacer en la gran ciudad. Aparte de que, como nos consta a los profesores que damos clases en la Universidad Nacional, hay muchas personas que viven en la ciudad como si vivieran en un pueblo, no salen de su barrio o su colonia. Incluso nos consta que muchos de nuestros alumnos ni siquiera conocen el centro de la ciudad. Mi esposa que es profesora de Cultura Hispánica, toma como parte de su trabajo enseñarles a los jóvenes lo que hay en la Avenida Juárez, el Palacio de Bellas Artes, el Colegio de Minería, el Palacio Nacional, el Edificio de la Inquisición y otros monumentos que están en un perímetro muy pequeño, pues el llamado Centro Histórico es como una ciudad de provincia.

Pero no los voy a atosigar con recuerdos familiares o de la vida cotidiana, sino más bien quisiera comparar el concepto de historia que aprendí en mi juventud en la Facultad de Filosofía y Letras con el que

pone en práctica Luis González en su libro citado. Se trata de dos conceptos aparentemente contrapuestos porque quizá no hay nada más distante a un historiador parroquial que un filósofo, el cual, utilizando las palabras de Alfonso Reyes, es un especialista en universales.

A los estudiantes de filosofía se nos condiciona para buscar universales y de hecho eso corresponde a la vocación filosófica. Entonces, recuerdo que las clases que tomé con Edmundo O'Gorman y con Leopoldo Zea, me conducían a una historia filosófica. El primero buscaba el *ser* de América y en su libro *Invención de América* sostiene que la historia dota de ser a los acontecimientos cuando los conceptualiza. Precisamente el ser de América es el concepto sobre América. Y este concepto es el que se inventa. En cambio Leopoldo Zea, estaba más cercano a una posición como la de Erich Kahler, autor que me sorprendió en aquellos años afirmando que la historia es la biografía del hombre. O sea que, como dice Don Leopoldo, el hombre es su historia y la historia de las ideas en América sólo tiene sentido si es una ruta para alcanzar una visión general acerca del hombre. Incluso, en aquellos años el propio Luis Villoro en el libro que hizo sobre la Independencia de México sostuvo que su propósito era señalar aquellos acontecimientos históricos que transparentan más la condición humana. Apunta algunas situaciones límite en las que se ejerce lo propio del hombre, la libertad. Como cuando Hidalgo, enterado de que su conspiración ha sido descubierta, decide lanzarse a la acción. Villoro hace el análisis de esta decisión.

Mis profesores, por su formación en el idealismo de Hegel y en el existencialismo sartriano, querían proceder al revés de la filosofía clásica: no deseaban partir de conceptos generales para explicar acontecimientos particulares, sino al contrario, querían sorprender el universal concepto, el universal en el seno de lo particular. De alguna manera la filosofía contemporánea transida toda ella de Hegel es una filosofía de la vida cotidiana como lo es ejemplarmente el libro de Heidegger *Ser y tiempo*; si no fuera por su terminología abstrusa, se vería de una manera trasparente cómo trata de sorprender al ser en la cotidianeidad. Nuestros filósofos heideggerianos trataban de hacer lo mismo partiendo de la particularidad del acontecer histórico.

Los que no eran heideggerianos como Zea, de cualquier manera querían llegar a lo propio del hombre, aunque esta llegada no consistiera más que en afirmar que lo humano es lo individual. Aplicando tales

criterios no es difícil decir que en el libro de Luis González se retrata un trozo de vida particular, aunque no sea muy problemático saltar de él a la historia completa del México moderno y aún a la condición humana. Quizá a los oyentes les resulten estos planteamientos demasiado abstractos pero, finalmente, lo que los filósofos dijeron en la década del 50 fue que el hombre es lo que hace y lo que le ocurre así como un individuo resulta ser lo que ha hecho en el transcurso de su vida. Claro que dichas las cosas así, no todo queda explicado porque de las infinitas acciones humanas no todas pueden ser seleccionadas por la historia para diseñar la biografía del hombre, sino que cabe hacer una distinción: la historia es asunto de valores; se hace historia de lo importante. Pero también cabe hacer una definición de lo que resulta ser importante. No es lo mismo en todos los casos, en el que nos ocupa se ha planteado la pregunta de si lo importante es lo general o lo particular, la historia nacional, la universal o la microhistoria.

Aquí tenemos que hacer otra precisión; lo único verdaderamente particular son los acontecimientos mismos, los hechos, la vida, en cambio, toda teoría es abstracta, en diversos grados de abstracción. La microhistoria es abstracta, Luis González incluye toda la vida de San José de Gracia, desde los orígenes hasta el 1967 en cuatrocientas diez y siete páginas de formato pequeño (al menos en la edición que yo manejo, El Colegio de México, 1979), por mucho que tengamos la sensación de que estamos palpando la vida misma, se trata de una abstracción. El tipo de abstracción que hace el historiador depende de lo que le interesa conocer, así puede hacer historia de algunos episodios de la vida nacional o trozos de historia universal si no es que la historia universal misma. La microhistoria estaría hecha con una metodología destinada a captar en lo posible la relación entre la vida cotidiana y, cuando menos, la historia nacional. Nunca es la pura vida cotidiana, porque ella también es una abstracción, en la realidad la vida cotidiana se entremezcla con acontecimientos de más amplio alcance. Veamos un poco el libro mismo.

Los que hemos hecho historia de las ideas con los criterios antes señalados, o filosofía de la historia, estamos acostumbrados a manejar interpretaciones muy generales, pero estas interpretaciones deben nutrirse con investigaciones particulares porque si no es así, tales interpretaciones se repiten una y otra vez hasta que se gastan, se vuelven esquemáticas y dejan de ser importantes. Para que ello no ocurra requieren renovarse con

investigaciones particulares. Lo que conocemos como historia de México es un proceso que opera de esta manera. La hipótesis que se desprende de *Pueblo en vilo*, sin que Luis González la haya autorizado es la siguiente: la nación mexicana en su mayor parte estaba constituida en el siglo XIX por poblaciones aisladas entre sí cuyos moradores casi no tenían conciencia nacional y mucho menos universal. Sin que ellos lo supieran muy bien su vida de alguna manera estaría entrelazada con un centro que en este caso resultaba ser la ciudad de México principalmente así como algunas poblaciones importantes de los Estados. Para San José de Gracia este aislamiento un tanto idílico es roto por la Revolución y el asunto cristero. Se trata de una forma dolorosa de adquirir conciencia nacional, al verse involucrados en problemas que atañen a toda la Nación. El resultado es muy difícil de valorar. No se sabe muy bien si su instalación en la vida moderna es mejor que su antigua situación idílica. Se ilustra la idea de que en la historia la solución de algunos problemas implica el planteamiento de otros. Como muchas otras poblaciones San José de Gracia establece dos cordones umbilicales, uno con la ciudad de México y otro con los Estados Unidos.

A Luis González, que es josefino, se le escapa la idea que ha venido reiterando en otras ocasiones de que la ciudad de México ejerce un colonialismo sobre la provincia. Cuando se lo he comentado a un filósofo e historiador guanajuatense, Ignacio Sosa, él me ha contestado airadamente, que es cierto. Y yo, que soy oriundo de la ciudad, uno de los pocos oriundos que hay en ella, puesto que la mayoría de sus habitantes vienen todos los días desde la provincia, me he sentido un poco culpable. Pero no mucho, porque lo que hay es una interrelación que culmina en un proceso de ensanchamiento de las grandes ciudades. Y aquí tocamos un proceso que se da en todos los países de América Latina y que concluirá cuando la llamada modernidad se distribuya más equitativamente en todo el territorio nacional, como ocurre en muchos países de Europa y en Estados Unidos. De alguna manera nuestros países Iberoamericanos tenemos más afinidades estructurales con Europa que con los Estados Unidos. En los Estados Unidos todo es moderno, es el país de la modernidad, pero en Europa, como en Francia o en Alemania, lo que se da es la conciliación entre lo moderno y lo antiguo, entre la vanguardia y la tradición. Yo creo, de manera optimista, que esto ocurrirá con nuestros países: tenemos una tradición, una antigüedad que

debe conciliarse con lo nuevo.

Creo que este proceso no será fácil sino que resultará un tanto doloroso. Así lo describe Luis González en la última parte de su libro: parecería que el contacto de San José de Gracia con la ciudad de México y con el sur norteamericano está operando como un disolvente. Los jóvenes parecen no hallarse en el pueblo y los viejos luchan contra los usos de la modernidad. Pero la modernidad mexicana debe residir en que subsistan las pequeñas poblaciones, porque modernidad no es sinónimo de vida feliz, las grandes ciudades padecen tales lacras que uno está tentado a pensar que constituyen colosales errores. Claro que implícito en todo está el asunto de la prosperidad. Modernidad sería sinónimo de prosperidad. Pero no lo es en todos los casos sino más bien, como ocurre en los Estados Unidos, sinónimo de profunda desigualdad. Las grandes ciudades también son escaparates de una desigualdad mucho más profunda y dramática que la que Luis González señalaba en el caso de su pueblo.

Si de la microhistoria saltamos a la historia crítica, (en la terminología de Luis González) pero siempre con base en ella misma y preguntamos "¿a dónde vamos?" tendremos que encomendar la respuesta a nuestros historiadores. Yo recuerdo que en sus cursos Edmundo O'Gorman siempre tronaba contra los historiadores que imitan la "detestable figura de la hormiga", con ello no quería decir que se eliminara la recolección menuda de datos sino que de tiempo en tiempo el historiador levantara la cabeza y respondiera a la anterior pregunta. Si no lo hace entonces habría que dividir a los historiadores en dos, los que acarrean los ladrillos y los que planean y ejecutan los edificios. Desde luego Luis González no es de los primeros, con frecuencia ha lanzado una mirada crítica a nuestra historia para comprender el panorama. Incluso proporciona datos en el libro que comentamos para responder la pregunta. Evidentemente la llamada modernidad requiere una alternativa, pues como digo, de ninguna manera es satisfactoria, por todos lados hace agua y amenaza naufragio. A los hombres de pensamiento les corresponde diseñar una posibilidad alterna algo que yo llamaría la historia del futuro. Y no es que los hombres de pensamiento pretendan erigirse en conductores de la historia. Con menos pretensiones, de lo que se trata es de proporcionar una mirada, si los demás la aceptan o no ya es cosa de ellos, en todo caso el pensador cumple con su misión.

Dentro del tema que nos ocupa habría que hacer la historia del futuro de San José de Gracia que implica a pesar de su pequeñez un marco donde también se debe vislumbrar el futuro de la ciudad de México y el del sur de los Estados Unidos. O sea, que la microhistoria no sirve de nada si no es un trampolín para lanzar una mirada más amplia para atender asuntos que atañen a todos los hombres. Creo que en ese sentido tenían razón mis maestros de la década del 50.

HACIA EL SIGNIFICADO DE *PUEBLO EN VILO*

Henry C. Schmidt
Texas A&M University

Se ha escrito mucho sobre *Pueblo en vilo* desde reseñas hasta ponencias como las de esta reunión de josefinistas. No pretendo aportar nada nuevo al acervo gonzaleano; sino explorar algunos de los contextos, marcos, nexos, y afinidades de esta obra. Claro, no hay un solo significado sino muchos, y descubrirlos depende de la voluntad del lector.

Se observa cierto simbolismo paralelo entre el quinto centenario y este aniversario. Sus hechos principales abrieron nuevos horizontes sobre lo establecido; el de Colón en la teleología europea y el de González en la cultura mexicana. Tanto Colón como González se arriesgaron al definir nuevas perspectivas en los conocimientos hegemónicos de sus épocas y superar los hábitos rutinarios que ocultaban una realidad mayor. Los dos alteraron los derroteros de sus profesiones. Pero tal comparación termina aquí; porque la obra de González es positiva sin precio y mucho más importante para el futuro de México que Colón. Si Colón fue el alfa de la edad moderna en el Nuevo Mundo, entonces Luis González es la omega.

Pueblo en vilo es probablemente el libro mexicano de historia de mayor difusión en el mundo de hoy desde el punto de vista de ventas, traducciones, impacto intelectual, y atención pública. Asume ya proporciones especiales por su estudio de la sociedad, la economía, y la religión en la historia de San José de Gracia desde los altibajos del pueblo hasta los héroes culturales en la vida josefina.

El libro abraza lo universal, lo antiguo, lo moderno, lo regional, y lo popular con igual soltura, de una manera medida y certera y no más que lo necesario. Constata la premisa del autor de que "todo es historia";(1) incluso hay lugar para el chisme como discurso histórico. Tiene parentesco con la meta-literatura de Europa y América, la del viaje

1. Ver Luis González y González, *Todo es historia* (México: Cal y Arena, 1989).

al occidente y a tierras nuevas desde la épica de Gilgamesh en el Mediterráneo a Jean de Lery (sin su política) en el Nuevo Mundo y Motolonía en México. *Pueblo en vilo* cabe sin esfuerzo en su género mundial. Es uno de los pocos libros de historia que ha rebasado su deslinde para volverse tesoro nacional, una expresión de la alta creación mexicana.

Teniendo en cuenta que la microhistoria es solo una parte de la variada obra de Luis González, de otra manera *Pueblo en vilo* se enraiza en la civilización occidental mexicana, sus sierras, volcanes, mesetas, valles, llanuras, bosques, lagos, ciclones, estiajes, tierras calientes, razas diversas, su pasado colonial robusto, fuerte catolicismo, sociedad familiar, cultura vacuna, prosperidad histórica, desolación, pobreza, código de antiguos valores, sobriedad, gama de ideologías modernas, sus largas tradiciones intelectuales, su aislamiento y urbanidad, etos independiente, y celebración de la vida no dionisiaca sino sostenida y con conocimiento.

Por varios años los intelectuales capitalinos habían denunciado la centralización excesiva de México sin que predicaran con el ejemplo de enfilar hacia tierra adentro. Con *Pueblo en vilo* Luis González ha emprendido uno de los viajes espirituales más notables en el mundo moderno por salir de pueblo a capital estatal, luego a federal, y luego de regreso, triunfando en cada lugar y dando testimonio al hecho de que *you can go home again*. En un sentido profundo él ha unificado el pueblo y la capital; y por eso tiene tanta vigencia para el futuro mexicano la visión esencial de *Pueblo en vilo*.

Es un libro más allá de la ideología, el determinismo, el trabajo de carrera, el intelectualismo, la mentalidad cognitiva, y el paradigma cartesiano/newtoniano. Tiene cracterísticas de una nueva inteligencia. En *Pueblo en vilo* hay un espíritu en espera del tiempo histórico que erige su pena y alegría por rumbos que escapan el intento de registrarlos por rigideces, ideario, y métodos preconcebidos. Porque Luis González opta por plasmar la historia al encontrar su corriente profunda, no la que corre las vías trazadas, sino la que está más abajo y que rige movimiento e inmovilidad a la vez. Por eso lo que importa en esta obra no son la Reforma, la Revolución, y la Cristiada, sino el ensanchar del espacio vital de la historia que claro se concentra en materias locales. Como el de Barragán, el recinto gonzaleano hospeda a los varios tiempos mexicanos, dando a su huésped el bienestar y la humanidad fuera del tiempo

académico y de la moda intelectual. Así nos habla *Pueblo en vilo* como un libro destinado para la eternidad. Su significado obviamente se relaciona con conceptos espaciales como la región, el pueblo, la nación, el hemisferio y el mundo. Veamos algunos aspectos de cada área.

El publicar *Pueblo en vilo* fue primero un evento nacional, puesto que el autor pertenecía al Colegio de México, y su trabajo provenía de la cultura centralizada. No hubo nada especial en esto; pues sus colegas habían avalado su proyecto. Pero visto en contra del fondo de la investigación de los sesentas, sí fue un nuevo punto de partida. Era el auge de las ciencias sociales y la historiología(2) regía cada vez más un patrón positivista y enfocado principalmente sobre la política, la economía, las relaciones internacionales, y la sociedad. La investigación histórica en su mayoría se llevaba a cabo al macro-nivel y se derivaba en parte de la metodología latinoamericanista estadounidense. La política investigativa del día no permitía el humor, el comentario humanista, la pluma existencial, ni el saludo a la vida, especialmente a un "punto ignorado del espacio, el tiempo y la población de la República Mexicana."(3)

Es decir, la historiología mexicana había hecho avances rápidos en la profesionalización, y esto era bueno, pero se produjo un desequilibrio en la temática y la filosofía. Ya las escuelas de Gaos, O'Gorman, y Zea cedían al nuevo reduccionismo. Los historiadores todavía no habían incorporado las investigaciones sobre lo popular de un Rubén M. Campos o un Vicente T. Mendoza. Estaba en boga otra vez el cosmopolitanismo; pues ya Cuevas había sentenciado sobre la cortina de nopal; y un comentarista de la novela mexicana de aquella época dijo que se pudiera haber escrito en cualquier ciudad del mundo.(4) La historia cultural que había florecido en los cuarentas casi no se practicaba. Claro, hubo excepciones: Cardiel Reyes y las ideas potosinas coloniales, Monsiváis y la cultura urbana, y Vázquez y las ideas de la educación. Y cinco de los participantes invitados a esta reunión --González Navarro,

2. Se usa el término "historiología" para significar el estudio de la historia y no confundir los dos sentidos de "historiografía."
3. Luis González, *Pueblo en vilo* (México: El Colegio de México, 1968), p. 14.
4. Joseph Sommers, *After the Storm: Landmarks of the Modern Mexican Novel* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1968), p. 176.

Krauze, Lira, Muriá y Villegas-- sin contar a Alatorre y al propio González--conservaban prendida la otra lámpara.

Hubo descontento y tragedia en los contextos sociales y políticos de la época. Se dijo que México se había olvidado del campesino si no de la mexicanidad. Tanto la investigación académica como el DF y el gobierno federal acusaban la antigua verticalización del poder. Irrumpían las ideologías en la investigación; y la fachada desarrollista empezaba a deshacerse, como se veía con el escándalo que causaban las obras de Lewis, González Casanova, y Navarrete sobre la pobreza, la marginalización y la distribución del ingreso.([5]) Crecían el desaliento y la desorientación en el mundo cultural. En este cuadro de redención es cuando *Pueblo en vilo* salió en 1968. Se puede decir que *Pueblo en vilo* y Tlatelolco eran los dos polos de la cultura mexicana de aquel tiempo. Mas *Pueblo en vilo* no estaba tan alejado de los problemas de aquella época como se suponía, porque se puede valorar que al igual que su contenido aparente, arrastra una crítica relacionada con México a fines del siglo XX.

Pueblo en vilo aparecía como niño y viejo sabio a la vez, fresco, inocente, sereno, fuerte, formal e inteligente. Homero dijo que a los hombres les gusta más la tonada que suena, como la mañana sobre los oídos. Transpuesta a la conciencia nacional esta metáfora sirve para explicar el impacto que tenía *Pueblo en vilo*, como el irradiar del son "Camino real de Colima" o la claridad de Alfonso Reyes.

Si *Pueblo en vilo* puso en relieve la disyuntiva cultural de su época, no fue menos lograda su posición en los grandes momentos de la cultura mexicana moderna. Cada quien tiene su lista. La mía para empezar incluiría a Sierra para lo culto y Vanegas Arroyo y Posada para lo popular. Luego la patria de Gamio, el Anáhuac sintetizado y el mundo clásico de Reyes, el tiempo y las cosas de González León; el andante de Ponce; alguna novela de la Revolución; lo constructivo de Vasconcelos; lo cotidiano de Antonio Ruiz; lo universal de Orozco; lo candoroso de Izquierdo; los cuartetos de Revueltas; la casa de Barragán; el humor y la seriedad de Estrada; la metafísica pueblerina de Yáñez, Rulfo y Arreola, y la obra de Luis González.

---

5. Oscar Lewis, *Five Families* (New York: Basic Books, 1959); Pablo González Casanova, *La democracia en México* (México: Era, 1965); Ifigenia Navarrete, *La distribución del ingreso y el desarrollo económico de México* (México: Escuela Nacional de Economía, 1960).

Después de su advenimiento a la cultura nacional, como es bien sabido, tanto *Pueblo en vilo* como las edificaciones del autor en favor de la microhistoria desempeñaban un gran papel en iniciar la segunda revolución cultural regional. *Pueblo en vilo* dio legitimidad a la configuración de historias, memorias, cuadros y tradiciones de la literatura lugareña. En cierto modo se fusionó la historiología culta con la popular, yéndose más allá que cada una; y en esto Luis González es tan importante en la cultura mexicana como los progenitores de la novela, los muralistas y los misioneros culturales. Es decir, abría todo un capítulo en la historia de la cultura. Hay muchas maneras de averiguarlo, pero se nota con la política de Echeverría en adelante, la fundación del Colegio de Michoacán, a mi juicio el hecho más trascendental en la educación superior mexicana del último cuarto del siglo XX, y el respaldo de Luis González, Armida de la Vara, y Rosa González en la vida cultural de San José, por ejemplo, con las escuelas tecnológicas, su periódico, *Eco*, la Casa de la Cultura, y el primer libro publicado en San José, *En tres voces* por Rafael C. Haro.(6)

Siempre ha habido regionalistas en México, desde los cronistas coloniales hasta por su profesión los antropólogos y arqueólogos de este siglo. Más para ver como el paisaje investigatorio va evolucionando durante los años recientes hay que hablar de la nueva ola de regionalismo,(7) en libros como el de Hernández sobre Atotonilco, el de Hérnandez Chávez sobre Anenecuilco, el de Zermeño Padilla sobre la vida leonesa de Esquivel Obregón, el de Loera sobre la historia oral mexiquense, el de Gutiérrez Gutiérrez sobre Los Altos de Jalisco, y todos recalcados por *México profundo* de Bonfil Batalla.(8) Más adentro del entorno gonzaleano localista están Pierre-FranÇais Baisnée, *De Vacas y rancheros*; Esteban

6. (San José de Gracia, Mich.: La Casa de la Cultura, 1992).
7. Para algunas de las actitudes de los nuevos regionalistas, ver Lourdes Arizpe, "Cultura y desarrollo," *Boletín 32 del Colegio de México* (julio-agosto 1990), 3-5.
8. Jorge F. Hernández, *La soledad del silencio: microhistoria del santuario de Atotonilco* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992); Alicia Hernández Chávez, *Anenecuilco: memoria y vida de un pueblo* (México: El Colegio de México, 1991); Guillermo Zermeño Padilla, ed., *Toribio Esquivel Obregón, Recordatorios públicos y privados León, 1864-1908* (México: Universidad Iberoamericana, 1992); Margarita Loera, coord., *Mi pueblo: su historia y sus tradiciones* (México: INAH, 1987); José Antonio Gutiérrez Gutierrez, *Los Altos de Jalisco* (México: CONACULTA, 1991); Guillermo Bonfill Batalla, *México profundo: una civilización negada* (México: CIESAS/ SEP, 1987).

Barragán López, *Más allá de los caminos*; Heriberto Moreno García, *Guaracha: tiempos viejos, tiempos nuevos* y Alvaro Ochoa Serrano, *Los agraristas de Atacheo*.([9]) Buen ejemplo del nuevo profesionalismo en la investigación regional es la enjundiosa obra de Carmen Castañeda García.([10])

Y en los ochentas/noventas el proliferar de los colegios estatales tomando el modelo Colmex, las asociaciones de investigación como CIESAS y la Sociedad Nacional de Estudios Regionales, el Programa Cultural de las Fronteras, las universidades autónomas, las casas, centros e institutos de cultura, las series sobre las regiones como las de CONACULTA y del Fondo Editorial Tierra Adentro, las revistas de alta calidad como *Eslabones*, y *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* (de la Universidad de Colima), los simposios, los festivales y las publicaciones regionales son tales que se podría preguntar en dónde está ya Cuauhtitlán.

Se destaca en este panorama la historia cultural regional, como atestigua la obra de Juan José Doñán, quien cumpliendo el sueño de Agustín Yáñez de *Bandera de Provincias*, y anteriormente el de Ixca Farías, ha llevado el periodismo cultural en el occidente a nuevas alturas con la impresionante revista *Umbral* y otras actividades suyas en la Secretaría de Cultura de Jalisco. Además de la historiología, hay gran rescate de la cultura regional en el resurgimiento de la literatura vernácula, como lo ejemplifica *Linderos* de Victoria Enríquez.([11]) Pues bien, toda esta nueva actividad cultural regional, sin entrar en las del norte, este y demás partes de la república, se anticipaba con *Pueblo en vilo* y El Colegio de Michoacán.

Se puede formar una idea del crecimiento de la cultura regional y local y el interés mundial en ella por los catálogos de *Libros Latinos*, el distribuidor más grande de libros latinoamericanos. En veinte años esta compañía ha publicado un catálogo sobre el período nacional de

9. Pierre-FranÇois Baisnée, *De vacas y rancheros*, trad. por Pablo y Adrián Berchenko (México: Centre D'Etudes Mexicaines et Centramericaines, 1989); Esteban Barragán López, *Más allá de los caminos* (Zamora: El Colegio de Michoacán, 1990); Heriberto Moreno García, *Guaracha: tiempos viejos, tiempos nuevos* (Zamora: El Colegio de Michoacán, 1980); Alvaro Ochoa Serrano, *Los agraristas de Atacheo* (Zamora: El Colegio de Michoacán, 1989).

10. *Ver La educación en Guadalajara durante la colonia, 1552-1821* (Guadalajara: El Colegio de Jalisco, 1984), y *Violación, estupro y sexualidad: Nueva Galicia, 1790-1821* (Guadalajara: Hexágono, 1989).

11. (Universidad Autónoma de Guerrero, 1992).

México; ya hay seis sobre las regiones con cientos de libros publicados en sus lugares.([12]) Hay sed en el extranjero por conocer el movimiento cultural de los estados; y estamos viendo quizás la primera generación de mexicanistas (otra vez excluyendo a los antiguos regionalistas) que casi nunca pasa más de una hora de cambio de vuelo en la capital.

Hay que tomar en cuenta que el significado de *Pueblo en vilo* también estriba en el contexto hemisférico. Desde el clásico de Sarmiento([13]) el conocimiento de América nacional se ha desarrollado por cuatro entidades: el grupo de naciones, la nación sola, la región y la localidad. Existe un dialéctica entre la región y la nación; y no pocas veces la idea de la nación recurre a la región y el lugar para cobrar autenticidad. Así es que por más de un siglo el entender del hemisferio occidental conlleva el enfoque local por los creadores culturales e investigadores, gente como Freyre, Arciniegas, y Ciro Alegría para Sudamérica([14]) y Jewett, O'Keeffe y Least-Heat Moon para los Estados Unidos.([15]) Leer *Pueblo en vilo* en un contexto comparativo del Nuevo Mundo brinda un conocimiento profundo tanto para el hemisferio como para esta zona de Michoacán.

Ahora, para abordar el significado global de *Pueblo en vilo*, que claro resume los varios significados, hay que empezar desde el interior del libro. *Pueblo en vilo* demuestra una historia distinta y única y no la de un pueblo guerrerense, zacatecano, ni la de Mazamitla. Es propia y válida, sin ningún acondicionamiento nacional; y por eso afirma la nación plural. Su ahondamiento en el pueblo se hace sin publicidad localista, sentimentalismo, costumbrismo, mexicanismo, aldeanismo o color local más allá de los requerimientos del historiar. Su éxito mundial se debe a factores como la falta hasta entonces de buenos estudios sobre la historia local; la búsqueda de la historia enterrada; el ver como la historia nacional tocaba o no la vida local; la atracción de la vida cotidiana a la civilización moderna; la sencillez y la sofisticación integradas del libro; su modo de contar la historia sin mucho comentario;

12. Ver, por ejemplo, *Libros Latinos, Jalisco, Catálogo 148.*
13. Ver Domingo F. Sarmiento, *Civilización i barbarie*, 2 ed. (México: Porrúa, 1969).
14. Ver Gilberto Freyre, *Casa-grande e senzala*, 25 ed. (Río de Janeiro: J. Olympio, 1987); Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe* 9 ed. (Caracas: Sudamericana, 1966); Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno* (Madrid: Espasa-Calpe, 1982).
15. Ver Sara Orne Jewett, *Country of the Pointed Firs* (Boston: Houghton Mifflin, 1974); Georgia O'Keeffe, *Georgia O'Keeffe* (New York: Viking, 1976); William Least Heat-Moon, *PrairyErth* (New York: Houghton Mifflin, 1991).

sus temas proféticos de la ecología y la mujer; su tema implícito para la historia de la agricultura.

Uno de los aspectos singulares de la obra son su estructura y expresión equilibradas; la micro y macro-historia; el lenguaje culto y el popular; los valores relacionados con la mentalidad y las aspiraciones de la gente; la distancia cambiante entre el autor y lo observado; la frase corta o larga para afinar el enfoque del momento; el dato concreto y la idea abstracta; y sobre todo la ciencia y el arte.

Dijo el autor que el libro "está elaborado con amor, pero no del ciego."([16]) Con esta clave se entiende mucho de la obra. El autor se enfrentó al problema mayor del historiador, que no es la investigación, el escribir, ni el pensar, sino la vida. El captó como pocos la vida sin violar la ciencia histórica. En términos historiográficos él adelanta la línea trabajada por Vico, Voltaire, Dilthey y Ortega, entre otros. Es decir, se acepta la investigación positivista pero no sin modificarla por incursionar en el ámbito de la vida. *Pueblo en vilo* empuja pero no traspasa los límites de la historiología y el lector llega a la conclusión de que es una fusión perfecta de la ciencia y el arte en el historiar. Tiene el libro una relación orgánica con San José por ser un reflejo de los valores josefinos: su manera de concebir la vida desde la moral, el trabajo y el juego, cosa que yo comprobé en el pajarete de una ordeña con la familia de Rubén Cárdenas. Es un libro que logra la virtud de dar placer.

También de *Pueblo en vilo* interno es su vínculo con la literatura, sobre el cual el autor ha escrito en varias ocasiones. Me parece que hay una línea, por lo menos indirecta, de *La parcela* a *Pueblo en vilo* en el sentido de la sociología rural, la ética cristiana y las tradiciones hispánicas.([17]) De más importancia es el conjunto franco-hispánico espiritual sobre el campo y el pueblo que incluye a Rodenbach, Jammes, Pereda, Azorín, Miró, González León, Maillefert, Yáñez, Rulfo y Arreola. En esta evolución se nota un dinámica fuera del impresionismo y hacia la disciplina y la historia. Los escritores de ficción paulatinamente se metían en la antropología, la psicología y la historia, mientras el historiador González profundizaba en la literatura. El resultado es obvio.

16. Luis González, *Pueblo en vilo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1984), p. 10.
17. Sobre *La parcela*, vea John S. Brushwood, *Mexico in its Novel* (Austin: UT Press, 1966), pp. 144- 145.

Sea una crónica novelada, digamos *La creciente*,([18]) o una historia, *Pueblo en vilo*, el proceso subraya una de las expresiones más maduras de la cultura mexicana a fines del siglo veinte.

Pueblo en vilo goza del privilegio de ser analizado en cada página por el escribir, la selección de datos, y el pensar historiológico. Invita la lectura minuciosa y creativa, mientras introduce temas que tienen su propia vida. La presencia humana llena el tema abstracto, y hasta la cuantificación da gusto. Su estilo tiene el toque del cuero, suave y duro a la vez, y el silencio del árbol. Ve todo, pero nunca se pierde en la observación ni en la compasión por el tema. Es como la piel porosa con su cuerpo que nunca se retira de sentir la vida.

Su estilo se nutre de lo concreto y se asoman el tratamiento sobrio y la vuelta juguetona; por ejemplo, al salir de la cocina e irse al tesoro enterrado. Narra lo cotidiano --el clima, el rumor, la idiosincracia-- y los acontecimientos grandes con igual esmero. Cuando se emplea el habla común el autor está negándose a sí mismo y a su cultura adquirida en el momento de escribir. Para facilitar el encuentro del lector con la historia quiere hacerlo no por el intermediario del autor, sino detrás de la historia vital, como si no hubiera historiador. Con una sola palabra, "los Yunaites," abre páginas de historia.

Usa la técnica de la imagen prolongada al terminar una frase como "y no faltó quien echara a correr"([19]) o "fuera de la tentativa de Elías Martínez para volverse pájaro."([20]) Su campo verbal va desde la descripción sentida, como con San José en 1928, a la escena cargada, de la cual es genio, como prueba el resumen de la ganadería o la lista de sustantivos para explicar el carácter social y el cambio.([21])

Tomemos con más detenimiento un ejemplo del poder de su pluma: el breve pasaje sobre la aurora boreal. Funciona como correlativo objetivo --así lo llamaban los literatos-- y se asemeja al leopardo encima del Kilimanjaro en la novela de Hemingway. ¿Qué se produce? Metaforiza la marginalización de la región pero no en un sentido negativo sino como una experiencia elocuente, honda y majestuosa cuando pasa a historiar.

---

18. Armida de la Vara, *La creciente* (México: 1979).
19. Luis González, 1968, p. 152.
20. Luis González, 1968, p. 174.
21. Luis González, 1968, pp. 39-40; 292-293.

Da tregua a la presión lineal de la historia. Hace descansar la mente del lector; pues le permite ver la aurora y lo lleva a la entereza. Se enfoca sobre un fenómeno que en un sentido es irrelevante pero importante a la mentalidad del lugar, estableciendo el papel de la creencia en la vida josefina. Crea la autenticidad del tema; y asienta al hombre local en la naturaleza. Llama la atención a algo que es magnífico, excitante, completo, bello, remoto y asombroso, una manifestación primordial en contra de la historia, el correlativo espiritual del libro cuyo círculo es perfecto porque no es imaginario sino verdadero, como si se hubiera encontrado la historia desde atrás. También la objetivización de la aurora lleva al lector fuera de San José, de la historia mexicana, y del libro mismo, y por eso depura al ambiente para el contar de la historia.(22)

El significado universal de *Pueblo en vilo* procede de su valor intrínseco, su reorientación de los estudios mexicanos, su tema de la modernización, su visión de un México fuera de la grandeza oficial, y su aportación a la identidad nacional. ¿Pero en dónde se situa el meollo de este libro? Yo diría que no está en su investigación, en su fusión de ciencia y arte, en su microhistoria, en su vida ranchera, ni en su escribir, áreas todas cumplidas al máximo, sino en su acercamiento a la espiritualidad que más que ninguna otra cosa marca la civilización mexicana. Por espiritualidad quiero decir tanto la vida como la nada y por eso el amor, el entender, la absorción del todo, el silencio, el no visto, el no hablado, hasta el no vivido. O sea la vida más allá del yo, el poder, la imagen, la fama y la mentalidad heredada.

Es sostenible que *Pueblo en vilo* trata tanto de la interioridad como de la historia externa. Viene a ser un tema discreto que recorre el libro, dando el sentido del vivir íntimo de los josefinos, no obstante que no se presente en conceptos teóricos ni con datos obvios. Es lo que hace a Luis González por su obra una figura de trascendencia, de reconciliación, en la cultura mexicana de hoy; el único intelectual que hasta muy recientemente publicara tanto en *Vuelta* como en *Nexos*. Y en esto la voz del autor refleja nada menos que su vida familiar y su mundo de tranquilidad y ser, de una conversación cualquiera al trabajo en El Colegio Nacional, el ensayo para medios locales o capitalinos. Los que

22. Luis González, 1968, p. 93.

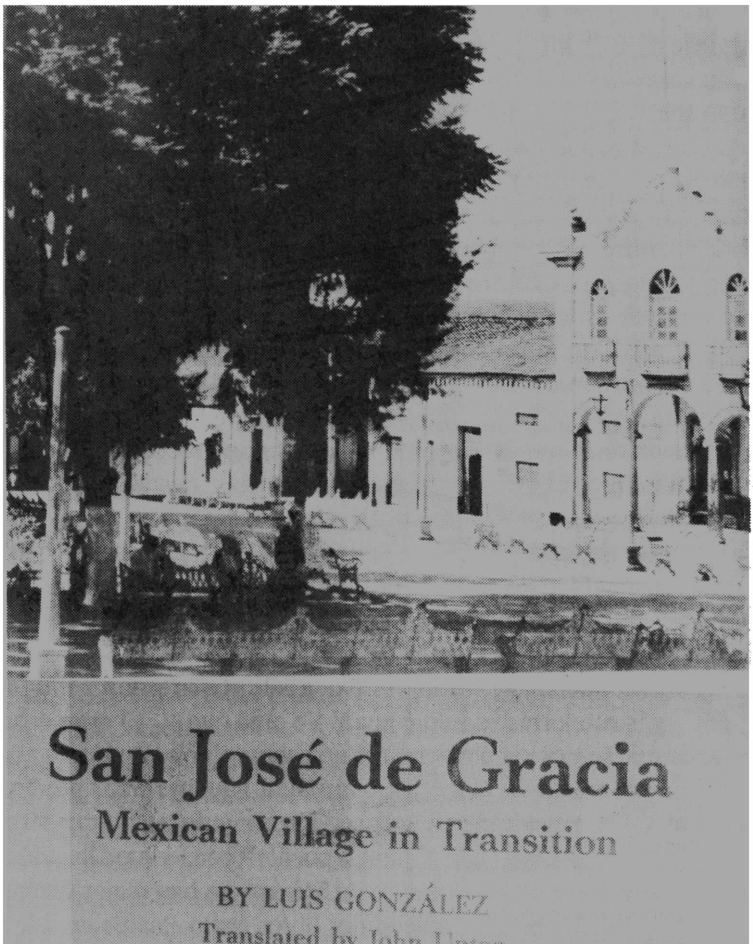
conocen y aman a Luis y a Armida saben que viven de un modo armonioso con las circunstancias, sin jerarquías en su psicología, y de amistad, servicio, trabajo, generosidad, finura y afirmación. Luis y Armida son una pauta del vivir.

Es precisamente esta espiritualidad que vincula el libro con el mundo al entrar en el siglo XXI. Es interesante la correspondencia entre *Pueblo en vilo* y las corrientes del pensamiento contemporáneo. Desde la teoría cuántica a la autopoesis vivimos en una época de cambio radical en el episteme: del centro a la periferia; de la superficie al mundo subatómico; de valores canónicos a valores plurales; de la estructura autoritaria a la borradura de distinciones.([23]) En el posmodernismo se llama la desprovincialización del intelecto;([24]) en la historiología es el problema de expresar la vida; en la ciencia --quien lo hubiera pensado-- es la admisión de Dios.([25]) Por supuesto esto es un proceso que ha estado en movimiento, por varias etapas contradictorias, desde las luces. El hombre josefino clásico --moral, trabajador, juguetón, sin prisa, equilibrado entre lo material y la vida-- es uno de los arquetipos alternativos de nuestra edad: el Cristo cósmico de algunos teólogos; el hombre nuevo de los acuarios; el ser humano que va a necesitar México después de los efectos del TLC.

¿Hay utilidad en *Pueblo en vilo* que subraye su significado fuera del gremio y la modernidad intelectual? Yo creo que sí. El gran desafío para México de hoy es ser participante no pasivo sino activo en la nueva economía. Para entrar en el mercado mundial hay que crear productos que se estiman como mexicanos. Puede servir como guía la cultura; y su arte, su ciencia, su raza, su cara, su inteligencia pueden transferirse a la industria global del país. En fin, para el futuro de México no hay mejor fuente de sabiduría que la cultura y sus espléndidos libros como *Pueblo en vilo.*

---

23. Ver Clifford Geertz, *Local Knowledge* (New York: Basic Books, 1983), p. 20; Morris Berman, *Coming to Our Senses* (New York: Simon and Schuster, 1989), pp. 116, 122, 132; Calvin Luther Martin, *In the Spirit of the Earth* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1992), pp. 94, 95, 116, 119.
24. No conozco mejor ejemplo de estas tendencias que Jorge Aguilar Mora, *Una muerte sencilla, justa, eterna: cultura y guerra durante la revolución mexicana* (México: Era, 1990).
25. Ver Pauline Marie Rosenau, *Postmodernism and the Social Sciences* (Princeton: Princeton University Press, 1992); Russell Jacoby, "A New Intellectual History?" *American Historical Review,* 97:2 (April 1992), 405-424; Henry Margenau y Roy Abraham Varghese, eds., *Cosmos, Bios, Theos* (La Salle, Ill.: Open Court, 1992); Robert Wright, "Science, God and Man," *Time,* 140:26 (December 28, 1992), 38-44.



Desde la Universidad de Texas

LO UNIVERSAL Y LO PARTICULAR EN *PUEBLO EN VILO*

Agustín Jacinto Z.
El Colegio de Michoacán

En ocasión de estas breves consideraciones sobre *Pueblo en vilo* voy a referirme al filósofo japonés Nishida Kitaro sólo unas cuantas veces, de manera que no aparezca más repetidamente que el nombre de don Luis y solamente para poderme sentir un poco más ubicado en el tema de lo universal y lo particular en *Pueblo en vilo.*

Entre 1935 y 1945, Nishida llegó a considerar que la realidad histórica que es infundamentada va moviéndose de lo que ya ha sido hecho en dirección de lo activo, se va transformando de realidad en realidad, y en su seno individuo e individuo, cosa y cosa, grupo y grupo, sociedad y sociedad, estado y estado mutuamente se niegan, se determinan, llegan a percibirse unos a otros como tales y se transmutan los unos en los otros. Por esto nos dice que la realidad histórica es creativa, carece de un fundamento sustancial, y tiene como foco móvil al si-mismo histórico corporal que es su elemento creativo. La realidad histórica, en la que toda existencia es interdependiente, nos dice Nishida, "está siempre en vilo" (NKZ, X, 212), o como también dice don Luis, "en tenguerengue" (*Pueblo en vilo.* El Colegio de México. 1979. 3a. ed. p. 398).

Al tratar de poner énfasis sobre lo individual en la historia, Nishida tomó de Ranke cinco conceptos fundamentales en su pensamiento: 1) que cada época es inmediata a Dios (NKZ, X, 327), 2) que cada época está marcada predominantemente por una tendencia histórica, 3) que el estado que llega a ser una entidad espiritual real es fuente de valores culturales eternos (NKZ, XII, 421-425), 4) que cada evento individual es único y que lo individual debe pensarse dentro de la historia universal, y 5) que al escribir ya fuera sobre una localidad, una región o un estado, no podía hacer otra cosa que escribir historia universal.

Sin embargo, a diferencia de Ranke, rechazó la idea de que todas las culturas fluyan del lago que es Roma y a él refluyan. Rechazó también el eurocentrismo de Hegel, Aceptó la idea del historiador y político Johann Gustav Droysen (*Method of Historical Research*) de que "lo individual se comprende desde la totalidad y la totalidad desde lo individual. La comprensión es tanto analítica como sintética" (NKZ, VII, 327). Aceptó el papel de la intuición en la comprensión, la comprensión en vez de la explicación causal y los estrechos lazos que nos deben hacer mirar a la historia como historia nuestra. Sin embargo, rechazó su idea de una "comunidad de relaciones humanas como el fundamento de la historia" (NKZ, VII, 344).

Pero Nishida no habla de una historia simplemente en sentido abstracto: no es mera historiografía, no es solamente historiar sino también es hacer historia. No es mera sucesión de eventos en la formación del mundo. Para él *historein* es una acción socio histórica: es el contenido de la actividad expresiva. La historia es ante todo una fuerza que hace revivir a los ancestros en nuestro propio cuerpo y en nuestra propia sangre. La historia es, para decirlo con el lema de esta reunión, la *fuerza de la costumbre* en el sentido de segunda naturaleza del hombre, como la entiende Ravaisson (*De l'habitude*). Es expresión de una voluntad creativa por la que "queremos hacer revivir a nuestros ancestros dentro de este cuerpo y esta sangre" (NKZ, XIII, 120).

Con Paul Vidal de la Blache, Nishida concibió la sociedad como la formación resultante de la interacción entre sujeto y ambinete, entre si-mismo histórico corporal y naturaleza.

Pero contra la historicidad del hombre concebida como finitud manifiesta en la temporalidad al estilo de Dilthey, Ernst Troeltsch y Heidegger, Nishida concibe la historicidad como el llevar a cuestas la responsabilidad de realizar la tarea del mundo histórico. Sin embargo, coincide con el papel central que la creatividad tiene en Dilthey, el concepto de creación cultural de Troeltsch y el concepto del *Mit-sein*, la coexistencialidad de Heidegger.

Miyajima Hajime nos dice que hay cinco elementos en la concepción del mundo histórico nishidiano: 1) todo el mundo histórico es histórico social, 2) es un mundo en constante autedeterminación y en ese sentido infinito, 3) el presente histórico es la autodeterminación del eterno ahora, 4) todo lo que hay en el mundo histórico ha sido hecho y

ese mendo se mueve de lo hecho a lo que es activo, 5) el punto de vista desde el cual ve la historia es el de la acción histórica, la poiesis, la producción (*Minzoku to rekishi tetsugaku* [La etnia y la filosofía de la historia]. Baifu-kan. Tokio. 1943. pp. 160-162).

Al estudiar la historia de los pueblos, regiones y estados, Nishida se inclina por considerarlos en términos de micro-mundos que pueder ser cerrados o abiertos u horizontales. Esta doble característica se liga a otra postura de los mismos: se consideran a sí mismos sujetos que equivalen a un mundo, o se consideran a sí mismos como un mundo que en la historia viene a ser sujeto. Esa manera de ver a los pueblos, regiones y estados se puede condensar en la tabla que se muestra en la *Filosofía de la transformación del mundo.* (El Colegio de Michoacán, The Japan Foundation, 1989, pp. 342-343)

Si sobre una base como esa releemos *Pueblo en vilo* podemos tener una visión general de lo universal y lo particular en esa obra. Lo universal, estrechamente ligado a lo particular, aparece continuamente; y lo particular, estrechamente vinculado a lo universal, está casi en cada página. Vamos a ver algunos ejemplos.

LO UNIVERSAL.- Nos dice don Luis que la fuerza de la comunidad josefina está "en su tipicidad... El área histórica seleccionada no es influyente ni trascendente, pero sí representativa. Vale como botón de muestra de lo que son y han sido muchas comunidades minúsculas, meztizas y huérfanas de las regiones montañosas del México central" Prólogo. 3ª. ed. p. 3). Su vida "no es única" sino "un conglomerado de tantos" que representa "a una porción amplia del subconsciente nacional" (*Ibid.*).

LO PARTICULAR.- "Todos los pueblos que no miran de cerca con amor y calma son un pueblo cualquiera" (p. 3).

"La vida de este pueblo muchas veces ha recibido presiones foráneas. Por otra parte difiere notablemente de la vida directora del país; tiene otra sustancia y otro ritmo" (p. 5).

Sin embargo, de una selección de lo que es metodológica, lógica o epistemológicamente universal o particular, no nos resultará la vida de la comunidad que don Luis nos describe en *Pueblo en vilo.* Para poder llegar a eso necesitamos, como el autor, ver a su pueblo con amor: necesitamos percibir y aprenhender lo individual en san José de Gracia, necesitamos percibir con Hegel el universal concreto o con los marxianos

al hombre concreto del *humanismo real*. Así podremos vislumbrar de una manera más apegada a su horizonte existencial la vivencia de la comunidad josefina.

LO INDIVIDUAL.- Pero don Luis no seleccionó al pueblo de San José de Gracia por típico: "no era una comunidad cualquiera" porque al ver a un pueblo con amor "se descubre en cada pueblo su originalidad, su individualidad, su misión y destino singulares, y hasta se olvida lo que tiene de común con otros pueblos" (*Ibid.*).

LA SINTESIS.- Nos dice don Luis: "Esto pretende ser una historia universal de San José de Gracia" (p. 4). Es fácil para nosotros repetirlo, aunque una tarea difícil lograr hacerlo de nuevo. Pero vamos a examinar por qué.

La manera en la que lo particular y lo universal se sintetizan es en lo individual activo: "Para nada se mientan los poquísimos paisanos que han hecho alguna fortuna en las armas, la política o las letras. Se citan muchos nombres propios y se esbozan biografías y listas de los padres fundadores y de los individuos que han contribuido de manera notable al desarrollo o al retroceso de San José" (p. 6).

Es decir, en cuanto a la atención al individuo humano, el procedimiento es triple: 1) exclusión de los que por sí sólos se excluyeron de la comunidad; 2) la atención a los que fueron y son: los que tienen un nombre propio en la memoria comunitaria; 3) son aquellos que han contribuido activamente a formar y transformar la comunidad y que constituyen una red de relaciones interpersonales. Pero no solamente se da atención al individuo humano sino también a la "comunidad josefina": *Pueblo en vilo* es la expresión del esfuerzo de apropiación activa de una tradición, es expresión de una manera de ser comunidad.

Hay recientemente una fuerte tendencia a historiar la vida cotidiana, enmarcándola dentro de la vida de la región y la vida nacional. Pero no es ese precisamente el sentido de la historia universal de San José de Gracia. Es más cercano a lo que en japonés se denomina *séken*, que comprende *lo nuestro, la gente* que para nosotros cuenta, donde tenemos un rostro, una *cara*: no solamente la vida íntima, ni solamente la vida cotidiana sino un ámbito que incluyendo a la vida íntima y la vida cotidiana, se extiende por todo el ámbito desestructurado y estructurado, informal y formal que principalmente consta de redes interpersonales (*jinmyaku*).

*EL **SEKEN** COMO CATEGORIA SOCIAL*

Don Luis nos cuenta desde dentro cómo fue cambiando la sociedad en los últimos cien años (1861-1968). Nos hace una narración basada en infinidad de datos comparables (una docena de archivos consultados y una centena de libros) pero armada a base de lo que la gente dice. Lo que dice la gente de la historia del pueblo es tan importante, o más, que los datos escuetos de archivos y libros. Esto se debe a que don Luis nos presenta lo universal y lo particular en su forma más individual y concreta: nos describe un *mundo social*, nos describe un *mundo interpersonal*, o para decirlo en japonés nos describe un *séken*, el *mundo del entre* formado en la interacción entre persona y persona.

El *séken*, como Nishida nos dice de toda sociedad, se constituye con la formación de un dentro y un fuera: *nos* y *otros*. Voy a hacer la descripción del *seken* que nos presenta don Luis sobre la base de mi análisis del *seken* en la sociedad japonesa (dentro de la serie de *Avances de Investigación* del Centro de Estudios de las Tradiciones). Entre sus principales características podemos señalar:

1.- Es la determinación del espacio social en dentro (*uchi*) y fuera (*soto*). Esa determinación del espacio se concretiza en la rivalidad entre San José de Gracia y Mazamitla. El punto de vista de las narraciones provenientes de la tradición oral y la tradición familiar es el de *dentro*. Aunque el autor modera los excesos de ese punto de vista, comprueba las verdades y asegura la exactitud de lo dicho mediante la consulta a archivos y libros, en realidad no pierde el punto de vista del *dentro*.

A este respecto nos dice don Luis: "La causa de que los josefinos no hayan querido ser jaliscienses es muy sencilla. Como toda aldea del mundo hispanoamericano, San José tuvo, desde su fundación, su aldea rival. Fue, por supuesto, la más cercana, Mazamitla, a sólo dos leguas de distancia. Si los josefinos hubieran aceptado pertenecer a Jalisco, hubieran quedado, por lo pronto, sujetos a Mazamitla, que ya era cabecera municipal. Pueblos divididos por un río, como lo dice la etimología, son pueblos rivales. Entre San José y Mazamitla sólo había un arroyo, porque a esa altura todavía no es río el de la Pasión. Como quiera, desde San José era Mazamitla el pueblo que quedaba más a mano para tenerlo como enemigo. La Manzanilla estaba más distante y unida con lazos de sangre a la gente de San José. Además, aquel pueblo tenía

ya a su rival en Concepción de Buenos Aires. también el Valle de Mazamitla andaba en pleito casado con Quitupan. Ni a los de San José ni a los de Mazamitla les quedaba otro camino, debían ser pueblos hostiles. La gente de cada uno de los dos pueblos estaba obligada a tener mala opinión y hacer comentarios burlones de la gente del otro pueblo" (p. 92).

2.- Sus integrantes tienen todos *caras* conocidas, tienen un *rostro* (todos saben quién y cómo es cada quien). Sabemos que el maestro Pedro Torres llegó al pueblo por algunos líos de faldas (p. 66), las fechorías de Francisco *el Nopal* Gutiérrez (p. 71), el entusiasmo del padre Esteban Zepeda (pp. 82 ss), el desgano del vicario Luis Martínez (p. 87), los ideales del padre Othón Sánchez (p. 88), el maestro Lugardo Gómez que se hizo ordeñador (p. 103), don Dolores *el Pronunciado* Toscano que tenía "un adagio o un verso para cada ocurrencia de la vida" (p. 113), el inmisericorde padre Francisco Castillo bajo cuyo mandato "comienzan a desmoronarse las barreras de la soledad" (p. 119).

Conocemos los apodos de muchos josefinos y fuereños: Francisco *el Nopal* Gutiérrez, Martín *Chapala* López, Pancho *Cotija* Chávez, Ildefonso *Penche* Contreras, el padre Juan *el Alezno* González (p. 124), el sahuayense Miguel *Mechitas* Guízar valencia, Jerónimo Rubio el *Mano Negra* de Teocuitatlán, el jefe de bandoleros *Manga Morada*, el exseminarista José González *el Gordo*, y algunos otros. Unos del pueblo y ótros de fuera, dejan su marca en la historia universal de San José de Gracia.

Como era de esperarse en un lugar donde todos conocen a todos, conforme a las edades se igualan o son menores que las del autor, los apodos poco a poco dejan lugar a los diminutivos o apreciativos: Nacho Gálvez, Toña Martínez, Pepa Villanueva, Chela y Mariquita Sánchez, Carmelita y Pina hijas de doña Antonia González, doña Chole Partida, etc.

3.- Entre sus integrantes hay redes de relaciones interpersonales (*jinmyaku*): compadres, *cuates* del alma, parentesco, los originarios del mismo rancho o pueblo, los iguales en posición social, etc. Por ejemplo, entre 1888 y 1890 llegaron a San José los Toscano de La Venta, Francisco Pérez del valle de Mazamitla, Blas Ramos y Pascual Barriga de Mazamitla, Martín López de Tizapán, los Ortíz de Toluquilla, la familia Lara y Vicente Chávez de El Paso de Piedra, los Partida que llegaron del

Palo Dulce, los Chávez del Espino y China (p. 86).

Los personajes más representativos se relacionan entre sí y don Luis nos les pone como marco de su existencia comunitaria diferentes generaciones que llevan nombres apropiados de la historia de San José: la generación insurgente, la del cólera grande (1803-1817; p. 75), la del cólera chico (1818-1833; p. 75, 129), la de la aurora boreal (1843-1847; p. 75, 129), la de la nevada o fundadora del pueblo (1848-1862; p. 76, 115, 129), la generación rebelde del nuevo siglo (1862-1877; p. 122, 129), la generación del volcán (1878-1892; p. 167), la joven generación de agraristas (1893-1905; p. 220), la de la desbandada (nacidos en 1905-1917; p. 265), la de los individualistas politizados (1920-1934; pp. 296, 330). cada una de estas diez generaciones está protagonizada por un grupo más o menos coherente y más o menos incoherente de personajes que se relacionan entre si y que no necesariamente forman la élite del poder sino, ante todo, un mundo social, forman a San José como mundo global.

4.- Hay información circulante acerca de cada uno de sus integrantes (qué hace, con quién se junta, qué dice, etc.). Sabemos que Juan Chávez "fue dueño de varios talentos y exploró varios oficios . . . don Juan inventó un sistema de pronósticos [para el inicio y fin de las lluvias] . . . se ingenió para construir un molino de piedra, un molinito casero que remoliera el nixtamal" (p. 79).Tenemos noticia también de que *La Monedita* en algun tiempo "se ponía a vomitar al empezar los combates" (p. 200).

5.- La información circulante en el *séken* se basa principalmente en el rumor (*uwasa*), el chisme y la anécdota, de los cuales se nutre la tradición oral y la memoria del grupo. Como caso típico, tenemos la historia de un cierto Jerónimo y Gabina: "A Gabina la acabaron por puros celos. Llegó Jerónimo a su casa con otros dos hombres. Ella fue a bajar la canasta de las tortillas para darles de cenar. Entonces Jerónimo sacó su pistola y riéndose dijo: 'Así se calan las pistolas'. Y ahí nomás la dejó tendida. Y todo porque la suegra le metía celos, dizque porque recibía visitas del cantero, aunque eran puras mentiras. De todos modos, un Domingo de Ramos Jerónimo mató al Cantero. Venía él muy de blanco, a caballo, cuando Jerónimo y otros, afortinados por un lado y otro de las cercas, le metieron bala. Primero le mataron al caballo; él ya iba corriendo cuando se dobló" (P. 276. Entrecomillado en el original).

Otro ejemplo sería la anécdota de cuando Anatolio Partida andaba de cristero: "Al finalizar el año de 1928 la gente de San José de Gracia andaba desperdigada. El grupo mayor fue conducido por Anatolio Partida a los Altos de Jalisco, donde se sintió en corral ajeno. Como quiera, tomó parte en la batalla habida por el rumbo a Atotonilco y en diversas escaramuzas. Hizo buen papel ante el enemigo y discutible ante la propiedad y las mujeres. Un alto jefe de aquella zona le llamó la atención a Partida por los desmanes amorosos de su tropa. Anatolio repuso: 'Yo traigo hombres, no jotos'" (p. 1999.

Un ejemplo más, en el cual don Luis se refiere específicamente al rumor y al chisme es el siguiente: Durante la revolución "mientras unos mataban otros fornicaban. El 15% de los bautizados en 1918 nacieron fuera de matrimonio. El pueblo y las rancherías se llenaron de rumores y anónimos no siempre infundados. Que se vio a fulano saltar la barda o la cerca de la casa de zutana; que el don juán del pueblo caía con mucha frecuencia a diferentes alcobas, que prevenía a sus amantes con piedrecitas menudas arrojadas al techo, que varios maridos se habían vuelto cornudos, que el esposo de fulanita se asustó al ver que otro hombre se metía a su cama, y en lugar de golpearlo, se metió debajo del lecho y allí estuvo tiritando hasta el final del combate. Se desató una cadena de chismes, unos chuscos y los más trágicos. Hubo relajaciones de todo tipo" (pp. 157-158).

6.- Como base de su conducta está la tradición que es hecha propia mediante la acción social. Don Luis mismo nos habla que el padre Othón introdujo las representaciones religiosas, "a pesar de no existir una tradición al respecto" (p. 113). Las dos formas básicas de la conducta son: la que se ajusta a los convencionalismos y la que se desdeña. tenemos así que la generación posrevolucionaria realizó varios cambios en la conducta convencional, que don Luis señala: a) "se despojó de las ropas tradicionales", b) se rehizo la casa tanto en los muebles y comodidades que tenía dentro como en los estilos de construcción, c) se hizo un esfuerzo por embellecer el pueblo, plantando árboles, empedrando las calles, etc., d) "lo cuarto fue desbarbarizar a la gente aniquilando el peligroso deporte de manifestar el gusto o la embriaguez con disparos de arma de fuego, y sustituyendo la costumbre de reponer el honor ofendido con la muerte del ofensor" (pp. 274-276). De entre las conductas no convencionales podemos señalar la de los de la generación de la

desbandada (''nacidos en 1905-1917'', p. 265; ''en vísperas y a comienzos de la Revolución'', pp. 285-286), que regresaban de los *Yunaites* allá por los años 40: ''A muchos se les echaba de ver 'la bracereada' por las camisas y las chamarras chillantes, las botas tejanas, las maldiciones en 'gringo', los sombreros arriscados, la radio, la bola de anécdotas cosechadas allá, la admiración por la vida económica del otro lado y las pretensiones con que volvían. Casi todos a su regreso se manifestaban renuentes a trabajar por los salarios tradicionales de San José y muchos lo cumplieron poniendo negocio independiente o quedándose de vagos o yéndose a vivir permanentemente a los Estados Unidos o a la capital de la República. No regresaron pochos; casi no se les pegó nada de la cultura ni de las costumbres de los '*primos*', ni lengua ni hábitos higiénicos, ni gestos ni ademanes corrientes. Tampoco trajeron ideas concretas que pudieran utilizarse en la vida económica del terruño. Regresaron con el alma limpia, o casi'' (p. 285). Igualmente, las actitudes básicas en la acción social son: guardar las apariencias (*tatemae*) y la intención real (*honne*). Así don Luis nos señala entre los resultados de la suspensión de la contratación de braceros en 1964. Nos dice que ''El trabajador del campo no puede ahorrar . . . Ahora sólo por milagro puede trascender su miseria. Lo normal es que no salga de su condición, y lo nuevo y ya muy generalizado, que no sea un pobre como los de antes, lleno de conformidad y cortesía . . . La gente se ha vuelto algo ruda. Muchas ceremonias han caído en desuso. Algunos jóvenes suelen prescindir del saludo que antes siempre se le daba al que se encontraba con una en la calle o el cambio. Hay menos cortesía en el trato diario. La costumbre de poner apodos agresivos, antes obsesión exclusiva de los sahuayenses, ha cundido en San José. Todavía se habla quedito y los ademanes son sobrios, pero ya no se califican de locuras las voces altas y la teatralidad'' (p. 356).

7.- Comprende las estructuras formales (*omote*) e informales (*ura*) de una sociedad. Como ejemplo, de actividad dentro de las estructuras formales tenemos las negociaciones para la fundación del pueblo, la participación en los solaces dramáticos introducidos por el padre Othón (p. 113), la membrecía de las jóvenes en asociaciones tales como las Hijas de maría, la congregación de Santa Teresita del Niño Jesús, de los Jóvenes en la congregación de San Luis Gonzaga, de los adultos en la Unión Católica Mexicana y la Unión Femenina Católica

Mexicana (pp. 212-214). también el desempeño de cargos oficiales y de representación, la participación en las brigadas o milicias, etc.

Como ejemplo de la actividad en las estructuras informales y en el ámbito social desestructurado quiero citar el siguiente pasaje de la obra, que nos muestra ambos aspectos a la vez: "Los solaces amorosos eran de tres especies: preconyugales, conyugales y extraconyugales. Los primeros resultaban un poco acrobáticos y riesgosos. Requerían horadación de muros y escalamiento de paredes a deshora de la noche. El coloquio con la pretendida, si era descubierto por los padres, fácilmente terminaba a balazos. Los ejercicios precoyungales exigían también el uso de la carta, la alcahueta y una breve obra de teatro que representaba el que iba a pedir a la muchacha y los padres que no la darían así como así. De los solaces conyugales baste decir que en pocas ocasiones (porque los de aquí no eran como los de otros pueblos) incluían el deporte de azotar a la mujer. No era raro, sobre todo en las rancherías el rapto de la novia cuando los padres de la muchacha se oponían al matrimonio. El padre Othón no logró desterrar del todo esa costumbre. En cambio sí acabó con la fiesta matrimonial al uso viejo, con el intercambio de coplas entre los partidos masculino y femenino, el combate con cascarones y el papaqui. Tampoco consiguió evitar relaciones amorosas fuera del matrimonio. Testimonio incontrovertible de la supervivencia de tales amoríos son los hijos ilegítimos. Por cada doce hijos de matrimonio hubo un bastardo en la época de 1890-1899. Otra diversión extramarital inocente y muy frecuentada era la de acechar a las muchachas cuando se bañaban en los arroyos, al aire libre, tal como vinieron al mundo, en cueros vivos, encueradas" (pp. 110-111).

8.- Como medio de control social tiene el "qué dirán" (*seken no kuchi*), el ostracismo (*mura-hachibu*) y la violencia. Tenemos así que entre las razones que hay para emigrar del pueblo están las siguientes: "-Ya debo una muerte y no quiero pagarla. -Ya me malquisté con fulano y es mejor que se diga: 'aquí corrió y no aquí quedó'. -Yo ya no aguanto, mejor me voy. -Yo me voy porque aquí nadie me quiere" (p. 287). El *qué dirán* no coincide enteramente con el mantenimiento de la moral cristiana. Cuando las costumbres antiguas dejan de tener el vigor de antaño, no necesariamente decae la vida cristiana. Así don Luis nos dice que ya en 1967, "la costumbre de la serenata dominical, la gira de las muchachas y los muchachos alrededor de la plaza hechas con el

romántico fin de mirarse, sonreírse, hacerse señas y arrojarse confeti y serpentinas, está cayendo en desuso. Las parejas de novios prefieren ahora sentarse juntos en las bancas del jardín o alrededor de las mesas de café de María Valdovinos a pasear por las calles, y no sólo los domingos por la noche. Los novios andan juntos a cualquier hora y cualquier día, se frotan mutuamente la piel, se meten a la oscuridad del cine mientras los grandes se hacen de la vista gorda. El asombro ante el acercamiento prematrimonial de los sexos decae. En esto como en otras cosas, se va perdiendo el tinte puritano, lentamente, sin aspavientos. Los jóvenes de ambos sexos ya pueden ir a bañarse juntos con los trajes prescritos por la costumbre. Sin rubor alguno se zambullen en el mar o en la laguna de Chapala o en la única alberca que ofrece la zona, la alberca natural del Aguacaliente. Y todo sin que se produzca el temido derrumbe de la vida cristiana" (p. 346).

Podemos decir que, a través del cambio que don Luis nos delínea en su narración, vemos cómo un tipo de *qué dirán* con valores antiguos sustituye a otro con valores modernos. Vemos como un tipo de control social con roles masculinos y femeninos claramente diferenciados y establecidos, deja lugar a otro que permite una gran elasticidad entre los papeles masculino y femenino en la sociedad actual.

9.- Es el mundo social a la que debe adaptarse la persona, el que no lo conoce (*séken wo shirazu*) no conoce la realidad. Si no se conoce la realidad, no se puede cambiarla. Podemos considerar el siguiente ejemplo. Don Luis, dándonos a conocer la voz del *séken*, caracteriza a la generación de los nacidos entre 1920 y 1934 de la siguiente manera: "es más débil porque la mayor parte de sus componentes se han ido. En 1960 sólo suman la quinta parte de la población. Su número es igual al de la generación que tratan de desplazar. Su poder económico es menor. Son débiles y ambiciosos. Quieren ir demasiado aprisa. Se muestran poco respetuosos frente a las tradiciones. Les gusta la notoriedad, y son esclavos de la manía de poseer aparatos mecánicos y dinero. Su individualismo parece ilimitado. Conocen más mundo que sus mayores. No reconocen autoridad alguna: ni la de los ancianos, ni la del padre Federico, ni la civil. Son rebeldes por su actitud, pero no por su comportamiento. Los grandes dicen que 'son puros habladores', buenos para criticar e incapaces de hacer algo" (p. 296).

10.- El liderazgo tradicional se ejerce mediante el cabildeo

(*nemawashi*), y la principal manera de oponerse a la autoridad es el rezongo (*monku*). Los viejos son los líderes de su comunidad. Don Luis no hace propiamente una historia del poder político, aunque señala que en diferentes épocas la máxima autoridad del pueblo fue el sacerdote (p. 108), el militar, o el político. A lo largo de *Pueblo en vilo* podemos apreciar la función social de los líderes que difícilmente pueden realizar su cometido sin lograr de antemano el convencimiento y la cooperación de sus seguidores.

Podríamos aducir como aspectos adicionales que nos permiten decir que se trata del *séken* de la sociedad josefina, los siguientes:

a) La narración propiamente se inicia en 1861, a sólo 107 años de distancia, que en relación con la memoria de la comunidad es reciente. la tradición oral y la tradición familiar son los principales veneros de la narración. Doña Apolonia Oceguera puede recordar detalles de la llegada de los franceses a San José (p. 57).

b) Ya en el año de 1875, cerca de 90 años antes de la investigación, está en el ámbito del testimonio personal, especialmente el de don Luis Gonzáles Cárdenas (p. 60), Mariano González Vázquez, y Luis, Josefina y Agustina González Cárdenas (p. 68).

c) Otros miembros de ese *séken* cuyas voces se escuchan en la narración son, entre otros: María González Cárdenas, José Chávez Fonseca, Anatolio Partida Pulido, Porfirio y Honorato González Buenrostro, Sara Cárdenas, Angel Torres, Bernardo González Cárdenas, José Núñez, P. Federico González Cárdenas, Rafael C. Haro, Daniel González Cárdenas, Rosa González Cárdenas, Salvador Villanueva González, Agustina y José González Martínez, Margarita Orozco, Juan Gudiño, Josefina Barragán, José Castillo Mendoza, y el Ing. Bernardo González Godínez. El autor como parte de ese mismo séken, al principio del capítulo VII nos dice: "La mayor parte de las noticias contenidas en este y los siguientes capítulos no las leí ni las entendí de nadie. Provienen de mis recuerdos, observaciones y conversaciones" (p. 261).

LA MACROTENDENCIA DE LA SOCIEDAD JOSEFINA

Una de las características más notables, resultado del análisis histórico y de la autoexpresión del *séken* josefino, como aparece en *Pueblo en vilo*, es la identificación de las grandes tendencias en el mundo

josefino. Se piensa que la duración media de las macrotendencias es de entre siete y diez años (Cf. John Naisbitt y Patricia Aburdene. *Megatrends 2000*. Pan Books. 1990. p.2). Sin embargo, algunas de las tendencias que don Luis identifica en San José son, al mismo tiempo, tendencias nacionales. De la lista de palabras indicadoras del cambio vamos a examinar una docena de ellas:

1.- El transtierro y la transculturación (p. 265). Es decir, la emigración a la ciudad de México y el problema de los braceros (p. 350)
2.- El cambio paulatino de valores sociales y la prioridad de lo económico (p. 293 ss).
3.- La aceptación de ideas modernas y nuevos descubrimientos.
4.- Los cambios ecológicos y del paisaje por la labor y el ingenio (p. 310 ss).
5.- El surgimiento de una clase media que consume poco y se adeuda poco (p. 321 ss).
6.- La creciente ingerencia del gobierno estatal y federal en la vida josefina (p. 329 ss).
7.- Sigue viva la llama de los cristianos a carta cabal y continúa la devaluación del diablo (p. 336 ss).
8.- Mejoramiento de la posición social de la mujer (p. 360 ss).
9.- El mayor acceso de los niños a la educación (p. 366).
10.- Las poblaciones pequeñas no desaparecen si tienen de qué vivir (p. 398 ss).

Estas son las diez principales macrotendencias que don Luis identifica en su obra y aunque podríamos esperar que en promedio dichas macrotendencias sólo se mantuvieran durante siete o diez años, vemos que muchas de ellas podrían quizá ser señaladas como vigentes en la actualidad.

CONCLUSION

Considero que en la creación de los escenarios y telones de fondo que nos permiten descubrir lo individual de la comunidad josefina podemos admirar la obra de síntesis de universal y particular en *Pueblo en vilo*.

Además, la tercera parte del libro está hecho a base de la descripción de las macrotendencias del mundo de la sociedad de San José de Gracia. Esas grandes tendencias dan un sentido a la historia universal

de esa comunidad y nos permite vislumbrar las perspectivas de cambio del *séken* josefino.

Ciertamente las grandes influencias de nivel nacional: la cultura, la política, la economía, la religión católica, etc., vienen a jugar un papel importante en la historia de la comunidad josefina. Sin embargo, de la manera antes delineada, podemos decir que la síntesis individual de universal y particular se describe en *Pueblo en vilo* a través del *séken* josefino a lo largo de cien años (1861-1968).

Si podemos decir esto, podríamos también considerar ésta como otra manera justificada de hacer una lectura de *Pueblo en vilo*. Quisiera terminar, sin embargo, exponiendo mi propia duda al respecto: es muy posible que mi lectura esté coloreada por mi vivencia del mundo social en las comunidades indígenas y por ello haya enfatizado este aspecto en una obra en la que los indígenas aparecen muy poco.

UNIVERSALIDADES DE LA HISTORIA PUEBLERINA *

Andrés Lira
El Colegio de Michoacán

Hay ocasiones, como ésta, en las que el papel de comentarista resulta más difícil y laborioso que el de ponente, pues mal que bien, como todos los aquí reunidos, el comentarista tiene algo propio -lo que no significa necesariamente original- que decir sobre *Pueblo en vilo* y la obra anterior y posterior de Luis González. Así que al leer los trabajos que le han tocado se ve en la necesidad de callar todas sus ocurrencias para sujetarse al papel que le corresponde y darse tiempo y calma para ver, a través de otros, textos sobre los cuales uno se ha formado propia opinión respaldada en experiencias revividas por las coincidencias y diferencias de parecer con los ponentes.

También debo confesar que este ejercicio de comentarista me ha llevado a disfrutar de textos de Luis González retomados en los días pasados con la buena guía de los ponentes, y que el esfuerzo para reducir a un común denominador las páginas de Abelardo Villegas, de Agustín Jacinto y de Henry Schmidt ha sido grato y no ha exigido artificios. Se destaca en estos la preocupación por lo universal o las universalidades de *Pueblo en vilo*, como obra ejemplar de lo que su autor vino a llamar *microhistoria* en reflexiones posteriores y en obras monográficas sobre otros pueblos.

Las *universalidades* que advierto en *Pueblo en vilo* y en su secuela *microhistoriológica y microhistoriográfica* son dos:

1ª *La universalidad del mundo josefino*, de un universo reducido que hay que explicarlo por la concurrencia de sus elementos, pues

---

* Comentario a las ponencias de: Abelardo Villegas, "La historia del futuro", Agustín Jacinto, "Lo universal y lo particular en *Pueblo en vilo*" y Henry C. Schmidt, "Hacia el significado de *Pueblo en vilo*".

en la historia, contrariamente a lo que ocurre en otras disciplinas, hay que explicar lo menos por lo más -según nos lo recordaba José Gaos-.

2ª *La universalidad de la microhistoria*, percibida y vivida por diversos lectores, que desde sus mundos inmediatos le dan vigencia a lo que es propio del mundo pueblerino. De esa forma lo actualizan y lo reviven en universos aparentemente lejanos.

Abelardo Villegas ve esto último, nos habla de su microhistoria o de su microuniverso, historiable como tal; de un universo citadino y no por eso menos microhistórico en el sentido de mundo abarcable en sus propias y personales raíces; un mundo que se construye como ámbito consciente en un saber de formación, "no para hacer, pero sí para restaurar el ser", como dice citando un escrito microhistoriológico de Luis González.

Luego, hablándonos de su concepto de la historia, el que aprendió Abelardo Villegas y sobre el que ha trabajado como profesor de filosofía, nos descubre el carácter universal de cualquier micromundo, pues en diversas realidades concretas, acotadas y aun recortadas para comentarlas más, se busca y acaba por encontrarse lo universal, al hombre, sorprendido, aprehendido y analizado en su mundo cotidiano. Cada uno de estos mundos constituye un universo único, intransferible, insustituible; pero al fin y al cabo *significativo*. De ahí el interés en estudiarlo, de ahí lo interesante del resultado del estudio, porque lo que hace relevante a la microhistoria, como a cualquier historia, es la significación, la importancia de lo encontrado por el microhistoriador y que por muy pegado al terruño, a la pequeña porción elegida incluso en razón de su "insignificancia típica", sea relevante por los universales humanos que se encuentran.

Vigencia vivencial y recreada como experiencia e importancia filosófica, son pues una y la misma cosa, vista desde dos ángulos, según nos lo hace ver Abelardo Villegas.

Agustín Jacinto destaca la universalidad de *Pueblo en vilo* desde un punto de vista estrictamente filosófico, con la perspectiva de la obra de Nishida Kitaro, filósofo de la historia japonesa (1870-1945), a quien Agustín ha dado a conocer en sendas traducciones y en obra propia (véase el libro de Agustín Jacinto, *Filosofía de la Transformación del mundo,*

publicado por El Colegio de Michoacán en 1989). El rigor del análisis, en el que advierte lo universal, lo general y lo particular, nos convence de que la disciplina se lleva bien con el gusto de la lectura; la elección y sucesión de ejemplos nos ha hecho revivir páginas de *Pueblo en vilo* que nada pierden al meterse en las categorías nishidianas, y cuyo concepto central es el SEKEN, universo histórico, el NOS-OTROS, constituido por redes interiores y definido frente a otros universos, otros NOS frente a sus respectivos OTROS. Hay en este trabajo de Agustín Jacinto una preocupación por el problema de la identidad del que se ha ocupado en otros escritos. La microhistoria es el llamado más claro de la identidad.

La ponencia de Henry Schmidt se representa como la más informada y la que se expresa con mayor entusiasmo. Comparto este entusiasmo en la medida en que me es posible, y no en lo que resulta de comparaciones que no se me ocurrirían (la que hace, por ejemplo, con Colón, el alfa en este tiempo de conmemoraciones, y Luis González, el omega), o de relaciones y agrupaciones de obras que poco o nada tienen que ver con *Pueblo en vilo*.

Sí estoy de acuerdo en la importancia del libro de Luis González en el mundo del conocimiento, de su origen académico y de la forma como lo influyó y lo trascendió, precisamente en los años en que el mundo académico cortado al gusto de los *científicos sociales* se imponía sobre los gustos y las modas en demérito de la historia narrativa. *Pueblo en vilo* tiene una vigencia más allá de los mundillos académicos y de los universos pueblerinos. Cualidades que se revelaron desde que era un libro en cierne, según lo recuerdo y quisiera platicarles, pues me tocó leer en manuscrito la historia universal de San José de Gracia.

Jean Meyer -a quien muchos extrañamos en esta reunión y recordamos muy próximo a Luis González en los días en que éste escribía la historia universal de su pueblo y aquel *La Cristiada*- me proporcionó una copia del manuscrito que yo había visto pulir a Luis González. Sabíamos en El Colegio de México que en 1967, durante su año sabático, Luis González se había ido con Armida, Armidita, Luis, Jose, Marcela, Fernán y Martín a San José y que iba a terminar una obra sobre historiografía novohispana que adeudaba hacía tiempo (y que sigue adeudando aún); supimos luego que Luis González se dio a escribir la

historia de su pueblo y lo vimos llegar antes de que feneciera el sabático con muchas cuartillas que después repasó y le fue haciendo ojales para ponerle botones, es decir notas que daban a su buena prosa peso erudito.

El caso es que ese manuscrito era muy comentado y circuló entre los profesores del Colegio de México para su discusión. Otros que no eramos profesores lo conseguimos, lo leímos y lo dimos a leer fuera. Así picados, pudimos entrar al seminario exclusivo para profesores y de ese seminario recuerdo bien algo que puede ilustrar bien las cualidades universales de la historia pueblerina, deliberadamente *parroquial*, en aquel medio laico y académico.

Rafael Segovia advirtió que el estilo personal y coloquial, resultaba agresivo y que no estaba a tono con la obra académica de lenguaje sereno. Es más, señaló que parecía un remedo de obras como *La Feria* de Juan José Arreola y otras, de las que, dicho sea de paso, Luis González se declaraba deudor en las páginas introductorias. Entonces Don Daniel Cosío Villegas, con la impaciencia que a veces -las más- le caracterizaba, dijo que ya era tiempo de escuchar al doctor Gaos, quien se apresuró a decir: "La primera recomendación que le hago es que no cambie ni una coma. El estilo nos pone en contacto con San José de Gracia; sin el estilo lo perderíamos, nos iríamos a cualquier comunidad aldeana de cualquier parte".

Destacó luego evidencias de eso, ciertas enumeraciones desordenadas pero efectivas que hacía Luis González y dijo "Mire usted, he tenido que irme a la cama temprano, pues por prescripción médica debo dormir; pero no lo he conseguido pensando en qué sucederá a los josefinos en las próximas cuartillas" -eran en efecto cuartillas mimeografiadas, no páginas.

Luego, por el mismo Luis González, he sabido que el maestro Gaos le había hecho más comentarios, que le había precisado qué parte del texto había escrito en San José y cuáles en México. Gaos era maestro en la lectura e interpretación de textos y me consta -pues los usaba como ejemplo en sus clases- que los de Luis González eran muy de su gusto.

Podría seguir platicando detalles como el que Luis González temía a tres comentaristas en ese seminario, a Antonio Alatorre, a don Daniel Cosío Villegas y al maestro Gaos y que fueron los más entusiasmados con el texto; pero no hay tiempo y debo volver para precisar algo sobre las universalidades de la historia pueblerina.

Creo que su vigencia en el mundo josefino, en esta ciudad en cierne, es menor que la lograda en el mundillo académico. Es decir esta historia universal de San José de Gracia es menos universal para los josefinos de hoy que para los académicos, comenzando por el propio Luis González.

En efecto, la maliciosa y espontánea sencillez de *Pueblo en vilo* trascendió a los mundillos académicos del extranjero y de México -creo que en ese orden-. Se tradujo al inglés y al francés, se llevó aquí y allá. Luego, Luis González, se encargó de hacer toda una teoría de "El arte de la microhistoria", desdoblando la visión de sus posibilidades en muchas perspectivas, hasta redefinir la suya propia. Recuerdo a Luis González, mi profesor de "Introducción a los Estudios Históricos", en el primer semestre de 1964 en El Colegio de México, clase que impartía lunes, miércoles y viernes de 9 a 10, con unos apuntes clarísimamente vertidos a esquemas en el pizarrón. Esos apuntes de teoría y método de la historia se han transformado, sin perder su carácter didáctico, en *El oficio de historiar*, libro que acusa la actualidad de información y el sello de la historia pueblerina como experiencia de una profesión universal, antiquísima, modernísima, cosmopolitísima y parroquialísima o aldeanísima; como se quiera, pero todo junto.

Luis González se ha definido como historiador pueblerino y es el mejor, qué duda cabe; pero lo es porque antes fue cosmopolita -eso se lo recordó su maestro Silvio Zavala no hace mucho*- y lo sigue siendo desde este pueblo en el que estamos.

**Boletín 14. El Colegio de Michoacán, X Aniversario.* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1989. pp. 21-25.

PUEBLO EN VILO, LA FUERZA DE LA DIVERSIDAD

Patricia Arias

I

Un antropólogo bien conocido ha dicho que el único libro que le hubiera gustado escribir es *Pueblo en Vilo*. Esta confesión refleja no sólo un anhelo personal de Arturo Warman sino también el sueño secreto de esa generación que se inició en el oficio a principios de los años setentas, de esos antropólogos que junto a la todavía inevitable Guía de Murdock comenzaron a llevarse al campo un flamante ejemplar de *Pueblo en Vilo*.

La fascinación que ejercía la Historia Universal de San José de Gracia fue entonces difícil de precisar: iba desde la intensidad y rigurosidad de la narración que a más de alguno encantó hasta desvelar, hasta la intuición, entonces difusa y transtornadora, de que allí, en esas 400 páginas sobre la vida de una pequeñísima localidad michoacana, estaban las claves para disipar la niebla en que comenzaría a desdibujarse la gente del campo.

Como se recordará, en el primer lustro de la década de los setenta se realizaron varios de los mejores estudios de índole socio-cultural sobre la vida rural mexicana. Con el espíritu renovado por nuevas ideas y preocupados por la persistencia de viejos problemas, los antropólogos incursionaron en regiones para ellos inéditas y sacaron al debate temas impensados: la organización social y económica de la familia campesina, las estructuras de poder locales y la relación siempre ambigua de los agricultores con el gobierno fueron asuntos bien estudiados y abundantemente debatidos a partir de comunidades localizadas en los estados de Hidalgo, México, Morelos, Jalisco, Puebla (Arizpe, 1978; Bartra, 1975; Fábregas, 1986; Paré, 1975; de la Peña, 1980; Varela, 1984; Warman, 1976).

Pero en los años siguientes todo cambió: a partir de la segunda mitad de los setentas y en delante la investigación de primera mano

escaseó y más bien tendió a reiterarse lo que ya se sabía, o se suponía que sucedía, más allá del pavimento. En parte porque los antropólogos -un poco al estilo de Oscar Lewis- se fueron tras la huella de sus informantes que se convertían en inmigrantes de la gran ciudad, la antropología se hizo cada vez más urbana, cada día más preocupada por el obscuro mundo del trabajo que inventaban o al que se incorporaban los recién llegados a la urbe.

Pero no era sólo eso. En el abandono académico del campo tuvo mucho que ver la fatiga del modelo, el agotamiento de las nociones que con el uso -y el abuso- habían llegado a ser las predominantes para entender la vida en la sociedad rural.

Así las cosas, la vuelta a la lectura de la microhistoria de San José era siempre reconfortante. Con la diferencia que ahora sí es posible identificar y reconocer las claves de *Pueblo en Vilo*. Y esto gracias también a que en estos años su autor ha seguido observando, estudiando, pensando y sugiriendo maneras de acercarse al pasado y de entender el presente de la sociedad rural mexicana.

Tres acontecimientos de la última década muestran esa preocupación y reflexión persistentes: en 1981, el III Coloquio de Antropología e Historia Regionales, para el cual don Luis propuso el tema de la desintegración de la gran propiedad agraria (Moreno, 1982). Más tarde, la entrevista que le hizo Enrique Krauze a principios de 1989 y que se publicó poco después en *Vuelta* (González, 1989). Y, por supuesto, la hechura y puesta en marcha, en 1979, de El Colegio de Michoacán, donde la cercanía y simpatía con la gente rural que lo rodea, las áreas de estudio escogidas y una actitud de "...apertura del conocimiento..." (Ib), permitieron la confección de estudios que se dejaron guiar por los surcos trazados desde *Pueblo en Vilo*.

Surcos donde es posible reconocer lo que tantas veces pareció desvanecerse en el pesimismo: una historia rural tan compleja y diversa como posible, que es la que ha ayudado a los muchos pueblos en vilo de los setentas a transitar hacia las ciudades en ciernes que, como testigo calificado de primera mano, ha visto crecer don Luis en los noventa.

Pero para poder ver al mundo rural como lo hace don Luis hay que conocer, reconocer y sobre todo aceptar "...en su diversidad, al campesino de nuestros días..." (*Ib*).

II

La diversidad rural

Como se recordará, una de las preocupaciones centrales de la investigación antropológica sobre el campo de las dos últimas décadas tuvo que ver con la condición y el destino del campesinado. Preocupación que supuso una doble ruptura en relación a la tradición antropológica: por una parte, amplió la mirada hacia poblaciones no indígenas y, por otra, hizo hincapié en la articulación de la comunidad rural con la economía y sociedad nacionales. En el transfondo había además una sincera alarma por el deterioro de la vida rural, que se manifestaba en la polarización de los productores que orillaba a muchos a la franja, cada vez más amplia de la pobreza, desde donde era casi irremediable su transformación en jornaleros o migrantes. Por si fuera poco, en el campo hacían sentir su ambigua presencia grandes empresas estatales y compañías extranjeras.

Los estudios, como se sabe, llamaron la atención sobre los mecanismos económicos y políticos que hacían posible -por necesaria- la subordinación, también económica y política, del campesinado a las demandas de la ciudad y a las exigencias del poder urbano.

Pero para llegar a conocer el esqueleto y quizá sobre todo para explicar y actuar sobre la *esencia*, como se decía entonces, de lo que sometía a la gente del campo, fue necesario simplificar las cosas, diluir las diferencias, atribuírlas, cuando mucho, a un pasado más o menos nostálgico, pero que tenía poco que decir respecto al presente y, menos aún, de incidir en el futuro de los que se quedaban en el campo. De este modo, la fuente principal de variación se encontraba en la manera en que los ciclos de bonanza o crisis de la economía nacional afectaban a las economías regionales y locales.

En la pedagogía académica y la acción oficial tendieron a diluirse la complejidad y la diversidad rurales: era más fácil entender o tratar a un sólo tipo de campesino y un único destino rural a tener que vérselas con gente que no sólo vivía en paisajes muy diferentes sino que además pensaba, hacía, veía y quería las cosas de distinta manera.

Eso por una parte. Por otra, estaba el problema de pensar la diversidad sin restringirla, como antes, a la especificidad de una pequeña

comunidad. La acumulación de información etnográfica minuciosa contrastaba con la dificultad para imaginar escenarios socio-culturales compartidos más allá de la etnia, de los pequeños territorios de estudio.

Faltaba, como diría Claude Bataillon, entender las maneras diferentes, pero recurrentes, en que el paisaje ha afectado las relaciones sociales de los grupos humanos que lo han habitado por largo tiempo (Bataillon, 1988). Sobre todo, si se piensa, como ha dicho don Luis, en una geografía llena de pequeños valles y montañas que separan multitud de regiones, hasta hace poco tan aisladas como étnicamente distanciadas (González, 1989).

Quizá por eso, sólo don Luis, con esa persistente fascinación por descubrir la manera en que se entrevera la peculiaridad de los paisajes con el carácter de los hombres podía dar la clave: las "Tres Entradas" de *Pueblo en Vilo* son el relato del encuentro del espacio y de los hombres que un día serían josefinos.

Allí, como se sabe, un paisaje peculiar, marcado por la altura y la precariedad de los recursos agrícolas; un poblamiento lento, pero contínuo de colonos; un contacto persistente con la gran propiedad agraria, pero de una manera cambiante e independiente, habían dado lugar a un tipo especial de poblador rural: el ranchero, experto y solitario ganadero que reivindicaba y recreaba día con día los valores del trabajo arduo y la propiedad privada. La imagen económica más bien individualista del ranchero contrastaba con su figura social y cultural, donde se combinaban el más profundo arraigo y compromiso con la familia con el respeto a las lealtades primordiales en su comunidad (González, 1979).

En los años siguientes y bajo el influjo de *Pueblo en Vilo*, la sección ranchera de la historia rural ha empezado a ser mejor identificada y más documentada. Hoy se tiene la certeza de que en microrregiones pobres y elevadas de a lo menos cinco estados del país ha habido vida ranchera. Por lo pronto, en dos ámbitos michoacanos, aparte de San José: la región suroeste de Tocumbo (Barragán, 1990) y Aguililla, pequeña población enclavada en la sierra de Coalcomán (Rouse, 1988). En Jalisco, están, por supuesto, los pobladores de los Altos de Jalisco (Fábregas, 1986) y, en general, toda la franja fronteriza donde confluyen los estados de Guanajuato, Jalisco y Michoacán, aparece como un vasto territorio de gente ranchera (Brading, 1988; Arias, 1992). Hacia el

centro del país, en el estado de Hidalgo, se encuentran los de Pisaflores (Schryer, 1990) y en el norte, en Chihuahua, los colonos de la Sierra Occidental (Katz, 1992).

En todos los casos se ha constatado que la historia, condición y situación de los rancheros, aunque distantes unos de otros, comparten varias similitudes. Por eso mismo, es también una historia distinta de las de otros ocupantes de la geografía rural.

De hecho, en los últimos años don Luis ha insistido en la conveniencia de aceptar la existencia y persistencia de un campo mexicano heterogéneo donde coexisten a lo menos tres sociedades y culturas rurales: ranchera, campesina, indígena. Sociedades y culturas que remiten a entornos naturales diversos, a momentos diferentes y a procesos variados de poblamiento y organización económica, social y cultural (González, 1989). O, como diría mejor don Luis, a distintas maneras de matar pulgas.

No se trata, menos en estos tiempos, de diferencias absolutas ni de fronteras infranqueables, sí de matices importantes que ayudan a acotar la diversidad, a perfilar sus peculiaridades y a entender algunas de las tenaces diferencias que encontramos entre la gente y los quehaceres del campo hoy.

Una de las diferencias más rotundas tiene que ver sin duda con la manera en que cada sociedad ha descubierto y organizado su manera de sobrevivir, ha jerarquizado sus quehaceres económicos.

III

La economía no agrícola del campo

Como se recordará, los pobladores de *Pueblo en Vilo* siempre se habían ganado la vida gracias a la ganadería, ya fuese como propietarios de tierras y animales o como trabajadores bastante independientes de la hacienda. A partir del ganado, sobre todo de las vacas, caballos, mulas y burros, más tarde también de puercos y pollos y hasta de las pequeñísimas abejas, la economía ranchera se había diversificado hasta incluir actividades de comercio, transporte, manufactura. Allí, en ese paisaje de meseta y tierras flacas, la agricultura había sido siempre un quehacer complementario.

Así, ha dicho don Luis, la economía ranchera ha diferido de

manera notable de la que han practicado otros dos segmentos de pobladores del campo (González, 1989), donde el eje de la vida económica ha sido la agricultura. Entre los indígenas y los campesinos, los trabajos de la producción, en especial los del binomio maíz-frijol, eran los que organizaban el ritmo cotidiano y pautaban el calendario anual de actividades y festividades de pueblos y comunidades.

No obstante esta diversidad de quehaceres y prioridades, la trayectoria rural ha sido trazada y teñida por el quehacer agrícola de la gente del campo. En un país hasta hace poco eminentemente rural y donde hubo una revolución agraria, la historia de los hombres con la agricultura se convirtió en el nudo de los conflictos y en el motor de su liberación. Una buena parte de los grandes hitos de la historia nacional se construyeron y reconstruyeron a partir de los ciclos agrícolas y los avatares agrarios del campo mexicano.

Quizá también por eso, como bien enseña *Pueblo en Vilo*, los rancheros muchas veces ni se enteraron de importantes sucesos en tierras distintas y no tan distantes. O quizá también por eso la historia ranchera resulta a contrapelo de la epopeya agraria. A la gente de las alturas les ha ido bien en algunas circunstancias que después se han convertido en pésimos momentos de la épica nacional: a mediados del siglo pasado, los arrendatarios de Cojumatlán, de manera similar a lo que sucedió en otros mundos rancheros, se dedicaron a comprarle tierras de altura a las haciendas, en el mismo momento en que los indígenas empezaron a sufrir los despojos de haciendas y compañías deslindadoras. Situación que, como se sabe, es la que ha reivindicado la historia nacional.

Décadas después, durante el porfiriato, las vías de comunicación que rompieron, ahora sí para siempre, las barreras de la soledad rural, les permitieron a los rancheros empezar a colocar en mejores y más alejados mercados su producción diversificada de pequeña escala (González, 1979). Aunque ahora sea difícil imaginarlo, a través del lago de Chapala se llegaba a Ocotlán, donde el flamante ferrocarril embarcaba, rumbo a México, el queso redondo que se producía en San José. Con dinero en mano y la tenacidad de costumbre, los rancheros se dedicaron a comprar cuanto surco salía a la venta por allí. A la sociedad ranchera le tocó conocer quizá un poco más de la cara próspera que de la faz opresiva de la dictadura porfiriana. Estas bonanzas microrregionales, aunque modestas, no coinciden, no van bien con la imagen oficial del

deterioro rural del vetusto régimen. Por si fuera poco, años más tarde, yéndose de cristeros, los rancheros aguaron la fiesta agrarista y cuestionaron la unanimidad con que se construía el estado centralizador (Espín y Rodríguez, 1979).

Nada para presumir en la historia oficial: espacios donde no llegó o fracasó el reparto agrario; cronología que reivindica eventos en los que el poder y la centralización estatales han sido puestos en jaque.

Así las cosas, la trayectoria rural no agrícola que descubre *Pueblo en Vilo* permite acercarse a la historia de una relación entre el estado y la gente del campo distinta a la que más conocemos. O, dicho de otro modo, a constatar la manera en que la trayectoria del estado se entreveró con una parte de la historia rural. De allí quizá la fortaleza del vínculo entre los indígenas y campesinos con el estado; de allí quizá también la actitud distante e independiente de la sociedad ranchera frente al gobierno. Hasta ahora, dice don Luis, los hombres de rancho "...toman a ofensa el que les digan políticos..." (González, 1992).

Distancia e independencia que seguramente tienen que ver además con la ausencia de grandes recursos y, por lo tanto, de importantes intereses económicos foráneos en las regiones rancheras. Desde que la ganadería dejó de ser el negocio que requería enormes extensiones de tierra, el espacio ranchero dejó de incluir a la gran empresa, al mayúsculo proyecto agropecuario o industrial privado.

Pero además en las regiones rancheras tampoco se pusieron en marcha grandes planes de desarrollo estatales a los que fue tan dado el gobierno durante tanto tiempo. Quizá porque allí no existían las terribles desigualdades de otras tierras, quizá porque los rancheros no andaban tan uncidos al carro del estado, la geografía ranchera es pobre en ingenios, complejos, cuencas, comisiones, esos enormes vestigios que han quedado del gran proyecto y período centralizador.

IV

El destino ranchero

Como se recordará, en "Veinticinco años de mudanzas" don Luis, ya como testigo presencial, descubre y nos da cuenta de los cambios en la economía y sociedad de San José a partir de los años cuarenta: con el crecimiento demográfico y los cambios socio-económico la economía

había comenzado a prosperar, a complicarse y diversificarse: aparecieron nuevos y distintos establecimientos comerciales y de servicios, aumentó la manufactura ligada, en principio, al procesamiento de productos agropecuarios. Pero eran negocios de gente local con nombre y destino propios, siempre originados en una matriz de pequeña escala, de nivel familiar. En cada generación de josefinos ha habido un Bernardo González con aptitudes empresariales, aunque con habilidades distintas, negocios diferentes. En general, puede decirse que el espacio ranchero es un ámbito donde prospera y se prospera a partir de la pequeña escala.

Como quiera, a fines de los años sesentas, San José era un pueblo en vilo. Así sintetizó don Luis ese momento de intensos claroscuros que teñían la vida josefina. Pero no sólo de ellos. *Pueblo en Vilo* refleja en verdad las variadas y complejas incertidumbres de la sociedad rural mexicana en ese período, los sentimientos ambiguos de la gente sobre el futuro de su tierra, el destino de su familia. Ese momento en que el país se llenó de pueblos en vilo, de terruños donde la gente iba a tener que tomar decisiones cruciales frente a la industrialización, la urbanización, la centralización, la migración, la pérdida de actividades locales. Tiempo, dice don Luis, en que convivieron dos tensiones: irse a la ciudad o transformar al pueblo en ciudad.

Aunque había habido indudables mejoras en los servicios, era todavía muy fuerte la tendencia a migrar, a irse de bracero a Estados Unidos o de comerciante, obrero o trabajador a la ciudad de México. Las luces de la gran ciudad no podían dejar de encandilar hasta hacer palidecer una vida basada en una economía agropecuaria que se había vuelto cada día más cambiante, cada vez más caprichosa. Fue uno de los peores momentos de la sociedad rural, donde de veras hubo dudas sobre la posibilidad efectiva de vida en el campo.

La situación era ciertamente difícil. Pero la imagen urbana que se construyó acerca del campo fue catastrófica. Y mientras menos se salió a ver lo que hacía la gente frente a caciques, agiotistas, funcionarios deshonestos, intermediarios expoliadores, despojo, muchos hijos, pocas tierras, pésimas cosechas, más se exacerbaron los escenarios apocalípticos. En los años ochentas abundaron los trabajos con nombres francamente depresivos que fueron construídos con base en tendencias estadísticamente irrebatibles.

Pero la sociedad rural ya no estaba allí, se había escapado de cifras y gráficas. Muchos por lo menos. En lo que toca a la gente ranchera puede

decirse que habían empezado a contradecir en la práctica una distorsión, dice don Luis, muy frecuente entre los citadinos: creer "...que el campesino es siempre el mismo desde los tiempos más remotos hasta nuestros días..." (González, 1989), es decir, que tiene enormes dificultades para cambiar, por lo cual le tiene que ir inevitablemente peor.

Y esto lo constataba muy bien don Luis como vecino de su tierra: allí, desde los años setenta y sobre todo en los ochenta, los josefinos habían buscado diversificar su economía hasta incluir la elaboración de una amplia variedad de productos -lácteos, prendas de vestir, azahares-, algunos de los cuales, sobre todo los lácteos, ahora sí, estaban dando pie al surgimiento de medianas y grandes empresas locales. Pero además, a nivel micro y por su cuenta, la producción de San José había iniciado su propio proceso de integración con la economía norteamericana (González, 1989). Y todo esto, con base en las habilidades y recursos locales, de gente acostumbrada a observar los cambios externos y ensayar la manera de enfrentarlos, no a dejarse avasallar por ellos.

De este modo el cambio económico vivido en San José permite poner en entredicho otra distorsión urbana muy frecuente sobre la dinámica de la vida rural: "...que el campesino no puede valerse por sí mismo y por ello necesita protección..." (González, 1989). De hecho, parecería que desde la década de los ochenta mucha gente del campo huyó de la tutela oficial y de ese modo comenzó a zafarse del control político inevitable que envolvía al proteccionismo.

Estas transformaciones de índole económica han ido acompañadas, dice don Luis, de otra modificación muy importante: la gente del mundo rural ha dejado de estar encandilada por la ciudad, ha comenzado a desencantarse de la vida urbana y ha empezado, de nueva cuenta a estar "...orgullosa de ser del campo..." (*Ib*). Este cambio ha tenido un impacto indudable a favor, ahora sí del otro polo de la tensión: hoy por hoy parece más consistente la tendencia a transformar el pueblo en ciudad que a irse de San José.

Las ciudades en ciernes, como San José de Gracia hoy, son el testimonio más rotundo de que la gente del campo tenía una historia particular, de la cual extraer una voluntad específica para enfrentar los tiempos de ahora. Claro, a lo mejor otra vez es una historia un poco vergonzante: les va bien cuando en otras sociedades rurales la situación parece cada vez más precaria.

De cualquier modo, es una historia que permite reconocer y reivindicar el papel activo de la sociedad rural frente al mundo y las exigencias externas, esa posibilidad tan olvidada en tantos estudios sobre la gente del campo.

Pero además ejemplos como el de San José permiten matizar la inquietud urbana que ve cada día más cercano el fin de la diversidad de acciones y opciones de la gente, cada vez más próxima la homogeneidad socio-cultural sin alternativa.

Frente a esta imagen urbana, de nuevo cercana al pesimismo, *Pueblo en Vilo* descubre otra: la de una vida rural, siempre diversa y cambiante, pero viable. Imagen posible gracias a la gente de San José y a la mirada de don Luis, siempre fascinado, como ha dicho Enrique Krauze, por conocer -y por ayudarnos a conocer- la manera en que el surco de los hombres hace huella en la historia.

Referencias

ARIAS, Patricia *Nueva Rusticidad Mexicana*. México, Conaculta. 1992. ARIZPE, Lourdes *Migración, etnicismo y cambio económico*. México, El Colegio de México.

BAISNEE, Pierre-Francois *De vacas y rancheros*. México, CEMCA. 1989. BARRAGAN LOPEZ, Esteban *Más allá de los caminos*. Zamora, El Colegio de Michoacán. 1990.

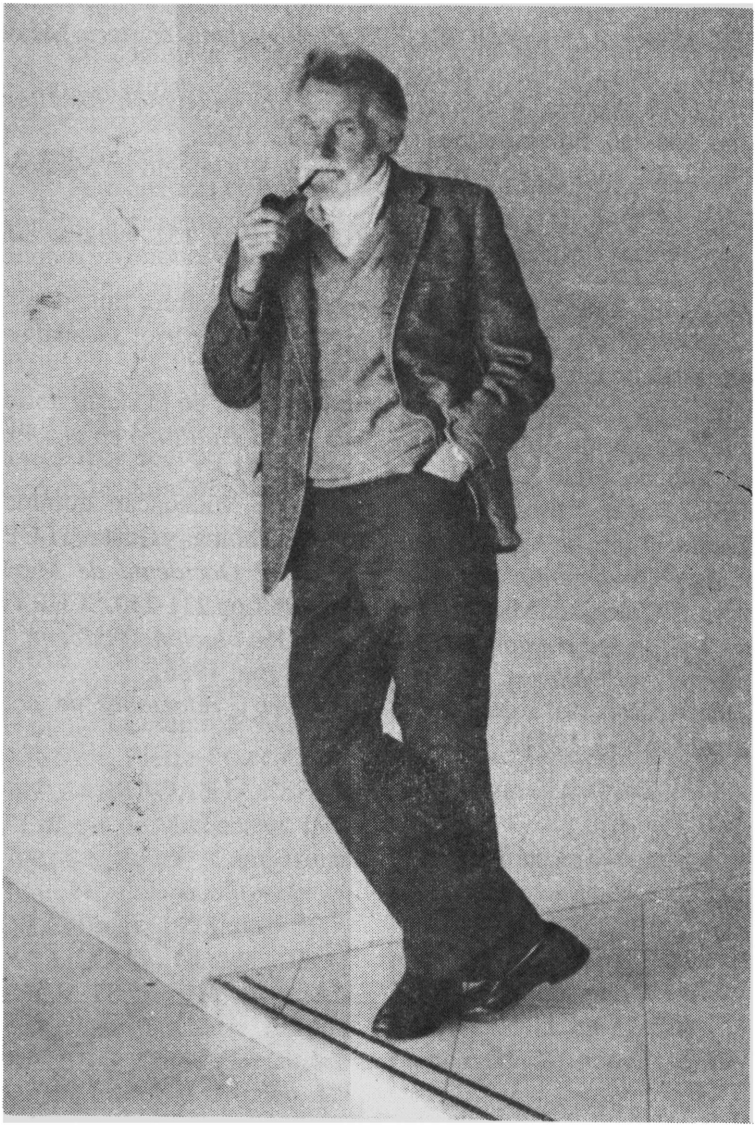
BARTRA, Roger "Campesinado y poder político en México" en Varios Autores *Caciquismo y poder político en el México rural*. México, Siglo XXI Editores. 1975. pp.5-30.

BATAILLON, Claude "Des Terroirs et des Milieux Naturels" en LINCK, Thierry y Roberto SANTANA *Les paysanneries du Michoacan au Mexique*. Toulouse, Editions du CNRS. 1988. pp.11-22.

BRADING, David *Haciendas y ranchos del Bajío. León 1700-1860.* México, Editorial Grijalbo. 1988.

CHEVALIER, Francois "Acerca de los orígenes de la pequeña propiedad en el occidente de México. Historia comparada" en MORENO, Heriberto (Coord.) *Después de los latifundios*. Zamora, El Colegio de Michoacán. 1982. pp.3-8.

ESPIN, Jaime y Román RODRIGUEZ *El movimiento cristero*. México, Cis-Inah, Editorial Nueva Imagen. 1979.
FABREGAS, Andrés *La formación histórica de una región: los Altos de Jalisco*. México, Ediciones de la Casa Chata. 1986.
GONZALEZ, Luis *Pueblo en Vilo*. México, El Colegio de México. 3ª Edición. 1979.
GONZALEZ, Luis "Gente del campo" en *Vuelta*, 151. México. Junio de 1989. pp.22-29.
GONZALEZ, Luis "Del hombre a caballo y la cultura ranchera" en Varios *Las formas y las políticas de dominio agrario*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara. 1992. pp.111-120.
PARE, Luisa "Caciquismo y estructura de poder en la sierra norte de Puebla" en Varios Autores *Caciquismo y poder político en el México rural*. México, Siglo XXI Editores. 1975. pp.31-61.
ROUSE, Roger "Migración al suroeste de Michoacán durante el Porfiriato: el caso de Aguililla" en CALVO, Thomas y Gustavo LOPEZ (Coords.) *Movimientos de población en el Occidente de México*. Zamora, El Colegio de Michoacán, Cemca. 1988. pp.231-250. SCHRYER, Frans J. *Una burguesía campesina en la Revolución Mexicana. Los rancheros de Pisaflores*. México, Editorial Era. 1986.
VARELA, Roberto *Expansión de sistemas y relaciones de poder*. México, UAM-I. 1984.



El lobo solitario (John Upton)

PUEBLO EN VILO: LA SUBVERSION DE LA VIDA COTIDIANA

Miguel Jesús Hernández Madrid.
Centro de Estudios Rurales.
El Colegio de Michoacán.

"Hecho soy de un mudable elemento,
como las hojas con que el viento juega".

Carmina Burana[1].

Las facetas que presenta una obra tan completa y rica como *Pueblo en Vilo* de Luis González y González, invita a lecturas y acercamientos igualmente diversos. Dentro de la gama de posibles aprendizajes que se pueden lograr en ellas, he elegido el tema de la vida cotidiana por considerarlo uno de los hilos conductores en la reconstrucción microhistórica sobre el *vilo* épico de los habitantes de San José de Gracia, Michoacán.

Según el *Diccionario de la Real Academia Española* el significado del adverbio "en vilo", es el de indecisión, inquietud y zozobra. Nada más adecuado para referirse a un pueblo que ha buscado construir su identidad en las inciertas mudanzas de su tiempo aldeano que, visto desde adentro, es -de acuerdo a las palabras de Don Luis- "tan mudable como el vivir regional, nacional o mundial"[2].

Pueblo en Vilo puede ser la historia de una comunidad que asume el desafío de vivir su cotidianeidad como lucha para enfrentar lo que Agnes Hèller denomina *la dureza del mundo*, en ella los josefinos se redescubren parte de la paradoja que consiste en producir condiciones de cambio, rupturas, encuentros y aprendizajes mientras más se empeñan en asegurar y ordenar permanentemente su vida cotidiana. Así, el mundo de la vida común deja de ser rutina y se convierte en una forma de

---

[1] "Confesión Goliarda" en: *La Poesía de los Goliardos. Carmina Burana*, 1987:53.
[2] Luis González, *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, 1968:12.

subversión de la costumbre a pesar de todos los esfuerzos por evitarlo. Si bien *Pueblo en Vilo* no necesita compararse con *Cien Años de Soledad* de Gabriel García Márquez para valorar su singular riqueza, no dejo de pensar que entre San José de Gracia y Macondo hay complicidad en la aventura que sus personajes forjan para disfrutar la vida con todos sus embates y placeres.

Guiado por esta inquietud he centrado la reflexión de mi lectura en un aspecto que me parece relevante para descubrir esa dimensión subversiva de la vida cotidiana, se trata del papel que ha desempeñado la visión religiosa del mundo para orientar el pensar y actuar de diferentes generaciones de josefinos, y provocar en ellos una vocación de mudanzas que en ocasiones sirvió para la unidad comunitaria y en otras para su ruptura.

Religión y Carisma

Uno de los rasgos distintivos del catolicismo ha sido la ubicación de la dimensión religiosa en el ámbito mismo de la vida cotidiana, para regularla, normarla y convertirla en la expresión de un destino sagrado.

En las páginas de *Pueblo en Vilo* se recrean episodios y anécdotas que reafirman la religiosidad del hombre que busca imprimir en su mundo un orden y un sentido que vaya más allá de lo terreno. Los que desde 1791 vivieron en las partes alta y occidental de la hacienda de Cojumatlán dieron el primer testimonio de su inequívoca religiosidad al seguir el liderazgo rebelde del párroco Marcos Castellanos en la guerra de independencia.

Los rancheros que se beneficiaron con la venta de la hacienda y formaron la generación que Don Luis llama de la *aurora boreal* o *la nevada* (los nacidos entre 1848 y 1862) consolidaron la sociedad gerontocrática y patriarcal que sólo reconocía como única ley la que dicta el gobierno eclesiástico y los mandamientos religiosos. A pesar de su poca instrucción, ausencia de culto público y colmo de supersticiones, la vida religiosa de los rancheros conservaba su exuberancia [3].

[3] González, 1968:109. En adelante se indicará entre paréntesis el número de página que le corresponda a la cita referida, en la 1a. edición de *Pueblo en Vilo*.

> Por lo demás los ejercicios religiosos abundaban. Un ejercicio común y corriente es el rezo del rosario al amanecer y al anochecer. Muchos recorren diez y hasta veinte kilómetros para oir la misa dominical de alguno de los pueblos cercanos. Las imágenes de San José, la virgen de Guadalupe, San Juan, San Isidro Labrador y Santiago, son las más frecuentadas. No es raro que los padres les repasen a sus hijos el Ripalda (...) Casi nadie prescinde de la confesión anual y el pago de los diezmos. Esto no quita que los mandamientos quinto y sexto se violen sin ninguna consideración. (...) Para aquellos campesinos el cielo, el infierno y el purgatorio son tan reales como la noche y el día. (p.110)

Hasta antes de la fundación de la vicaría de San José de Gracia (1888) los patriarcas y los hombres *santos* que entre ellos había (como Don Guadalupe González, fallecido en 1872), eran los únicos con el carisma necesario para normar la moral de sus coterráneos y dirigir cualquier iniciativa que entusiasmara a sus familiares, compadres y vecinos. Esta forma de religiosidad popular dió paso al liderazgo institucional del sacerdote con la fundación del pueblo, sin que por ello se perdiera el rasgo distintivo del carisma.

Fue por el interés de un prelado que se fundó San José de Gracia; fue por el consentimiento del obispo Cázarez que se construyó y bendijo la capilla que orientaría el trazo del nuevo pueblo; fue también un sacerdote, el padre Othón Sánchez, quién se convirtío en el guía, no sólo espiritual, de la primera etapa de vida social, cultural y económica que construiría la naciente comunidad josefina; y fue también el liderazgo de un sacerdote como el padre Federico el que encendío los ánimos de los josefinos para defender su religión con las armas.

Ante la presencia de estos personajes cabe preguntarse ¿qué sucedía en la diócesis de Zamora para contar con ese tipo de dirigentes?.

Desde 1864 que se erigió el obispado de Zamora los cinco gobiernos episcopales que comprendieron el período levítico (1864-1930), se caracterizaron por las fuertes personalidades de los obispos para fundar y consolidar instituciones religiosas y establecer entre la sociedad civil de su tiempo, las pautas de conducta moral y social que seguía la mayoría. En la monografía municipal de *Zamora*, Don Luis

González documenta con detalle los logros y dificultades que enfrentaron los obispos de la Peña (1864-1877), Cázarez (1878-1909), Othón Nuñez (1909-1922) y Fulcheri (1922-1946) [4]. Una lectura política de sus proyectos pastorales nos indica la presencia y adaptación de la doctrina *integrista* y del "catolicismo social" que tuvo vigencia a partir de la encíclica "Rerum Novarum" (1891).

Se recordará que las raíces del integrismo se hallan en el *Syllabus* de Pío IX, expedido por él en 1864 como parte de su encíclica "Quanta Cura"[5] ; en ella el pontífice romano arremete contra el liberalismo europeo, el pensamiento científico y los regímenes parlamentarios. La premisa fundamental del catolicismo integrista sostiene que el cristianismo es una concepción global y unitaria del mundo, no sólo porque reafirma su integridad doctrinal, sino porque constituye un sistema de vida y de pensamiento aplicable a todas las necesidades de la sociedad. Asi, para el integrismo no existen varias morales humanas válidas ni tampoco formulas de vida posibles en sociedad, acordes con la justicia, el orden y la verdad; la única es la que deduce su orden del catolicismo, no por inspiración sino por emanación, de tal manera que la doctrina social cristiana contiene en sí el modelo de sociedad perfecta [6].

Baste este breve contexto para comprender parte de la ideología de los líderes ensotanados que forjaron voluntades y conductas entre los rancheros fundadores de San José de Gracia y sus descendientes inmediatos. Con ello no se pretende calificar de *integristas* las acciones de los sacerdotes Othón, Castillo o Federico; se trata de llamar la atención sobre la influencia que ejerció entre los *caudillos religiosos* de San José, una forma de pensamiento y acción que concebía a la religión cristiana como compromiso con el mundo terreno para recrear en él los principios morales de la sociedad perfecta.

Sin embargo, por mucho que existieran las ideas y los hombres que las emprendieran, nada de ello se hubiera logrado si *los otros* los

---

[4] Véase: Luis González, *Zamora*, 1984: Cap.V Tiempo de sotanas.

[5] *Syllabus o catálogo de los principales errores de nuestra época, publicado en Roma, de orden del Sumo Pontífice, junto con la Encíclica Quanta Cura del 8 de diciembre de 1864*, publicado en español por la imprenta de Rodríguez, Guadalajara, Jal. 1865.

[6] Veáse: Miguel Hernández, *El catolicismo integrista en la sociedad zamorana. ¿Hacia un nuevo tipo de corporativismo?*, Programa de Doctorado en Ciencias Sociales, CIESAS/U. de G., área de antropología social, diciembre de 1992, 30 pp., inédito.

creyentes, los rancheros, los hombres y mujeres que poblaban San José no depositaran su confianza en la rectitud de los prelados para conservar las tradiciones. En términos de Weber, el carisma de los caudillos no sería tal sin la legitimidad que la comunidad les confería, y por carisma entiende:

> La cualidad que pasa por extraordinaria (...), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas -o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro-, o como enviado del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como *jefe*, caudillo, guía o líder [7].

En el caso del sacerdote católico su posición de intermediario entre la institución y el hombre común lo acredita como custodio y promulgador de la tradición sagrada, como intérprete del magisterio eclesiástico, y como guía espiritual y social de la comunidad. Su dominio no esta asegurado por el sólo hecho de su investidura, requiere demostrar respeto a las tradiciones y costumbres de la grey, porque es mediante esta relación de respeto que asegura su legitimidad sin que por ello disminuya su fuerza como dirigente (ya sea autoritario en su versión paternalista, o autoritario en su versión intransigente) para mantener, reformar y/o innovar desde su propia perspectiva el rumbo que debe seguir la tradición religiosa.

> El paternalismo clerical y la intromisión de los sacerdotes en asuntos temporales han sido, por regla general, benéficos para el vecindario de San José. No hay quejas contra el clero, hay buenas evocaciones de los obispos de Zamora y de muchos vicarios de San José (...). Es además un sacerdote al que en ese momento [en el del cierre de cultos de 1926] acatan todos como caudillo (p.200).

---

[7] Max Weber, *Economía y Sociedad*, 1977:193.

Comunidad y "Fuerza de la Costumbre"

¿Qué tipo de comunidad es la de San José y cuáles los aspectos significativos que estructuran sus costumbres?

> Como toda comunidad conservadora, esta de San José vivía prendida de una serie de reglas concretas que venían depositándose en las mentes desde tiempo inmemorial, y eran muy respetadas. Había una serie preceptiva casi para cada actividad y un ceremonial para cada acto. Desde luego la costumbre ranchera y pueblerina no era tan embarazoza y complicada como en las ciudades y dentro de las ciudades, como la de los aristócratas. (...) La actitud de la generación que fundó San José de Gracia puede calificarse de conservadora, aunque con sus "peros". Entre camino viejo conocido y bueno por conocer, escogía la mayoría de las veces el camino viejo, pero no siempre. No avanzaba un pie hasta que tenía bien asentado el otro. "Le buscaba el modo a las cosas" para aprovecharla mejor. La conformidad con el estilo de vida recibido de sus antepasados era casi completa, pero no dejaba de carcomerlos el gusano de la ambición, el deseo de ser más honrados, ricos y sabedores que sus padres, y sobre todo el anhelo de que sus hijos fueran más que ellos. (p.150)

En la literatura sociológica se esta de acuerdo que una comunidad es antes que nada un conjunto de relaciones sociales que integra a los individuos en torno a valores relativamente homogéneos (Tönnies, Heller, Weber).

A lo largo de la historia universal de San José de Gracia es interesante observar la permanencia de relaciones sólidas en torno al patriarcado y su reconocimiento como depositario de autoridad entre las familias y vecinos. El patriarca instruye, adecúa sus conocimientos empíricos y destrezas de trabajo para que otros aprendan en aras de su reproducción biológica y social. En torno al patriarcado cobra significado la diferenciación de sexos para las actividades domésticas, la educación sentimental de hombres y mujeres, el equilibrio entre trabajo y ocio.

El hogar y la tierra fueron hasta antes de la fundación de San José otros dos aspectos comunes entre los rancheros, de los que se derivaron

valores y normas de: honor, pertenencia, trabajo, juego, libertad, valentía, autosuficiencia. Si bien la tierra desempeñó un papel más simbólico en la integración de la comunidad debido al fraccionamiento de la misma y su posesión y uso individual, especialmente en la actividad ganadera, no dejó de establecer expectativas claras para definir el estatus de quienes habitaron la comarca de Cojumatlán.

Comunidad de sangre y de tierra, insuficientes para consolidar costumbres y tradiciones quizás por su demasíada anarquía. Hizo falta la formación de una comunidad espiritual para atar los cabos sueltos de la autoridad patriarcal, el hogar, y la tierra a la devoción y la creencia pastoreadas por el sacerdote.

A un poco más de la mitad del siglo XIX se repite el rito de fundar un pueblo cristiano en torno al centro sagrado del templo; con ello se legitima lo que Mircea Elíade identifica como el punto de partida para la eficacia religiosa[8]. San José no es la excepción, a la par que se trazan calles y construyen casas con una fisonomía diferente a la de las chozas de zacate que predominan en el paisaje ranchero, también se erigen los signos que regularan la vida cotidiana del pueblo: el angelus, el rosario, la misa, las festividades, los entierros.

La comunidad espiritual no quedará como abstracción penetrará en hogares, conciencias y conductas, hasta conformar una visión del mundo.

> Al margen del recrudecimiento de la mentalidad y la práctica religiosas, muchas ideas, actitudes y creencias de fondo perduraron. Algunas las afianzó la creciente religiosidad. Así la vieja idea de que el mundo se rige por voluntades, no por leyes. En primer término por voluntad de Dios; en segundo, por la voluntad de los santos, y en tercero, por la de los hombres, cuando Dios les da licencia (p.164).

La fe: ¿Certeza o Dogma?

Si consideramos la "fe" como una forma de conocimiento en la vida cotidiana y no como la expresión polarizada de la creencia religiosa con respecto al conocimiento racional, es posible explorar en el horizonte

[8] Elíade, *Imágenes y Símbolos*, 1989:cap.1.

histórico de *Pueblo en Vilo* el proceso de ruptura que llevó a las generaciones de la nueva "ola" a adoptar una visión individualista del mundo.

La fe, escribe Agnes Heller en *Sociología de la vida cotidiana,* es una afirmación de la *certeza* subjetiva, es un sentimiento que acompaña al saber, pero nunca un criterio de verdad para el conocimiento. La naturaleza de la fe no implica por lo tanto ni ignorancia ni saber. El hecho de que crea no significa que no sé, es simplemente una formulación que se hace desde una perspectiva distinta.

Cuando al sentido de certeza se le da un valor de conocimiento, se le opone al saber, al razonamiento e incluso a la evidencia; las consecuencias de ello -continua Heller- es la conducción a caminos equivocados, a la catástrofe, al escepticismo, la desconfianza y el recelo [9]. Es frecuente en el caso de la religión, que la relación entre fe y saber se presente como una relación problemática, cuando la fe es elevada a principio de verdad y excluye por principio el sentido de la duda y la certeza con respecto a las tesis religiosas. Cuando esto sucede tenemos a vista una "fe ciega" que bien podría tener como alternativa la "fe con confianza".

¿Cuántos vicarios y seglares josefinos vivieron su fe con confianza en el futuro?, ¿Cuántos de ellos no la pusieron a prueba en las terribles vicisitudes que provocaron las sequías, las heladas, el hambre, las epidemias, las guerras y las destrucciones del pueblo de San José por las hordas de bandidos declarados y disfrazados?. Los relatos de estas pruebas son compañeros inseparables de los momentos agradables y pintorescos de la vida cotidiana en San José. A través de ellos es posible reflexionar que la fuerza de la costumbre no era solamente el dogma, ni el conservadurismo anquilosado que en otros lugares predominaba; también lo era el sabio aprendizaje de continuar en esa rueda de la fortuna que es la vida, a pesar de que la comunidad josefina no conociera la poesía de Los Goliardos (Carmina Burana) y sí a pie juntillas el catecismo del padre Ripalda.

Sin embargo la prueba de fuego que sufrió la certeza en su encuentro con la fe ciega elevada a verdad sucedió en la cristiada y en la

[9] Agnes Heller, *Sociología de la vida cotidiana,* 1977:357-354.

manera como concluyó. Quizás sea muy atrevido decir que las anteriores tragedias que sufrieron los habitantes de San José fueron coyunturas posibles de normalizar en el ritmo de la vida cotidiana, y que la guerra cristera constituyó un parteaguas para esa estructura significativa del mundo de vida josefino que lo constituía su religiosidad. Como sea, lo que escribe Don Luis con respecto a los sentimientos que predominaron en San José después de "Los Arreglos" de 1929, expresan un terrible panorama de la comunidad desintegrada.

> El odio siguió siendo el sentimiento predominante. En vísperas de la rebelión fue el principal resorte de los futuros rebeldes; a lo largo de la lucha fue la razón de los módicos triunfos ganados al gobierno. Antes y durante la guerra la ira desempeñó un papel, si se quiere, discutible, pero no inútil y maléfico como el que produjo después (p.218).

Y más adelante continua

> Alrededor de 1930 los malvados y los resentidos abundaron en San José. No eran generalmente los viejos ni los adultos mayores, pero sí muchos de todas las demás edades. (...) Otra vez como en los años de la preguerra el sentimiento de odio se basa, además de en la miseria y la injusticia, en el sentimiento de humillación. Los ex-cristeros y sus simpatizadores se sienten doblemente humillados. Los ha humillado las autoridades eclesiásticas. Tienen la sensación de que unas y otras se han reído de ellos y han despreciado su sacrificio (*ibid.*).

Ante la humillación, la injusticia y la miseria hicieron del "confiado pueblo de San José un nido de desconfianza y telaraña de engaños" (p.219). En esta ocasión las mudanzas se vertieron en la migración a otros pueblos, ciudades y a Estados Unidos; no faltó el intento de restauración parroquial por parte del obispo con un nuevo párroco que encontró serias dificultades para erradicar las "pasiones venenosas de San José". Es interesante el hecho de que el único sacerdote que logró recuperar parte del carisma religioso antes hegemónico, fue el padre Federico, caudillo comprometido con la causa cristera y que a los

ojos de los católicos de la región, se la "supo jugar con ellos en el momento preciso".

En el universo de San José de Gracia una vez que pasaron los tiempos levíticos y cristeros, entró de lleno el predominio de la modernidad encabezados por sus valores individualistas, competitivos, y seculares. No es que antes estuvieran ausentes, pero si supeditados a otra forma de concebir y practicar las relaciones sociales y comunitarias. Después de una larga y variante trayectoria San José se integró a la aldea mundial en donde los carismas cambiaron y la ambición política se hizo patente en una nueva arena de lucha que fabrica consensos, matiza la desigualdad social y dificulta las posibilidades de comunión en el terruño.

Enseñanza de un Pueblo en vilo

En la primera edición de su libro Don Luis escribe:

> Todos los pueblos que no se miran de cerca con amor y calma son un pueblo cualquiera, pero al acercarseles el ojo (...) cargado de simpatía, se descubre en cada pueblo su originalidad, su individualidad, su misión y destino singulares, y hasta se olvida lo que tiene de común con otros pueblos. (p.16)

México es un mosaico de pueblos en vilo. La microhistoria de San José de Gracia es un testimonio para recordarnoslo y para indicar que si es posible recuperar las utopías cotidianas, ensamblarlas en un texto y convertirlas en un espejo de conocimiento y descubrimiento.

A casi veinticinco años de haberse publicado *Pueblo en Vilo* ha habido varios intentos y productos académicos que retoman la microhistoria como eje para reconstruir y comprender el sentido que los propios protagonistas le dan a su historia. Pero me parece que la obra de Don Luis propone un proyecto de conocimiento en el que tienen cabida los saberes cotidianos, las experiencias personales, y las creencias religiosas y profanas de la gente, no tanto como objeto de información para el "estudioso" sino como materia de reflexión y encuentro para la sociedad misma. En este sentido tengo presente la experiencia de un equipo de alfabetizadores que en 1974 leíamos a Paulo Freire junto con *Invitación a la microhistoria y Pueblo en Vilo* para producir nuestro material de trabajo con los campesinos que viven en una sierra cercana

al Pico de Orizaba. Recuerdo muy bien que el provecho que en ese momento logramos de ambos libros fue comprender en la práctica lo que Freire escribía acerca de que nadie enseña a nadie por tener una posición diferente sino que todos aprendemos de todos. Y el hilar recuerdos, aflorar sentimientos, reconocer experiencias y redescubrirse como parte del mundo fue lo más importante en esa tarea de alfabetización.

Creo, en el sentido de certeza al que me referí anteriormente, que *Pueblo en Vilo* y muchas otras obras e intentos anónimos similares tienen un papel importante para la formación de una conciencia comunitaria y social, que bien podría ser uno de los pocos referentes contra las fabricas de consensos y de realidades virtuales que avanzan a un ritmo impredecible y nos sumen en el anonimato, la igualdad masiva y la identidad corporativa.

Deseo, finalmente, que la sabiduría de los patriarcas y matriarcas que escriben libros, cuentan cuentos o enseñan su experiencia en silencio, no nos sean indiferentes a las generaciones que en este presente tenemos la responsabilidad de construir un futuro que tememos, azora y deslumbra como le sucedió a los rancheros que contemplaron la aurora boreal hace un siglo en las lomas de lo que ahora es San José de Gracia.

Y para comenzar, gracias Don Luis y Doña Armida por las enseñanzas vertidas en *Pueblo en Vilo* y a ustedes por escucharme.

Bibliografía

ELIADE, Mircea
1989 *Imágenes y Símbolos [1955]*, Madrid, Taurus, Colección Ensayistas, No.1.
GONZALEZ y GONZALEZ, Luis
1968 *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, Colección Nueva Serie, No.1.
1973 *Invitación a la Microhistoria*, México, SEP, SepSetentas No.72.
1984 *Zamora*, 2a. edic., Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán/ CONACYT.
HELLER, Agnes

1979 *Sociología de la Vida Cotidiana,* Barcelona, Península.
MONTEMAYOR, Carlos (traductor y editor)
1987 *La Poesía de Los Goliardos. Carmina Burana*, México, SEP, Colección Cien del Mundo.
WEBER, Max
1977 *Economía y Sociedad* [1964, 2a. edic. español], México, Fondo de Cultura Económica.

TAMBIEN CLIO ES UNA MUSA

Herón Pérez Martínez

Junto y escribo en el sosiego de la madrugada; de las cuatro a las nueve. En la tarde, Armida toma las hojas escritas por la mañana; corrige deslices, propone enmiendas, mete la mano en todo lo que considera indispensable y se pone a teclear. A causa de Armida no me siento responsable único de estos apuntes. Pueblo en vilo. ([1])

UNA LECTURA

La *Teogonía de Hesíodo* empieza con un himno a las musas, hijas de Zeus y de Mnemósine, la memoria. Moradoras del monte Helicón de Beocia al pie del cual el poeta pacía sus corderos, un día las musas se presentaron ante él, le enseñaron el arte de la poesía, y, con palabras muy parecidas a las que, por la misma época, servían para la consagración de los viejos profetas de Israel, lo consagraron poeta, lo inspiraron y lo enviaron a cantar las cosas del pasado y las cosas del futuro, las historias de los dioses, héroes y personajes de todas clases que participaban de la vida cotidiana de la antigua Beocia.

Se me ocurre empezar, dada la ocasión, por este viejo texto de Hesíodo del día de su consagración como poeta-profeta, y cambiando el monte Helicón de Beocia por esta "loma que se levantaba enfrente de las casas del Llano de la Cruz, hacia donde se pone el sol, nomás pasando el arroyo ...<otrora> llena de nopales, magueyes y huizaches" ([2]), leer aquí, en el ahora San José de Gracia, "el pueblo en vilo", las mismas palabras que las musas le dirigieron a Hesíodo:

Nosotras somos las que sabemos contar muchas mentiras que

---

[1].- Luis González, *Pueblo en vilo*, tercera edición, México, El Colegio de México, 1979, p. 13. En adelante citaré esta edición y me referiré a ella con las siglas PEV.

[2].- PEV, 83.

> parecen verdades; y sabemos también, cuando queremos, proclamar la verdad. Eso dijeron --continúa Hesíodo-- las de veraz palabra, hijas de Zeus. Tomaron luego un hermoso ramo de verde laurel que ellas mismas arrancaron, y me lo dieron como cetro; y me dotaron de una voz divina, inspirada, para que cantara el pasado y el futuro, y me mandaron honrar la estirpe de los hombres ilustres de siempre, y que a ellas las invocase siempre al principio y al final de mis cantos. ([3])

Se me ocurre, sí, pensar en *Pueblo en vilo* como una teogonía ranchera: parte poesía, parte historia, parte historias de dioses y héroes locales transmitidas de boca en boca al estilo de la más genuina tradición oral, madre de todas las literaturas. Y si de la escritura de *Pueblo en vilo* se trata, ¿por qué no imaginar un Hesíodo josefino? Que se trata de arte literario, lo dice el mismo autor:

> la historiografía local, como biografía, parece estar más cerca de la literatura que los otros géneros históricos, quizá porque la vida concreta exige un tratamiento literario, quizá porque la clientela del historiador local es alérgica a la aridez acostumbrada por los historiadores contemporáneos. El redactor de una historia local debiera ser un hombre de letras. Yo me hubiera contentado con el empleo de las formas expresivas de la comunidad estudiada. Lo intenté, pero al releer el manuscrito he caído en la cuenta de que en San José no se habla así. ([4])

Me propongo, pues, mostrar algunos aspectos de este "tratamiento literario" que *Pueblo en vilo* ha dado a la vida cotidiana de San José de Gracia, al historiarla. Después de todo, como dice el autor, "Clío es una musa". Y, sí, ¿por qué no? si Clío, a quien la iconografía representa coronada de laurel con un rollo en la mano y una caja de papeles al lado,

---

[3].- Versos 22-34, cfr. Paola Vianello de Cordova, *Hesíodo, Teogonía*, Estudio general, introducción, versión rítmica y notas, México, UNAM, *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, 1978, p 2; cfr., además, págs. CXIII y sgs. Cfr. también Hesíodo, *Los trabajos y los días. La teogonía. El escudo de Heracles*, versión establecida a la vista de los textos más autorizados, prólogo, presentación y estudio de los poemas, notas e índice de nombre spropios, por María Josefa Lecluyse y Enrique Palau, Barcelona, Editorial Iberia, 1972, pp. 95ss.

[4].- PEV, p.11.

es la musa que preside la poesía épica y la historia; si, según Plutarco, Clío preside el amor a la gloria; y, en fin, si Clío es una musa, ¿qué de raro tiene que el arte de escribir historia tenga que ser un arte literario? Nada raro, porque desde siempre nos hemos acostumbrado a encontrar a Heródoto, Jenofonte, Polibio, Tucídides, Tito Livio, César, Salustio, Cornelio Nepote, Suetonio, Tácito y muchos otros más en los terrenos de la literatura. Nada raro, tampoco, cuando ya Theodor Mommsen (1817-1903), el brillante autor de la *Historia de Roma*, obtuvo en 1902 el premio Nobel de literatura. Lo raro, en todo caso, es la tecnocratización e industrialización del arte de escribir historia. Lo que sigue, son algunos breves retazos de la lectura de *Pueblo en vilo* que aquí propongo: una obra literaria.

LA ESTRUCTURA LITERARIA DE ***PUEBLO EN VILO***

Como San José de Gracia, *Pueblo en vilo* es un libro muy simétricamente trazado ([5]) En *Pueblo en vilo*, en efecto, hay "tres entradas" a las que corresponden "tres salidas" y un cuerpo de obra dividido también en tres secciones con tres momentos cada una: comunión, penitencia y mudanzas.

	Parte I: tres entradas	1.- Paisaje de montaña 2.- El caos primitivo 3.- Sociedad de vaqueros
Parte II	I El paraíso terrenal (Comunión)	1.- Los ranchos 2.- El pueblo: fundación 3.- Los ranchos y el pueblo
	II El pecado original (Penitencia)	1.- La revolución mexicana 2.- La revolución cristera 3.- La revolución agraria
	III El paraíso perdido (Mudanzas)	1.- La emigración 2.- La modernización 3.- Los ricos y los pobres

[5].- Se fijó el sitio exacto donde estarían la plaza y el templo. Con una yunta de bueyes, con surcos bien derechos se marcó el perímetro de la plaza y la manzana del templo; aquí se enterraron reliquias de santos; se trazaron otras siete manzanas rectangulares. Después todo mundo se fue a comer. PEV, 83. Baso mis observaciones, como ya he dicho, en la tercera edición.

Parte III: tres salidas	1.- Lo de siempre 2.- Dichos de siempre 3.- Epiloguillo y posdata

Tres partes, tres tres secciones cada una y en la parte central, cada una de las secciones dividida, de hecho, en tres tiempos ([6]). En la primera sección de la parte central, dedicada a la creación del mundo con la creación de San José de Gracia, predomina el solemne y hierático lenguaje mítico que imita ya al narrador yahvista, ya al teólogo arquitecto de la tradición sacerdotal, ambos del *Génesis* bíblico, ya, en fin, el lenguaje solemne del Popol Vuh.

Por lo demás, tres es un número muy frecuente en *Pueblo en vilo*: muchos de los acontecimientos que allí suceden vienen de tres en tres. Los vecinos del futuro pueblo van a Cojumatlán por cuestiones religiosas "unas tres veces en la vida". ([7]) Tres son los grupos de la "generación de la nevada", tres son las fundaciones del pueblo, ([8]) como tres son los años que dura la guerra entre liberales y conservadores bajo un riguroso esquema ternario. ([9]) También "la propiedad de la tierra seguía tres caminos: el de la división por herencia, el del acaparamiento y el del agrarismo". ([10])

Si hiciera caso al simbolismo que de aquí parece desprenderse, debería leer, sin más, que el San José de Gracia de *Pueblo en vilo* es el pueblo elegido, el punto donde se une el cielo con la tierra. Según Chevalier ([11])

> Tres es universalmente un número fundamental. Expresa un

---

[6].- También la tercera parte de esta sección central tiene, de hecho, un esquema ternario.

[7].- PEV, 39.

[8].- El padre Othón fue la figura principal en el acto definitivo de la fundación de San José. En el primer momento el personaje sobresaliente había sido el cura de Sahuayo, don Esteban Zepeda; en el segundo, fueron los vecinos del LLano de la Cruz, y en el tercero, el joven sacerdote, paisano del padre Zepeda, y como él, valiente, decidido y trabajador. PEV, 89.

[9].- El primero fue de victorias contrarrevolucionarias; el segundo de equilibrio de fuerzas, bandolerismo, robo, hambre, epidemias, oratoria política y literatura de combate, y el tercero, de grandes triunfos para el partido liberal y de la expedición de las segundas Leyes de Reforma. PEV, 50.

[10].- PEV, 170.

[11].- Jean Chevalier / Alain Gheerbrant *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Herder, 1986, *ad loc.*

> orden intelectual y espiritual en Dios, en el cosmos o en el hombre. Sintetiza la tri-unidad del ser vivo, que resulta de la conjunción del 1 y del 2, y es producto de la unión del cielo y la tierra.

En los mitos de fundación novohispanos el número tres tiene un valor simbólico muy importante: el prodigio que está a la base de cualquiera de los pueblos que tomaron conciencia de sí entre los siglos XVII y XVIII implicaba siempre un esquema ternario; tres días, tres personajes, un sorteo que recae tres veces sobre un mismo lugar. El sorteo que recae tres veces sobre un mismo sujeto, por ejemplo, significaba la elección de ese sujeto por la Virgen, Dios o, simplemente, el destino.

La primera parte de la sección central, la comunión, es, sin más, el *Génesis josefino*: está escrita en el lenguaje hierático de las cosmogonías con términos y estructuras tomados, sobre todo, de los relatos, tanto yahvista como sacerdotal, del paraíso terrenal, en la *Biblia*, y del *Popol Vuh*:

> Esta Eva y estos tres adanes, puestos "en el paraíso de delicias, para que le cultivasen y guardasen", le quitaron muchas alimañas y le metieron caballos y "gallinas y palomas y patos y vacas y ovejas y puercos y perros y gatos", y todo se crió y multiplicó en mucha suma. El pasto virgen alimentó animales domésticos que crecieron junto a "reptiles y bestias silvestres de la tierra". Los hombres de Extremadura levantaron jacales de techo en pendiente y a su alrededor plantaron árboles de España y de acá. "De este lugar de delicias <y calamidades> salía un río" y a él se juntaban varios arroyos que servían para abrevadero del ganado. Al río que va de cascada en cascada y entorpecido por piedras le pusieron río de la Pasión, y lo llamaron así "porque en medio de unos peñascos que hacen caja al río vieron pintadas las insignias de la Pasión de Cristo ... muy distintas y muy bien hechas, y tan distantes, así por arriba como por abajo, que sólo las miraron, pero ninguno las tocó; y al enseñorearse de las lomas y los cerros que desaguaban en el río de la Pasión, les pusieron nombres. Una estancia se llamó como el río; a otra se le dijo del Monte, y al cerro que

presidía los largos potreros de Larios, al llamado antes de Juruneo, se le nombró cerro de Larios. Al panorama de montañas, al fondo verdiazul de la meseta se le puso Sierra del Tigre. ([12])

Las resonancias son muchas y claras: algunas son citas literales:

Cuando Yahweh hizo la tierra y el cielo, no había aún matorrales en la tierra, ni brotaba hierba en el campo, porque Yahweh no había enviado lluvia sobre la tierra, ni había hombre que cultivase el campo. Sólo un manantial salía del suelo y regaba la superficie del campo...Plantó Yahweh un jardín en Edén, hacia el oriente, y colocó en él al hombre que habí a modelado...En Edén nacía un río que regaba el jardín... Vió Elohim que la luz era buena, y separó la luz de la tiniebla: llamó Elohim a la luz "día" y a la tieniebla "noche"... a la bóveda la llamó "cielo"... a los continentes "tierra", y a la masa de las aguas la llamó "mar"...

Primero se formaron la tierra, las montañas y los valles; se dividieron las corrientes de agua, los arroyos se fueron corriendo libremente entre los cerros, y las aguas quedaron separadas cuando aparecieron las altas montañas...Luego hicieron a los animales pequeños del monte, los guardianes de todos los bosques, los genios de la montaña, los venados, los pájaros, leones, tigres, serpientes, culebras, cantiles, guardianes de los bejucos...Tú, venado, dormirás en la vega de los ríos y en los barrancos... Y de esta manera se llenaron de alegría, porque habían descubierto una hermosa tierra, llena de deleites, abundante en mazorcas amarillas y mazorcas blancas y abundante también en pataxte y caco, y en innumerables zapotes, anonas, jocotes, nueces, matasanos y miel. Abundancia de sabrosos alimentos había en aquel pueblo.

Esta primera sección, la de la comunión, está, como se ve, está dedicada a la creación de San José de Gracia, el nuevo paraíso terrenal.

[12].- PEV, 29-30.

Si bien los nombres de las secciones en la parte central, "comunión", "penitencia" y "mudanzas", aunque vocablos sacramentales, de hecho equivalen a "paraíso terrenal", "pecado" y, la tercera, presenta al josefino desterrado del paraíso terrenal. "Mudanzas" es un vocablo ambivalente: es el regreso y es también la huida como castigo; puede tratarse de un mudarse hacia allá, "afuera", o un mudarse hacia acá, hacia "adentro": puede tratarse tanto de un simple cambio externo de lo superficial, como una mudanza interior, una conversión o metánoia, un cambio de mentalidad; puede, en fin, tratarse ya de un nuevo comienzo, ya como de una desbandada. Tanto la estructura como el vocabulario sugieren ya la dispersión del hombre arrojado del paraíso terrenal como castigo del pecado, ya la leyenda quenita del judío errante. Como se sabe, la polisemia es una de las características del lenguaje literario. Por esa ambivalencia de las mudanzas, se trata de un "pueblo en vilo", siempre "a punto de ser y dejar de ser" ([13]) :

> una comunidad en vilo, en situación insegura, inestable frágil, precaria, de quita y pon, prendida con alfileres, en tenguerengue, en falso, sin apoyo en la tierra .([14])

EL HABLA LITERARIA DEL OCCIDENTE MEXICANO

En una lengua se dan muchos tipos de codificiones. La primera de ellas es el léxico: una comunidad de hablantes va formando su vocabulario de acuerdo con sus intereses. Las cosas que a un pueblo no interesan no tienen nombre. Las palabras, pues, son codificaciones no sólo de la experiencia compartida por un pueblo, sino de sus intereses. El hablar de un pueblo, por eso, tiene mucho que ver con su medio ambiente; de allí la formación de hablas regionales que se gestan al compartir cosas tan vitales y cotidianas como el clima, la experiencia del medio ambiente, la historia, los intereses, la domesticación del medio ambiente y, en general, ese conjunto de pequeñas pero muy importantes cosas banales de la vida cotidiana que conforman eso que se suele llamar cultura.

En todo hablar siempre tiene lugar un proceso de traducción de la propia experiencia a términos de la experiencia colectiva: sólo en esas

[13].- PEV, 407.
[14].- PEV, 398.

condiciones se puede hablar. Cuando un interlocutor no tiene ninguna referencia de la realidad de que se habla, no puede descodificar el mensaje, no entiende, sólo podrá hablar de ello de una manera muy imperfecta y limitada: como un ciego de nacimiento oyendo hablar de la pintura impresionista. Cuando alguien quiere hablar con su interlocutor de una realidad no codificada tiene que usar los códigos compartidos y mediante ellos aproximarse a su propia experiencia y hablar de ella. Allí entra el lenguaje metafórico: se traduce la experiencia singular a códigos conocidos por el interlocutor. Como en la poesía o en el discurso místico, por ejemplo.

Desde luego, en una lengua se dan otros tipos de codificaciones: la manera de combinar las palabras o sintaxis, giros, modismos, frases hechas, expresiones abinadas a un sistema de circunstancias y, por supuesto, las diferentes hablas o tradiciones en que se realiza históricamente una lengua. Estas maneras de hablar concretas, o tradiciones, constan de un léxico, una lógica y una axiología; tienen una buena cantidad de estructuras verbales fijas que traducen hechos constantes de la realidad extralingüística a la que se refieren; se trata de fórmulas más o menos endurecidas, de tipo tradicional y que, en su conjunto, constituyen tradiciones verbales muy específicas.

Barthes ha dicho, con razón, que una lengua es circunscripción, que encierra, que es un círculo, un horizonte: que una lengua es un corpus de prescripciones y hábitos común a todos los escritos de una época. En ese caso, el principal espacio que queda para la creación es el que deja la posibilidad de ceñirse a una tradición o a otra; de hacer una elección dentro del variado paradigma en vez de otra; de asunmir un lenguaje, en vez de otro. El otro horizonte es el estilo. Sus elementos --imágenes, elocución y léxico-- nacen del cuerpo y del pasado del escritor quien a fuerza de arte los convierte en automatismos: el estilo es un lenguaje autárquico cuyo universo está constituido por la mitología personal y secreta del autor. ([15]) Para acabar pronto y ya viniendo al texto que nos congrega, diría que *Pueblo en vilo*, como su autor lo confiesa, está cifrado en clave literaria; y, en concreto, que prefiere el habla literaria del occidente mexicano al habla del historiador profesional:

---

[15].- Roland Barthes, *El grado cero de la escritura*, séptima edición, México, Siglo XXI, 1985, pp. 17ss. Véase también, Herón Pérez Martínez, "En torno al pensamiento barthesiano", en *Deslinde*, Núm. 1, Vol. 1, pp. 14 y sgs.

> Se sacó mucho más de libros no históricos, aun cuando las notas de pie de página hagan pensar lo contrario. Estos apuntes reconocen su deuda con Agustín Yáñez por *Al filo del agua* y *Las tierras flacas*, Juan José Arreola por *La feria*, y Juan Rulfo por *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*. ([16])

Borges ha dicho que "cada escritor crea a sus precursores". Cada obra, sí, traza su propia tradición, se adscribe a ella: *Pueblo en vilo* está adscrito, sin duda, a esta tradición literaria que podríamos llamar la tradición oralizante del occidente mexicano, cuya fuente más abundante y variada es la más amplia tradición literaria del agro mexicano. Se trata de un lenguaje plástico, de estilo ranchero, que gusta, como decía Lutero, de "verle el hocico al pueblo", de recoger palabras llanas, que le da por llamar "al pan, pan, y al vino, vino"; que se complace en estilizar expresiones rancheras, en recuperar ruidos ya dándoles el rango de palabras mediante originales onomatopeyas, ya ensayando combinaciones; otras veces reproduce fragmentos del habla popular a base de sonoridades; otras más, reproduce icásticamente la misma realidad. En general esta tradición literaria oralizante del occidente mexicano se complace en engalanar profusamente su discurso escrito con muchos de los encantos de la lengua hablada bajo el principio azoriniano, citado por *Pueblo en vilo*, de que "las admiraciones de gente humilde valen tanto como las de las gentes aupadas" ([17]).

Don Luis está muy consciente de la tradición literaria en que se enclava su *Pueblo en vilo*. Si bien analogía no implica genealogía, muchas de su páginas evocan de diversas maneras ya a Yáñez, ya a Arreola, ya a Rulfo; otras están cifradas en una especie de ironía que no deja de recordar la del guanajuatense Ibargüengoitia; hay quien encuentra en *Pueblo en vilo* voces de José Rubén Romero; alguien más le encuentra parecidos con *La parcela* de José López Portillo y Rojas. Hay otras voces, parecidos, evocaciones: son las voces de la tradición que se funden, a veces, con las del habla. No se trata, pues, de imitación: se trata de una misma escritura, una escritura literaria común que, por lo demás, viene de muy lejos, como suelen hacerlo las tradiciones.

---

[16].- PEV, 7.
[17].- PEV, 15.

Dada la ocasión, quiero explorar someramente algunas de las líneas de la tradición trazadas explícitamente por el mismo autor. En efecto, varias páginas de *Pueblo en vilo* recuerdan mucho a *Las tierras flacas* de Yáñez; no sólo es el mismo léxico, cosa natural si en la misma región se habla de las mismas cosas, sino también es la misma hechura: párrafos llenos de nombres, casi sin adjetivos, en forma de listas de cosas con sus nombres caseros, interrumpidas, de vez en cuando, con comentarios o explicaciones; y luego esa lista de refranes ([18]) al puro estilo de *Las tierras flacas*. A guisa de ejemplo cito este par de páginas:

PEV:

> La cocina se llenaba con un pretil de de dos hornillas, cántaro, comal, ollas, jarros, metate, apazte, cucharón de madera, molcajete, tejolote y artesa. Del agarabato se hacía tender la carne. En el zarzo de carrizo, sostenido del techo por sus cuatro esquinas con mecates, se maduraba el queso. En un rincón se guardaban el maíz y el frijol; en otro, la leña seca... ([19]) Casi todo el maíz, una vez desgranado, lo convertían en tortillas, pero no dejaban de hacer atole blanco (la bebida del tiempo de secas), corundas, elotes cocidos o tostados y sopas de elote, toqueras y tamales. Los frijoles de la olla refritos eran el final de las tres comidas. Las calabazas se comían tatemadas o en tacha (cocidas con piloncillo o miel de abeja). Otros alimentos vegetales que se consumían cocidos eran las pencas tiernas del nopal, las verdolagas, los hongos y las flores de calabaza. Las tunas, duraznos, charagüescas y el aguamiel iban crudos al estómago. ([20])

LTF:

> Cuatro comidas en forma e incontables *tentenpiés*. Desayuno: chocolate, leche, galletas, tamales, taco de sal, cuando se levanta de la cama; después, el almuerzo: carne, chilaquiles,

[18].- PEV, 307-308.
[19].- PEV, 41.
[20].- PEV, 61 y 101.

huevos, frijoles refritos con longaniza o chorizo, hartas tortillas; entre una y dos, la comida: cocido, principio, carne, frijoles, en platos copeteados, con abundancia de gordas; hacia las ocho de la noche, la cena: chocolate de leche, leche, carne, frijoles, más tortillas, y, frecuentemente, pollo, enchiladas, pozole, sopes, birria, patas de puerco, tostadas. ([21])

PEV:

En aquella década no hubo ninguna epidemia mayor. Ciertamente murieron, como siempre, muchos niños y no pocos adultos. Según el libro de muertes de la parroquia de Cojumatlán eran causas de mortandad dolores de costado, diarreas y disenterías, piquetes de víboras y alacranes, machetes y espadas, dolores de ésto y de aquello, y muy rara vez las fieras, quizá los lobos, contra los que se combatía encarnizadamente. ([22])

LTF:

Por acá ni cuándo se conocían de antes tales enfermedades, ni las viruelas, que a la mitad de la gente que acá vive han puesto cucarachos; en el rumbo se moría de derrames de bilis o cerebrales, dolor de ijada, de mal de orina, de vejez, y las mujeres, de parto o de sus consecuencias; muertes naturales, porque de algo se ha de morir uno; pero allí muchos aventureros fueron trayendo poco a poco esas pestilencias contagiosas, infestando los ranchos, que siempre fueron sanos, de buen clima, sin esos castigos de Dios.. ([23])

Los parecidos de *Pueblo en vilo* con la escritura rulfiana, aunque siempre estén cifrados y en el fondo formen parte, como se ha dicho, de la misma habla literaria del occidente mexicano, son más variados y de índole diversa: tendencia al esquematismo y a la concisión, retórica del

---

[21].- Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*, sexta edición, México, Joaquín Mortiz, 1977, p. 43.
[22].- PEV, 40.
[23].- *Las tierras flacas, op. cit.* pp. 27-28.

sonido, quiasmos, inclusiones, palabras-eslabón, anuncios de tema. También, desde luego, abundan las similitudes temáticas y otras no tan temáticas. Ya Northrop Frye, en su excelente libro *El gran código*, ([24]) ha mostrado, "desde el punto de vista de un crítico literario", eso es él, que "las imágenes y la narrativa bíblicas... forjaron una estructura imaginativa en la cual se desarrolló la literatura occidental hasta el siglo XVIII, y en gran medida hasta nuestros días" ([25]). Esta influencia de la *Biblia* en la imaginación occidental se muestra según Frye, en el uso de nombres simbólicos como Adán, Eva, Israel y de una serie de imágenes concretas como montaña, río, ciudad, monte, jardín, árbol, aceite, vino, mieses, leche, oveja, pastor, novia, fuente y muchas otras que al repetirse constantemente se convierten en principio unificador y, por tanto, principio de forma ([26]). Frye, de acuerdo con Blake, considera la religión como la fuente más importante de la creatividad humana y asume con él que "el Antiguo y el Nuevo Testamento son el Gran Código del Arte" ([27]) De aquí toma el título de su libro.

Pues bien, el empleo profuso del código literario bíblico es otra de las características de esta escritura del occidente mexicano y fuente, por ejemplo, de importantes encuentros de *Pueblo en vilo* con obras literarias como la rulfiana. Por ejemplo, San José, como la Comala evocada por Dolores Preciado en *Pedro Páramo,* aparecen descritos en términos de la tierra que mana leche y miel, la tierra prometida:

PEV

> De las vacas obtenían, en el temporal de lluvias, queso, y en las secas, cueros; la apicultura les daba cera para blanquear, y la raspa de los mezcales, aguamiel y aguardiente...Una vivienda ocupaba el centro de un corral poblado de árboles, gallinas, colmenas, puercos, burros y el caballo. Casi siempre contiguo al corral estaba el ecuaro donde se sembraba con azadón el maíz de los elotes. El maíz para las tortillas se cultivaba con arado en

[24].- Editorial gedisa, Barcelona, 1988, 281 páginas.

[25].- *Op. Cit.* p. 11.

[26].- Claude Tresmontant en *Ensayo sobre el pensamiento hebreo*, Taurus, Madrid, 1962, menciona entre las categorías típicas del pensamiento hebreo la creación, el tiempo, la eternidad y lo sensible, por ejemplo.

[27].- *Op. Cit.*, p. 16.

la milpa. En el ecuaro y en la milpa, entre las matas de maíz, se hacía crecer frijol, calabaza y tomate. Lo restante, lo más de la tierra era pasto de las vacas. El maíz, el frijol, las reses y la miel les daban de comer con sencillez y abundancia . Las mujeres preparaban los alimentos; también hilaban, tejían y cosían los vestidos ordinarios; ayudaban al hombre en milpas y ordeñas y lidiaban a las criaturas y los animales domésticos. ([28])

PP

Hay allí... la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro ... ([29]) Llanuras verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas, el rizar de la tarde con una lluvia de triples rizos. El color de la tierra, el olor de la alfalfa y del pan. Un pueblo que huele a miel derramada... No sentir otro sabor que el del azahar de los naranjos en la tibieza del tiempo. ([30]) Todas las madrugadas el pueblo tiembla con el paso de las carretas. Llegan de todas partes, copeteadas de salitre, de mazorca, de yerba de pará. Rechinan sus ruedas haciendo vibrar las ventanas, despertando a la gente. Es la misma hora en que se abren los hornos y huele a pan recién horneado... ([31]) Allá hallarás mi querencia. El lugar que yo quise. Donde los sueños me enflaquecieron. Mi pueblo, levantado sobre la llanura. LLeno de árboles y de hojas, como una alcancía donde hemos guardado nuestros recuerdos .... ([32])

Sin embargo, una de las características de esta habla la constituye lo que podríamos llamar la retórica del sonido y que produce, entre otras cosas, lo que Agustín Yáñez llama "la prosa musical" ([33]). A la pregunta de Emanuel Carballo de en qué consiste esa prosa musical, Yáñez responde:

---

[28].- PEV, 41.42.

[29].- Juan Rulfo, *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, México, Origen / Seix Barral, p. 4. Nuestras citas se harán, en lo sucesivo, de acuerdo con esta edición.

[30].- *Op. Cit.*, p. 17.

[31].- *Ibid.* p. 42.

[32].- *Ibid.*, p. 53.

[33].- Emanuel Carballo, "Agustín Yáñez", en Helmy F. Giacoman, *Homenaje a Agustín Yáñez*, Madrid, Anaya/Las américas, 1973, p. 21.

> La prosa musical es en mí un tanto instintiva. Cuando escribo trato de dar a las palabras, a las frases, a los períodos, ciertos valores eufónicos que conjuntan la melodía y el ritmo verbales. Creo que la prosa debe realizar estos valores, que aunque no constituyen su naturaleza, se encuentran siempre en los grandes escritores. Recuerdo que en Guadalajara frecuentemente recitaba en voz alta fragmentos de *La Celestina*; también leía en voz alta páginas de Azorín.

Pueblo en vilo está escrito así. Y este es uno de los lugares de su encuentro con Rulfo, Yáñez, Arreola, López Velarde, García Márquez, Azorín, Pereda, Miró. No es el momento de documentar la extensión de esta habla, parte concierto, parte magia de cuento de hadas, parte lenguaje hierático de cosmogonía. Si no lo ha hecho ya, alguna tesis doctoral, en alguna parte, se encargará de hacerlo. Como apunte, vaya una mención de las afinidades literarias que el lector va encontrando en *Pueblo en vilo* con *Cien años de soledad*. Son varias y de distinta índole: el San José de Gracia que emerge de *Pueblo en vilo* parece una de las caras del Macondo. Hay aires de *Pueblo en vilo* que evocan alguna página de *Cien años de soledad* o viceversa. Por ejemplo, los respectivos episodios de los inventores:

> Juan fue dueño de variados talentos y exploró varios oficios: la herrería, la fabricación de jabones, la medicina, la cirugía y otras artes mecánicas. Era imperioso para los campesinos averiguar el curso de las lluvias, saber cuándo empezarían las las aguas y cuándo llovería y cómo. Don Juan inventó un sistema de pronósticos. Exigían las mujeres algo que las liberara de la esclavitud del metate; don Juan se ingenió para construir un molino de piedra, un molinito casero que remoliera el nixtamal. Carecía la región de alguien que supiera los secretos para toda clase de dolores y padecimientos. Don Juan se aplicó al arte de la medicina; llegó a saber el uso de multitud de mixturas, jarabes y aceites. ([34])

[34].- PEV, 79.

Este inventor josefino, no deja de parecerse a de José Arcadio Buendía, el patriarca de *Cien años de soledad* "que cambió su mulo y una partida de chivos" por un par de imanes para buscar oro o que compra "una lupa del tamaño de un tambor" como arma de guerra:

> José Arcadio Buendía --dice García Márquez--, que era el hombre más emprendedor que se vería jamás en la aldea, había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo, y trazó las calles con tan buen sentido que ninguna casa recibía más sol que otra a la hora del calor. En pocos años, Macondo fue una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus 300 habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de 30 años y donde nadie había muerto. ([35])

No sólo el ritmo es elemento de coincidencia entre la escritura de Rulfo y *Pueblo en vilo* sino esa importancia que concede a los sonidos en todos los niveles del texto hasta lograr esa prosa musical en que está escrito. Fuera de análisis de ritmos, simetrías acústicas y eufonías, impropios de la ocasión, quizás baste un ejemplo: los sonidos del San José de Gracia aún paraíso.

> Los solaces musicales de cada día estaban a cargo del piar de las golondrinas, los quiquiriquíes madrugadores, el interminable afinamiento de los violines por parte de los grillos y todos los relinchos, las bramas, rebufes, ladraduras, gruñimientos, miaus, ronroneos, rebuznos, aullidos, cacareos, píos, roncas y cucúes. Aquí comenzó el clamoreo de las campanas cuando don Camilo Ocaranza las fundió hacia 1895. En adelante sus toques, repiques, plañidos, dobles, rebatos, apeldes y ágelus le indicaban a la feligresía los quehaceres del momento. También la vieja música de los cuernos fue significativa. Las campanas eran las cornetas de órdenes para toda la población; el cuerno enviaba

[35].- Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, México, Diana, 1986, p. 15.

> mensajes a un individuo o a auna familia. Su sonido era audible a gran distancia. Estaba asociado a la noche, como las canciones que grupos callejeros entonaban, en la oscuridad, con voces aflautadas, durante los meses de elotes y cosechas. Esos coros nocturnos, melancólicos, lúgubres, eran el reverso del coro femenino que acompañaban misas y rosarios solemnes, difería también de las voces que día a día cantaban el "alabado". Los sones eran otra cosa; su música la desparramaba, en día de fiesta general, el arpa, las guitarras y el coro del mariachi, el tambor, pocas veces oído, alebrestaba los ánimos. Fue inolvidable el festival de tambores y violines que durante todo un mes no dejó de retumbar y chillar en la casa de Campo de don Epifanio Arias. ([36])

Esta hermosa página de *Pueblo en vilo*, concierto de sonidos y de sonido, está cifrada en esa hermosa "prosa musical", verdadera retórica del sonido, tan propia, sí, de "los grandes escritores", pero de cuño tan frecuente en esta tradición literaria del occidente mexicano. Al "pum pum" de la revolución y al "trac trac de la matraca" ([37]) de *Pueblo en vilo*, corresponde, por ejemplo, el "plas plas y luego otra vez plas" en *Pedro Páramo*, en textos como: "El agua que goteaba de las tejas hacía un agujero en la arena del patio. Sonaba: plas plas y luego otra vez plas, en mitad de una hoja de laurel que daba vueltas y rebotes metida en la hendidura de los ladrillos." ([38]) Al concierto de sonidos de San José corresponde un concierto de ecos en Comala:

> Este pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando caminas, sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reir. Y voces ya desgastadas por el uso. Todo eso oyes. Pienso que llegara el día en que esos sonidos se apaguen... Hubo un tiempo que estuve oyendo durante muchas noches el rumor de

[36].- PEV, 111-112.
[37].- PEV, 113.
[38].- Rulfo, 10-11.

> una fiesta. Me llegaban los ruidos hasta la Media Luna. Me acerqué para ver el mitote aquel y vi ésto: lo que estamos viendo ahora. Nada. Nadie. Las calles tan solas como ahora...Este pueblo está lleno de ecos.

Y luego está el Arreola de *La feria* y el Arreola de todo con su arte de escribir monólogos y llamar a las cosas por su nombre; de reproducir el habla popular e hilvanarla creando una gran tensión narrativa en espacios minúsculos; malabarista de la narración, con salidas fantásticas producto de una imaginación ilimitada, sin tabúes; libertad creadora, sin barreras, que no se avergüenza de echar mano de lo fabuloso, y para quien escribir es una forma de jugar, de divertirse, de divertir al lector: todas ellas marcas de *Pueblo en vilo.*

Hay en *Pueblo en vilo*, además, padrinazgos literarios menores reconocidos unos y no ventilados otros. Entre los primeros, hay que mencionar a Alfonso Reyes, Carlos Fuentes, Domingo Faustino Sarmiento, José Hernández con su *Martín Fierro*, Alfonso Junco, Jorge Gram, *Los supermachos*, el jerezano Ramón López Velarde, Antonio Machado y el ya referido Azorín. Entre los segundos, está el del también michoacano José Rubén Romero, el de José López Portillo y Rojas, don José María Pereda o de Gabriel Miró. Incursionar aquí en este tipo de padrinazgos, amén de impropio, dada la ocasión, "es harina de otro costal".

Por lo dicho, es andar descubriendo el agua tibia el presentarse aquí con la nueva de que Pueblo en vilo es un texto literario cifrado en los recursos y técnicas de las mejores tradiciones literarias. A riesgo de competir con el ilustre antepasado que descubrió el Mediterráneo, el hilo negro y la utilísima agua tibia, he de decirlo, sin embargo: *Pueblo en vilo*, sí, es una obra literaria. Una elegante y bien hilvanada escritura; un riquísimo vocabulario expresivo, certero, variado y creativo. La atención del lector es mantenida en vilo por una bien armonizada conjunción de relatos y descripciones, sazonados ambos con una muy extensa e imaginativa gama de los más variados recursos del arte verbal.

EL ARTE VERBAL DE PUEBLO EN VILO

Pueblo en vilo alterna, en excelente equilibrio, el rico, variado y florido vocabulario de la tradición oral del occidente mexicano salpicándolas profusamente con elegantes vocablos del habla culta. El resultado es un

texto claro, como el habla del pueblo, y elegante. Una sintaxis bien trabada, sus cláusulas oracionales más cortas que largas, de tipo oralizante, de manera que un oyente normal no alcance a olvidar, cuando llega al final, lo que se dijo al principio. Aunque prefiere narrar sobre un fondo descriptivo que describir sobre una estructura narrativa, le gusta regodearse en la palabra, que entroniza en plena acción en plena acción. Por ello, *Pueblo en vilo* está más lleno de sustantivos y adjetivos que de verbos. Abundan las comparaciones y las metáforas. La viveza del texto le proviene, por lo general, de su carácter oralizante. Según Walter Ong:

> En una cultura oral, la restricción de las palabras al sonido determina no sólo los modos de expresión sino también los procesos de pensamiento. Uno sabe lo que puede recordar ([39]) ... Pero ¿cómo recuerdan las personas en una cultura oral? ... En una cultura oral primaria, para resolver eficazmente el problema de retener y recobrar el pensamiento cuidadosamente articulado, el proceso habrá de seguir las pautas mnemotécnicas, formuladas para la pronta repetición oral. El pensamiento debe originarse según pautas equilibradas e intensamente rítmicas, con repeticiones y antítesis, aliteraciones y asonancias, expresiones calificativas y de tipo formulario, marcos temáticos comunes (la asamblea, el banquete, el duelo, el "ayudante" del héroe, y así sucesivamente), proverbios que todo el mundo escuche constantemente, de manera que vengan a la mente con facilidad, y que ellos mismo sean modelados para la retención y la pronta repetición, o con otra forma mnemotécnica. El pensamiento serio está entrelazado con sistemas de memoria. Las necesidades mnmotécnicas determinan incluso la sintaxis. ([40])

Cosas más, cosas menos, por estos rumbos anda el arte verbal de *Pueblo en vilo*. Ante la imposibilidad de documentar las diferentes marcas de esta escritura, recojo una pequeña muestra, entre muchas otras:

---

[39].- Ong parte del adagio latino *tantum scimus quantum im memoria retinemus*.

[40].- Walter Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, traducción de Angélica Scherp, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 40s.

> Los rancheros llevaban una vida pobre, pero no penosa. Su ideal de hombre era sencillo. Entre las cosas dignas se citaba el sudor, el honor, el vigor, la bravura y la astucia. Se estimaban sobre todas las cosas las fuerzas físicas, la destreza en el manejo del caballo y la audacia. En el hombre no se veían mal los vicios del cuerpo: la embriaguez, la cópula extramarital, el dormitar a la sombra de un árbol y el tabaco. Fuera de las virtudes y vicios corporales, figuraba en la lista de su ideal el poseer privadamente tierra, mujer, ganado y oro. Por causa de las cosas poseídas tan a pecho nunca faltaron los altercados, las riñas y los homicidios. Por unos pasos de tierra, una mirada a la mujer ajena, el pasto que se comió la vaca dañera de fulanito y las monedas que le presté y no me devolvió zutanito, había duelos feroces. Con todo, el honor y la buena fama eran las virtudes más peligrosas y frecuentes. Lo normal era tratarse con respeto, pues la mínima irrespetuosidad salía cara. ([41])

En *Pueblo en vilo*, la responsabilidad del historiador suele descansar en amenos relatos salpicados de toda la pimienta de que es capaz la rica tradición oral ranchera del occidente mexicano. Las descripciones prefieren la poesía de alta escuela. Abundan en *Pueblo en vilo* las

a) Personificaciones:

> En suma, rodean al alto y extenso lomerío una *serranía* y *una media luna* de hondonadas acuosas y térreas. El lago de Chapala "es de quince leguas de longitud, de agua dulce y limpia y *se parece a la mar aún en enojarse como ella*". Por el rumbo del sureste, el "mar chapálico" se prolonga en una cauda de ciénagas, lagunas y valles. Por el lado del suroeste *le nace* una depresión "muy larga que en tiempo de lluvia está en gran parte cubierta de agua salobre, y en las secas descubre muy largos salitrales". Uno y otro cuerno

[41].- PEV, 66.

> tienen tierras llanas y "muy fértiles y de muchos pastos y donde se da y cría maíz, chile y frijoles" y toda clase de "frutas inusitadas de esta tierra": guamúchiles, guayabas, aguacates, ciruelas y zapotes blancos y prietos. En toda la *media luna* de plata y bronce el clima "toca más en caliente que en frío". La *sierra del Tigre*, donde "hace mucho frío", *la arropan* vastos pinares, produce "miel blanca muy buena" y "unos animalejos a manera de martas". ([42])

b) Hermosas metáforas: "pasaron remolinos de gente poseída por la fiebre de metales preciosos". ([43]) "Un millar de personas plantadas de por vida en su terruño". ([44]) "En tiempo de secas, por el fondo pedregoso de las hendiduras o barranquillas sólo corren hilillos de agua". ([45])
c) Neologismos afortunados: matonería, lectorio, San Pepesburgo, desbarbarizar.
d) Juegos de palabras:

> Vi y viví de cosas y casos...([46]) En fin, es un país fresco, ventoso, con bravo y breve temporal de lluvias, con larga temporada de secas y con "una luz resplandeciente que hace brillar la cara de los cielos"... Suelo mediocre, medio ocre, cascajoso, sin planicies que inviten al arado, con praderas aceptables para pastores y vaqueros. ([47])

---

[42].- Los vocablos surayados muestran otro de los recursos oralizantes de *Pueblo en vilo*: lo que Ong llama "las repeticiones o antítesis". En este ejemplo tenemos una repetición cruzada que forma una perfecta inclusión pero que, al mismo tiempo, tiene la forma de un quiasmo: una *serranía y una media luna*... en toda la *media luna*... la *sierra del Tigre*. Rulfo utiliza mucho estos recursos tanto en *Pedro Páramo* como en *El llano en llamas*. La cita está tomada de PEV, 20.
[43].- PEV, 26.
[44].- PEV, 40.
[45].- PEV, 20.
[46].- PEV, 10.
[47].- PEV, 21.

e) Aliteraciones abundantes:

> La mesa ondulada, ventosa, seca y reluciente tiene una vestidura vegetal sobria. Nada de vegetación bochornosa. Una buena dosis de árboles nudosos y arbustos protegidos por púas; una dosis mayor de zacate y plantas ratizas y aromáticas son el patrimonio verde de nuestro paisaje, "no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad" ... ([48]) Lo verde de la tierra se transforma en amarillo tirando a gris, y lo blanco del cielo en azul. ([49])

f) Alegorías. Es hermosa, la ya mencionada en otra parte alegoría del paraíso terrenal.

g) Frases rítmicamente elaboradas:

> Ni tierra de pan llevar, ni tierra de bosques. ([50]) Un río insconstante de rápida corriente y lecho profundo la corta de norte a sur. Varios arroyos, también de cauce hondo, confluyen en el río.

h) Profusa y variada incorporación de piezas literarias de la tradición oral.

Según su autor, los cuatro primeros capítulos de *Pueblo en vilo* están sustentados en tradiciones orales y el resto en lo que vivió y vió de casos y cosas. ([51]) El peso de la tradición oral en la obra es, pues, decisivo. Ello la convierte, aunque fuera sólo por eso, en un valioso documento de una literatura que, por su misma índole, es frágil sobre todo en un país como el nuestro donde es apenas incipiente el interés que despierta. Que *Pueblo en vilo* nació de la voz y de las voces, lo dice su autor; he aquí el cómo:

---

[48].- PEV, 22.
[49].- PEV, 21.
[50].- PEV, 21.
[51].- PEV, 10.

> Para recoger la tradición oral y la vida de hoy no se utilizó la técnica de las encuestas formales. Se conversó sin cuestionario; se hicieron entrevistas sin agenda. De la conversación libre con la gente de campo se obtuvo un gran provecho. Del centenar de informantes utilizados ninguno me informó más que mi padre, don Luis González Cárdenas, memorizador excelente que ha vivido fascinado por el recuerdo. ([52])

En efecto, *Pueblo en vilo* está condimentado con una buena dosis de tradiciones, cuentos, leyendas populares (sagas), refranes, canciones, estrofas de una poesía popular casi siempre de tipo satírico. Como el "cuento de la Pascuala", verdadera saga josefina:

> Esta madrugó antes que el sol, pero ese día en vez de ponerse a moler el nixtamal fue a recuperar el gallo puesto de cebo en la lobera. Cuando volvió el marido de la ordeña con muchas ganas de almorzar, encontró la casa sola. Como su mujer era joven y de verse, pensó que se había largado con otro, y salió enojadísimo a buscarla. Al pasar por la lobera y verla destapada se le ocurrió asomarse, cuál no sería su sorpresa cuando mero abajo del pozo vio a su mujer en compañía de un lobo y un coyote. ([53])

Al mismo rango pertenecen, por ejemplo, las sagas de la Jesusa. ([54]) Como estas, con frecuencia, recoge voces populares, coplas que suenan como música de un pasado que se sigue oyendo a retazos. Las voces de *Pueblo en vilo* son voces vivas tomadas de una vida cotidiana que parece existir en un permanente presente en donde el pasado aún huele a nostalgia y el futuro funciona como esperanza pura: por eso se los puede reconocer sin dificultad. Así, en *Pueblo en vilo* queda el canto del Alabado como vestigio de una poesía popular que había construido un mundo más real que el de todos los días, antídoto y refugio paradisíaco contra las penas del vivir.

---

[52].- PEV, 9-10.
[53].- PEV, 40.
[54].- PEV, 42-43.

a) Coplas religiosas como las gracias, cantos de comunión, el Angelus y, desde luego, El alabado ([55])

b) Una respetable colección de dichos josefinos que hacen que los campos y lomas de San José de Gracia de *Pueblo en vilo*, escenario de la vida cotidiana, se pueblen de personajes celestiales unos, infernales otros, de ultratumba otros más, que, con los vivos en turno, forman una sola comunidad atemporal que recorre el espacio josefino y que participa, como tal, en la vida diaria y en donde se dicen y oyen las mismas cosas de siempre:

> Aquí no ha llovido. Este año ha estado peor que los anteriores con eso del retardo de las lluvias; las vacas se están muriendo y las deudas creciendo. Ya nadie me da un trago de leche para mis criaturas. Pongo agua a calentar y les hago un te de hojas de naranjo o de lo que sea, y se los doy con alguna tortilla, y después de que se lo toman doy gracias a Dios por haber tenido con qué engañarles el hambre...Ya empezaron a soplar los vientos que se llevan las aguas, pero cómo hay flores en el campo. Unos dicen que el mundo se va a acabar con fuego; otros que con hielo. Yo creo que se va a quedar frío. Ya cayó la primera helada ([56])...

c) Refranes. Amén de una serie de refranes sueltos, entreverados aquí y allá con el discurso, *Pueblo en vilo* tiene tiene también su refranero, no faltaba más, pequeño catálogo de mandamientos josefinos:

---

[55].- Con Juan Bautista se encuentra
y de esta manera le habla:
¿qué no has visto tú pasar
al hijo de mis entrañas?
--Por aquí pasó, Señora
tres horas antes del alba,
cinco mil azotes lleva
en sus sagradas espaldas,
una túnica morada
y una soga en la garganta.
La Virgen oyendo ésto
cayó en tierra desmayada,
San Juan como buen sobrino
luego acudió a levantarla. (p. 113ss)

[56]..- PEV, pp. 390ss.

Enero y febrero, desviejadero, ([57])
Para todo mal, mezcal, para todo bien, también. ([58])
Es mejor malo por conocido que bueno por conocer. ([59])
Para que la cuña apriete debe ser del mismo palo. ([60])
Boda y mortaja del cielo baja.
Más sabe el diablo por viejo que por diablo.
Los dichos de los viejitos son evangelios chiquitos.
Suerte te dé Dios que el saber poco te importe.
Los hombres al campo y las mujeres a la cocina.
Entre santo y santo pared de cal y canto.
Primero es comer que ser cristiano.
Bienvendida hasta la catedral se vende.
Quien ha bebido en pocillo no vuelve a beber en jarro.
Atente al santo y no le reces.
Son muchos los diablos y poca el agua bendita.
Lo comido y lo gozado es lo único aprovechado.
Los muertos no vuelven. ([61])

d) Coplas profanas. A veces se trata de canciones populares como "La borrachita" o "Canción mixteca"; otras veces, son coplas hechizas, que andan de boca en boca al puro estilo de las tradiciones orales. Con frecuencia son piezas satirizantes; a menudo se trata de minúsculos documentos de la épica popular; a veces es un simple dictamen colectivo que zanja una cuestión o que sirve, simplemente, para dejar a salvo ya la moralidad ancestral, ya la verdad histórica colectiva:

Señores, pongan cuidado
lo que les voy a contar
se levantarán en armas
los de la Unión Popular. ([62])

* * *

[57]. PEV, 391.
[58].- PEV, 60.
[59].- PEV, 286.
[60].- PEV, 187.
[61].- PEV, 307-308.
[62].- PEV, p. 182.

Se subió para la sierra
a acabar con los cristeros;
se bajó que peloteaba
porque vio muy feos los cerros.

Nuestro plazo era muy corto
para nuestra retirada.
Todos decían ¿para dónde?
si está la lluvia cerrada

* * *

Izaguirre dio la orden
de que quemaran al templo,
y en el infierno arderá
con todo su regimiento

Año de mil novecientos
el veintisiete al contar
fue quemado San José
por gobierno federal

* * *

Ufemio, por tí lo digo,
el gato se te durmió,
en ese Cojumatlán
un valiente te mató. ([63])

* * *

Andan buscando la cita
pa largarse con el novio,
sin saber las pobrecitas
que su honor cubren de lodo. ([64])

* * *

[63].- PEV, p. 196.
[64].- PEV, p. 395.

Ello y técnicas así hacen de *Pueblo en vilo* un libro para ser contado y, sobre todo, para ser oído. Nace sonido y sigue siendo un sonido escrito: nace como amalgama de voces de tertulieros rancheros en torno a una fogata nocturna. Relato de narradores, *Pueblo en vilo* se oye bien, porque está escrito con mucho oído. Tanto como para seguir alimentando la tertulia al aire libre, en torno, otra vez, a una lumbrada contado por cuenteros de oficio y charladores al viejo estilo: *Pueblo en vilo* es encuentro de voces. Lo dicho: la literatura es un habla y *Pueblo en Vilo* un texto suyo.

En *Pueblo en vilo*, los personajes están vivos, las cosas están dotadas del encanto que les da "la pasión por el tema, o si se quiere, la simpatía" ([65]) con que son sacadas del desván polvoriento del pasado, maquilladas, puestas de nuevo a funcionar en un espacio también encantador en donde todo, hasta los vicios, la enfermedad, la muerte, las catástrofes, todo, marcha a pedir de boca. Probablemente la anámnesis ancestral, la memoria colectiva, el recuerdo vivo, el sentido de comunidad de un pueblo para con sus mayores despida, de por sí, esa simpatía y ese hechizo: en ese caso, es mérito de *Pueblo en vilo* el haberlo transmitido intacto. Pero creo que el encanto narrativo es marca del autor y, desde luego, de su criatura.

Es que Pueblo en vilo tiene el encanto de un cuento de hadas: las cosas van apareciendo, siempre a su tiempo, y, como debe ser, al son de la palabra mágica van ocupando su lugar. Como en los cuentos de hadas, hay uno que otro agente malo que por aquí y por allá ponen obstáculos que, en resumidas cuentas, sólo sirven para que los héroes y dioses josefinos realicen sus hazañas y resalten más. No obstante el nombre, en *Pueblo en Vilo* el mal es escaso y está siempre en función del bien. *El San José de Pueblo en vilo*, más que en vilo, es un pueblo que tiene la obligación de caminar al futuro como siempre se ha caminado allí hacia el futuro: siempre en línea recta y haciendo las cosas tal como quedaron establecidas en el tiempo luminoso de la creación original. Las visiones de *Pueblo en vilo* son idílicas; San José de Gracia es el pueblo de la abundancia, suspendido entre el cielo y la tierra, dotado del carisma de lo local, es un pueblo siempre vivo hasta cuando lucha con los aires fuereños de la modernización.

---

[65].- PEV, 10; cfr. también PEV,11 que habla de la "mucha simpatía" con que fue escrito.

UNA POSIBLE LECTURA

Eugenia Revueltas

Cuando Herón Pérez, titula a su trabajo sobre *Pueblo en Vilo* "También Clío es una musa" a partir de una frase del mismo Luis González, se hace hincapié en una de las características fundamentales del discurso histórico del autor josefino y que radica precisamente en la perfecta articulación entre lo literario en sentido estricto, como lenguaje de predominio connotativo y lenguaje histórico de predominio denotativo. A lo largo de la lectura que Pérez Martínez va haciendo de *Pueblo en vilo*, va siguiendo las pistas verbales que signan al texto como un texto histórico, en el que la intención estética del autor va creando un estilo, casi podríamos decir único de hacer historia; pues aunque no han faltado seguidores que intentan seguir sus pasos, no es fácil, aunque así lo parezca, porque como dice Roland Barthes, citado por Pérez Martínez "El estilo es un lenguaje autártico cuyo universo está constituido por la mitología personal y secreta del autor", esta mitología personal que es una forma peculiar e intransferible de aprehender el mundo y a esta aprehensión, corresponde una forma de mentarlo, de comunicarlo verbalmente, y si bien es cierto, es parte de un sistema de codificaciones compartidas, estas codificaciones se rompen o modifican a partir de una voluntad del estilo, que selecciona, modifica, transforma, renueva o inventa un código que en este caso va a dar origen a una nueva forma del discurso histórico.

Luis González es perfectamente consciente de las exigencias que la materia de su estudio le impone y por ello dice:

> "La historiografía local, como biografía, parece estar más cerca de la literatura que los otros géneros históricos, quizá por la vida concreta exige un tratamiento literario, quizá porque la clientela del historiador local es alérgica a la aridez acostumbrada por los historiadores contemporáneos. El redactor de una historia local debiera ser un hombre de letras. Yo me hubiera

> contentado con el empleo de las formas expresivas de la comunidad estudiada. Lo intenté, pero al releer el manuscrito, he caído en la cuenta de que en San José no se habla así''.

En la cita anterior encontramos pistas que nos permiten acceder a algunas de las preocupaciones del autor en torno a la adecuación entre los viejos problemas de forma y contenido, para decirlo con palabras sencillas. El autor busca una adecuación funcional entre la materia histórica que comunica y la lengua más adecuada para esa comunicación.

Los primero que delimita, es el tipo de historiografía que se propone, la local, lo que nos remite por elusión a que la historiografía general requiere de otros medios; a continuación establece una analogía entre esta historiografía y la biografía que como ya lo había señalado minuciosamente Alfonso Reyes, corresponde a los por él llamados géneros ancilares o tal vez podríamos mejor decir géneros de frontera, pues participan igualmente del carácter denotativo del discurso histórico y el connotativo de la ficción o discurso literario; en tercer lugar señala cómo el interés de una historiografía local radica en su capacidad para recrear la vida concreta, la de todos los días, en la cual los agonistas son los hombres sencillos, ni héroes ni dioses, sino éste, mi vecino, el hombre común que nace y vive luchando con las cosas de cada día y que va construyendo con sus actos, la diaria historia de su mínima comunidad, tan importante en última instancia, como la gran comunidad nacional. Narrar la historia de esa comunidad requiere de los recursos del discurso literario sea el oral o el escrito. Herón Pérez M. en su lectura ha ido siguiendo los cauces cruzados de la oralidad popular y de la tradición escrita de los narradores del occidente de México. En los últimos renglones de la cita señala el autor la necesidad que tiene el historiador local de rescatar las formas expresivas de la comunidad estudiada, dura empresa en cierto modo, pues si la fijación de las codificaciones expresivas es verdaderamente asombrosa en los guardadores de la tradición oral, tal permanencia se hace más difícil en el historiador profesional, que está marcado por una serie de tradiciones cultas en el mejor de los casos, o de una cultura especializada, que lo llevan a escribir con metalenguaje inaccesible al profano. Tal vez la más extraordinaria virtud de Luis González es el haber sabido armonizar una sólida cultura histórica, que por serlo prescinde de toda jerga, un dominio de la lengua

culta y una sabiduría del lenguaje popular encontrando en un estilo literario permeado de oralidad, el vehículo más idóneo para hacer una historia que aún sin ser josefino, al que escucha o lee la historia de *Pueblo en vilo*, se le hace entrañable porque recuerda de alguna manera las mínimas y maravillosas historias de nuestras tierras de origen, de nuestras respectivas matrias.

En la lectura propuesta por Pérez M., analiza de entrada la estructura del texto y señala cómo la composición tiene un sentido literario, no porque esté dividida en tres partes, sino en la unidad de sentido de esas partes dados por los nombres sacramentales de los tres grandes apartados: "Medio siglo en busca de comunión", "Treinta años de penitencia", "Veinticinco años de mudanza", títulos en los que la carga tanto expresiva como de sentido, está dada en el inusitado léxico sacramental en un todo histórico contemporáneo. Es evidente que comunión y penitencia marcan dos situaciones límite cuyo dialéctico desenlace son las mudanzas.

Dado el contenido de estos apartados, Herón Pérez Martínez ha establecido una estructura tripartita, casi a la manera de una tragedia clásica en la que se da un prólogo, nudo y desenlace o si queremos hacer una analogía más precisa: un *prólogo, párodo, episodios, estásimos y un éxodo*, pero si la estructura formal corresponde, no así el sentido, que es bíblico o de narración de origen o legendaria. Y la lectura que hace Herón no es arbitraria, pues hay en el texto de Luis González, una articulación literaria del material histórico que se enlaza con los relatos tradicionales de las leyendas fundantes. Esto es evidente en lo que llama Pérez M. *El paraíso terrenal* que corresponde al apartado Medio siglo de comunión:

> "Esta Eva y estos tres Adanes, puestos en el paraíso de delicias, para que cultivasen y guardasen... le quitaron muchas alimañas y le metieron caballos y... gallinas y palomas y patos y vacas y ovejas y puercos y perros y gatos y todo se crió y multiplicó en mucha suma. El pasto virgen alimentó animales domésticos que crecieron junto a reptiles y bestias silvestres de la tierra... de este lugar de delicias y calamidades salía un río"...

Las resonancias de las narraciones de carácter fundante bíblicas son evidentes. El referente perfectamente codificado de Eva y Adán como

principio de la pareja humana, aunque multiplicado por un giro, que desde mi propio código, suena humorísticamente, pues inmediatamente me recuerda a: *Una Eva y dos Adanes*, pero que en otro contexto, como el que estamos analizando, nos habla de una situación de comunión en la cual hombres y naturaleza conforman un mundo edénico cuya tónica está en la abundancia dada por esa enumeración en cascada y sólo ritmada por el brevísimo silencio de una coma, y, y, y, que es un reconocimiento de los dones sin medida que Dios ha dado al hombre; pero este estado edénico se empieza a perder y su pérdida se advierte ya en el juego de los opuestos dado en la frase "este lugar de delicias y calamidades". Líneas más adelante Luis González sigue narrando la historia de ese paraíso, y dentro de la más rica tradición de literatura oral de leyendas o tradiciones de origen sigue diciendo:

> "Primero se formaron la tierra, las montañas y los valles; se dividieron las corrientes de agua, los arroyos se fueron corriendo libremente entre los cerros y las aguas quedaron separadas cuando aparecieron las altas montañas"...

La descripción de esos primeros momentos, que pudieron ser eras, tiene un gran fuerza como imagen y posee el ritmo casi cantado de las salmodias de los cantos de origen de los pueblos primitivos, tiene a su vez el carácter pnemotécnico que caracteriza estas narraciones, cuyo objetivo es fijar en la memoria colectiva el recuerdo del origen. Yo no sé si así lo viven los josefinos, pero como en toda creación literaria, lo narrado cobra la fuerza de la verosimilitud que encuentra en el receptor una suerte de revivicencia de lo primario y atávico.

Como en el texto sagrado, el pacto entre Dios y los hombres se rompe y el hombre pierde el paraíso. San José de Gracia rompe su muralla de *locus amoenus* y el paraíso se ve arrasado por el ímpetu del mundo circundante y eso son los Años de Penitencia y las penitencias que sufren los josefinos son: La Revolución Mexicana, La Guerra Cristera y la Revolución Agraria que son como el remolino de la canción. A lo largo del análisis del texto que Herón Pérez M. subraya los recursos estilísticos con los cuales González va narrando esa historia en la que el humor, la reflexión histórica e ideológica encuentran su cauce en dichos, coplas, refranes, coloquialismos, pero no sólo recupera la tradición oral sino

también de la tradición literaria de los escritores de la región: Yañez, Arreola y Rulfo, Pérez Martínez hace un breve análisis comparativo entre estos autores y el texto analizado que resulta muy ilustrativo, pues muestra una especie de canon estético regional, para mí, el autor con el que encuentro que Luis González tiene más afinidades es con Yañez y tal vez con otro autor no contemplado J. Rubén Romero. Por el contrario, aunque hay entre González y Rulfo afinidades temáticas, las estrategias narrativas y verbales de Rulfo son distintas, pues la maravillosa economía verbal de Rulfo y al mismo tiempo extraordinaria capacidad metafórica, más allá de ciertos *topois*, es difícil de equipararse.

A veinticinco años de su nacimiento, esta espléndida criatura historiográfica goza de cabal salud, su fuerza radica en esa no muy frecuente combinación de sabiduría, humor y sencillez no exenta de amor e ironía que han hecho de ella un paradigma de lo que debe ser la historia regional.

ARMIDA: ASI QUE PASEN LOS AÑOS

La imaginación: la loca de la casa

Sí, la imaginación es esa puerta liberadora que nos permite romper la densa muralla de la realidad y acceder al mundo de lo soñado, intuido, añorado; al mundo que nuestros sueños construyen. Quiero imaginar que, no sé, si en cien o doscientos años llegará un joven, de esos que padecerán mil y un mudanzas, y querrá visitar la casa de los González de la Vara y recorrer sus habitaciones: la azul torre del conocimiento, esa que destaca como una veleta soñadora, la laberíntica biblioteca, el patio de los belenes de múltiples colores y por último la sala de los linajes, en la que irá reconociendo a aquellos forjadores de la Historia y de las historias que llegaron a él a través de las voces entrañables de tíos, abuelos, bisabuelos y choznos.

Al ir recorriendo la sala podrá adivinar que aquel joven de sonrisa oblicua e inteligente mirada es el que escribió *Pueblo en vilo*, donde se resguardó la memoria del pueblo. El poeta, como le llamaban sus condiscípulos, Luisito como le decían sus familiares, Luis, sus amigos

y Don Luis sus alumnos y conciudadanos. Siguiendo la tradición familiar, él fue un fundador: el de la memoria histórica. Junto a él verá la imagen firme, alerta y al mismo tiempo gentil de una muchacha, su esposa, que fue la fundadora de un nuevo linaje. Recordará cuando una de sus innumerables tías, aquéllas a las que dispersó por la vasta geografía mexicana y del sur de los Estados Unidos, el azaroso y terrible viento de las guerras fratricidas, le contaba con su voz ya cascada, cómo el hijo único de los González se enamoró de una joven que no era de La Manzanilla o del mismo San José, como la tradición exigía, sino de una doncella de allá de lejanas tierras, las de los grandes espacios y el clima inclemente:

"Opodepe, como dice la canción, está situado en una mesa..."

Aquella joven estaba hecha de la misma generosa pasta de las matriarcas de nuestro pueblo y en ella encontró Luis el memorioso, la compañera perfecta para la tarea que se echó a cuestas. Armida se llamaba y De la Vara era su apellido y desde siempre nos pareció que era una especie de hija pródiga, hija de otros hijos pródigos que se fueron para el norte, pero que tenían sus raíces en estas tierras y regresaban a través de ella para aquerenciarse con nosotros.

Armida tenía la voz fuerte, clara y precisa y una infinita capacidad para soñar e inventar historias. Escuchaba fascinada las historias que los viejos de su pueblo iban desgranando como un rosario maravilloso e inacabable y las fue atesorando en su memoria y luego las vino a contar en libros, que como las aves, vuelan libremente y sin ataduras. Cuando más grande, se propuso enriquecer la fantasía de los niños y escribió, así, casi sin sentir, cuentos que hacían volar la fantasía y rompían la dura cárcel de la disciplina escolar. Yo creo que fue el amor a la memoria de sus pueblos lo que los unió. Esa pasión compartida de amor al terruño que los hizo ir recuperando las voces, sueños, historias de la gente común, para construir un mundo de palabras y memorias, que es ahora nuestro legado.

A veces, durante las clases que ella daba, en aquella casa, a la que llamábamos la *Casa de la Cultura*, les explicaba a sus alumnas el epígrafe de su libro, aquel en que contaba la historia de su pueblo y que decía:

> "...cada día iré sintiendo menos y recordando más, pero qué es el recuerdo sino el idioma de los sentimientos, un diccionario de caras y de días y de perfumes que vuelven como los verbos y los adjetivos en el discurso".

Y también ella fue, Armida la memoriosa, la que paso a paso recobró del largo y duro cautiverio del olvido a Juan, Esteban, Matías, Agueda, Lucrecia, Felícitas, Inés, Cosme, Clemente, Damián, Anastasia, Perpetua, Cleto, Lino y toda una multitud de amigos, parientes, vecinos que eran parte de su mundo y que gracias a la palabra, no se han ido para siempre.

Aquí en el pueblo, siempre hemos creído que a contrapelo del viejo dicho que dice: "detrás de todo gran hombre hay una gran mujer", siempre dijimos: "junto a cada gran hombre hay una gran mujer", no detrás sino junto, uno al lado del otro. Así, nuestra Armida, fue creciendo y haciendo al mismo tiempo que su esposo. Cuando en el afán fundador que Luis heredó de sus ancestros, fundó el Colegio de Michoacán, allá fue Armida, como el caracol que lleva su casa a cuestas. Luego se vinieron a ésta, nuestra tierra y aquí vivió y fue tan josefina, como el que más, aunque nunca abandonó la cadencia enérgica de su norteño acento.

Cuentan que muchas tardes sentada frente a su escritorio, escribía y escribía hasta que un día pareció que el caudal de su imaginación se había secado. Con la pluma inmóvil entre las manos y los ojos perdidos en el horizonte, como si tratara de escuchar las ocultas voces interiores, permanecía horas y horas, allí sentada en silencio. Pero un día, subió a la parte más alta de "la torre azul del conocimiento" esa que a todos llama la atención y que hizo otro soñador de la tierra, que se llamaba Vico Ortíz, y allí se volvieron a abrir las puertas de la presa de los recuerdos y volvió a escribir. No sólo había en su escritura el nostálgico vaivén de la memoria sino que volvió a revivir sentimientos y emociones que creía olvidados y volvió a contemplar con ojos nuevos, aquellos que desde la infancia la habían hecho gozar de todo lo que la rodeaba, aquellos que creía haber perdido para siempre.

A veces ella recordaba lo que había escrito hacía años:

> "Aquí nací, aquí he vivido y aquí me han de enterrar eso no tiene vuelta de hoja. Para eso tengo tan cerquita el cementerio,

para irme haciendo a la idea de que aquí está mi lugar definitivo... Si ya sé que te extraña que te hable de la muerte cuando todavía no soy una viejita viejita..."

Así lo decía en su libro, pero gracias a Dios, nuestra Armida vivió y vivió como nieta predilecta de Matusalem. Vivió hasta los ciento veinticinco años, dando clases, escribiendo, acompañando a nuestro Luis y aunque muchas veces andaban por allá lejos, en México o en Europa, el aguijón de la querencia los hacía volver aquí, a San José, que no en vano está poseído por la gracia, esa que Dios reparte con tan mesurado tino.

Quiero imaginar que aquel joven, que va recorriendo la sala de los linajes, siente, allá muy dentro de su corazón la alegría del encuentro con sus ancestros; que ante la contemplación de sus rostros, empalidecidos por el paso del tiempo es capaz de conmoverse y decirle a la imagen de aquella mujer joven, madura anciana: madre, abuela chozna, Armida, qué bueno que viniste, con tus sueños y tu fortaleza y fundaste con nuestro Luis un nuevo Linaje.

EL COLEGIO DE MEXICO, EVOCACIONES

Israel Cavazos Garza.

La expresión *el tiempo vuela* es, no cabe duda, una verdad incuestionable. ¡Qué hace que leíamos la obra de Luis González: *Pueblo en vilo*, en su primera edición, y han pasado ya veinticinco años!

En el acto conmemorativo de aquella exitosa aparición bibliográfica, creemos oportuno hacer -a manera de crónica- algunas reminiscencias de nuestro paso -el de Luis, el de otros compañeros y el mío- por el Colegio de México.

El doctor Silvio Zavala, en una carta -prólogo a un trabajo nuestro sobre archivos- expresa habernos encontrado en el Municipal de Monterrey en 1941. La referencia no es precisa; fue en 1942. Hace apenas unos meses se cumplieron cincuenta de nuestra primera incursión en ese repositorio documental.

Los archivos eran entonces el *patito feo* de la administración. El de Monterrey no era la excepción. Con espléndida estantería porfiriana era, sin embargo, muestrario de muebles de todas las épocas. Yo trabajé en un escritorio que había usado Miguel Nieto, secretario en tiempos de Vidaurri. En la sala, el piso de tipichil, ya carcomido, lucía de tierra en las partes cercanas al balcón. Cuando llovía y entraba el agua, nacía zacate. La pobreza de sillas era absoluta. Yo alcancé a ofrecer como asiento a algunos notables investigadores, un cajón de coca cola puesto de punta. Por ese tiempo estuvieron allí François Chevalier, Wigberto Jiménez Moreno y otros.

Fue el doctor Zavala y a ellos a quienes debimos nuestro ingreso al Colegio, en 1948. Por supuesto también al hecho de ser entonces presidente de la institución nuestro ilustre paisano don Alfonso Reyes.

Fechada el seis de septiembre y suscrita por don Luis A. Santullano, oficial mayor del Colegio, recibí la comunicación en la que se me avisaba haber sido becado con una mensualidad de 350 pesos. Se me decía también que debería presentarme el día 20 en virtud de haber sido iniciados ya los cursos.

Tras veintisiete horas de autobús por la antigua carretera Nacional, llegué a México, alojándome en el hotel Bayona, en habitación de 2 pesos diarios. No salía de mi asombro de pasar de un Monterrey de 330 mil habitantes a una metrópoli de tres millones.

Entretanto encontraba una casa de asistencia me dediqué a deambular por el México antiguo. Visitando la Catedral, una distinguida mujer ponía en orden los candeleros del altar de San Felipe de Jesús. Conversamos y me dijo ser la señora Muñoz de Cota. Interesada por procurarme alojamiento, me sugirió a visitar a doña Mercedes Gómez de García, en Independencia 31, atrás del cine Alameda. Pronto fuí admitido en esa casa. Alojamiento, alimentación y ropa limpia: 150 pesos mensuales.

El cuarto era, indudablemente, el mismo que en los noventas del siglo XIX habitó José María Marroquí, cronista de la ciudad. En el exterior de la casa ahora ya desaparecida, había una placa alusiva, hacia la calle de su nombre. No muy bien me sedujo la idea de que habría de compartirlo con dos estudiantes de medicina, Pablo Rosales y Raúl Ugalde, ahora destacados profesionistas de Querétaro y con quienes continúo en fraternal amistad. Tampoco me agradó la impresión de guardar mis calcetines y mis mudas de camisas y de ropa interior en una antigua cómoda, cuyos cajones apenas si daban lugar, por estar repletos de mandíbulas, tibias, fémures, clavículas, etc. "El día de la resurrección -pensé- estos pobres van a tener problemas para integrarse al resto de sus cuerpos".

La convivencia con mis compañeros de cuarto y con el resto de los alojados, atenuó mi nostalgia provinciana. Doña Mercedes, aunque sin hijos, hacía de Madre para todos. Trabajaba intensamente. Manolo, su marido, español de habla apenas inteligible y que más semejaba un gruñido, nunca trabajó.

El edificio

El lunes viente me encamine al Colegio. No por tacañería regiomontana sino por disfrutar del trayecto, lo hice a pie. De la avenida Juárez me llamaron la atención el edificio del hotel Regis, el de Petróleos y el de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Al llegar al *caballito* de Carlos IV, no disimulé mi procedencia lugareña al levantar la cabeza a fin de ver en toda su esbeltez el de la Lotería Nacional. Como me fui con

tiempo, lo tuve para leer casi todas las placas de las estatuas que cada Estado aportó en 1894 al paseo. Dediqué mayor lapso, claro, a las de fray Servando y Juan Zuazua, de Nuevo León.

Este recorrido habría de hacerlo después muchas veces. No entonces sino por esos meses me tocó en suerte ser testigo de la remoción del pedestal y de la estatua de Cuauhtémoc, a fin de centrarla a Insurgentes. Vi bajar al *joven abuelo*, atado con gruesos cables, hasta el nivel de la calle y me aproximé para acariciarle los pies (ya sin las llagas del tormento).

El Colegio que en sus orígenes y con el nombre de Casa de España había estado en la calle de Sevilla, lucía ahora, como segunda sede, el número cinco de la calle de Nápoles, casi esquina con la Reforma. Era -porque ya ha desaparecido- una espléndida casona de la etapa porfiriana. A la entrada, a la derecha, una amplia sala alfombrada, con una mesa y sillería modernas. Después, varias piezas sirviendo de aulas, y, al fondo, la biblioteca, espléndidamente instalada. Recuerdo a Susana Uribe, notable bibliotecaria y celosa de que los libros le fuesen devueltos oportunamente; y a Suria Peniche también bibliotecaria. Luego habría de conocer a una excelente investigadora y maestra a quien siempre he querido y admirado: Bertha Ulloa.

Mi encuentro con Antonio Alatorre, don Daniel Cosío Villegas y don Alfonso Reyes, fue edificante. Las montañas, de cerca, son más grandes. La figura de don Alfonso, aunque menudita, me pareció colosal.

Los alumnos

Inmediatamente me integré al grupo. ¡Qué distinto el Colegio de entonces al de ahora! En los cursos de historia éramos nueve estudiantes. A distancia de casi medio siglo les recuerdo como en el primer día. Las mujeres: Emma Cosío, hija de don Daniel, exquisita y estudiosa; Luz María Frutos, maestra normalista, morena, de abundante cabellera negra; e Isabel Gutiérrez del Arroyo, puertorriqueña, de porte aristocrático, pelo entrecano recogido hacia atrás, irradiando siempre una aureola de patriotismo, en su anhelo por la independencia de su patria. Los hombres: Ernesto Chinchilla, guatemalteco, de rostro sonrosado y sonriente; comedido en el hablar; Germán Posada, colombiano, alto, de anteojos de armazón negro y grueso y de hablar grave al exponer la clase en tono de cátedra; Luis Felipe Muro, peruano, de baja estatura, pelo

ligeramente crespo, inquieto, diligente. El habría de consagrar su soledad y su soltería a la investigación y a las tareas administrativas del Colegio hasta su muerte, que me conmovió. Xavier Tavera Alfaro, michoacano, delgado y de anteojos de gruesos cristales; y Luis González, también michoacano, de 24 años, algo robusto, sin llegar a obeso, pelo lacio, carácter afable y apacible.

A fuer de sincero, debo de admitir que me sentí acomplejado al conocer sus antecedentes académicos y su calidad como estudiantes. A mí me salvaba solamente una vocación definida por la historia y -ya para entonces- algunas horas de vuelo en bibliotecas y archivos.

A fin de *reclutar* prosélitos para los cursos de historia -oí decir al doctor Zavala- habían sido giradas circulares e incitativas a muchos lugares. La respuesta había sido nula. Algunos maestros como el propio Zavala y otros, al viajar por el país en plan de trabajo, hacían labor de convencimiento, con resultados negativos. No había llegado aún el tiempo -al parecer- para el florecimiento de esta disciplina.

Frente al Colegio, por Nápoles, estaba, y creo que está todavía, una gran escuela de contadores. Al terminar nuestra clase salíamos los nueve alumnos y los más escasos aún de los cursos de filología. De aquella escuela, en cambio, brotaba un verdadero torrente de muchachos. Si éstos nos preguntaran qué estudiamos en el Colegio -decía el doctor Zavala- no sabríamos de pronto qué contestar. Pero... allí estábamos, plenamente seguros de la nobleza del oficio de investigar y de historiar.

Cursos y maestros

Tuvo este grupo el singular privilegio de recibir enseñanzas de maestros que son -y lo eran en ese tiempo- consagrados.

Provenientes del archivo de Monterrey, que conserva la documentación colonial, no sólo de Nuevo León pero de casi todo el noreste de México, incluyendo Texas, a mí en particular me fascinaron y me habrían de ser sumamente útiles los cuatro cursos de paleografía que impartió la maestra española Concepción Muedra. Bajita, bulliciosa, de pelo dorado tirando a bermejo y de hablar apresurado, era una buena maestra. La teoría en el aula, ejemplificada, si acaso, con copias fotográficas de documentos de cada época; y la práctica, invariablemente en el Archivo General de la Nación, entonces en el Palacio Nacional hacia la calle de Corregidora. Se entraba por la puerta central del palacio

y se cruzaba el patio de honor. Había en el Archivo antiguos empleados que orientaban al investigador. Eran habilísimos paleógrafos como don Ignacio Saldaña, la señora Orozco y otros. Para la clase, teníamos acceso, con la maestra, al fondo histórico del Hospital de Jesús, que comprendía la documentación del marquesado del Valle, de la primera mitad del XVI. Mientras realizábamos los ejercicios de lectura y transcripción, veíamos pasar a investigadores tan acreditados como Edmundo O'Gorman, Alberto María Carreño, Joaquín Meade, Francisco R. Almada y muchos otros. Recuerdo con emoción haber sido invitado por uno de ellos, don Luis Chávez Orozco, a ver en su casa los ficheros fruto de sus largos años de pesquisas históricas. Alguna vez estuve también en la casa de don Luis Velasco y Mendoza, autor de una excelente historia de Celaya.

El aprendizaje del latín era indispensable. Tuvimos un ilustre maestro: don Agustín Millares Carlo. Apacible y bondadoso; vestido casi siempre de negro o de café oscuro, tenía aspecto de canónigo. Alguien más piadoso no hubiera resistido a la tentación de besarle la mano. Mis conocimientos previos de latín eran rudimentarios. De recién que entré, dirigiéndose a mí me preguntó: --¿Sabe usted algo de latín, señor Cavazos? Yo no se porqué, pero le respondí: --No, maestro; sólo se las letanías del rosario. Y sobre las letanías del rosario bordó casi toda la clase, con claros ejemplos de desinencias y declinaciones. Alguno de los cursos fue impartido por el profesor Rafael Moreno, de quien guardo también gratos recuerdos. El doctor Millares estuvo después en Monterrey, en varias ocasiones, sustentando esa y otras cátedras. Conservo como algo muy valioso algunas de sus cartas de sus últimos días, escritas en Maracaibo, donde murió.

Otros cursos verdaderamente deliciosos (si vale la expresión) fueron los de historia del arte colonial, a cargo de don Manuel Toussaint. Era trigueño, de mirar apacible y hablar suave, y sentía este maestro lo que enseñaba. Credensas, vinajeras, custodias; retablos, columnas estípites y salomónicas; esculturas de arcángeles *en pose de ballet*, como él decía; pinturas de Echave, Cabrera o Villalpando; conventos, capillas abiertas y capillas posas, refectorios, etc., pasaban ante nuestra mente con el realismo y la belleza que sólo él, con su sensibilidad, sabía comunicar. Y ésto sin recurrir a proyecciones o imágenes sino simplemente con su palabra suave, sencilla, emocionada. Esta disciplina era complementada

con lecciones que pudiéramos llamar objetivas. Con relativa frecuencia el Colegio auspiciaba excursiones que al cuidado del maestro Manuel Carrera Stampa recorrían los lugares más representativos: Tlalmanalco, Amecameca, San Miguel de Nepantla, Ozumba, etc., ilustraban con ejemplos reales las enseñanzas del maestro Toussaint.

Otro curso de singular utilidad era el de Instituciones Coloniales de América, del doctor José Miranda. Alto, adusto pero afable, ojos pequeños, este erudito maestro nos nutrió con sus admirables conocimientos. Repasando mis apuntes, que conservo, me hacen recordar, por citar sólo algunos, sus comentarios sobre la importancia del balcón en la vida social de las ciudades coloniales.

El curso del doctor Chevalier sobre historia social y económica de la Nueva España, fue magistral. Lo basó en su célebre tesis sobre los grandes latifundios en México, cuyo texto, en copia a máquina, utilizaba como guía. Con claridad absoluta, que en nada menguaba su natural acento francés, supo situarnos en cada uno de los aspectos de la vida colonial mexicana; en particular los de la hacienda, la propiedad, el ganado, etc. Alguna vez él y su joven esposa invitaron al grupo a su departamento amueblado con piezas mexicanas antiguas de muy buen gusto.

El profesor Eliazar Halpern, europeo, impartió dos cursos, uno sobre historia moderna de Europa y otro sobre historiografía francesa en el siglo XVIII; ambos sumamente provechosos.

Por su parte el doctor José Gaos tuvo a su cargo dos asignaturas. Una, Historia de las ideas en México, siglo XVIII; otra: Seminario del pensamiento hispanoamericano. Confieso que, dada la estatura intelectual del maestro, tenía mis dudas acerca de si lo entendería. Pero estas se desvanecieron al encontrar absolutamente asequibles sus conceptos. Puso énfasis el maestro en el aspecto novohispano: Díaz de Gamarra, Clavijero, etc., y, al final, pacientemente nos dictó unos *aforismos de la historia*, que releo de vez en cuando.

Sin detrimento de ninguno de los maestros hasta aquí recordados, creo -y confío que en ello coincidirá Luis González- que una de las cátedras en que obtuvimos mayor enseñanza, fue la del maestro Silvio Zavala, con su curso: Historiografía colonial de América y el de Instituciones coloniales de América, siglos XVI y XVII. Cumplía entonces apenas los cincuenta años. De aire europeo, impecablemente

vestido de gris y el paraguas cerrado pendiente del antebrazo, nos saludaba con un --Qué tal, y con su acento yucateco, que nunca ha perdido, impartía su cátedra. Casi todos los maestros subían al estrado y hacían uso del sillón y del escritorio. El maestro Zavala nunca lo hizo así. En un mesabanco del aula, a nivel del piso de ésta, quedaba junto a nosotros que, en semicírculo o en fila, le escuchábamos. Erudito, preciso, agudo en sus comentarios y observaciones sobre el trabajo, la encomienda y demás temas expuestos, eran diáfanamente explicados. Entre los trabajos escolares que llegué a presentarle sobre historiografía colonial, conservo uno sobre Clavijero. me lo devolvió con una nota (que por ser a lápiz está desvaneciéndose): --''Más descriptivo que crítico. Conviene que utilice mas a fondo las obras de...tal y tal y tal''; y me señaló una bibliografía que yo no había tenido a mi alcance. No olvidaré que a insinuación suya concurrí a una reunión internacional de relevancia: el Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, celebrado en Monterrey en 1949. Aunque ya no en el aula añorada, el doctor Zavala ha continuado ejerciendo su magisterio, para todos los estudiosos de la historia, pero, en particular, para quienes abrevamos entonces en su admirable sabiduría. Su fecundidad es asombrosa, pero mas edificante es aún su ejemplar constancia en el trabajo. Yo he tenido hacia él un singular sentimiento mezcla de gratitud y devoción.

Además de los cursos aquí recordados. Ofrecía el colegio importantes ciclos de conferencias con destacados intelectuales, mexicanos o extranjeros; u organizaba seminarios sobre temas de sumo interés, como el que dirigió en agosto de 1949 el maestro Mariano Picón Salas, sobre: Historia de Hispanoamérica en el siglo XVIII.

Don Alfonso

Nuestra inolvidable permanencia en el Colegio fue algo así como estar en familia. El maestro Cosío Villegas nos reunía frecuentemente a fin de dar a conocer algunos detalles de carácter administrativo o para señalar determinados aspectos de los cursos. Impecablemente vestido, su corbata de moño le daba cierta presencia de distinción y elegancia; así como su pelo liso entrecano, cuidadosamente peinado. Sus ojos, que parecían salírsele de sus órbitas, hacían más penetrante su mirada.

Por cuanto a don Alfonso, también con frecuencia provocaba reuniones con los alumnos. Con vivo interés inquiría sobre nuestra

opinión acerca de los cursos o de sugestiones para mejorarlos. Bondadoso y sonriente, dijérase que en sus afectuosas palmadas había mucho de paternal. En mi caso, tenía a veces que dar pequeños pasos hacia atrás, porque con su robusto vientre parecía obligarme amablemente a ello. Nuestro paisanaje me daba el privilegio de que el interrogatorio no quedara en meras cosas del Colegio. Me preguntaba por sus amigos de Monterrey, o por los descendientes de algunos de los colaboradores en la administración de don Bernardo, su padre. En varias ocasiones estuvimos en su casa de Benjamín Hill 122, en su espléndida biblioteca, que no hace mucho pasó a ser de la Universidad de Nuevo León. Manuelita Mota, su esposa, que le llevaba algunos palmos de estatura, cumplía, según don Alfonso, la función de alcanzarle los libros. Muchas veces visitó Monterrey, donde se le admiró y se le quiso. El aula magna de la Universidad, siempre fue insuficiente para albergar a quienes acudimos a oir su palabra. Recuerdo dos conferencias suyas ligadas a nuestro oficio: una, La vestimenta romántica de la historia; la otra: Mi idea de la historia; título que el jocoso de don Antonio Pompa y Pompa alteraba por el de: *Ni* idea de la historia.

El Colegio cumplía su noble misión de preparar investigadores. Su propósito primordial -según el decir de don Alfonso- era el de que éstos volviesen a sus lugares de origen a hacer fructificar la simiente. La institución no otorgaba calificaciones; sólo hacía constar el aprovechamiento de los becarios en los mismos, lo que significaba que eran aprobados.

Cada uno tomó por el sendero que le marcó el destino. Creo que ninguno *colgó los hábitos*, ni claudicó en su vocación. Uno, sin embargo, Luis González, ha descollado de manera admirable. Sus valimientos le han llevado hasta presidir la institución señera del país en estas disciplinas: la Academia Mexicana de la Historia. Pero, sobre todo ello, ha sido el abanderado de la historia regional, al crear, difundir y dignificar la microhistoria. Por ello, por su *Pueblo en vilo*, modelo a seguir en estos menesteres, es, sin duda alguna, maestro y guía de quienes cultivamos la historia parroquial.

LUIS GONZALEZ, SABIO DE LA TRIBU

Guillermo García Oropeza

Sólo por la razón y sinrazón del afecto justifico aquí mi presencia. No soy historiador, antropólogo, analista político ni nada; más aún, ni siquiera alumno irregular de Luis González sino simplemente uno de sus miles de lectores y para colmo, ni siquiera lector especializado en Historia sino simple lector general, generalista y disperso. Uno de esos golosos de libros que pican aquí y allá y que compran más libros de los que se puede leer y que vive para mantener una biblioteca que suple, con algunas ventajas, a la esposa que no tengo pero que es ¡ay! igual de posesiva y de celosa y a la cual, mucho me temo, tampoco le cumplo como debiera con el débito lectoral. Pero los libros de Luis González sí los leo y releo porque aparte de todas sus erudiciones lucen esa virtud suprema y cortesía que todo libro debe tener: la legibilidad. Lo que los ingleses llaman *readability* y que es como las buenas maneras literarias, como claridad y luz frente a las oscuridades, laberintos y pedanterías a la moda.

Además los libros de Luis González y en particular "Pueblo en Vilo" están situados en el límite mismo entre la Historia y la Literatura de México. Libros fronterizos, casos *border line*, amplias casas con dos puertas: la principal que dá a la plaza mayor de la Historia y una atrás por la que se puede salir al barrio bravo de la literatura nacional.

Así que *Pueblo en Vilo* ofrece la posibilidad también de una lectura puramente literaria y aún aquellos que no sabemos de Historia y que estamos como la mujer de Disraeli sin saber "quienes llegaron primero si los griegos o los romanos" podemos seguir en "Pueblo en Vilo" la crónica de ese espacio y tema fundamental de la literatura de México que es la del pueblo original y arquetípico, raíz y tronco de los clanes, cofre de la memoria, vientre venturoso, casa, plaza, escuela y camposanto. Ese pueblo del que casi todos los mexicanos salimos y que es la madre de la madre de nuestra madre y que para Ramón se llamaba Jerez, Zapotlán para Juan José y San José de Gracia para Luis González. Pero, ojo, es el mismo. Y si no fuera una lamentable españolada llamaría

Fuendetodos a este arquetípico pueblo nuestro, como se llamaba la aldea que vió nacer a Francisco de Goya.

Y este pueblo de todos los de aquí tendrá como los dioses mexicanos nombres múltiples y será también como ellos, de rostros cambiantes. Pintado Tlacotalpan, brujo Tepoztlán, delicioso y fresco San Cristóbal, vaporoso Cuetzsalan, trepado Amecameca, Comala de cal y sol, Lagos conventual y dormido y se pondrá ¿por qué no? *blue jeans* y camisa de leñador en Tecate pero será de todos modos ese pueblo, el mismo pueblo.

Y *antes de saber del vicio* la Literatura mexicana se dió entre sus tareas prioritarias la de hacer la Historia de las Historias de ese pueblo. Aunque con cierta vergüenza porque, claro, el pueblo no era París, París donde pasaba la vida importante, la que contaba, la de verdad, la vida realmente real. Y la literatura mexicana que está escrita en el mejor de los casos por ex-becarios de París (ahora de Boston) es, en gran parte, la narración del reencuentro con el pueblo que se había quedado atrás del faro de Veracruz o de las pistas del aeropuerto de Balbuena, todo enrebosado y materno. O literatura que en el peor de los casos sólo ha sido escrita por payos en el exilio a los cuales a falta de París buenas fueron las tortas de la capital *ojerosa y pintada* como en el caso de poetas como Ramón que encontraron chamba en la Secretaría. Pero desde París, Stanford o México Capital, el pueblo quedaba como la obsesión no curada de tierra adentro, el oscuro y gozoso mal, el retrato de los abuelos elíptico y sepia, como un paquete de cartas en el fondo del cajón aún oloroso de alguna flor seca y señorita.

Y la recuperación de la memoria, el exorcismo, crónica, explicación y mural de ese pueblo ha sido una de las labores mayores y más exitosas de nuestras letras. Sobrarían ejemplos de los predecesores a Luis González en este género pero no quiero dejar de mencionar a ese ameno embajador nuestro en París y *best seller* absoluto de la narrativa mexicana quien encontrando pestilentes y blandorros los quesos franceses recibía por valija diplomática buenos y confiables quesos de su Cotija. José Rubén Romero que encuentra el nombre perfecto al género con *Apuntes de un lugareño* y que disfrazado de Pito Pérez se trepa como Luis González al campanario de su pueblo para desde ahí verlo todo: el pueblo, el mundo y algo más.

Pero la culminación de esa labor de rescate del pueblo arquetípico

estaría en tres obras. Una, la que describe en versos arabescos y translúcidos al edén subvertido de Jerez, Zacatecas; otro, en esa novela construída con ex-votos y que nos narra la feria de la vida en Zapotlán de Arreola y, finalmente, en ese libro dual que es *Pueblo en Vilo* y que se puede leer como los cabalistas lo hacían con la Escritura, de dos maneras diversas pero coincidentes.

Creo que estas crónicas de Jerez-Zapotlán-San José de Gracia nos dan al sumarse, al concertarse (y uso esta palabra en su sentido musical y no político) la clave de ese pueblo esencial de donde tantos mexicanos salimos.

Los métodos y medios de cada libro son, por supuesto, distintos. López Velarde pinta como en caligramas chinos metáforas, adivinanzas e imágenes fugitivas de las cuales tenemos que agarrarnos como podamos para ir completando el rompecabezas de Jerez. Juan José Arreola nos cuenta, a su vez, un largo cuento de esos de banqueta o de cantina todo hecho con fugas y dispersiones. Entre cigarro y cigarro o entre tequila y tequila, nos habla de los pecados, rencores, hambres, temblores, vergüenzas, fornicaciones, soponcios, burlas, descubrimientos y retornos de Zapotlán, pueblo construido, como México, junto a un volcán y a un lago que es "como un delgado sueño" y que como el pueblo de don Luis, está también bajo el patrocinio de San José, cuya fiesta es el corazón del año: La Feria. Y a riesgo de hacer un mal chiste diré que creo que es mejor vivir bajo el Patrocinio de San José que bajo el Patrocinio de Patrocinio...

Arreola, ese escritor que vive oculto escribiendo seguramente una novela río surgida del manantial de *La Feria* o desarrollando el *Homenaje a Otto Weininger* como la gran novela erótica mexicana y que envía a su doble para que hable en televisión, logró en *La Feria* el retrato satírico y simultáneamente trágico de un pueblo mexicano. Libro de humor negro y ranchero, *La Feria* nos deja en la boca un gusto de ceniza y el peso de eso que antes se llamaba melancolía pero que ahora, así nos lo dice el terapeuta, se llama depresión ciclotímica.

Pueblo en Vilo, en todo contraste, es un libro cortés y claro como una casa limpia y bien ordenada donde todo encuentra su lugar, hasta las absolutas minucias. Es también la última hazaña del perdido arte de la conversación de equipal y de fresco corredor. *Pueblo en Vilo* en oposición a las ambigüedades de *La Feria* o de los poemas jerezanos de Ramón, es

un verdadero ejercicio en claridades. Una derecha historia que sigue el recto camino de la cronología y que nos describe un paisaje diurno y solar. Y en contraste también con las nostalgias y tristezas de Ramón y Juan José nos deja Luis González un sabor dulce y sano como el de un gajo de naranja.

Su *Pueblo en Vilo* es optimista y chambeador, amoroso y fértil, entusiasta y con sentido común y lo pueblan justos varones y mujeres que son como vides de Israel. *Pueblo en Vilo* es geografía y biografía de la esperanza.

La importancia de estas visiones del pueblo original es, diría yo, de naturaleza psicoanalítica. Los mexicanos necesitamos, si hemos de seguir siendo mexicanos, comprender el misterio de nuestra raíz. Cuando menos de esa raíz inmediata que es el pueblo natal. Claro que si tuviéramos el tiempo y el dinero sería excelente demorar en el *couch* hasta que nos explicaran la relación incestuosa que tenía Huitzilopochtli con Mamá Coatlicue, pero al menos sí es posible y es urgente que entendamos ese nuestro pasado inmediato de donde fuimos expulsados hacia el presente adulto. Al contarnos la historia del pueblo original, de ese Jerez-Zapotlán-San José de Gracia se nos va dando la clave de nuestro central descubrimiento, de eso que fuimos y que determina lo que somos y lo que es más importante aún, de lo que podremos ser.

Y como en el cuento aquel de Borges, *Tlön, Ugbar, Orbis Tertius*, en el que una cofradía de estudiosos exploraba la geografía de un mundo fantástico, creo que sería espléndido que otra cofradía igualmente entusiasta se lanzara a estudiar las coincidencias, las lecciones, los contrastes de esos pueblos que son como en el dogma, tres y uno. Si yo me consiguiera una de esas becas americanas que dan hasta para poder casarse, mucho me gustaría pasarme unos sabáticos explorando los espacios mexicanos de Jerez, Zapotlán y de un tal pueblo en vilo.

Porque como los neuróticos veteranos que antes de morir o de quedarse sin dinero, yo también quiero saber de que se trató todo esto, cual es la respuesta a la Esfinge, qué es lo que somos finalmente nosotros, los mexicanos de provincia, esta raza café con leche, agropecuaria hasta hace apenas una generación, este entretejimiento demencial de clanes inmensos e incestuosos, estos andaluces, extremeños, castellanos y vizcaínos perdidos en el continente vacío y que ya no se acuerdan de donde vinieron desde que el abuelo fué seducido hace siglos por una

natural hermosa, dócil, silente y terrible como el árbol de la noche. O porque casó con la abuela también criolla, gente de razón, ojo de color, poderosa, terrible, castrante y virtuosa como la Santa Madre Iglesia. O sea, doctor González, antes de morir quiero que resuelva mi Edipo nacional para así poder morir saludable y asertivo.

Luis González y González es, ni quien lo dude, un sabio pero precisando, a la francesa, no solamente un sabio-*savant*, sino también un sabio-*sage*, de esos sabios que a los conocimientos de su *savoir* añaden la sabiduría de su *sagesse* y visto así, Luis González deja de ser el simple docto doctor, el historiador maestro en el oficio de historiar, para convertirse en un sabio en la acepción francesa o arcaica de la palabra, uno de esos sabios que tenía toda tribu y que enseñando con palabras antiguas, guiaban los pasos comunitarios.

Estos sabios eran, sin duda, figuras paternas, chamanes, gurúes, maestros; su sabiduría arrancaba del conocimiento y de la información, claro está, pero los dejaba atrás llegando hasta la sencillez contundente de la certeza. Los sabios que más que saber veían y que a las complejidades constructivas de la teoría, oponían la difícil simplicidad de la verdad paradójica como un *koan* del budismo zen, de esos que los alumnos deben repetir hasta que se les haga la luz.

Algunos de esos sabios como Verdi, como Victor Hugo, como el Conde Tolstoi, se convertían en héroes absolutos y su muerte dejaba huérfana a una nación entera.

Este tipo de sabio es, claro, totalmente distinto del intelectual a la moda de hoy, egresado de las Grandes Escuelas, colmado de bibliografías, nutrido con fichas, fértil productor de pies de página, analista y analizador, especializado microscópico o cósmico, obsesionado con estar a la par con Boston o no desmerecer frente a esas lecciones que da en el *College de France* ese pedante de Roland Barthes, así como en ser siempre inteligente, más inteligente, intelectual que de tan inteligente que es, no se le nota que lo que va diciendo en español lo va traduciendo simultáneamente de lo que va pensando en su *fine academic English* o en resonante francés de la Rue des Ecoles.

Intelectual urbano que reposa, ya no en el huerto de fray Luis de León sino en la sala de espera de los aeropuertos y que ve premiada su diligencia e inteligencia con un puesto de asesor "B" de algún ministro con posibilidades.

Frente a tal intelectual, Don Luis está absolutamente *out*, obsoleto con su *Pueblo en Vilo*. Tanto que casi me decido a desclasarlo y a no llamarlo más intelectual, ni académico, ni doctor, sino simple figura paterna. Esa figura paterna del sabio de la tribu a quien acudimos para que nos guíe pero sobre todo para que nos explique y mejor aún, para que nos devuelva fé y confianza. Cada vez que dejo de entenderle a este País, cada vez que veo la crisis inminente, cada vez que pierdo más la fe en eso que los políticos llaman las Instituciones, quisiera venir a San José para que don Luis me devuelva la confianza, el amor y el humor en México.

A que me repita su lección central, aquella que dice que en México la situación podrá ser desesperada pero que jamás, jamás será seria.

A que me repita y reconforte con aquello de que si sobrevivimos a los aztecas, a Nuño y a Cortés, a la Santa Inquisición, al cólera grande y al cólera chico, a la invasión americana, a Napoleón III, al porfiriato, a la Revolución y a la Revolución Institucional y la fiebre amarilla también sobreviviremos a la Modernidad.

A que me cure mis angustias de mexicano de reciente origen pueblerino, frente al mundo urbano y la economía globalizada.

A que me demuestre que la única terapia que nos queda es el regreso a la solidez y a la verdad. Y que este viejo País, viejo como aquel olmo del poema de Machado nos ofrecerá todavía otra rama verdecida, otro milagro de la primavera.

LUIS GONZALEZ O UN NUEVO ELOGIO A LA LOCURA

Lorenzo Meyer
El Colegio de México

Nunca fui alumno de Luis González, ni tengo, como él, un origen pueblerino, -aunque viví mi adolescencia en un pueblo más pequeño y menos atractivo que San José de Gracia-. A diferencia de don Luis, nunca he escrito microhistoria y posiblemente no tenga oportunidad de aceptar su invitación para escribirla.([1]) No obstante lo anterior, resulta que Luis González ha ejercido en mí, como en otros, una fuerte influencia intelectual, y ese es justamente el tema de estas líneas: cómo y porqué don Luis puede ser un modelo académico más allá del círculo de sus discípulos directos.

No recuerdo exactamente cuándo empecé a tratar a Luis González. En mi época de estudiante en El Colegio de México -de 1961 a 1967- me topé con él muchas veces en los corredores de la institución, pero entonces simplemente le veía, no le conocía. A la diferencia de edad y status de esos años -él era profesor y yo apenas estudiante--, hay que añadir que vivíamos en mundos contiguos pero distantes. El Colegio de México de entonces era aún pequeño, pero las distancias emocionales entre los integrantes de sus centros podían ser considerables: El Centro de Estudios Internacionales (CEI) se acababa de inaugurar, y sus profesores y estudiantes estábamos apenas en busca de una identidad. Parte de esa identidad consistió en marcar las diferencias con los más cercanos y más establecidos: los miembros del Centro de Estudios Históricos (CEH), es decir, con don Luis y los suyos.

A los estudiantes del recién creado CEI, El Colegio de México, o más exactamente, su presidente, Daniel Cosío Villegas, nos, me metió desde un principio en el aquí y ahora de los grandes temas. El interés dominante no era el pequeño mundo sino su opuesto. En esas

[1].- *Invitación a la microhistoria*, (México: Sepsetentas, Núm. 72, 1973).

circunstancias, lo más pequeño que podíamos tratar era Centroamérica. En un sólo semestre veíamos toda Africa o el Asia del siglo XX. En realidad, la historia de México resultó ser nuestro punto débil; estábamos más familiarizados con los desarrollos de los Estados Unidos o la Unión Soviética, que con los nuestros. Se nos fomentó el gusto por lo actual y lo externo, no por lo pasado ni lo propio.

En 1967 me fui tres años a la Universidad de Chicago. Fue a mi retorno cuando realmenhte empecé a conocer a don Luis; primero a través de la lectura de su *Pueblo en vilo*, y luego directamente. Le fui descubriendo poco a poco, a lo largo de las numerosas y estimulantes discusiones en las comidas semanales organizadas por don Daniel Cosío Villegas, a las que me incorporé en 1973, creo. Pero pronto mi relación con don Luis no se limitó a esa reunión semanal, sino que se extendió a la vida cotidiana de El Colegio de México y, a veces, a su casa e inclusive a San José de Gracia. Particularmente ricas resultaron las conversaciones en El Colegio, en las tardes, en los pequeños paseos que juntos o en un grupo mayor hacíamos por los alrededores de la institución, en las calles de la colonia Roma. Fue ahí y entonces cuando Luis González se convirtió en un modelo. El andaba rondando el medio siglo y yo había llegado a los treinta: edades, similitudes y diferencias vitales óptimas para recibir, comprender y asimilar el enorme conocimiento que don Luis tenía sobre México y otras cosas.

I.- De lo mucho que le aprendí entonces a don Luis González y González, voy a desarrollar cinco ideas o temas que me dejaron huella. Ya dije que mi primer encuentro sustantivo con su visión del mundo fue a través de la lectura de la obra que ahora conmemora su primer cuarto de siglo: *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia.* De ese libro, que me fue regalado cuando partí en 1972 a dar mi primer curso en el extranjero, saqué una idea clara: que las grandes obras sobre temas sociales no están necesariamente ligadas a lo que generalmente llamamos los grandes temas. Con la ayuda de *Pueblo en vilo* llegué a la conclusión -que a estas alturas resulta obvia- que de cualquier tema, por modesto que parezca a primera vista, puede salir una obra compleja, ¡una auténtica historia universal!. El contenido de una simple azucarera ha dado lugar a una reflexión histórica de dimensiones globales. En efecto, la historia del azúcar contiene todos los elementos de un gran drama: riqueza,

ambición, sufrimiento, dinero, geopolítica, lucha por el poder a escala global, descubrimientos técnicos, destrucción y construcción de civilizaciones y, finalmente, cambios profundos y permanentes a escala universal en las formas cotidianas de vida. Lo mismo puede ocurrir al contemplar con buen ojo histórico una máquina de coser. De la historia alrededor de ese modesto aparato, se pueden reconstruir magníficos episodios de luchas sociales o desarrollos económicos motivadas por cambios tecnológicos. Y los ejemplos se pueden multiplicar. Tras la lectura de la historia de un pueblo de Michoacán, donde se encuentran elementos de prácticamente todos los temas que son relevantes para el científico social, me quedó perfectamente claro algo que ya empezaba a sospechar: que para el buen investigador -historiador, politólogo, sociólogo o lo que sea- no hay tema chico, y que todo resultará chico si falla el investigador. Con esfuerzo, dominio de la técnica y pasión -sobre todo pasión- por la disciplina y el objeto de estudio, no hay tema que, en buenas manos, no pueda dar pie a una contribución original e importante al conocimiento de nosotros mismos.

II.- La segunda idea guía o enseñanza de don Luis, la tomé de una platica de sobremesa, mientras caminábamos, sin prisa, por las cercanías de El Colegio de México, por la calle de Orizaba. A una pregunta sobre la naturaleza última o íntima de ese Colegio de México en el que ambos nos habíamos educado y trabajábamos, y de las instituciones de investigación similares, don Luis me dio una respuesta breve y sustantiva, aunque aún hoy no estoy seguro de haberla entendido cabalmente. Palabras más o menos, dijo: "Mire usted, hace algunos siglos, las personas que por andar reflexionando o leyendo lo que no era costumbre, y se apartaban un tanto de las formas de actuar y, sobre todo, de pensar de la mayoría, corrían el peligro de morir en la hoguera. Con el paso del tiempo, las cosas mejoraron para aquellos que les daba por cuestionar lo que es, en función de lo que pudo o podría ser; simplemente se les metía en manicomios. En esta época somos realmente afortunados: ni hoguera ni manicomio, tenemos El Colegio de México y todas las instituciones que se le asemejan. Así pues, nuestro Colegio es un sitio para personas un tanto locas pero creativas, útiles". Desde luego que don Luis tenía razón, uno de los grandes triunfos de la civilización es la tolerancia y, sobre todo, el fomento de lo que, a primera vista, no redunda en ganancia

inmediata, en utilidad medida en pesos y centavos. Las personas con vocación por lo no práctico, sino por las meras ideas -las que proponiéndoselo o no, ponen en duda lo establecido en función de lo que no es pero puede ser-, no tienen porque terminar en la hoguera, marginadas o forzadas a cambiar. A la larga, el progreso social sólo es posible con el concurso de esas personas. La actividad académica tiende a devolver con creces los recursos que la sociedad gastó en fomentar la creatividad de "los picados por la araña" -para usar un término de don Luis-.

Y sólo la acción de esa peculiar araña puede explicar que alguien se pase lo mejor de la vida en los archivos, mientras allá afuera todo parece tan luminoso; que se quede metido en la biblioteca, sentado en el escritorio escribiendo horas, días, años, toda una vida, en vez de salir a buscar el poder o hacer dinero; es realmente de locos. Y hacer todo eso sabiendo de antemano que, a final de cuentas, todas esas obras, cualquiera, incluso *Pueblo en vilo*, surgieron para ser superadas... para que alguien venga, las use... y las sobrepase. Esto puede tardar, pero inevitablemente sucederá.

En realidad, ni El Colegio de México de entonces ni el de ahora, ni los colegios que después se formaron, ni ninguna institución académica de aquí o de cualquier otra parte, está compuesta exclusivamente por los *picados por la araña*. En esas instituciones hay muchos que realmente no pertenecen a la comunidad de los *locos creativos* a los que se refirió Luis González. En efecto, en esas instituciones hay y habrá, un buen número de personas con los pies bien plantados en la realidad y que, parafraseando a Max Weber, viven de la academia y no para la academia. Pero no importa, mientras haya la masa crítica de *locos creativos*, las universidades y las otras instituciones de enseñanza e investigación, podrán seguir desempeñando su papel de lugares dedicados a lo que Barrington Moore definiera como *la búsqueda desinteresada de la verdad y la belleza.*

III.- La forma como un hombre de ideas, aparentemente poco práctico, se puede transformar, por fidelidad a y sin traicionar a su vocación original, en un hombre de acción, constituye la tercera gran lección que me dio Luis González y González. Con su aventura para construir en Zamora El Colegio de Michoacán -una empresa que, al

principio, parecía tan poco probable como que tuviera éxito una historia universal de San José de Gracia- Luis González dejó su territorio natural, -el cubículo y la biblioteca-, para crear en una tierra de comerciantes, un sitio para que pudieran prosperar los *locos creativos*, para dar forma a otro nido de la araña.

Don Luis, un loco terriblemente cuerdo, y a la manera de don Alonso Quijano pero con mejor suerte, se lanzó a luchar, de lleno, en el brutal mundo de los cuerdos. Tuvo que tratar con los *realistas* del Supremo Gobierno, para sacarle a su burocracia los recursos necesarios para dar vida a lo que yo, y muchos otros, pensamos que era un imposible: El Colegio de Michoacán, el San José de Gracia de la cultura. Tuvo que pasar muchos malos ratos, hacer mil viajes de Michoacán al corazón del centralismo autoritario de México, pero a fin de cuentas logró lo que se propuso. Ganó.

IV.- La cuarta lección me la dio don Luis cuando le invité -dudé que aceptara- a dar el curso de historia de México en una maestría de estudios políticos en el CEI. En esa época tenía yo la idea de que había que presionar al máximo a los estudiantes y depurar sistemáticamente a los grupos por la vía de las calificaciones. Al término del semestre, uno de esos estudiantes -por lo demás un joven simpático- logró acumular tres calificaciones por debajo del promedio exigido, pero a ellas unió una sobresaliente, lo que impidió que fuera dado de baja. La calificación alta -la que desentonaba del conjunto- se la había dado precisamente don Luis. Como me pareció difícil que el trabajo de ese alumno en el curso de historia de México se hubiera realmente salido de la mediocridad que había caracterizado el resto de su desempeño académico, pregunté al responsable del curso si tenía alguna evidencia de que el alumno en cuestión fuera realmente excelente y que el resto de los profesores no hubiéramos descubierto sus virtudes. Don Luis me respondió que no, que no era buen alumno, y que estaba claro que su interés no pasaba por la historia o por cualquiera de las otras disciplinas sociales. "¿Entonces, de dónde sale esa alta calificación que usted le dio?", pregunté. Sin inmutarse, el profesor que cuando estudiante fue conocido como un alumno *machetero*, me respondió: "Mire, a estas alturas ya no es necesario humillar a alumnos que son adultos con una nota de reprobado o siquiera mala. A fin de cuentas, si se busca, se encuentra algo bueno

en cada uno de ellos. No tenemos porque ser nosotros quienes le reprobemos, la vida lo hará, se lo aseguro. Despreocúpese, él se va a ir sin que lo corramos". En el Colegio en que yo me formé, en el de don Daniel Cosío Villegas, no se asumía que la vida era la encargada de apartar el grano de la paja. Don Daniel se impuso, y con gusto, el papel que Luis González creía que debería corresponder a la vida... y una falla don Daniel no se la perdonaba a nadie, ni a estudiantes ni a profesores... ni a presidentes. Sin embargo, debo concluir que don Luis tuvo razón, el estudiante en cuestión no volvió. Hoy lo pienso dos veces antes de herir la autoestima de un joven con una nota baja. La rudeza innecesaria es tan reprobable en el deporte como en la vida académica... y en todas partes.

V.- El quinto tema lo he guardado para cerrar con lo que abrí estas líneas: con una consideración sobre *Pueblo en vilo*. En esa obra, el tema y el estilo funcionan como profunda muestra de independencia, de seguridad en lo propio.

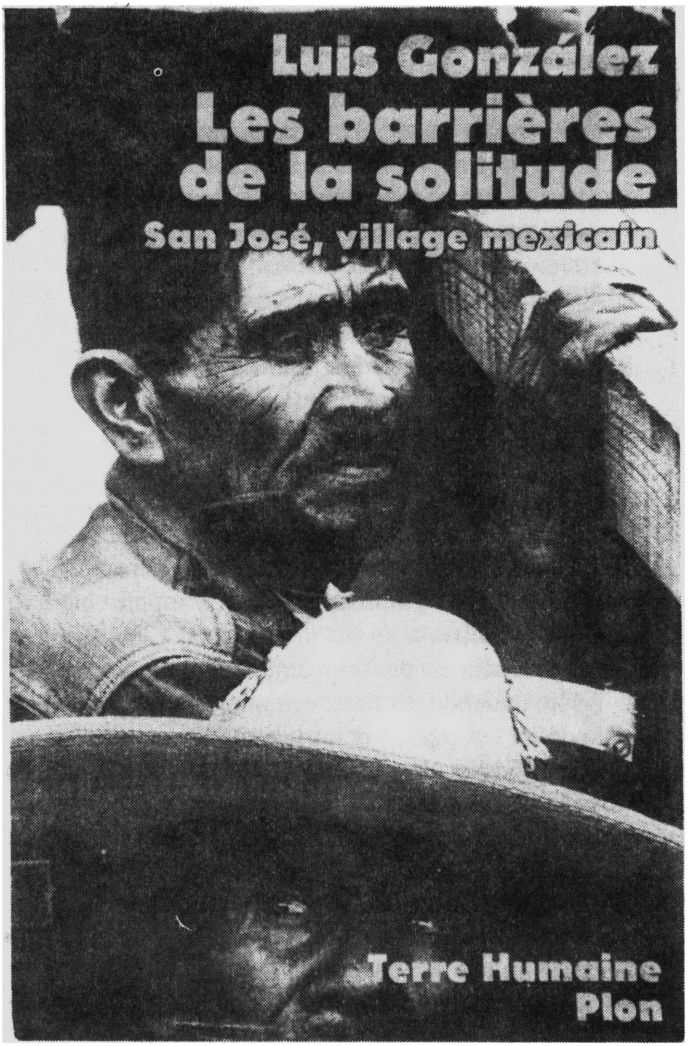
Ya se ha dicho que el estilo aún más que el tema de la *Historia universal de San José de Gracia*, rompió moldes. El estilo de don Luis me sorprendió muchísimo, ya fuese en sus escritos, en sus conferencias o en su conversación cotidiana. El uso del lenguaje no culto para abordar temas académicos y hacerlo apoyado en una sólida cultura universal, lo considero una forma muy original de actuar con independencia frente a un medio dominado por modelos externos. Don Luis, sabiéndose en total dominio sobre su materia, se dio el gran lujo de vestir su obra no con la seda del estilo académico dominante, sino con la manta del lenguaje común, lo que hizo resaltar aún más el contenido. Fue un resultado realmente espectacular.

La independencia y seguridad de don Luis en *Pueblo en vilo* y en todo lo que vino después, fue, y sigue siendo, lo que constituye para mí su lección más profunda. Y aquí viene al cuento otra de las opiniones-lecciones de Luis González. Hablando sobre otro colega, afirmó: "A las personas se les puede dividir en tres: unas que parecen nacidos y creados para obedecer -que en México son la mayoría-, otras que creen que nacieron para mandar. Finalmente, estamos los que no nacimos ni para obedecer ni para mandar, los independientes". El tomar la historia de San José de Gracia para elaborar su obra de madurez, y hacerlo usando un estilo no académico pero sin que por ello se perdiera para nada la

complejidad del tema, nos resultó a muchos una verdadera novedad. Yo venía de una formación que seguía casi a pie juntillas contenidos y temas elaborados en las universidades extranjeras. Mis modelos eran los de las ciencias sociales de los países donde se hacían las innovaciones, donde estaba la originalidad. Hasta toparme con la obra de Luis González, prácticamente no había visto en nuestro medio una originalidad e independencia que me llamara tanto la atención. La inseguridad propia de alguien como yo, cuyos modelos eran sistemáticamente externos, disminuyó -aunque no desapareció- al entrar en contacto con la forma de hacer historia de Luis González. La idea de que en México se podía hacer algo original y de buena calidad, tuvo ya un referente concreto.

Una golondrina no hace verano. Hoy en economía, en sociología, en ciencia política e incluso en historia, en buena medida seguimos teniendo como modelos las formas y contenidos que nos llegan de Europa y Estados Unidos. Básicamente, seguimos viéndonos y entendiéndonos a través de los instrumentos que se diseñaron en y para otros contextos. Claro que para ser auténticamente independientes, debemos conocer y dominar antes las aportaciones originales que en nuestros respectivos campos se han hecho y se hacen fuera del país -don Luis maneja muy bien la teoría histórica europea y norteamericana, y en su obra y enorme biblioteca están las pruebas.

La independencia es, pues, un componente indispensable de la autoestima. Y sólo teniendo confianza en nuestras propias capacidades podremos abandonar esa especie de servilismo hacia lo externo que por tanto tiempo ha caracterizado a la ciencia social mexicana. El ser parte de un mundo periférico, subdesarrollado, no debe hacernos renunciar de antemano a la independencia, a la originalidad, después de todo por un tiempo, al concluir la Revolución, el mundo intelectual mexicano se enorgulleció de su originalidad. Las traducciones de *Pueblo en vilo* a otros idiomas, la forma como se ha recibido la obra en Estados Unidos y Europa, nos muestran que siendo fieles a si mismos, algunos mexicanos pueden volver a ser, en el ámbito de la creación intelectual, tan buenos como los que más, pero para ello hay que añadir a la inteligencia, la disciplina y la pasión, la confianza que da el no pretender imponer la voluntad propia a nadie pero tampoco aceptar la imposición de nadie. Creo que en el fondo de la tranquilidad y fortaleza que ha mostrado don Luis en el terreno académico y en muchos otros, está el orgullo en el valor del trabajo propio.



¿Un siglo de soledad?

RECADO DE JOHN WOMACK, JR.

Lamento mucho mi ausencia en la celebración de nuestro maestro don Luis González y de su libro *Pueblo en vilo*. Veo por el programa que me enviaste, que yo no podría agregar nada de valor a las contribuciones de los compañeros participantes. De todos modos, por obligaciones aquí, no puedo asistir a la reunión allí. Lo único que puedo ofrecer por estas líneas es un testimonio personal, muy breve, pero claro y sencillo, de mi respeto enorme al maestro, *Pueblo en vilo* y toda la gran corriente consecuente de microhistoria.

Antes de la historia que el maestro hizo del pasado de San José de Gracia, era muy difícil entender el pasado de cualquier pueblo o aldea o rancho o parroquia en México, sino en términos de crónica, architipicamente una crónica muy formal y política, como si nada nunca sucediera sino actos y sucesiones de gobiernos, grandes y pequeños. Yo creo que ya en 1943 el joven maestro Jesús Sotelo Inclán prendió la luz, en *Raíz y razón*; pero por varias razones esta luz quedó por 25 años solita. Lo que en 1968, en circunstancias muy diferentes, hizo otro entonces joven maestro, Luis González, fue distinto, más intensivo y más amplio: hacer historia de un pueblo que no había sido ni era importante, pero sí, precisamente por eso, por haber estado tan olvidado por fuereños, un pueblo como otros igualmente olvidados, muy significativo para la historia de toda la república; además, explicar y demostrar ese significado; además también, definir genialmente esa nueva corriente de las ciencias históricas, la microhistoria, y empezar a crear escuela de esta nueva categoría de estudios históricos. Como el historiador excelente que es, el maestro nunca ha insistido en que esta escuela fuera la única y la mejor para entender el pasado mexicano en toda su amplitud. Pero sí, como Tolstoy, nos ha enseñado que sólo al entender el pasado en detalle, en partes, en casos sueltos y en plazos eventuales y siempre sorprendentes, podamos esperar a entender el pasado como de hecho lo era para los que lo vivían, y por qué les parecía tanto accidental y misterioso como inevitable y predestinado. Así, no sólo un pueblo sino todo el pueblo en el pasado estaba en vilo ante la próxima actualidad, como nosotros

mismos estamos ahora, sin poder saber a dónde nuestras luchas, las ignoradas y las reconocidas, nos vayan a llevar. Pero no por eso dejamos de luchar.

Seguramente en los últimos 25 años el maestro don Luis ha sido el que más haya influido la historiografía de México. De una manera u otra todos somos sus discípulos. Favor de trasmitirle mis respetos intelectuales y personales.

Atentamente,
John Womack, Jr.

Y para terminar . . .
De izq. a der. Fausto Zerón Medina, Xavier Tavera, Armida de la Vara, Moisés González Navarro, el homenajeado Luis González y González, José María Muriá, Abelardo Villegas, Israel Cavazos y Ma. Guadalupe González.

Pueblo en vilo, la fuerza de la costumbre
Se terminó de imprimir en los Talleres
de Morevallado Editores en el mes
de marzo de 1994, se tiraron 1,500
ejemplares. Estuvo al cuidado
de la edición Alvaro
Ochoa Serrrano

Luis González, fue distinto, más intensivo y más amplio: hacer historia de un pueblo que no había sido ni era importante, pero sí, precisamente por eso, por haber estado tan olvidado por fuereños, un pueblo como otros igualmente olvidados, muy significativo para la historia de toda la república; además, explicar y demostrar ese significado; además también, definir genialmente esa nueva corriente de las ciencias históricas, la microhistoria, y empezar a crear escuela de esta nueva categoría de estudios históricos.

Como el historiador excelente que es, nunca ha insistido en que esta escuela fuera la única y la mejor para entender el pasado mexicano en toda su amplitud. Seguramente en los últimos 25 años el maestro don Luis ha sido el que más haya influido la historiografía de México. De una manera u otra todos somos sus discípulos.

John Womack Jr.

EL COLEGIO DE JALISCO
EL COLEGIO DE MEXICO
EL COLEGIO DE MICHOACÁN